



Aviso Legal

Revista

Título de la obra: *Cuadernos Americanos*

Director: Silva Herzog, Jesús

Forma sugerida de citar: *Cuadernos Americanos. Primera época (1942-1985). México.*

Datos de la revista:

Año X, Vol. LVIII, Núm. 4 (julio-agosto de 1951).

Los derechos patrimoniales de esta revista pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, esta revista en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México.
<https://cialc.unam.mx/> Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

CUADERNOS

AMERICANOS

M E X I C O

4

CUADERNOS AMERICANOS

(LA REVISTA DEL NUEVO MUNDO)
PUBLICACION BIMESTRAL

Ave. Rep. de Guatemala N° 42
Apartado Postal 965
Teléfono 12-31-48

DIRECTOR-GERENTE
JESUS SILVA HERZOG

ADMINISTRADOR
DANIEL RANGEL

EDICION AL CUIDADO DE
RAFAEL LOERA Y CHAVEZ

AÑO X

4

*JULIO - AGOSTO
1951*

INDICE
Pág. IX

CIA. MEXICANA DE AVIACION, S.A.

A SU ALCANCE 23

CIUDADES PRINCIPALES DE MEXICO,
LOS ANGELES, CAL. Y LA HABANA, CUBA

Mexicana de Aviación, la primera línea aérea de México le ofrece vuelos diarios entre 23 de las más importantes ciudades de la República; une México con La Habana, Cuba y pone a su disposición el servicio directo más rápido a Los Angeles, Cal.

Para recreo o negocios aproveche los rápidos servicios de Mexicana.

Para boletos y reservaciones comuníquese a la Oficina más cercana de Mexicana de Aviación o consulte a su Agente de Viajes.

Oficinas en México:

BALDERAS Y AVENIDA JUAREZ

Tels. 18-12-60 y 35-81-05



MEXICANA DE AVIACION



Agentes de: **PAN AMERICAN WORLD AIRWAYS**

M-40A

EXCURSIONISTAS

DESDE EL DIA 23

pueden adquirir boletos para

COCHES DE 1a. CON ASIENTOS NUMERADOS Y CLIMA ARTIFICIAL



en nuestras rutas

MEXICO-VERACRUZ,

MEXICO-MONTERREY,

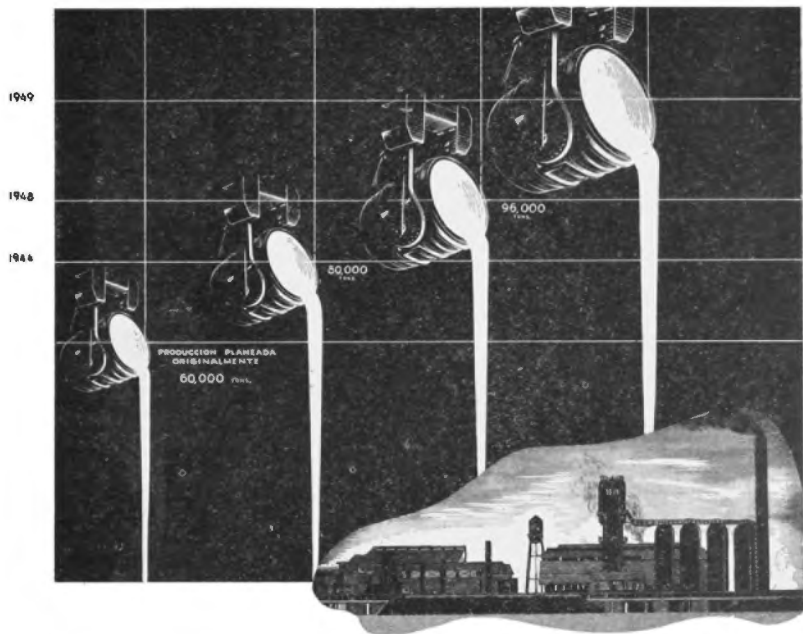
(Trenes 3 y 4)

MEXICO-GUADALAJARA

(Trenes diurnos y nocturnos)

CON BOLETOS ORDINARIOS DE 1a. CLASE Y PAGANDO UNA PEQUEÑA CUOTA EXTRA, OBTENGA UD. LA COMODIDAD DE UN ASIENTO NUMERADO, EXCELENTES SERVICIOS PARA SU ASEO PERSONAL Y VIGILANCIA PARA SU EQUIPAJE, EN UN COCHE DOTADO CON CLIMA ARTIFICIAL.

FERROCARRILES NACIONALES DE MEXICO



LA PRODUCCION DE ALTOS HORNOS DE MEXICO, S. A.

En el año de 1942 se fundó **ALTOS HORNOS DE MEXICO, S. A.** con objeto de cubrir la demanda de algunos productos que hasta esa fecha se venían comprando en el extranjero. Sus instalaciones obedecen a un plan de integración completa, pues su proceso se inició con la utilización del mineral de hierro y del carbón y terminó con productos que son básicos para el desarrollo de nuestras industrias fundamentales para la vida económica del País.

Así pues, aun cuando los proyectos originales fueron para que **AHMSA** produjera 60,000 toneladas de acero al año, antes de terminarse la construcción de la primera parte de la planta, se tomaron

las medidas necesarias para aumentar la producción de 60,000 a 80,000 toneladas de acero al año. Este esfuerzo no fué suficiente y en el año de 1947 se adquirieron nuevos equipos y se tomaron todas las medidas necesarias para aumentar la producción a 95,000 toneladas anuales.

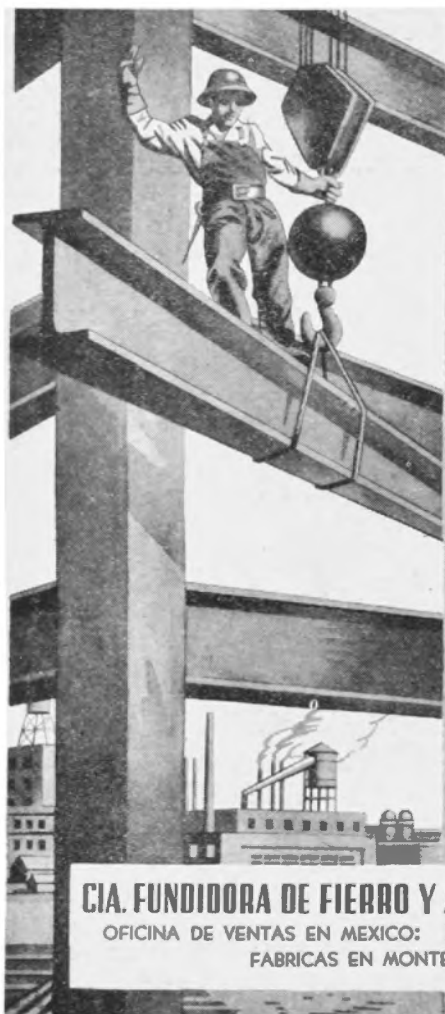
Tampoco fué suficiente esta ampliación y hubo necesidad de aumentar la producción a 120,000 toneladas de acero al año, las cuales se lograron durante 1949.

AHMSA pondrá toda su atención y esfuerzo en acelerar un nuevo aumento de producción que por su importancia contribuya al desenvolvimiento económico y consolidación definitiva de la industria nacional.



ALTOS HORNOS DE MEXICO, S. A.

PASADÉ DE LA REFORMA No. 30 TERCER PISO TELLS -13-91-42 Y 23-30-78 MEXICO D. F.



MAS DE MEDIO SIGLO SIRVIENDO A MEXICO

Calidad de nuestros
productos que satisfacen
las normas de la Secretaría
de la Economía Nacional y
además las Especificaciones
de la A. S. T. M.
(Sociedad Americana
para Pruebas de Materiales)

La confianza de quien
construye se basa
en los materiales de
calidad que usa



CIA. FUNDIDORA DE FIERRO Y ACERO DE MONTERREY, S. A.

OFICINA DE VENTAS EN MEXICO: BALDERAS 68 - APARTADO 1336

FABRICAS EN MONTERREY, N. L.: APARTADO 206



PETROLEOS MEXICANOS •
Productores, Refinadores,
y Distribuidores de
Petroleos y sus derivados.





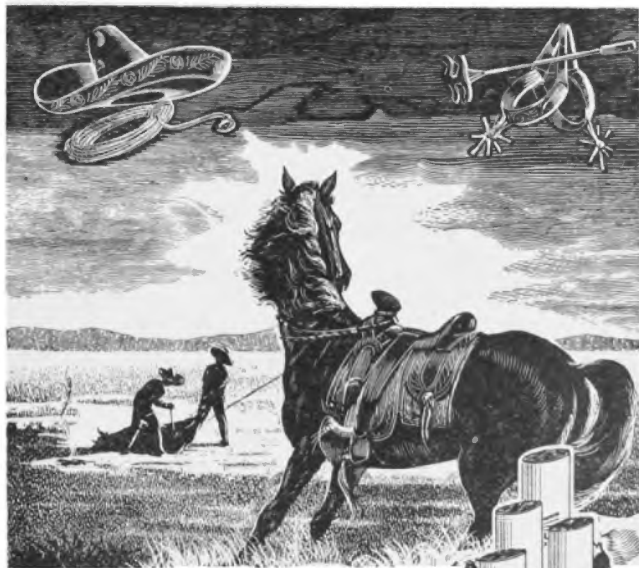
**ENTREGA INMEDIATA...
BIEN FRIA**



Dondequiera que esté puede usted confiar en la calidad inalterable de Coca-Cola porque Coca-Cola es pura, saludable, deliciosa y refrescante. Ese sabor, que tanto le agrada, no se encuentra sino en Coca-Cola. Elaborada y embotellada bajo condiciones rigurosamente higiénicas, como Coca-Cola, no hay igual.

REG. U. S. A. 4500 "A" PROP. ©-203

ALAS EXTRA



*se destacan
entre los
de su categoría*



35¢ cajetilla

Otro acontecimiento editorial:

HISTORIA DE LAS INDIAS

de Fray Bartolomé de Las Casas

Texto cuidadosamente restablecido del original autógrafa en el que se eluden los errores de todas las ediciones anteriores. Con un extenso estudio preliminar del profesor Lewis Hanke y un índice analítico de inapreciable valor histórico, geográfico y cultural en el que por primera vez se esclarece el intrincado problema de las fuentes citadas por el "Apóstol de los Indios".

Edición definitiva, que por su documentación y su autoridad difícilmente podrá ser aventajada en muchos años, efectuada por el ilustre paleógrafo y erudito

DR. AGUSTIN MILLARES CARLO

3 tomos empastados, \$66.00 m. n.



DE VENTA EN LAS BUENAS LIBRERIAS Y EN LA
EDITORIAL

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

PANUCO 63, MEXICO 5, D. F.

CUADERNOS AMERICANOS

No. 4 Julio-Agosto de 1951 Vol. LVIII

I N D I C E

| | <i>Págs.</i> |
|---|--------------|
| NUESTRO TIEMPO | |
| MARIANO PICÓN-SALAS. Américas desavenidas | 7 |
| ENRIQUE MUÑOZ MEANY. Afirmación de una democracia | 19 |
| MARIO A. PUGA. El indio y la coca | 39 |
| LUIS ALBERTO SÁNCHEZ. La Universidad de San Marcos | 52 |
| EL DISCURSO DE AREVALO. Encuesta. | |
| Participan: Max Aub, Luis Cardoza y Aragón, Alfonso Caso, Rómulo Gallegos, Andrés Eloy Blanco, Joaquín García Monge, Enrique Muñoz Meany, Fernando Ortiz, Jesús Silva Herzog y Leopoldo Zea | 70 |
| AVENTURA DEL PENSAMIENTO | |
| VÍCTOR MASSUH. La condición permanente del Humanismo | 91 |
| MARIO BUNGE. La fenomenología y la ciencia | 108 |
| GUILLERMO DE TORRE. Polémica del nacionalismo y el arte | 123 |
| CARLOS OBREGÓN SANTACILIA. Perennidad o mutabilidad de la arquitectura | 137 |
| <i>El arte y la historia</i> , por JUAN J. FITZPATRICK | 145 |
| PRESENCIA DEL PASADO | |
| BARBRO DAHLGREN y JAVIER ROMERO. La prehistoria bajacaliforniana. Resdescubrimiento de pinturas rupestres | 153 |

| | <i>Págs.</i> |
|--|--------------|
| SERGIO BAGÚ. Transformaciones sociales en la América Hispánica | 179 |
| <i>El ballazgo de Icbateopan</i> , por MIGUEL ANGEL CEVALLOS, e Informe de la Comisión | 199 |

DIMENSION IMAGINARIA

| | |
|--|-----|
| ALFREDO CARDONA PEÑA. Los Jardines Amantes | 227 |
| RODOLFO USIGLI. El destructor de ídolos. II. El novelista a ciegas | 251 |
| ROBERT E. OSBORNE. La literatura hispanoamericana en España | 277 |
| <i>La poesía de Octavio Paz</i> , por RAMÓN XIRAU | 288 |



Todos los artículos de CUADERNOS AMERICANOS son rigurosamente inéditos en todos los idiomas.

Se prohíbe su reproducción sin indicar su procedencia.

**Un acontecimiento editorial
que es un *ORGULLO* para México**



DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO
UTEHA

Tenemos la plena seguridad de que usted va a ser de nuestra opinión. Como lo son ya para estas fechas cuantos hon tenido oportunidad de conocerlo. El DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO UTEHA es un auténtico orgullo para México y para toda la América de habla castellana. Y lo es, tanto por la extraordinaria magnitud y calidad de su contenido, como por la atractiva y severa elegancia de su presentación. Cuando usted lo examine, dirá con nosotros que es el esfuerzo editorial de mayor envergadura llevado a cabo en nuestro continente; esfuerzo que incorpora el nombre de México al de las naciones más avanzadas de todo el mundo en la producción de grandes enciclopedias.

MAS DE MEDIO MILLON DE VOCES
13000 PAGINAS - 20000 GRABADOS
400 MAPAS - 400 LAMINAS
10 TOMOS

En su contenido, de una extensión muy superior a la de otros diccionarios del mismo o parecido número de volúmenes, se ofrece la más precisa y extensa documentación, puesta rigurosamente al día y seleccionada de las fuentes originales de mayor solvencia, en la que se incluye un repertorio excepcional sobre Hispanoamérica. La belleza y el valor documental de sus millares de ilustraciones constituyen el más sugestivo complemento de este diccionario, que usted puede adquirir con grandes facilidades de pago.

SOLO **\$35** AL MES

DISTRIBUIDORES EXCLUSIVOS
EDITORIAL GONZALEZ PORTO

Av. Independencia, 10 - Apdo. 140-Bis - México, D. F.

EDITORIAL GONZALEZ PORTO

Apartado 140 Bis - México, D. F.

Sirvanse remitirme el folleto descriptivo del DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO UTEHA, dándome a conocer también sus condiciones de pago.
Nombre
Domicilio
Localidad
Estado

17 AÑOS DE FINANCIAR A LA INDUSTRIA

MEXICANA



LA NACIONAL FINANCIERA, S. A. en ocasión de cumplir 17 años de vida, reitera sus propósitos de continuar impulsando la industrialización de México y con ello el progreso económico de nuestro pueblo.

Decenas de vigorosas empresas, diseminadas por todo el territorio nacional, son tangibles testimonios del desarrollo de la industria mexicana y del equilibrio general del país, guiados certeramente hacia la realización de una economía cada vez más firme e independiente.

Usted también puede participar, en la medida de sus posibilidades, en la magna tarea del engrandecimiento económico de México, utilizando sus ahorros en la mejor inversión que le ofrece la NACIONAL FINANCIERA, S. A. a través de sus CERTIFICADOS DE PARTICIPACION del 5%, títulos que brindan seguridad, liquidez y rendimiento.



Nacional Financiera. S. A.

Vanustano Carranza 23

Apartado 353

México, D. F.

A pesar de todos sus problemas y de la grave situación que atraviesa, la industria azucarera jamás ha omitido esfuerzo alguno por mantener a toda la República, abastecida del azúcar indispensable para la diaria alimentación del pueblo mexicano y el consumo ordinario de las industrias de transformación que necesitan de dicho producto como materia prima.

La Unión Nacional de Productores de Azúcar, S. A. de C. V., órgano financiero y distribuidor de esta tan mexicana industria, constantemente está luchando por mantener abastecidos todos los centros de consumo y procura a todo trance que sea respetado el precio oficial señalado por nuestras autoridades. Al igual que en el Distrito Federal, en donde tiene establecidos en todos los mercados expendios directos al menudeo, está estableciendo esta misma clase de expendios en todas aquellas poblaciones en las que no es respetado el precio oficial y se están cobrando mayores cantidades al pueblo consumidor.

Esta organización de mexicanos siempre ha brindado toda su ayuda y todo su esfuerzo lo ha puesto al servicio del público consumidor y está segura que dicho público, haciéndose eco de la difícil situación por la que atraviesa la industria, sabrá responder con su esfuerzo y simpatía, brindando todo su apoyo a fin de que esta industria siga produciendo el azúcar necesario para cubrir las necesidades del país, al precio más bajo posible, y que indudablemente será el más bajo del mundo.



**UNION NACIONAL DE PRODUCTORES
DE AZUCAR, S. A. de C. V.**

EDIFICIO INDUSTRIA Y COMERCIO.

Balderas No. 36—ter. piso. México, D. F.



La cerveza renueva las energías gastadas, porque nutre, al mismo tiempo que refresca.

La cerveza contiene 90% de agua, de la más pura que es dable obtener y 10% de alimento líquido, cereales también, como el pan. Al beberla usted, toma cierta cantidad de cebada, malta y lúpulo, donde existe latente la vitalidad de los campos oxigenados, que fertiliza el sol. . .

ASOCIACION NACIONAL DE FABRICANTES DE CERVEZA





Barra Nicte-Ha - México, D. F.

Indiscutible Calidad

En los lugares más distinguidos
se encuentra siempre BATEY,
el ron que
por su indiscutible calidad
es preferido por
las personas de buen gusto.



Reg. No. 23758 "A." S. S. A. Prop. 180/51

sí señor **RON BATEY** es mejor

ALGODONERA FIGUEROA,
S. A.

EDIFICIO "AMERICA", DESP. 104
TORREON, COAH.



REPRESENTANTES EN MEXICO, D. F.:

AGENCIA FIGUEROA, S. A.

AV. 16 DE SEPTIEMBRE NUM. 6, 7º PISO
MEXICO, D. F.

TELS.: 10-48-65 Y 36-12-32, 36-12-33.

ACADEMIA HISPANO MEXICANA



SECUNDARIA Y
PREPARATORIA

Externos

VIENA 6.

TEL.: 35-51-95

KINDER - PRIMARIA
Medio Internado - Externos.

REFORMA 515 (LOMAS)

TEL.: 35-05-62

MEXICO, D. F.

CUADERNOS AMERICANOS

A las personas que se interesen por completar su colección, les ofrecemos ejemplares atrasados de la revista, según el detalle que aparece a continuación, con sus respectivos precios:

| Año | Ejemplares disponibles | Precio del ejemplar | |
|------|------------------------|---------------------|---------|
| | | Pesos | Dólares |
| 1943 | Número 3 | 20.00 | 2.20 |
| 1944 | Nos. 1, 2, 3, 4, 5 y 6 | 18.00 | 2.10 |
| 1945 | Nos. 1, 2, 3, 4, 5 y 6 | 18.00 | 2.10 |
| 1946 | Nos. 1, 2, 3, 4, 5 y 6 | 16.00 | 1.90 |
| 1947 | Nos. 1, 2, 3, 5 y 6 | 16.00 | 1.90 |
| 1948 | Nos. 1, 2, 3, 4, 5 y 6 | 14.00 | 1.70 |
| 1949 | Nos. 2, 3 y 4 | 14.00 | 1.70 |
| 1950 | Nos. 2, 4 y 5 | 12.00 | 1.50 |

Los pedidos pueden hacerse a

República de Guatemala 42-4, Apartado postal 065
o al Teléfono 12-31-46.

COMPRAMOS EJEMPLARES DEL NUMERO 1 DE 1942.

REVISTA DE HISTORIA DE AMERICA

PUBLICACIÓN SEMESTRAL DE LA COMISIÓN DE HISTORIA DEL
INSTITUTO PANAMERICANO DE GEOGRAFÍA E HISTORIA

Director: Silvio Zavala.

Secretario: Javier Malagón Barceló.

Redactores: Agustín Millares Carlo, J. Ignacio Rubio Mañé,
Ernesto de la Torre, Susana Uribe.

CONSEJO DIRECTIVO

José Torre Revello y Sara Sabor Vila (Argentina).—Guillermo Egui-
no (Bolivia).—Guillermo Hernández de Alba (Colombia).—José Ma-
ría Chacón y Calvo y Fermín Peraza Sarruza (Cuba).—Ricardo Do-
moso (Chile).—J. Roberto Pérez (Ecuador).—Lewis Hanke y Bert
James Loewenber (Estados Unidos de América).—Rafael Heliodoro
Valle (Honduras).—Jorge Basadre y J. M. Vélaz Pizasso (Perú).—
Emilio Rodríguez Demorizi (República Dominicana).—Juan E. Pivel
Devoto (Uruguay).

Suscripción anual, 4 dólares o su equivalente en moneda mexicana.
Toda correspondencia relacionada con esta publicación debe dirigirse a:
Comisión de Historia (R. H. A.), Instituto Panamericano de Geografía e Historia,
Avenida del Observatorio 192.

Tacubaya, D. F.

República Mexicana.

LIBRERIA M. GARCIA PURON Y HNOS.,

A. EN P.

CIENCIAS, FILOSOFIA, ARTE
Y LITERATURA



Encontrará usted además la Revista CUADERNOS AMERICANOS
y los libros que edita.



Visítenos en Palma 22 (entre Madero y 5 de Mayo)
Ericsson 13-37-53. - Apartado postal 1619 - MEXICO, D. F.

EL COLEGIO DE MEXICO
Y
HARVARD UNIVERSITY

publican trimestralmente la

NUEVA REVISTA DE
FILOLOGIA HISPANICA

Director: AMADO ALONSO

Harvard University

Redactores: Dámaso Alonso, Marcel Bataillon, William Berrien, Américo Castro, Antonio Castro Leal, Fidelino de Figueiredo, Hayward Keniston, Irving A. Leonard, María Rosa Lida de Malkiel, José Luis Martínez, Agustín Millares Carlo, José F. Montesinos, Marcos A. Morínigo, S. G. Morley, Tomás Navarro, Federico de Onís, Alfonso Reyes, Ricardo Rojas, José Rojas Garcidueñas, Manuel Toussaint y Silvio Zavala.

Redactor bibliográfico: *Agustín Millares Carlo*

Secretario: *Raimundo Lida*

Precio de suscripción y venta:

En México: 35 pesos moneda nacional al año; en el extranjero: 6 dólares norteamericanos. Número suelto: 10 pesos moneda nacional y 1.75 dólares respectivamente.

Redacción:

EL COLEGIO DE MÉXICO
Nápoles 5, México, D. F.

Administración:

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
Pánuco 63, México, D. F.

Seis obras fundamentales para la Historia de América

- HISTORIA GENERAL DE LOS HECHOS DE LOS CASTELLANOS EN LAS ISLAS Y TIERRA FIRME DEL MAR OCEANO. Escrita por *Antonio de Herrera*, cronista de su Majestad. Diez volúmenes, con mapas ... \$350.00
- HISTORIA GENERAL Y NATURAL DE LAS INDIAS, ISLAS Y TIERRA FIRME DEL MAR OCEANO. Por el Capitán *Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés*. Catorce volúmenes \$300.00
- COLECCION DE LOS VIAGES Y DESCUBRIMIENTOS QUE HICIERON POR MAR LOS ESPAÑOLES DESDE FINES DEL SIGLO XV. Coordinada e ilustrada por *Don Martín Fernández de Navarrete*. Cinco volúmenes \$200.00
- PRIMERA PARTE DE LOS VEINTE I VN LIBROS RITUALES Y MONARCHIA INDIANA, CON EL ORIGEN Y GUERRAS DE LOS INDIOS OCCIDENTALES, DE SUS POBLACIONES, DESCUBRIMIENTO, CONQUISTA, CONUERSION Y OTRAS COSAS MARAUILLOSAS DE LA MESMA TIERRA DISTRIBUYDOS EN TRES TOMOS. Por *Fray Juan de Torquemada*. Tres volúmenes \$125.00
- HISTORIA ECLESIASTICA INDIANA. Por *Fray Gerónimo de Mendieta*. Cuatro volúmenes \$ 50.00
- EPISTOLARIO DE NUEVA ESPAÑA, 1505-1818. Recopilado por *Francisco del Paso y Troncoso*. 16 volúmenes. \$300.00



ANTIGUA LIBRERIA ROBREDO

ESQ. ARGENTINA Y GUATEMALA
APARTADO POSTAL 88-55
TELEFONOS NOS. 12-12-85 Y 30-40-85
MEXICO 1. D. F.

CUADERNOS
AMERICANOS

AÑO X

VOL. LVIII

4

JULIO - AGOSTO
1951

MÉXICO, 1° DE JULIO DE 1951

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN
LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F.
CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

JUNTA DE GOBIERNO

Pedro BOSCH GIMPERA
Antonio CARRILLO FLORES
Alfonso CASO
Daniel COSIO VILLEGAS
León FELIPE
José GAOS
Manuel MARQUEZ
Manuel MARTINEZ BAEZ
Alfonso REYES
Manuel SANDOVAL VALLARTA
Jesús SILVA HERZOG

Director-Gerente
JESUS SILVA HERZOG

Administrador
DANIEL RANGEL

Edición al cuidado de
R. LOERA Y CHAVEZ

Se prohíbe reproducir artículos de esta Revista
sin indicar su procedencia.

S U M A R I O

N U E S T R O T I E M P O

- Mariano Picón-Salas* Américas desavenidas.
Enrique Muñoz Meany Afirmación de una democracia.
Mario A. Puga El indio y la coca.
Luis Alberto Sánchez La Universidad de San Marcos.

ENCUESTA. Participan: *Max Aub, Luis Cardoza y Aragón, Alfonso Caso, Rómulo Gallegos, Andrés Bello, Eloy Blanco, Joaquín García Monge, Enrique Muñoz Meany, Fernando Ortiz, Jesús Silva Herzog y Leopoldo Zea.*

A V E N T U R A D E L P E N S A M I E N T O

- Victor Massub* La condición permanente del Humanismo.
Mario Bunge La fenomenología y la ciencia.
Guillermo de Torre Polémica del racionalismo y el arte.
Carlos Obregón Santacilia Perennidad o mutabilidad de la arquitectura.

Nota, por Juan J. Fitzpatrick.

P R E S E N C I A D E L P A S A D O

- Barbro Dablgren y Javier Romero* La prehistoria bajacaliforniana.
Sergio Bagú Transformaciones sociales en la América Hispánica.

Nota, por Miguel Angel Cevallos.

D I M E N S I O N I M A G I N A R I A

- Alfredo Cardona Peña* Los Jardines Amantes.
Rodolfo Usigli El destructor de ídolos.
Robert E. Osborne La literatura hispanoamericana en España.

Nota, por Ramón Xirau.

INDICE DE ILUSTRACIONES

| | Frente a la pág. |
|---|---------------------|
| El Trocadero y el Palacio de Chaillot | 144 |
| El edificio de "El Imparcial" en 1906 | " |
| Su transformación en 1911 | " |
| Transformado nuevamente en 1915 | " |
| Decorado interiormente en 1920 | " |
| Ampliado y transformado en 1930 | " |
| Modernizado en 1935 | " |
| Ampliado en 1949 | " |
| Redecorado con ricos materiales en 1949 | 145 |
| Aspecto de la cañada de San Borjita | 160 |
| Arroyo del Carrizal | 161 |
| Vista general de la Cueva No. 1 de San Borjita | 176 |
| Parte de la bóveda de la Cueva No. 1 | " |
| Diversos objetos hallados durante la exploración | 177 |
| Norma frontal del cráneo masculino | " |
| Norma frontal del cráneo femenino | " |
| Tricromía de la bóveda de la Cueva No. 1 de San Borjita ... | 168 |
| Inscripción de la placa de metal | 212 |
| Documento con firma imaginaria de Motolinía | " |
| Texto del documento del relicario | 213 |
| Documento auténtico escrito y firmado por Motolinía | " |
| Fragmentos de huesos | 220 |
| Fragmentos de huesos infantiles | " |
| El cráneo de Ichcateopan | 221 |

Fotografados de

FOTOGRAFADORES Y ROTOGRAFADORES UNIDOS, S. DE R. L.

Bucareli No. 24 — México, D. F.

Nuestro Tiempo

AMERICAS DESAVENIDAS

Por *Mariano PICÓN-SALAS*

ACASO fué Rodó quien con más gracia que sagacidad se acercó a uno de los problemas más tensos, de más conflictiva vigencia en la Cultura americana. Que compartían como vecinos recelosos el área del Continente dos familias de pueblos que aún atados por el comercio y la contigüidad geográfica, tenían —para la fecha en que Rodó escribió su "Ariel"— muy escasos deseos de comprenderse. Y que en la tabla de valores que cada uno se forjara se exaltaban cualidades opuestas; imágenes de la vida y del hombre casi rabiósamente antagónicas. En los latino-americanos del 1900 cundía un creciente rencor ante los Estados Unidos, y en el Norte no se miraba hacia nosotros sino con extraña mezcla de ignorancia, pintoresquismo y menosprecio. Eramos apenas, para ellos, un anárquico mundo mestizo juzgado a la luz del racismo anglo-germánico del siglo XIX que veía en la próspera peripecia industrial de las naciones sajonas, un signo de primacía y superioridad sobre las asoleadas y perezosas gentes latinas. En el mejor de los casos, en América se repetía la discordia de la Europa décimonónica entre una Inglaterra poderosamente industrializada, de sensato equilibrio político, usufructuante imperial de los mejores dones del Mundo, con factorías y manos libres en todos los continentes, y una España, una Italia y un Portugal que al espléndido sol del Mediodía cuidaban sus patinadas ruinas. El orgulloso nacionalismo de su crecimiento, el llamado "destino manifiesto" en los Estados Unidos y el resentido nacionalismo de frustración y despojo en los latino-americanos de que era ejemplo la enorme pérdida de territorios sufrida por México, hacía olvidar la común misión de América, aquella teoría de la concordia y esperanza del Nuevo Mundo que antes aproximara el pensamiento emancipador y americanista de las dos zonas e hiciera dialogar a Jefferson y a Francisco de Miranda.

Si los hispano-americanos de la época de la Revolución y el Romanticismo, desde Bolívar hasta Sarmiento, miraron a los Estados Unidos como a una América ejemplar que se les adelantó en espíritu de libertad y en virtudes, como paradigma republicano que necesitaba estudiarse, ya los de fines del siglo XIX perdieron aquella fe; y la prevención y el temor ocupaban el viejo sitio de la estima. Como todos los imperialismos, el norteamericano había nacido en el turbio légamo de negocios, de intereses comerciales sin escrúpulo, de aventura autónoma, que conocieron los Estados Unidos entre 1870 y 1900. Aun la primera Conferencia Panamericana de 1889 que tuvo un admirable cronista e historiador en José Martí, no logró ocultar bastante qué asalto y ofensiva de financieros ansiosos de dominar nuevos mercados, de desalojar a Europa en el comercio de Sur América; qué tratos y seguridades para abrir el canal interoceánico quería el capitalismo de los Estados Unidos a la sombra meliflua de los tratados y discursos diplomáticos. La Argentina que tenía entonces el orgullo adolescente de su nueva prosperidad, y cuyas rutas atlánticas conducían mejor a Europa que a los Estados Unidos, pudo por boca de un Sáenz Peña defender el honor de una Hispano-América muy dividida y mediatizada. Expresó las reservas prudentes contra el candor o fácil entreguismo de otras delegaciones. Muchos países hispano-americanos no habían superado las querellas pequeñas, los intereses puramente privatistas de algunos caudillos y el deseo de ganarse la protección del vecino rico aun a costa de quién sabe qué hipoteca sobre su porvenir. El Positivismo materialista elevado a dogma político—por ejemplo en el México de Porfirio Díaz—pensaba que debía desarrollarse el progreso aun sobre la injusticia, y la prosperidad de un siglo que se anunciaba poblado de invenciones y facilidades, equilibraría y compensaría lo que en el momento se presentaba como aleatorio e inseguro. Veíase en la Economía capitalista un "orden natural", un "providencialismo" científico que con la dinámica de las nuevas fuerzas, conduciría a la más segura abundancia.

En las páginas de extraordinaria sagacidad histórica que escribió sobre aquella Conferencia, Martí advertía que la presión de los negocios condicionaba de tal modo la nueva etapa de las relaciones interamericanas, que antes de ser recibidos en Washington los delegados venidos del Sur fueron paseados por las usinas de Pittsburg y agasajados por los exportadores y

banqueros de Wall Street, deseosos de comprar influencia en aquellas tierras lejanas. Una prensa ruda, brutalmente veraz, no ocultaba entonces —según lo leemos en Martí— los entretelones del negocio. El viejo "monroísmo" —decían los periódicos— si había servido para alejar a Europa de nuevas aventuras políticas en América, ahora iba a utilizarse para arrebatar a los débiles países latino-americanos en la órbita imperial de los Estados Unidos. Para algunos de esos reporteros neoyorquinos de 1889, glosados por Martí, éramos como otro Far West, urgido de impetuosos pioneros. En otra admirable página, Martí describe la antesala de Mr. Blaine, Secretario de Estado y primera figura de la Conferencia, colmada por la presencia de estos publicanos voraces que pretendían que los tratados públicos e instrumentos diplomáticos alcanzaran la misma velocidad de sus apetitos. No deja de tener su esplendor bárbaro, su grandeza aventurera, ese comienzo del Imperialismo norteamericano, análogo acaso al que conoció Roma cuando conquistado el Mediterráneo en la guerra de Sicilia (¡qué semejante a la guerra de Cuba!) abriese a las compañías de publicanos la seducción del Oriente. A la moral tradicional, al puritanismo romano de un Catón habría de sustituirlo otro linaje de gentes que van e intrigan por todas partes, como tantos "advisers" políticos de Compañías americanas que hemos conocido en Hispano-América. Y en la Roma de la guerra de Sicilia —como en los Estados Unidos de la guerra de Cuba— la única consigna sería enriquecerse, la primera medida de valor acaparar dólares y sestercios. Comenzaba la significativa edad de los millonarios norteamericanos; aquella enrarecida busca de la primacía financiera que cuentan tan bien algunas novelas de Dreiser; algunos reportajes estruendosos y melodramáticos de Upton Sinclair; algunos versos de los poetas de la escuela de Chicago con su ímpetu materialista, con su trepidante poesía de trenes, elevadores y graneros.

NUESTRO José Enrique Rodó —aquel adolescente penseroso, retratado en la primera edición de su juvenil libro— interpretaba la discordia entonces muy viva de las dos Américas, con los dos personajes simbólicos de "La Tempestad" shakespiriana; como el conflicto entre el alado Ariel, para quien la única realidad es la de los sueños y el rudo Calibán que chapea en el lodo terrestre. Nutrido de libros europeos parecía

ver en el disentimiento de ambas zonas americanas un como desplazamiento ultramarino de la posible escisión de Europa; nosotros representábamos la espiritualidad latina, el culto clásico del ocio y la contemplación, el amor de las formas estéticas; y los americanos del Norte el inmanentismo agresivo, la aventura puramente material de quienes olvidaron los sueños y los dioses. Estábamos en el mundo para defender esa espiritualidad y la cultura aristárquica de las "élites" —que Rodó veneraba como su maestro Renán— y que amenazaba destruirse en el tumultuario impacto materialista de la época. Si no podíamos obtener el éxito cuantitativo a que aspiraba la civilización industrial, que nos conformáramos con acendrar matices y cualidades. Curiosamente la época de mayor pragmatismo y ensanche capitalista en la vida de los Estados Unidos, coincidió en Hispano-América con un movimiento estético de tanta importancia como el Modernismo en que nuestros escritores y poetas rebasando el ámbito provincial de nuestra cultura, querían alcanzar las formas más sutiles e individualizadas de una civilización crepuscular, de inspiración europea. ¿Y no era, de cierto modo, el "Ariel" de Rodó la expresión de un "modernismo" político, una reivindicación de los derechos de grupos y minorías refinadas ante el acento economicista e industrial que tomaba la época? Como programa histórico el individualismo de Rodó no parecía ofrecer una solución, y el destino de ambas Américas era irreconciliablemente antagónico. La palabra misma ya no significaba —como en el tiempo de Jefferson, de Bolívar y aun de Sarmiento— la aspiración total de un nuevo mundo que se opone al antiguo y ofrece la esperanza de una humanidad conciliada, sino el reclamo particular de cada una de nuestras zonas geográficas y lingüísticas. Nuestra vocación histórica animada de universalidad en los días de la Independencia, amenazaba disgregarse en una serie de romanticismos étnicos.

El "arielismo" espiritualista que Rodó atribuía a la latinidad del Sur se contrastaba entonces con el mesianismo tecnológico disfrazado de ayuda y progreso que empezaba a florecer, peligrosamente, en algunos grupos de los Estados Unidos. Si se mandaban barcos a las Antillas o Filipinas, también se combatía la fiebre amarilla, decían algunos predicadores imperialistas. Afortunadamente siempre hubo en Norteamérica un grupo de pensadores que tuvieron el culto de la veracidad, y

que por lo mismo que el país era poderoso, lo acostumbraron a decirle las cosas claras. Desde Emerson a John Dewey pasando por Henry George y Thorstein Veblen, floreció un pensamiento saludablemente heterodoxo que templaba con previsor y exigente análisis, el ciego optimismo tecnológico y materialista. En el momento en que se deificaban los negocios y el millonario era el arquetipo de la nueva sociedad y las formas más bajas de prensa y propaganda parecían divinizar la Codicia y el Imperialismo, varios pensadores se atrevieron a dar la batalla contra los prejuicios y los mitos; contra la demasiada satisfacción enmascarada a veces, de hipocresía misionera, del ímpetu capitalista. En la "Historia" de un Charles Beard, en los luminosos ensayos sociológicos de un Veblen, en la enseñanza moral de un William James, en esa fría, catalítica, valerosamente veraz filosofía de un John Dewey, ¿no aprendían los Estados Unidos a corregir lo que aun era desorbitado e injusto en su proceso social; a conocer y comprender mejor otras humanidades y otras formas de vida, a perfeccionar su teoría democrática? Y es quizás a través de los espíritus valerosos que se habituaron a aceptar esta cosa incómoda que se llaman las verdades; del esfuerzo honesto con que los mejores educadores de los Estados Unidos pidieron a la Ciencia y el análisis objetivo de los hechos, normas frías y ecuanimes para templar los engaños de la pasión y de la emocionalidad, como la auténtica concordia de América pueda restablecerse; como gentes del Norte y del Sur hallarían el acuerdo—más allá de las emergencias y apurados programas de las reuniones interamericanas, en días de crisis—para una auténtica tarea del Nuevo Mundo.

Y dialécticamente el entendimiento total de estas Américas escindidas que más de un Canciller presuroso quisiera ver reflejada en un acta o tratado público, cada vez que la necesidad congrega a veintiún Embajadores, sólo puede cumplirse a medida que de uno a otro extremo del Continente, se complete el interrumpido, a veces frustrado, proceso de democratización. Es decir, a medida que las Américas sean leales a la idea y los fines históricos con que justificaron su Independencia política; con que aspiraban a ser "Nuevo Mundo" frente a la desigualdad, la rutina o el absolutismo de las viejas metrópolis. Se busca una fuente de nuestro Derecho interamericano y se afanan los juristas en perfeccionar los instrumentos que más allá de

los cálculos de los financieros y de los políticos "prácticos", den al sentido del Continente un sustentáculo moral y ofrezcan una teoría justa capaz de convencer a los pueblos y no sólo a los gobiernos, transitorios, y muchas veces ilegítimos. ¿Hemos pensado que bastaría que los simples principios del "Acta de Filadelfia"—adaptados y glosados en las declaraciones de Independencia de los demás países americanos—rigieran, sin trabas, en todas nuestras sociedades políticas? Porque allí afirmaba América y trocaba en hecho y razón de su existencia nueva, aquella "ciudad" libre e igualitaria planeada por los grandes pensadores y utopistas de la "Ilustración". Surgía América como la última y más dilatada "Thule" de la despierta conciencia occidental; aprovechaba para sus instituciones nacientes del pensamiento liberador creado por Europa desde los comienzos de la edad moderna. Esas ideas morales y políticas—de Locke, de Hume, de Montesquieu—podían trocarse aquí en grandes y nuevas construcciones de la sociedad civil, así como la ciencia matemática y naturalista engendraría en los Estados Unidos un ingente progreso tecnológico.

Pero tanto en la América del Norte como en la del Sur se frustró y desvió bastante la ideología y el legado moral de los "Padres". Aun el desarrollo político de tan pujante país como los Estados Unidos, fué más imperfecto que su auge económico. El panorama democrático norteamericano es ya hoy menos optimista de como lo describían Tocqueville y Sarmiento, esos testigos entusiastas del siglo XIX. Porque si ellos censuran a nuestras repúblicas del Sur, las violentas vicisitudes de sus Estados, los frecuentes eclipses de libertad política, la continua inoperancia de nuestro régimen legal, también nosotros podríamos preguntarles hasta qué punto su democracia siguió fiel a los postulados de Jefferson; cuándo aquélla se contaminó de plutocracia; cuándo la igualdad conciliadora absorbió la discriminación racial y la tragedia de los grupos alógenos. Y de qué manera el empirismo codicioso del "business man", debilitó a veces en la robusta nación, el impulso configurador de la Cultura; deformó la opinión pública y trocó la justicia en justicia de clase. Y en más de un episodio internacional importaron más que los hombres, las materias primas. Una "América, first" encubría, a veces, con falsa bandera, los intereses de los grupos expansionistas. Detrás de la máquina del sufragio estaba la de las "gangs" ocultas, la que movía a los políticos

como títeres que esconden un sucio juego de manos. Por eso en la Historia norteamericana muy de tarde en tarde surge y se libera el estadista genial —el hombre del linaje de Jefferson o de Lincoln— y brota el mediocre e innominado Warren Harding. Por eso los Estados Unidos de ahora —a diferencia de los de 1776— no logran formular aún en una teoría coherente, de universal aceptación, lo que piden al mundo. La crisis de Occidente no se supera sino parece continuar aquí, porque en la habitual bastardía de las alianzas y de los intereses, se ahoga la claridad de los principios. Limpiar de cuanto polvo le cayó, de cuanto empirismo y oportunismo extravió sus fines, la venerable "Acta" de Filadelfia —pacto y esperanza de una nueva Humanidad— es así uno de los problemas morales de los Estados Unidos.

LA mutua incomprensión de las Américas procede, asimismo, de parciales puntos de enfoque de la realidad; del torpe prejuicio de suponer que el método de cada grupo es el único valedero, de la incapacidad de elevarnos sobre las rutinas y convenciones de la propia tribu. Si la visión que un Rodó pudo tener de los Estados Unidos estaba parcializada por su exclusivo canon estético, también desconocen a la América Latina tantos norteamericanos que la juzgan a través de sus métodos positivistas o economicistas, como si las medidas de valor que se aplican para estudiar a Texas o Minesota tienen la misma vigencia cuando se trasladan a comunidades tan diversas, de tan vieja y complicada raíz histórica, como Perú o México. Y con la Estadística con que se calcula la producción de una fábrica, no puede medirse la aspiración y problemática humana de grupos culturales cuyo proceso histórico se cumplió con otras ideas y otras formas. O no se puede juzgar a Hispano-América con las normas de un industrialismo que allí, apenas, empieza a aparecer. Esta razón metódica que no se hubiera escapado a Veblen o a cualquiera de los sociólogos, antropólogos o economistas geniales que también han dado los Estados Unidos, la olvidan los autores de tantos "surveys" sobre nuestros países. Si nuestro gusto latino por la cualidad y el matiz diferenciado —que ejemplarizaba el libro de Rodó— no servía para entender una experiencia histórica de grandes masas y enormes espacios como los Estados Unidos; un pueblo que no era Grecia porque tenía vocación para ser otra cosa, no

menos fracasa el positivismo cuantitativo al valorizarnos con cierta reticencia y menosprecio. No es tanto —como creen aquellos norteamericanos, descubridores de lo obvio— la ignorancia de nuestros problemas, la pereza o despreocupado hedonismo que se atribuye a la gente latina, lo que nos retardó en las conquistas tecnológicas de la civilización; fué un escenario histórico y geográfico más complicado, más rico de vestigios arcaicos y de naturaleza más difícil que aquel en que el experimentalismo anglo-sajón engendraba la ingente aventura capitalista y maquinista de los Estados Unidos. Una raíz de nuestra cultura afincaba en la Edad Media española y otra en los extraños mundos —convulsionados pero no destruídos del todo— del simbolismo indígena. Por nuevos Quetzalcóatl y nuevos Viracocha cuyo mensaje no parece concluir en la máquina y en la tecnología, aun están clamando enormes masas de nuestro continente indolatino, retardadas en el avance de la Historia.

Buscando signos más válidos y expresivos que el del Estado y las instituciones políticas que marchan más lentos que otras fuerzas de la época, un sociólogo como Veblen quiso explicar el moderno proceso norteamericano como un curioso combate entre el espíritu tecnológico, transformador de la Naturaleza, y la corporación de negocios que con frecuencia limita —para alcanzar mejores precios— el ímpetu industrial. Se deificaba al financiero como cooperador de la Industria; y Veblen inquiría en qué momento la empresa mercantil comienza a ser una rémora para la invención humana; y la necesidad de que los productos se esparzan y contribuyan al bienestar del hombre, se opone el interés de mantener altos los precios y circunscrita la distribución. Así contra la fuerza creadora de la ciencia y de la técnica, del espíritu, en una palabra, se consolida una oligarquía de aprovechadores. Y el "orden natural" que los economistas clásicos veían en el proceso económico, se trueca en el mal orden de esos monopolios o consorcios —de los "propietarios ausentes" dice Veblen— que acaparan lo que el hombre inventa y detienen la revolución liberadora que se atribuye a la máquina y a la creación técnica. Pero el mayor peligro de la "empresa de negocios" y el "sistema de precios" convertidos en función predominante de la sociedad, es que el hombre empieza a medir por ellos todos los valores humanos. El grupo dominante impone sus propios "standards" y hasta quienes nada

poseen, juzgan la vida y todos los valores humanos como si lo más importante en la humanidad fuese un sistema de precios. Llevando a sus últimos extremos la influencia de esta concepción economicista en la vida norteamericana, Veblen inquiriría si hasta las Universidades no se afanaban en los Estados Unidos por organizarse e imitar los cánones venerados e idealizados de la empresa de negocios (business enterprise). Y ello no sólo afecta la Cultura del país, la rebaja frecuentemente al nivel de los más toscos "slogans" comerciales, conspira contra lo refinado para imponer lo tosco y lo simple (¿no se ve esto en cierta prensa, cierto cine y las obras de determinadas casas editoriales?) sino se aplica, también, como medida de valor ecuménico. Los grandes pensadores de los Estados Unidos pueden no estar traducidos al español o al francés, pero se vierten hasta en rumano los artículos más bobos del "Reader's Digest". Para las estadísticas de algunas empresas de negocios, Francia estará más atrasada que el Estado de Kansas porque se consumen menos neveras en proporción demográfica. Si antes la Cultura se entendió como pulimento y desarrollo del "ser", ahora sólo sirve como medio para "tener". El financiero había absorbido todas las otras categorías sociales. En los Estados Unidos, Mr. Morgan pareció vencer a Mr. Jefferson o a Mr. Emerson.

Y lo que le da cierta fragilidad paradójica al inmenso poder norteamericano ante la presente angustia mundial, es que frecuentemente fallan fines y principios más altos que los de la expansión de los negocios y de los objetos de confort. No pueden plegarse a las pautas del usual conformismo inmanentista norteamericano, pueblos y culturas que han vivido experiencias más trágicas y desgarradas. El "paria" hindú, el indio de Sudamérica, el estudiante musulmán, protagonistas de pueblos en extrema o reprimida tensión, pueden ser más inquietos y descontentadizos que el próspero y satisfecho Mr. Babitt. Por ellos hablan culturas o frustraciones milenarias. Y no basta —como creen algunos norteamericanos— sustituir los principios teóricos, la Filosofía de una democracia mundial que a veces aceptó las alianzas y los intereses más bastardos, con la ayuda técnica a "los países atrasados". Tanto como de auxilio material y tecnológico, esos pueblos están requeridos de comprensión y justicia. No serán tan sólo los tardíos herederos de un sistema industrial y capitalista; los últimos invitados de un

festín que por el reclamo de fuera, ya no permitía la exclusión. Se necesita una inteligencia supranacional que apacigüe los resentimientos y diferencias, que sea capaz de aproximarse con simpatía a lo distinto. No basta vencer porque es preciso vencer, decía Unamuno. Y el convencimiento —aquello que el Evangelio colocaba más allá del pan de cada día— opera en zonas más desgarradas y misteriosas del alma, donde la necesidad se torna en fe. "No sólo de pan vive el hombre sino de cada palabra que sale de la boca de Dios", decía el Evangelio. Y esta "palabra de Dios", el principio ético que se coloca sobre la emergencia o la relación convencional de los Estados, es lo que exige el mundo para crear entre tantos amagos de catástrofe, una nueva concordia y cooperación. Esta ya no es una labor de financieros y expertos, sino de filósofos, de apóstoles, de grandes creadores espirituales. Así contra la fuerza de los procónsules, las legiones y los publicanos de Roma, se erguía, por ejemplo, en una olvidada provincia del Imperio, el que pareció muy frágil mensaje de Jesús. Era —contra todo cálculo de poder y cantidad— el impulso de una fe que configura la conciencia humana.

Si es cierto que América de acuerdo con la Filosofía que formó sus Estados —Filosofía de un "Nuevo Mundo" que se opone a los prejuicios y desigualdades del Antiguo y aspira a la conciliación democrática de las diferencias y discordias humanas— tiene una misión unitaria, superior aún al nacionalismo y mesianismo étnico que atribuyamos a sus respectivas zonas, conviene comprender las causas de nuestras desavenencias y estudiar, si puede recuperarse, esa voluntad totalizadora. En una tarea de Historia Universal ninguna de las dos porciones puede pretender el monopolio de la palabra "América". Aun en el más trágico de los casos, si aquellos síntomas de imperialismo agresivo que ya Martí describía en las vísperas de la primera conferencia panamericana, llegaran a revivir, y la presión política de los Estados Unidos sobre los países latinoamericanos se tornase más absorbente, la cultura americana del futuro tampoco borraría aquello que es íntimo, entrañable y diferenciado en la manera como concibe y expresa el mundo, la porción latina del Continente, o sea la más débil. La empresa imperialista y romana nunca llegó a extinguir los focos de cultura helénica y oriental que se encendían en las fronteras

de su Imperio, y los generales y pretorianos empezaron a tornar a la orgullosa Roma con las insignias y los lábaros de religiones desconocidas. Hubo que abrir el Panteón a los nuevos dioses venidos de Grecia, de Siria, del Egipto. Hasta nuevos emperadores de razas y culturas distintas ni siquiera conocían el latín. ¿No es esto la respuesta, la conciencia de Hispano-América, a aquel asustado verso de Rubén Darío: "Tantos miles de hombres hablaremos inglés"?

Pero la posibilidad histórica de América, tan nueva y tan original dentro de la experiencia humana, acaso supere los anubarrados presagios. Justamente los valores distintos y complementarios de las dos grandes zonas continentales; la simbiosis de razas y pueblos que aquí se ha operado, la coexistencia del indio arcaico y del inmigrante; el Atlántico que nos lleva a Europa y África y el Pacífico abierto sobre un Asia todavía no bien asimilada por la razón de Occidente, nos preparan —si sabemos entenderlo— para la verdadera Historia Universal. A medida que nuestra Civilización avanzó del Mediterráneo al Atlántico y encontró precisamente en América la juntura de los Océanos, el cuadro de la organización humana se fué ensanchando. De la Ciudad-Estado se avanzó al Estado nacional, a las confederaciones de pueblos, y ya comienza a hablarse —es todavía una esperanza— de Naciones Unidas. Si estas nuevas formas de cooperación aun no se cumplen plenamente porque los países acuden a ellas con sus instintos de superioridad o sus complejos de desigualdad, pronto habrá de comprenderse que las formas y las rutinas políticas deben adaptarse a lo que ya puede ofrecer al hombre el avance tecnológico y la universalización de la Cultura. Se afana la Humanidad en ir liberando las funciones reales —Economía, Industria, Educación, Ciencia— de los poderes espurios que las monopolizan. El espíritu prometeico quiere seguir rompiendo las cadenas. En cinco mil años de Historia el hombre se emancipó de una clase sacerdotal absorbente —como en los Imperios orientales, del Faraón hecho Dios, del monarca absoluto y de los privilegios de una clase feudal— y ¿por qué habría de detenerse, en las formas y estratificaciones de hoy, el proceso liberador de la Conciencia?

Así hasta el problema de la relación de las Américas, se presenta ahora de modo muy distinto a cuando Rodó escribía su "Ariel". No es un capítulo aislado de la Historia Universal,

porque sentimos con más angustia que entonces, todas las tensiones de la época. Ya no nos basta aquel individualismo estético, la lección sosegada del viejo maestro Próspero, porque estamos urgidos de solidaridad ética, y las ondas nos empujan hacia donde está bramando y solicitando lo colectivo. Ha desaparecido ese mundo de Rodó, de los finos aristarcas intelectuales de hace cincuenta años, e inquirimos, perplejos, qué es lo que va a nacer.

AFIRMACION DE UNA DEMOCRACIA:

GUATEMALA 1951

Por *Enrique MUÑOZ MEANY*

EL mapa político de la América Latina es hoy un cuadro de violentos claroscuros en que alternan las densas sombras de muchas dictaduras con las pinceladas de luz de algunas contadísimas democracias. En ese cuadro nada parece definitivo, como en las cartas de un ejército en campaña. Lo que ayer fué blanco hoy es negro y viceversa. De tarde en tarde, alguna revolución libertadora ilumina por un tiempo alguna región del mapa. Pero con más trágica frecuencia hay luces que se apagan y zonas ensombrecidas por cuartelazos castrenses: unos autócratas que substituyen a otros el botín del poder público, o, lo que es más grave, que interrumpen a filo de metralla algún promisor proceso democrático. Ritmo lunar de las mareas que suben o descienden: afirmación del derecho y de la libertad en la pleamar democrática o descenso fatal en las mayorías populares inermes, aplastadas por minorías oligárquicas poderosas. En este dramático esquema de Indoamérica, del Río Bravo al Estrecho de Magallanes, hay dos campos netamente definidos que representan dos causas en pugna: los opresores que mantienen una tremenda solidaridad de intereses y de complicidades a lo largo del continente, y los pueblos oprimidos, cuyo clamor mantiene encendido el fuego prometeico de su redención y permite que siempre y en alguna parte de América, la democracia pueda estar de turno.

Pareciera inexplicable que la democracia haya de ser excepcional en un continente como el americano cuya vocación por la libertad y una conciencia popular cada vez más despierta se han afirmado tanto en el último siglo. Pareciera inexplicable y paradójal que nuestro "nuevo mundo" sea el más viejo por la persistencia y arraigo de sistemas medievales y de satrapías salvajes que ya no son posibles en la antigua Europa ni en el

Asia milenaria. Determinan este estado de cosas sólo los factores económicos de un atraso deliberado y los factores extrínsecos desfavorables de una política mundial propicia a la entronización de capataces sin escrúpulos que sirven incondicionalmente a los poderosos intereses extranjeros. En efecto, son los dictadores los más entusiastas cuando se trata de ofrecer a las grandes organizaciones internacionales su colaboración para la defensa de la democracia, de la libertad y de la civilización occidental. Los tiranuelos criollos, verdugos vocacionales y desenfadados esclavistas, compiten afanosamente, para obtener la gracia de los grandes, en la concurrencia de ofertas sensacionales. Ofrecen sin vacilar todas las tierras necesarias para la estrategia, todos los recursos naturales del suelo y del subsuelo y toda la sangre de sus súbditos, a cambio de alguna sonrisa tranquilizadora, de algunos millones para sus camarillas insaciables, de buen armamento para mantener tranquilos a sus pueblos y de la aprobación internacional de drásticas medidas contra el "comunismo", etiqueta que invariablemente colgarán en el pecho de sus enemigos a la hora de las ejecuciones capitales. De aquí la frialdad y el escepticismo con que los pueblos americanos reciben la copiosa propaganda sobre la "defensa de la democracia y de nuestras libertades americanas amenazadas por el comunismo" y sobre la preservación de "los modos de vida occidentales y de la civilización cristiana que peligran de un ataque soviético". El hombre sencillo de nuestras ciudades o de nuestros campos que poco o nada sabe sobre la existencia que se vive en las estepas o en las márgenes del Volga o del Danubio, no tiene ningún motivo razonable para creer que aquélla sea peor que la suya—miserable, explotada y a menudo aterrorizada— ni para hacer el menor esfuerzo o sacrificio en defensa de las libertades que da Franco a los españoles o de los "modos de vida occidentales" que una docena de dictadores imponen ferozmente a sus pueblos en nuestra América. Otra sería la conciencia popular y otro el panorama político si la institucionalidad democrática de las grandes potencias no se agotase en su vida doméstica, si no hubiera tan agudas contradicciones entre el área interna y el ámbito internacional, si el triunfo de las democracias en la última guerra hubiese significado efectivamente el auténtico triunfo de la democracia en el mundo.

Ralces históricas

POR tesis general, la historia americana ofrece tres etapas en su proceso revolucionario: la revolución emancipadora, librada por los criollos contra el decadente imperio español de principios de ochocientos; la revolución liberal, burguesa y reformista (v. gr.: Juárez, Barrios), librada contra el conservatismo y contra residuos coloniales anacrónicos, por lo general a mediados del novecientos, y las revoluciones de tipo social y económico que se producen en el presente siglo (v. gr.: la mexicana, la guatemalteca). La primera que fué epopeya heroica y significó duros años de lucha para otros países (v. gr.: México, Colombia, Venezuela, y las repúblicas del Plata) no se operó en Guatemala, donde la independencia se produjo al conjuro de factores externos, casi sin lucha ni sacrificio. La segunda, la reforma liberal se cumplió en su tiempo, en 1871, y puso al país al día —diríamos en la vanguardia de América— en el orden institucional. Conquistas irregateables del liberalismo fueron, entre otras, el término del latifundio clerical y monástico, la separación de la Iglesia del Estado, la abolición de las manos muertas, el laicismo en la enseñanza del Código Civil —inspirado en el Código napoleónico— estableciendo el matrimonio civil, el divorcio, la indiscriminación sucesoria de los hijos, etc. Pero a lo largo de cincuenta años, los sucesores de Barrios y García Granados tiranizaron en forma tan salvaje a Guatemala en nombre del liberalismo, que llegó un momento en que hasta la palabra "liberal" llegó a tener un sentido peyorativo. La tercera revolución, la revolución social y económica —que históricamente es la segunda en Guatemala— llega tardíamente, en 1944, con dos largas décadas de retraso respecto a la Revolución mexicana y casi en las postrimerías de la segunda gran guerra. En lo externo la favorecen, por modo indirecto, el nobilísimo ideario de Roosevelt sobre el nuevo trato y la lucha sin cuartel contra el enemigo totalitario, inspirada en los principios de la Carta del Atlántico. En lo interno es la violenta exasperación de un pueblo oprimido más allá de todo posible límite y que, como los gases sujetos a excesiva presión, hace saltar la caldera. El hombre de América, advierte que ha sonado en todos los relojes del mundo la hora de la libertad y la hora de las grandes reivindicaciones. No en vano se juega el destino de la democracia frente a Stalingrado, ni desem-

barcan los aliados en las playas bretonas, ni se lanzan a la calle los maquis y los franco-tiradores de Francia. Es también la hora de la liberación en América y el ocaso de los sátrapas que en nombre de la democracia ametrallan a sus pueblos. Prende la chispa insurreccional en San Salvador, y luego en Guatemala, en Nicaragua, en Honduras, más tarde en Venezuela, en Bolivia y en Haití. De la tempestad en el Caribe, fuera de esporádicos y transitorios beneficios en otras partes, no queda como saldo positivo más que la triunfante y consolidada Revolución de Guatemala que ha cumplido su primer sexenio, que se enraiza profundamente en la entraña nacional y que se afirma invicta después de la prueba de fuego de treinta complotos reaccionarios.

En rigor de verdad, la Revolución guatemalteca de Octubre —como la mayoría de las revoluciones— principió por un golpe cívico-militar que derrocó la efímera y grotesca dictadura de Ponce y que recibió a las pocas horas el más rotundo apoyo y ratificación del pueblo. Tuvo sus raíces en el movimiento insurreccional de la ciudadanía que en junio de 1944 paralizaba la vida del país y hacía caer a Jorge Ubico, después de 14 años de desenfundada y cruel omnipotencia. Pero pudo haberse quedado en esto: en un simple golpe de estado y a lo sumo en un movimiento popular y militar de liberación, como lo fué el movimiento nacional que en 1920 puso fin a la sombría dictadura de Estrada Cabrera y que los conservadores de la época transformaron en un claudicante régimen reaccionario. El contenido auténticamente revolucionario se lo dió en parte la breve y eficaz gestión de la Junta Revolucionaria de Gobierno (octubre de 1944 a marzo de 1945), y sobre todo, el gobierno de Arévalo.

Espejismo e intuición

JUAN José Arévalo, doctor en Filosofía y Ciencias de la Educación, Catedrático en Universidades del Plata, vigoroso pensador y elegante estilista, autor de media docena de obras filosóficas y pedagógicas, domiciliado en Sudamérica en los últimos ocho años, y proclamado candidato a la presidencia de Guatemala por los partidos estudiantiles, era, a mediados de 1944, casi un desconocido para los guatemaltecos. Por lo menos,

política y socialmente desconocido. Fuera de los Círculos universitarios y normalistas, su existencia—y no hablemos de su ideología—era totalmente ignorada. Cuando Arévalo descendió del avión que le trajo a tierra guatemalteca, aceptando su candidatura presidencial postulada por la juventud revolucionaria, denso pueblo lo esperaba en La Aurora. Y también los fotógrafos del régimen expertos en los trucos y mixtificaciones publicitarias. El gesto cordial del viajero agitando la mano para saludar al pueblo fué fijado por las cámaras en un instante en que aparecía con la diestra en alto. Y los volantes de propaganda oficial del poncismo le hacían aparecer con una cruz gamada y haciendo el saludo fascista. (Ya Ubico había calificado de nazis a los universitarios en huelga que iniciaron el movimiento en junio de 1944). Esta fué la primera versión oficial: Arévalo era fascista y traía consignas del eje a través de Buenos Aires. La reacción lo creyó y decidió apoyarlo. La reacción, apta para mimetizarse en todos los movimientos y consciente de la absoluta impopularidad de Ponce, quiso, dos meses más tarde, capitalizar la Revolución del 20 de Octubre y se unió a los partidos arevalistas en la certeza de hacer un buen negocio.

En aquellos días, Arévalo era para muchos un enigma: no tenía militancia en las filas de los partidos tradicionales conservador ni liberal, y de este último no disimulaba el concepto despectivo que justificaban cincuenta años de abyección y de tiranía; calificaba a la aristocracia de "categoría estética" y ensayaba una vaga doctrina, nebulosamente metafísica, sobre el "socialismo espiritualista" que los socios de los clubs elegantes no pudieron digerir, pero que, con sonrisa esperanzada, trataron de aproximar a los ismos de la derecha. Los más herméticos salones de la pseudoaristocracia chapina se abrieron para el maestro de provincia, convertido en candidato presidencial, cuyo triunfo electoral era seguro porque había una junta revolucionaria respetuosa de la voluntad ciudadana. En los círculos clericales mejor informados se aseguraba que Arévalo sería el anti-Barrios: esto es, que su triunfo significaría la reconquista de los privilegios de clase, la devolución a la Iglesia de los bienes nacionalizados por la Reforma, el restablecimiento de la religión oficial y de las congregaciones conventuales. (Cabría observar, entre paréntesis, que este desconocimiento tuvo mucho de recíproco: Guatemala, en 1944, no co-

nocía a Arévalo, y a su vez Arévalo conocía muy poco a los guatemaltecos. A menudo los sobrestimaba o los subestimaba. Buena parte de sus fallas, sobre todo en la selección de equipos administrativos, deriva de este desconocimiento de los hombres, extraño en un humanista cuya penetración psicológica fué a veces tan lúcida). A este fenómeno de autosugestión se debió también la casi unanimidad de fuerzas que llevaron a Arévalo a la presidencia, descontando sólo un ínfimo coeficiente de votos distribuido entre algunos candidatos crónicos de la vieja guardia. La fantasía de los sectores más opuestos dibujaron del futuro presidente la imagen deseada, a su entera semejanza, como hacen los creyentes con la figura de sus dioses. La reacción que es cálculo frío y larga experiencia histórica, se equivocó, llevándose el peor chasco. En cambio, el infalible instinto popular no se engañó nunca: Arévalo, corpulento y cordial, maestro optimista, sin pasado político, sería el amigo del pueblo, el gran gobernante de la Revolución y uno de los primeros estadistas de América.

Nunca en la historia política de Guatemala se dió el caso de un gobierno más popular y tolerante, más demócrata y progresista que el instaurado por la Revolución. Y nunca en la historia guatemalteca la oposición fué como entonces más libérrima, más enconada y más feroz. Precisamente por la casi unanimidad nacional que llevó a Arévalo al poder, a medida que el gobernante se iba definiendo por la causa del pueblo, se manifestaba el despecho y la insatisfacción de aquellos sectores que se sintieron defraudados en sus intereses y ambiciones. Todos los autoengañados en cuanto a la personalidad del gobernante con los más absurdos espejismos, fueron convirtiéndose en sus más implacables adversarios. Todo el pasado guatemalteco autocrático, oligárquico y feudal, fué haciendo un frente común de ofensiva reaccionaria, manifestándose desde el obstinado ataque de la gran prensa monopolista y las múltiples provocaciones, hasta la casi permanente conspiración. Todos los ismos regresivos —el ubiquismo desplazado, el fascismo criollo, el clericalismo tartufo, el feudalismo latifundista y el imperialismo agresivo de las grandes empresas extranjeras— mantuvieron seis años de agitación frenética, de continuo forcejeo para recuperar posiciones y privilegios y reconstruir los bastiones de la dictadura que saltaron en pedazos el 20 de Octubre.

Contra ningún régimen americano ha gastado más tinta la calumnia: los epítetos de turno en el descrédito o en la fobia internacional fueron contradictoriamente aplicados a Arévalo y a sus hombres de gobierno, sucesivamente calificados de fascistas inspirados por Perón hasta comunistas obedientes de consignas de Moscú. En esta campaña demagógica y antinacional ni siquiera faltaron voces pseudorrevolucionarias denunciando en pleno congreso la imaginaria existencia de 50,000 cédulas rojas para congraciarse con el imperialismo y con la reacción. Al fanático se le hizo creer que el gobierno era enemigo y perseguidor de la Iglesia Católica, al propietario, que su capital estaba amenazado, al inversionista, que los bienes no gozaban de garantía alguna. Y a la fauna doméstica —“los cangrejos”, según pintoresco mote que les dió Arévalo por alusión a su marcha hacia atrás— se sumaron los naturales enemigos exteriores: los dictadores, desde Franco hasta los caciques del Caribe, los dineros de grandes monopolios internacionales y algún típico representante de los mismos, algún embajador estadounidense que hubo de ser declarado non grato. Toneladas de prensa local y extranjera volcaron infamias sobre al Revolución guatemalteca, y, de modo involuntario, contribuyeron con su tónica escandalosa, a hacer más sonoro el nombre de Guatemala.

De la ininterrumpida serie de conspiraciones, mantenida con empecinamiento de chouanes, unas se quedaron en tentativa otras llegaron al estallido violento. Típicas fueron la capitaneada por el falangista español Casado, con raíces en el fascismo peninsular; la rebelión de la Guardia de Honor el 18 de julio de 1949 —efeméride franquista— en que la Revolución pasó por la más recia prueba de fuego; la de julio de 1950 iniciada por minutos de silencio y saludos fascistas en la avenida de mayor circulación, provocaciones, y atentados y huelgas patronales movidas por sectores de la alta burguesía, abortada por la cohesión de las fuerzas revolucionarias y la fidelidad del ejército; y el asalto sorpresivo a la base militar de La Aurora, en vísperas de las elecciones presidenciales de noviembre y con el fin de frustrarlas. “No estaré en el poder ni un día más del término constitucional —dijo Arévalo— pero, eso sí, ni un día menos”. El firme respaldo de su pueblo le permitió cumplir esta promesa.

patronales y profesionistas, y que hoy protege a varios cientos de miles de laborantes en la República. El Instituto de Seguridad Social fué concebido y creado como entidad autónoma y su desarrollo extraordinario comprende verdaderas redes de hospitales, consultorios, clínicas y servicios de emergencia y de readaptación profesional. En materia asistencial, debe hacerse justicia a la creación de las Guarderías y Comedores Infantiles, organizada y dirigida con gran sencillez y generosidad por doña Elisa de Arévalo, la esposa del Presidente, y gracias a los cuales de diez a quince mil niños pobres reciben diariamente alimentación y asistencia.

Las realizaciones educativas constituyen logros inestimables de la Revolución y de su primer gobierno. En síntesis, lo más fundamental hecho en este ramo, ha sido sobre todo la dignificación del maestro, la ley escalafonaria del magisterio nacional, la desmilitarización de la enseñanza, autonomía de la Universidad Nacional, creación de las Facultades de Humanidades, la de Agronomía y la de Derecho de Occidente, reapertura de la Universidad Popular, clausurada por la dictadura, vigorosa campaña de alfabetización que realiza con magnífico frutos un Comité Nacional, construcción de 135 escuelas nuevas entre las que se cuentan las escuelas de tipo Federación concebidas por Arévalo y que constituyen una radical innovación de arquitectura al servicio de la pedagogía (debe recordarse que la dictadura a lo largo de 14 años no fundó una sola escuela), la fundación del Centro Editorial de Educación que edita millares de libros para la cultura popular y el movimiento creciente de becas para que los postgraduados adquieran o perfeccionen especializaciones en el extranjero.

La reacción nacional, empeñada en negar la evidencia, asegura que en el orden material no hizo absolutamente nada el gobierno de la Revolución. Y aun en este capítulo, secundario al lado de los otros, el sexenio arevalista ha sido más constructivo y fecundo que los catorce años del ubiquismo. Las obras públicas de la Revolución no tienen el sentido faraónico —palacios señoriales y trabajo esclavista— de anteriores regímenes. Las obras materiales de la revolución tienen una esencia, un contenido y un destino social y popular. Escuelas, hospitales, casas baratas para obreros, carreteras, estadios, agua y luz para los pueblos. Dos de estas obras, por lo menos, son de las mejores en su género en Hispanoamérica: el Hopistal Roos-

evelt, con capacidad para mil enfermos, con la hermosa escuela de enfermeras anexa, y la Ciudad Olímpica, con su estadio para más de 50,000 espectadores, su palacio de los deportes, gimnasio, 4 canchas para tennis, piscina y teatro al aire libre. Sólo en sus primeros cuatro años, el gobierno construyó más de 100 escuelas, asfaltó 222 kilómetros de carreteras, construyó once nuevas carreteras, 17 nuevos hospitales, introdujo agua potable a 30 poblaciones y la electricidad a 36, hizo cuatro estadios populares y edificó los barrios obreros de Quezaltenango, Antigua y Santo Tomás y las colonias residenciales baratas para el proletariado: "20 de Octubre", con 204 casas, "Colonia Labor", con 107 casas y la Colonia Militar del Campo de Marte. Ello sin mencionar la Colonia Nacional Agrícola de Poptum —ciudad en construcción— que es una avanzada en las junglas del Petén, provista de campos de experimentación agrícola, crianza de ganado, aserraderos, hospital, escuelas, etc., unida al Sars-toom por una carretera de 72 kilómetros abierta en plena selva virgen. Toda esta obra material se ha hecho retribuyendo justos salarios al trabajador, sin contraer empréstitos y sin desequilibrar el presupuesto nacional ni la economía del país regulada a través del Banco de Guatemala, fundado por el mismo gobierno.

No sólo el nuevo trato social, el respeto al derecho, el apoyo a las justas reivindicaciones proletarias y las preocupaciones culturales que constituyen la médula de la democracia guatemalteca, son las características de la Revolución de Octubre. Lo es también una singularísima política de decencia internacional que ha dado a Guatemala inconfundible fisonomía y reconocido prestigio. Características de esta política exterior —que en definitiva no es sino la proyección internacional de los principios revolucionarios— han sido la afirmación de la independencia y soberanía nacionales, el sentido democrático en la acción internacional, el respeto al derecho internacional y la fidelidad al derecho de gentes y un efectivo centroamericanismo. En los párrafos que siguen ensayaremos un rápido esquema de estas cuestiones.

Afirmación de la independencia y soberanía nacionales

SEGURAMENTE en momento alguno de su historia han sido tantos los riesgos para la estabilidad del gobierno y para la

independencia nacional, ni más inquebrantable la voluntad popular de mantener su democracia y afirmar su soberanía, contra el obstinado embate reaccionario. Ilustran esta característica la posición de dignidad de Guatemala en el concierto de las Naciones Unidas y Organización de Estados Americanos y su colaboración sincera —sin satelitismo— con estas organizaciones. "Colaboramos de pie, no de rodillas —dijo Arévalo—, en la causa del destino común". Por vez primera en cien años, Guatemala ha hablado con voz propia, sin pedir consignas, inspirándose en nobles ideales ético-políticos. El planteamiento y reiterada exigencia para la reivindicación del territorio de Belice —usurado por el imperialismo británico— se mantiene como el problema número uno de la diplomacia guatemalteca. La Constitución revolucionaria de 1945 consagra que Belice es parte integrante del territorio nacional, y la reclamación se mantiene con energía sin que el gobierno ceda ni se amedrente ante las provocaciones navales de Inglaterra, como lo fué el envío de grandes acorazados a las costas guatemaltecas, que vino a compactar la opinión pública y despertó olas de protesta de todos los pueblos americanos en favor de la causa de Guatemala. Parte de esta misma política ha sido la defensa de los intereses nacionales contra la agresividad insolente de poderosos monopolios extranjeros. Con riesgo de su estabilidad, el gobierno de Arévalo ha obligado a grandes empresas internacionales a respetar la ley y la autoridad del Estado y a satisfacer las justas demandas de sus trabajadores.

Las concepciones e ideales políticos que inspiran y animan la gestión de los revolucionarios guatemaltecos tienen cabal correspondencia con el sentido de su acción internacional. Estas doctrinas e idearios democráticos no se agotan en la política interna, como ocurre en otros países ejemplares democráticos en su vida institucional y agresivamente imperialistas o servilmente entreguistas en su acción exterior. Tipifican esta conducta de Guatemala las posiciones y tesis siguientes:

a) *Repudio al fascismo y ruptura con el régimen de Franco*, decretada a principios de 1945 por la Junta Revolucionaria de Gobierno, a pedido de las fuerzas populares más representativas, de los partidos políticos y de la Asamblea Nacional. Varios meses antes que las Naciones Unidas condenaran en San Francisco al bárbaro régimen falangista, Guatemala tomó esta decisión neta y definidora, no sólo por lealtad a los ideales de-

mocráticos y fidelidad a la causa de la ultrajada madre patria, sino en vista de la militancia conspirativa de la falange española en América Central. Las Naciones Unidas, en una de sus más lamentables contradicciones, han sido después inconsecuentes con sus doctrinas y con el heroico pueblo español que les sirvió en su lucha contra el fascismo. Guatemala, como México, se mantiene en una posición justa.

b) *Defensa y preservación de la democracia en América* mediante el no reconocimiento de nuevos regímenes de facto dictatoriales surgidos en el hemisferio americano a consecuencia de golpes de estado. Esta tesis presentada en la conferencia de Chapultepec, a principios de 1945, estaba inspirada en la dolorosa experiencia histórica americana, donde los procesos democráticos se ven frecuentemente interrumpidos por el asalto pretoriano y castrense. La idea de un cordón sanitario —la simple actitud del no reconocimiento diplomático— habría sido remedio de posible eficacia. Esta ponencia fué transferida a la conferencia de Bogotá (1948), donde otros intereses trataron de desfigurarla, convirtiéndola en instrumento de persecución internacional para las ideologías de izquierda, y Guatemala se vió precisada a retirarla, al aprobarse la resolución contraria recomendando la continuidad de relaciones entre los estados americanos, sin juzgar de su legitimidad ni sus condiciones internas. Media docena de cuartelazos producidos durante el año siguiente en América vinieron a probar que Guatemala estaba en lo justo. A pesar del naufragio en Bogotá de esta ponencia guatemalteca, el gobierno de Arévalo practicó de hecho la generosa y consecuente política predicada desde 1945. Parte del principio de una solidaridad democrática americana. Los gobiernos, por largo que sea su mandato o su poder de facto, son transitorios. La temporalidad es su dimensión característica: sólo los pueblos son permanentes. Si un régimen se ha impuesto momentáneamente, a sangre y fuego, sobre sus súbditos, o por escandalosa estafa electoral, no puede considerársele como representante legítimo de ese pueblo, sino como su mayor enemigo, y algo más, como una potencial amenaza para la democracia americana. Esta postura objetada por la diplomacia tradicional y aplaudida por los pueblos oprimidos, fué consecuente con la posición revolucionaria de Guatemala y con las mismas declaraciones de las grandes democracias. Y en verdad, sin escrúpulos de soberanía se decidió liberar de la

opresión a los pueblos cuyos gobiernos estaban al servicio del totalitarismo: se trató de establecer en ellos—aunque fuese asunto interno de los mismos— el régimen democrático, con base en que la soberanía nacional no puede sobreponerse a la soberanía humana. Mientras se adoptan medidas que garanticen en el futuro la libre determinación de los pueblos vencidos, nada se ha hecho para dar a los pueblos amigos y aliados de América, la oportunidad de liberarse de los gobiernos que los tiranizan.

Estas ideas y preocupaciones planteadas por vez primera en Chapultepec en febrero de 1945, han sido un *leit motiv* en muchos discursos del Presidente Arévalo. Decía al tomar posesión de la Presidencia: "Nos sentamos en la mesa redonda de la democracia, mezclados caprichosamente, los representantes de gobiernos populares, con los representantes de gobiernos brutalmente totalitarios. Si la democracia está en crisis, se debe a sus propios descuidos, a sus propias complacencias con los enemigos de la democracia. Creemos, por eso que al terminar la gran guerra debiera acordarse una nueva política internacional para la defensa de los pueblos estafados" (15 de marzo de 1945). Al recibir al Presidente Ríos, de Chile, el 7 de noviembre de 1945, insistía en este generoso concepto: "Los gobiernos que ametrallan a sus pueblos han perdido su derecho de subsistir. Y nosotros, los gobernantes de América, de esta América de la postguerra, no podemos cruzarnos de brazos ante un pueblo ametrallado, menos aún si ese pueblo es carne y sangre de América. La democracia no es un bien privado que esté al capricho de cada gobernante americano. La democracia es un bien continental americano y debiera ser la columna vertebral del continente". En fin, aludiendo a la doctrina Larreta—inspirada en la tesis guatemalteca—decía Arévalo en 1946: "En cuestiones de orden internacional, Guatemala ha iniciado en América un gran movimiento de sinceridad y de lealtad democráticas. Pero la postura de nuestra Revolución frente a los gobiernos totalitarios español y *argentino*, así como su prédica en favor de un aniquilamiento definitivo de las dictaduras que ahogan todavía a pueblos hermanos, sólo ha tenido fortuna posteriormente cuando el gobierno uruguayo formuló las mismas tesis dándoles la forma de una ponencia oficial colectiva". Esta política practicada por el gobierno de Arévalo y que sus adversarios califican de autoaislamiento se manifestó

en la ruptura de relaciones con Trujillo, a mediados de 1947, cuando el dictador dominicano decidió, después de 18 años de gobierno, perpetuarse indefinidamente en el poder, y también en el no reconocimiento de la serie de golpes de estado anti-democráticos producidos en América en los últimos años. Esta política seguida sin desfallecimientos y en que apenas hubo alguna tremenda equivocación en Centroamérica y alguna inexplicable condecoración en Sudamérica, significó para el gobierno de Guatemala profundas antipatías oficiales, pero, en cambio, le conquistó el unánime fervor de los pueblos.

c) *Tesis sobre condena y abolición del coloniaje en América*, presentada por Guatemala, en 1948, a la IX Conferencia Internacional Americana reunida en Bogotá. No se limitó Guatemala al planteamiento político de la restitución de su territorio de Belice, usurpado por el imperio inglés, sino que fué portavoz generosa de todos los pueblos americanos víctimas del coloniaje y la expresión auténtica de un sentimiento de libertad y autonomía que hace siglo y medio animó la gesta de los libertadores y que inspira la lucha de los americanos conscientes de que "el proceso histórico de nuestra emancipación no habrá terminado mientras subsistan en el continente pueblos y regiones sometidos al régimen colonial". No obstante las trágicas circunstancias de Bogotá (el movimiento de insurrección popular determinado por la muerte de Jorge Eliécer Gaitán, oficialmente atribuido a consignas comunizantes) y a pesar del sabotaje reaccionario, la tesis guatemalteca fué adoptada por la abrumadora mayoría de 18 votos en favor, ninguno en contra y sólo las abstenciones de Estados Unidos, Brasil y República Dominicana. Ello constituyó un resonante triunfo guatemalteco que si no produjo de inmediato todos los frutos esperados en la Comisión de Territorios Dependientes reunida en La Habana un año después, fué, por las maniobras colonialistas a las cuales hizo lamentablemente el juego alguna delegación hermana, provocando incidentes absurdos al plantearse el problema de Belice. Quedó firme, en todo caso, la tesis guatemalteca: el coloniaje fué rotundamente condenado por las naciones americanas y un vigoroso movimiento de opinión pública crece de día en día para transformar tan nobles anhelos en realidades concretas.

d) *Apoyo a la causa de Israel*. Por elementales principios de justicia, Guatemala adoptó en las Naciones Unidas una po-

sición categórica de defensa del pueblo judío y fué el primer país que reconoció al Estado de Israel, a raíz de haberse constituido y cuando su existencia parecía tan aleatoria por los intereses británicos y árabes que le amenazaban de muerte. Esta otra actitud consecuente con las normas democráticas, operando en defensa de un pueblo milenariamente perseguido y víctima de las crueldades del fascismo, le ha valido a Guatemala un sólido prestigio y la amistad no sólo del novísimo estado israelita, sino de todo el sionismo internacional.

Respeto al derecho internacional y fidelidad al derecho de gentes

EL gobierno de Arévalo ha presentado más que ningún otro de la historia centroamericana y como pocos en América, lo que llamara Luis Cardoza y Aragón: "La civilización en el poder". Característica tolerancia para todos los credos e ideologías. Y en el ámbito internacional, escrupuloso respeto al derecho de gentes y a las obligaciones del Estado. Estos principios normativos de la política de la Revolución explican hechos y actitudes como las siguientes: a) En el último sexenio, Guatemala ha sido oasis y puerto de buen abrigo para todo linaje de perseguidos políticos, víctimas de dictaduras europeas y americanas. Perseguidos ilustres o modestos se han incorporado a la vida guatemalteca sin discriminación de ningún género. b) Guatemala defendió y afirmó con su ejemplo el derecho de asilo político, nunca discutido por la cancillería guatemalteca. Gracias a él, los hombres de la dictadura, los enemigos de la libertad, pudieron salir del país durante la Revolución de 1944, así como los conspiradores de los complots organizados contra el gobierno. Las misiones diplomáticas de Guatemala en el exterior (en San Salvador, Managua, Tegucigalpa, Santo Domingo y Caracas) asilaron y salvaron numerosos perseguidos políticos en los seis últimos años. En el reciente caso de Haya de la Torre y ante el absurdo fallo de la Corte Internacional de Justicia, Guatemala ha respondido la primera, expresando la indignación de Hispanoamérica y pidiendo la adopción de resoluciones americanas en defensa de este derecho tradicional en nuestro continente. c) Oportuna denuncia de los riesgos que entraña la acción anticomunista, propuesta por Brasil, Perú, Chile y Estados Unidos, en la IX Conferencia In-

teramericana. Guatemala sostuvo que la democracia debe ser defendida con acciones democráticas y no con medidas de persecución policiaca y señaló el peligro que significa para la libertad y para todos los derechos humanos la antojadiza bandera del anticomunismo, utilizable por los dictadores para desencadenar bárbaras persecuciones a pretexto de defender la democracia de la cual son el más pavoroso escarnio. Este mismo criterio acaba de ser sostenido en la IV Reunión de Consulta celebrada en Washington en marzo de 1951, por los delegados guatemaltecos que representaron al gobierno del Presidente Arbenz.

Hacia la reforma agraria

EL general Cárdenas dijo que la Revolución guatemalteca era una revolución urbana en un país agrario. Y nada más exacto. Ni la Junta Revolucionaria ni Arévalo pudieron acometer la tarea fundamental de llevar la revolución al campo, de liberar al campesinado del latifundio y de la servidumbre. Con todo, la obra realizada por el primer gobierno revolucionario es la más extraordinaria y fecunda que se haya hecho en América Central, y aun en el campo guatemalteco se han recibido sus beneficios que si no fueron remedios de mal, aliviaron en considerable medida, la suerte del campesinado. Arévalo fué el gobernante que más se interesó por la vida de las provincias y de las aldeas, a la inversa de los dictadores cuya obra —fachada sin profundidad— se agotó en la capital. La electrificación de numerosas poblaciones rurales, la multiplicación de escuelas en las regiones más abandonadas del país, la construcción de hospitales y carreteras departamentales y, sobre todo, la exigencia de mayores salarios para los trabajadores del campo, las misiones culturales ambulantes y las colonias agrícolas y el régimen de seguridad social en protección del campesinado, prueban estas directivas progresistas del arevalismo.

Pero queda en pie, como tarea fundamental, el planteamiento y resolución de la reforma agraria. La reforma agraria democrática es la esencia misma del programa de Jacobo Arbenz y la promesa que encendió la esperanza de las masas populares cuyos sufragios le llevaron al poder presidencial en las elecciones de noviembre de 1950.

No se requiere mayor capacitación marxista para comprender que todo el problema político y social de Guatemala es en definitiva un problema económico y que siendo Guatemala un país agrícola y poblado por una mayoría indígena de labriegos sujetos secularmente a la servidumbre, el problema agrario y el problema indígena forman una unidad indisoluble. Todos los esfuerzos bienintencionados que se hagan en el orden sanitario o en el orden cultural por la redención de las masas indígenas, sin encarar directamente sus reivindicaciones económicas, su derecho a la tierra, serán afanes románticos, sin contenido, ni fruto ni trascendencia.

Todos los aspectos de la vida nacional y todos los problemas económicos, sociales y políticos están subordinados a la solución del problema agrario que la República no ha podido ni siquiera plantear hasta la fecha en sus justos términos (recordemos que el liberalismo apenas tocó al latifundio monástico). No es posible concebir ni esperar que progresen y ni siquiera que se establezcan las instituciones democráticas sobre una economía feudal. El diálogo de liberales y conservadores que cubre cerca de siglo y medio de nuestra historia, se detuvo siempre en la superficie y divagó por la cúspide sin tocar la base de la pirámide. En verdad, el pueblo hasta hace muy poco fué tan sólo un sencillo espectador en las contiendas políticas de las oligarquías burguesas. Hasta hoy comienza a intervenir como protagonista en su propio e intransferible destino.

El problema agrario no es un problema de técnica agrícola como algunos pretenden. Implica ante todo la liquidación del feudalismo colonial que ha substituído en la República. La falta de una auténtica clase capitalista y la permanencia y predominio de una feudalidad terrateniente, con apariencias de burguesía, mantiene incólume el latifundio y su consecuencia social inmediata: la servidumbre del campesinado indígena sin tierras. Este planteamiento que dista mucho de ser socialista y que apenas significa la aplicación del espíritu y de la letra de la Constitución de 1945, sólo pretende iniciar en Guatemala el tránsito de una etapa feudal primitiva a una etapa de incipiente desarrollo capitalista, transición que históricamente no se ha cumplido todavía y que es la premisa económica para el progreso de la industrialización del país.

Todas a casi todas las conclusiones a que llegaba Mariátegui sobre los problemas inseparables y concomitantes de la tierra y del indio en el Perú, tienen vigencia para Guatemala. También los indígenas guatemaltecos y sus ancestros mayas, son una raza de labriegos y su civilización fué una civilización agraria, como lo fuera la inca. También en Guatemala las mismas formas coloniales de inquisición y feudalidad y el espíritu reaccionario de la contrarreforma determinaron el atraso cultural y el atraso económico y son responsables en buena parte de la involución de las masas indígenas, secularmente mantenidas en la servidumbre y en la miseria. En fin, también en Guatemala, como en el Perú y en casi toda la América indohispana, el indio, a pesar de la copiosa legislación liberal, no se ha hecho individualista, no porque sea refractario al progreso, sino porque el individualismo no tiene posibilidades de desarrollo para él bajo un régimen feudal o semi-feudal, y por el contrario, sus comunidades han sido hasta ahora su tímido pero eficaz medio de defensa.

Un ensayo de reforma agraria democrática en un país donde el campesinado indígena es abrumadoramente mayoritario, debe inspirarse no sólo en las posibilidades económicas en cuanto al parcelamiento del latifundio para alcanzar un ulterior desarrollo capitalista, cancelar la servidumbre y organizar el trabajo asalariado del campo, sino también en la necesidad de respetar y estimular, con elementos de socialismo científico, el régimen de comunidades indígenas que es la modalidad tradicional, justa y adecuada de la vida y producción de las colectividades campesinas.

En este programa de concretas realizaciones económicas y sociales está empeñado el nuevo Presidente de Guatemala, Coronel Jacobo Arbenz y su equipo revolucionario. La realización de estos planes de gobierno exige no sólo la enérgica decisión de los hombres de estado y de los dirigentes inspirados en las vitales necesidades del país y en el sentido histórico de sumisión, sino una era de paz constructiva y de labor fecunda. "*Terra e non guerra*" es la voz de los campesinos de Italia en esta hora de crisis mundial y de histeria belicista. Igual cosa pueden decir los campesinos de Guatemala. Ya Arbenz hizo la patriótica declaración de que ni un solo guatemalteco saldrá de América para combatir en el eventual caso de una guerra mundial. Todos los hombres y todos los recursos del país son

ahora más que nunca necesarios para ganar en Guatemala la batalla de la paz y del progreso. Y contando con la adhesión solidaria de las fuerzas democráticas mayoritarias que le llevaron al poder y con la lealtad vigilante y responsable de un ejército consciente de su misión, la acción de Arbenz vendrá a completar la obra ya histórica y perdurable de Arévalo, consolidando desde sus bases y definitivamente la joven democracia guatemalteca.

EL INDIO Y LA COCA

Por *Mario A. PUGA*

POR sobre el drama de millones de hombres de tez cobriza y milenario ancestro se celebró por décimaprimer vez, el 19 de abril, el *Día del Indio* en los países de América. Creada la fecha en 1940¹ para honrar la memoria de quienes forjaron las grandes culturas aborígenes, tiene como finalidad, también, mantener en los pueblos y los gobernantes la decisión de llevar al cabo la imperativa reivindicación de las masas indígenas. Desde entonces, una pléyade de especialistas y hombres de buena voluntad estremecidos por la dramática realidad del indio en países como Bolivia, Perú, Ecuador, Colombia, Venezuela, Guatemala y México, se ha esforzado por formular y poner en ejecución un programa de proyección continental.

Se trata de sacar a las masas indígenas del estado de reza-go cultural y de indigencia aguda que padecen con raras excepciones, incorporarlas al movimiento de sus respectivos países, transformándolas en factores activos del desarrollo social y económico a ritmo menos desesperadamente lento.

Los medios propuestos han sido muchos, tantos como los proyectos que con frecuencia y en cantidades sorprendentes se presentan a la consideración de las reuniones internacionales de etnólogos, educadores, sociólogos, historiadores, etc. Aunque reveladores de la intensa preocupación del hombre de ciencia y del político —muchas veces sincero defensor del indio— han carecido siempre del necesario respaldo económico de los gobiernos interesados, en mayor o menor medida; pero, fundamentalmente, cuanto programa o plan se ha elaborado cayó en el abismo de las circunstancias —que no por ser circunstancias dejan de ser seculares— negativas: la falta de libertad y de garantías sociales necesarias para poner en marcha una

¹ Por resolución del Primer Congreso Indigenista Interamericano celebrado en Pátzcuaro, Michoacán.

solución que requiere de la obra revolucionaria profunda y que, caso de no ser atendida, seguramente tendrá la magnitud de una cruenta catástrofe.

De los 30 millones de indios que sobreviven a la antigua población aborigen, las cuatro quintas partes tal vez, padecen miseria, abandono social, postración ilímite. Una exigua minoría nada más, es ciudadano normal, factor de trabajo y producción, activo miembro de la comunidad. Y entre ambos extremos deben contarse todavía otros varios millones de mestizos que, indígenas por sus hábitos sociales, condición económica o asimilación cultural de idioma y tradiciones, viven en niveles muy próximos a los de la masa indígena.

Obras son amores...

NINGÚN país de Indoamérica ha hecho tanto por el indio como México, quizás porque era y es aquí todavía, en parte, más complejo el problema. A la multiplicidad de idiomas y tradiciones, a la diversa composición racial de su población, se une la hostilidad del medio geográfico, que hace más dura la lucha para arrancar del suelo el sustento. Pero aquí por lo mismo —probando México su integridad ante la Historia— se ha hecho la mayor obra.²

Se ha batido a la ignorancia en sus propios reductos con la más intensa campaña de alfabetización que se conoce en América. Durante más de seis lustros se viene dando tierra a los campesinos —no siempre con igual ritmo y acierto— pero tienen frecuentemente parte de las extensiones que la técnica conquista al erial y las selvas y, con ellas, tienen crédito y organización para su defensa.

Esta obra, pese a los azares y las contradicciones políticas, ha avanzado tesoneramente y en forma simultánea en varios terrenos, desde el estudio de las lenguas indígenas hasta la enseñanza de las artes domésticas y las técnicas agrícolas; de las campañas de higiene social y de salubridad hasta las de protección económica en las organizaciones ejidales, de product-

² A través de la Dirección de Asuntos Indígenas de la Sría. de Educación; del Depto. Agrario de la Sría. de Agricultura; del Instituto Nacional de Antropología y desde 1948 del Instituto Nacional Indigenista.

res y asociaciones de crédito. En fin, siendo mucho lo realizado y cada año menores las zonas donde el indígena espera la acción enérgica del Gobierno Federal para la atención de sus problemas, es todavía mucho lo por hacer en un prolongado, intenso y noble esfuerzo.

En Guatemala, la decidida acción del Gobierno del Presidente Juan José Arévalo, desde 1944 ha logrado más que lo que un siglo de dictaduras militares y tiranías oligárquicas. Los resultados se han comprobado favorables tanto en el aspecto económico, mediante la parcelación de grandes feudos y la distribución de tierras del Estado, como en el campo de la educación con el incremento extraordinario de los indígenas alfabetizados y de los que han dejado de ser monolingües para adquirir también el uso del español en un proceso rápido de asimilación, estimulado por las misiones rurales de maestros. Ha cooperado a esta obra el Instituto de Fomento de la Producción (INFOP), la Secretaría de Educación y la Organización Mundial para la Alimentación y la Nutrición (FAO) de las Naciones Unidas.

Al mismo tiempo que se ha iniciado la organización de los indígenas en comunidades productoras —agrícolas, ganaderas, artesanales, etc.— se ha procurado resolver el problema de la falta de crédito privado, creando el crédito de fomento a bajo tipo de interés y en condiciones liberales suministrado por el INFOP; el gobierno ha realizado una intensa labor investigadora en la lingüística indígena y de educación en los idiomas propios, enseñándoles el uso del alfabeto y la escritura latinos debidamente adaptados a la fonética aborigen; ha desarrollado investigaciones demográficas y cuidadosas localizaciones de la población atendiendo a los aspectos ecológicos. Todo esto acompañado de la creación de dispensarios médicos, escuelas, auxilios alimenticios, organización de talleres de alfarería, tallado y tejidos.³

México y Guatemala son, digamos, el polo positivo del tenso problema humano del indígena. El negativo está en Perú y Bolivia. Entre ambos extremos se encuentran los demás países con importantes núcleos aborígenes.

³ Informes anuales del Instituto Indigenista de Guatemala (1948 a 1950) al Instituto Indigenista Interamericano, publicado en el Boletín Indigenista, México, D. F.

El hábito de la coca

ALLÁ en Perú, unos cuatro millones de indios caen progresivamente bajo el azote de las drogas heroicas que ingieren habitualmente. Me refiero a la masticación de la hoja de coca, que *chacchan* cada día. Al efecto, emplean una bolsa de gruesa bayeta que llevan atada a la cintura, donde depositan no menos de una libra de la hoja del *Erytroxylon Coca*. Un pequeño calabazo de cuello largo, a cuyo extremo se acondiciona un tapón que sostiene en el interior una aguja de hierro de unos 8 a 10 centímetros de largo. En el interior del calabazo se depositan trozos de cal salina, llamada en quecha *llipta*, en aymara *tokera*, y en otras regiones *caliche*, que actúa de catalizador sobre la hoja previamente introducida en la boca del coquero hasta que por la masticación desprende el alcaloide, la cocaína.

La masticación de la coca tiene como hábito concomitante, el empleo del alcohol de caña o *cañazo*. La disminución del apetito y de las raciones alimenticias y, simultáneamente, la pérdida de la voluntad y de la lucidez mental cuando falta la acción del estupefaciente, son las consecuencias inmediatas. Por lo común un indígena realiza cuatro *chacchadas* por día. "A las 9 de la mañana tiene la primera, a las 12 la segunda, a las 2 de la tarde la tercera y a las 4 la última".⁴

Naturalmente, mientras el indígena *chaccha* no come. Únicamente aumenta la acción del alcaloide con tragos intermitentes de aguardiente de caña y algunos cigarrillos. Una *chacchada* completa requiere por lo menos 20 a 30 minutos. Como la coca es más barata que cualquier otro alimento, se explica que mientras ha aumentado su consumo en forma alarmante en los últimos años, haya, en cambio, disminuído la cantidad y la calidad de su dieta. La estudiosa de este problema, Esther Matteson, afirma, también, que "el faenero indio y el mestizo indigenizado no se alimentan como antaño, debido al alto costo de los artículos de primera necesidad. En cambio *chacchan* más y, por tanto, consumen más alcohol y tabaco.

Está tan difundido el consumo de la coca que no hay pueblo en el país por grande o pequeño que sea, ni tienda de

⁴ ESTHER MATTESON, en Boletín Indigenista, México, Vol. IX, Nº 1, p. 94.

artículos de uso y consumo populares, que dejen de tener como importante renglón de su negocio el comercio de la hoja que los Inkas —conocedores de sus efectos tóxicos, que consideraban divinos— prohibían emplear al pueblo y que sólo utilizaban con significación mágica en ocasiones determinadas y solemnes.

El hábito del cocaísmo está unido —tan profundamente que forma un solo todo— *al problema general del indio; con tanta intensidad como el problema del indio se vincula al problema social mismo de nuestros pueblos.* Ha prosperado y prospera la toxicomanía al amparo de un sistema social inhumano, de una práctica innoble de hacer ganancias a costa de la vida y el futuro de la nación, ante la vista de una burocracia y de un clan hegemónicos en el gobierno. "La indiferencia gubernativa ha engendrado y tolerado un . . . verdadero monstruo anti-indígena que no se ha limitado a abusar en beneficio propio, sino que ha apoyado y estimulado los abusos y desmanes del gamonal, ese otro ser teratológico que despoja al indio de lo que más ama, la tierra. Es así cómo por obra de estos dos terribles enemigos, el coloniaje subsiste en agravio de este infeliz que ve en el subprefecto (jefe político provincial) al redivivo Corregidor y en el terrateniente y sus secuaces la odiosa supervivencia del Encomendero y sus esbirros".⁵

Se comprende que los intereses creados que estimulan este hábito sean inmensos por su poder político cimentado en el monopolio de la tierra. El productor es propietario de extensas haciendas situadas en la región interandina y en los valles de las cabeceras de la selva amazónica. Los campesinos cultivadores de las plantaciones de coca son verdaderos esclavos. A cambio de una insignificante parcela —unas 50 varas de ancho por 100 varas de largo, por familia— que ocupan en usufructo de sus vegetales alimenticios, deben trabajar gratuitamente una semana de cada mes al señor feudal. En esos días reciben por salario una ración de *llipta* o *tokra* y una libra diaria de hojas de coca. Cuando trabajan como peones, reciben un salario de 20 centavos y en casos excepcionales hasta de 80 centavos peruanos por día —equivalentes a 10 y 40

⁵ MANUEL G. ABASTOS en "Perú Indígena", Vol. I, N° 2, pp. 24-30. El autor —pese a la rotundidad de sus palabras fieles a la realidad peruana— no es un revolucionario. No. Hombre de ideas liberales, ha militado siempre en las derechas moderadas del Perú.

centavos de peso mexicano y 3 y 12 centavos de dólar norteamericano. Además, la familia campesina trabaja como *pongo* en la casa del amo. El pongo es un siervo no manumitido que sobrevive como institución feudal de la Colonia. Trabaja en las tareas domésticas de la casa-hacienda sin más remuneración que la comida y un lugar en el suelo para tenderse a dormir. Son pongos los muchachos indios desde los 7 años hasta que llegan a adultos, cuando se convierten en peones.

La faena de la recolección de la hoja de coca, es una tortura. La coca es un arbusto de ásperas hojas denticuladas que hieren las manos de los peones, hombres y mujeres; irritan los ojos, y, como consecuencia, son abundantes las infecciones por la falta de higiene dadas las condiciones de vida. El trabajo se realiza sin ninguna elemental protección del indio, que muchas veces sufre violentas insolaciones. De las hojas se extrae la cocaína, alcoloide de enérgico poder anestésico y de alta toxicidad, que los habituales emplean con más frecuencia por la vía nasal en la forma de carbonatos de cocaína, que en inyecciones hipodérmicas en la forma de clorhidratos de cocaína. El hábito se adquiere rápidamente y según los informes del Instituto de Farmacología del Perú, destruye más completamente la voluntad y capacidad de trabajo que otras drogas análogas.

El director de dicho centro de investigación, doctor Carlos Gutiérrez Noriega, en colaboración con el doctor Vicente Zapata Ortiz, realizó una exhaustiva obra de estudio. Los frutos de sus investigaciones se consignan en *Estudios sobre la coca y la cocaína en el Perú*, obra que fué premiada en 1946 por la Secretaría de Educación Pública del Perú. Autor de unos 20 estudios sobre biotipología, psiquiatría, historia de la medicina, y toxicomanías, falleció trágicamente cerca de Pisa, Italia, cuando viajaba en automóvil con destino a Roma. Desde abril de 1949 era un desterrado de su patria y desde diciembre de 1948 había sido despojado de la dirección del Instituto, al que se dió muerte, por manos de la Junta Militar, mediante decreto que le suprimió la exigua renta que consignaba el presupuesto.

Gutiérrez Noriega y Zapata Ortiz, cometieron el tremendo delito de haber hecho públicas las conclusiones de sus estudios, desfavorables al hábito de la coca. Sus palabras ponderadas, ceñidas a los resultados de la observación clínica y de

laboratorio, sin olvidar la realidad agobiante del indígena, eran demasiado duras para la soberbia de los señores feudales y de los industriales de la cocaína. *"Mientras que en nuestro país se dedican grandes sumas de dinero y se realizan esfuerzos para atender otros problemas... al problema de la coca no se le ha concedido la más mínima atención —decían en 1946. El cocainismo, en una palabra, no es reconocido como problema de nuestra salud pública. No olvidemos que los habitados al coqueo pasan (en Perú) de dos millones..."*

Aconsejaban, con criterio de ponderación, *"restringir la producción y el comercio de la coca y realizar una propaganda activa en contra de su consumo"*. Pero en vez de esto, el mecanismo de explotación y destrucción del indio por la toxicomanía se ha perfeccionado y legalizado.

La coca, fuente de riqueza fiscal

DESDE que se publicara la obra del director del Instituto de Farmacología, se planteó en los diarios y revistas de filiación aprista, una vigorosa campaña en todo el país dirigida a combatir el hábito del cocaísmo y cocainismo. En Lima y ciudades vecinas, ciudadanos y jóvenes hacían una intensa labor oral entre los vecinos y amigos para movilizar la opinión pública contra el uso del estupefaciente. Se pidió a la Dirección de Salubridad que cooperara en la campaña, investigando, descubriendo y clausurando los establecimientos donde se preparaba clandestinamente la cocaína; que se efectuaran incursiones policiales contra los traficantes de la droga y que se sometiera a tratamiento a los habituales del alcaloide, que pululan por las ciudades. Que al mismo tiempo, el Ministerio de Educación, coordinadamente con otras dependencias oficiales, formara un plan para desalentar a la masa indígena en el uso de la hoja de coca.

Se produjeron algunos descubrimientos de escándalo. Casas bien vistas donde se dopaban los elegantes y acaudalados contertulios; cafés y restaurantes donde los parroquianos adquirirían, junto con la bebida alcohólica, la dosis del alcaloide y practicaban la *picnicata* a la vista y paciencia de todos. Veintenas de ex policías de la brigada política (la Gestapo criolla) suprimida por el gobierno democrático de entonces, fueron descubiertos en la red de los traficantes de drogas. Pero —el

obstáculo infranqueable— la todopoderosa banda de gamonales puso un punto final.

Habían cambiado desde 1947 las condiciones políticas. El régimen del señor Bustamante se había echado a los brazos de los grandes hacendados del algodón, el azúcar. . . y la coca. El general *Manuel Odría* llegó al Ministerio de Gobierno y el pueblo comenzó a sufrir la acción represiva de un gobierno que traicionó todos los mandatos y la limpieza ejemplar de su origen, para servir al señor feudal y su clientela.

Es en esta época cuando aparece en el mercado de los estupefacientes el "*paquete obrero*" (dos soles cincuenta por 10 gramos de carbonato de cocaína). Los traficantes rehicieron filas y ampliaron sus actividades. Ya no serían cocainómanos solamente los hijos de los ricos corrompidos, sino también, miles de ciudadanos de las clases media y obrera industrial y portuaria. Mujeres y hombres dedicados al expendio del paquete obrero, recorrían cantinas, cafés y cinemas ofreciendo "*la blanca*" —nombre del argot limeño para el alcaloide— a cuantos estaban a su alcance.

El 27 de octubre de 1948 fué derribado el señor Bustamante. El golpe lo arrojó de la función que no supo desempeñar por ineptitud y dolo, fué propinado por su ex ministro el general Odría. Antes de tres meses, había suprimido el primer organismo de lucha contra el uso de la droga, el Instituto de Farmacología; había desterrado a su director, el doctor Carlos Gutiérrez Noriega; y, para completar la eliminación de resistencia a sus designios previsibles, despidió a todos los miembros del Instituto Indigenista del Perú⁶ substituyéndolos por amigos políticos, legos en el problema indígena, además de incapaces de toda sensibilidad para el drama social.

⁶ Por Resolución Suprema de 9 de abril de 1949, N° 84. Los que pasaron a integrar el nuevo Instituto fueron el general Alejandro Barco, el general Felipe de la Barra, el abogado Carlos Valdez de la Torre, el pintor José Sabogal, el señor Ernesto Cánepa Sardón. De ellos, sólo Valdez de la Torre alguna vez, en su juventud ya lejana, se interesó por el problema indígena. Desde hace dos décadas, sólo le interesa servir diligente e inescrupulosamente a los intereses de la Sociedad Nacional Agraria, centro del gamonalismo peruano. Cánepa Sardón fué expulsado después del país por el escándalo de la Feria de Lima de 1950, en la que cometió fraudes que culminaron su carrera de aventurado al margen de la ley.

Pero como era de presumir, la reacción se disgustó en el pueblo, la Junta Militar trató de acallar las protestas expidiendo a los tres días el Decreto No. 11009⁷ por el que modifica el nombre del Ministerio de Justicia y Trabajo por el de "Trabajo y Asuntos Indígenas". Presentó este cambio de nombre como una integración de esa dependencia. La verdad es que antes, como hoy, funcionó siempre la Dirección General de Asuntos Indígenas. Sólo que, ahora, su intervención es más nefasta para el indio a quien dice proteger. La maniobra efectuada con la misma finalidad de la cortina de humo en los campos de batalla, fué complementada por el decreto 11204 de 25 de octubre de 1949, por el que ordena que se formule el reglamento del "nuevo ministerio".

Entre las dos fechas —abril y octubre de 1949— *ha realizado sus propósitos: la legalización del comercio de la coca, con provecho fiscal para su régimen; y la justificación del co-caísmo en el país*, dando nuevo vigor y más amplias perspectivas de lucro a los gamonales que en adelante contarían no sólo con el mercado consumidor seguro, sino con el comprador más seguro aún, y a precio previamente convenido. Tendrían, también, la no pequeña ventaja de que el comprador sería uno y no millares de pequeños comerciantes, como antaño.

Efectivamente, la Junta Militar —que desde que capturó el poder se dedicó a expedir decretos leyes, reuniendo en sí las facultades del Poder Legislativo que desintegró por la prisión o el destierro de los legisladores— dictó el *Decreto Ley No. 1146 de 13 de junio de 1949*, estableciendo el "*Estanco Nacional de la Coca*" y constituyéndose el Estado en el comprador y distribuidor único del producto.

A su vez, el Estanco revende la hoja de coca a todos los comerciantes mayoristas y minoristas a un nuevo precio que deja utilidad al Estado. La utilidad del comercio con la salud del pueblo indígena está contemplada expresamente en ese decreto, en el artículo 5° que dispone:

"Autorízase al Ministerio de Hacienda para dictar la reglamentación respectiva, *dentro de la cual se deberá contemplar: a)* el precio único del artículo absorbiendo todos los impuestos fis-

⁷ Expedido el 30 de abril de 1949. Dice que el nuevo Ministerio quedaría instalado "el 27 de octubre, conmemorando el primer aniversario del movimiento".

cales y locales que actualmente rigen; b) La distribución de los ingresos correspondientes a este concepto entre las diversas entidades que se benefician con dichos impuestos; c) El catastro de los sembradíos de las zonas productoras; d) Las sanciones aplicables a los infractores de la presente ley y del propio reglamento; y e) El presupuesto de gastos que demande el funcionamiento del Estanco”.

De modo que el decreto, por una parte, ha incorporado a las rentas del Presupuesto de la República, los productos de la recaudación de impuestos que desde años atrás afectaban a los cultivos de coca y su comercio y que cobraba directamente la Caja de Recaudación en cada circunscripción territorial, por cuenta de la entidad beneficiaria; por lo general los colegios de segunda enseñanza. Esta situación era, pues, que en parte, los indios desnutridos y oprimidos, además de analfabetos, pagaban —con su hábito de coquear— el sostenimiento de los planteles de educación a los que muy pocas veces pueden enviar a sus hijos, porque no tienen los medios de sufragar los derechos del plantel.

Pero ahora, no solamente soportan esto, sino que, también, pagarán, —ya están pagando— los costos de construcción de cuarteles militares, desde los cuales las fuerzas del tirano hacen sus incursiones depredatorias y se preparan para las futuras masacres de indígenas que osen oponerse a la arbitrariedad del gamonal que los despoja de sus tierras o de sus aguas de regadío.

Expresamente dice el *Artículo 6º* del nefasto decreto:

“Los mayores productos que se obtengan como consecuencia del funcionamiento del Estanco, se aplicarán a la construcción de cuarteles para el ejército”.

Luego, no solamente no se ha intentado restringir el consumo de la coca y combatir el hábito de su masticación, que aconsejaba Gutiérrez Noriega y con él la casi totalidad de los médicos y estudiosos peruanos, sino que se lo ha convertido en una fuente de rentas del Estado, en una actividad productiva oleada y sacramentada por el “visto bueno” de la Junta castrense, cuyo incremento es una necesidad para la avidez de ganancias de los latifundistas.

Defensa internacional del cocainismo

HUBO, entonces, que acallar las protestas de la opinión pública, que podían acarrear grave disgusto a los usurpadores ante la Organización Mundial de la Salud, ya que han violado las convenciones internacionales para la supresión del tráfico de estupefacientes y han burlado las recomendaciones del Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas, para que cada país miembro combata enérgicamente toda forma de toxicomanía en sus territorios.

Se comprende, así, que el general Odría aplazara por algo más de un año la realización del II Congreso Indigenista Interamericano, que se reunió sólo el 24 de julio del año pasado en Cusco. Se explica que el portavoz de Odría, el general Armando Artola, en su discurso de apertura, no mencionara siquiera el nombre de la coca ni las curiosas medidas adoptadas a su respecto. Pero, también, se comprende que quisiera cegar a los asambleístas con la palabrería manida de todos los tiranos de nuestras pseudo-democracias indoamericanas.

Dijo, con voz rajada por el temor al desaire de los estudiosos del problema del indio, este representante de la usurpación que ostentaba el título de Ministro del Trabajo y Asuntos Indígenas: "Se han estudiado y se han preparado los medios para arrancarlos del peligro que significan las enfermedades sociales, las infectocontagiosas y todas aquellas que por su transmisión y por su fácil propagación prosperan en los medios de vida indígena".⁸

Y creyendo fácil mentir —llevado seguramente por el común error de suponer en los demás ignorancia mayor que la propia— agregó: que las tierras de propiedad indígena "representan inmensas extensiones substraídas a la producción nacional".

Así no sólo rehuyó toda referencia concreta a la situación real del indígena, ocultando el tráfico legalizado de la coca, convertida en fuente de rentas fiscales e instrumento de la política de corrupción de las fuerzas armadas y de destrucción de la vitalidad del pueblo, sino que pretendió que la masa

⁸ El texto completo fué publicado en "Boletín Indigenista", México, D. F., marzo 1951, p. 94.

indígena es propietaria de inmensas extensiones de tierra agrícola. ¡En Perú, donde se da el caso de la más alta concentración de la propiedad territorial en el menor número de manos!

Luego, en la reciente reunión del Consejo Económico y Social en Santiago, Chile, la delegación peruana —según despacho de la United Press, firmado por el corresponsal Carlos Vidal Sologuren, de la oficina de Lima— sostuvo que la coca es inocua para la salud, aunque un valioso estimulante análogo al café, al té o el mate argentino. Envolviendo la argumentación en un ropaje científico, citó los estudios de biología andina, pero sin mencionar al impulsor de esas investigaciones, el doctor *Carlos Monge*⁹ que, en reiteradas oportunidades ha expresado su opinión sobre la toxicidad de la coca y su oposición a que se tolere el hábito entre las masas indígenas, apoyándose fundamentalmente en las conclusiones de sus estudios, reforzados por el testimonio histórico de los cronistas de la Conquista. Grotescamente afirmó la delegación que la coca "no es causa de desnutrición". ¡No, evidentemente, no! Como también lo afirma *Juan Comas del Instituto Indigenista Interamericano*, son la desnutrición y el abandono social en que se debate la masa indígena que la llevan al hábito del cocaísmo.¹⁰ La droga quita el hambre, aplaca la angustia del estómago vacío, compensa la deficiencia con la exaltación tóxica, a expensas de la vitalidad del individuo. Pasada la euforia del alcaloide, el coqueador cae en el abismo de la abulia, impotente para vencer el sopor, propenso a toda indignidad.

Nos preguntamos —con estupor de peruano, con angustia de hombre que ve la paulatina, pero segura destrucción de sus semejantes— ¿qué ocurriría en México si el gobierno autorizara el expendio de la mariguana y de semillas de amapola? ¿Qué ocurriría si un grupo de gente vinculada al gobierno y ejerciendo su representación ante una asamblea internacional, declarase que beber la infusión de semilla de amapola o fumar la mariguana no son hábitos antisociales que dañan la salud y el futuro de la nación? ¿Qué ocurriría, por último, si el gobierno de México creara el Estanco Nacional

⁹ Estudios de Biología de Altura en los Andes. Lima, 1949.— Política Sanitaria Indiana y Colonial, Lima, 1935.

¹⁰ En "Reivindicación del indio y lo indio". América Indígena, Tomo XI, N° 2, pp. 140-1.

de la Marihuana? Cada lector tendrá la misma rotunda e indignada respuesta: ¡Imposible! ¿Estamos acaso locos, irremediablemente locos para imaginar tamaña monstruosidad?

Efectivamente, tales son los extremos. México y Guatemala en el polo positivo. Perú —mi patria— en el negativo. Mi país, ¿quién no lo sabe?, es una nación ocupada por una tropa militar que sostiene a la casta de los gamonales colonialistas. Entrambos forman y sostienen las fuerzas militares de ocupación. Como al enemigo, se trata de explotarlo, sacarle el mayor provecho en dinero y bienes materiales. Lo demás, para ellos, son sentimentalismos y pamplinas.

Solamente puedo recordar dos antecedentes en la historia de las guerras internacionales. La del opio, del Imperio Británico para que China abriera sus puertas al comercio mundial, y en realidad, para convertirla en mercado de la gran potencia mercantil que era entonces Albión; y la guerra chino-japonesa, en la que los invasores nipones estimulaban el uso del opio como un auxiliar de dominación. Tomaron el control de las plantaciones y los productos los repartían profusamente. De este modo intoxicaban a las poblaciones, minaban la resistencia popular y se conquistaban muchos colaboradores.

Lo de mi patria es tremendamente grave. Es una forma elaborada y monstruosa de genocidio que se está cometiendo con el pueblo. Frente a esta trágica realidad, ¡qué infamantes parecen todas las montañas de discursos y proyectos de reivindicación del indio! Primero es salvar su vida, su salud, su honor y los de sus hijos. Ante la magnitud de esta tarea que se impone como un deber urgente e ineludible, todo lo demás —un todo lo demás que es cruelmente subhumano en los regímenes de fuerza— es pura odiosa farsa, tras la que se esconde la muerte lenta, el progresivo aniquilamiento del indígena peruano. Y con la de él, la del hermano aborigen de Bolivia, Ecuador y Colombia, donde la droga causa también estragos.

LA UNIVERSIDAD DE SAN MARCOS

Por Luis Alberto SANCHEZ

"Si un pueblo es políticamente vil, es vano esperar nada de la escuela más perfecta. . . La escuela como institución normal de un país, depende mucho más del aire público en que íntegramente flota, que del aire pedagógico artificialmente producido dentro de sus muros".
ORTEGA Y GASSET. "*Misión de la Universidad*".

I. *Cuestiones de un Tetracentenario*

Los siguientes son párrafos arrancados de una Memoria global que abarcará no sólo mis tres años de Rector, interrumpidos por la fuerza a fines de 1948, sino también mis experiencias como alumno reformista, en 1919; y como profesor insatisfecho desde 1927, y como profesor y funcionario administrativo, encargado de la extensión cultural de San Marcos, en 1931. Aunque podría exigir que no se les pidiera objetividad, me arriesgo a que esa condición sea sine qua non. Sé a lo que me atrevo; pero, juzgar a una Madre centenaria, obliga a mucho más.

La Universidad de San Marcos celebra su IV centuria jactándose de su primacía cronológica, aunque exculpándose de sus parvos logros materiales y de su confusa marcha intelectual. Sobra pasión en lo uno y en lo otro. La verdad es que el asunto del priorato institucional carece de la importancia que la historia anecdótica le concede, y, en cambio, la consonancia entre el "aire público" y el "aire pedagógico" adquiere una importancia capital para explicarse logros y fracasos. La Universidad no es un Estado aparte del Estado nacional, para que pueda librarse de que en ella reboten dramáticamente los dichos y hechos del ambiente colectivo. Como quiera se la considere, bien cual escuela de directores o gobernantes o "élites", bien

como receptáculo y reservorio de los más profundos anhelos y capacidades del pueblo (integrado éste por su clase media, su burguesía alta y también su artesanado y obrerismo); ya sea como cúspide, ya como base, la Universidad descansa sobre una ancha y tangible realidad local, y aspira a reformarla o a edificar una distinta y superior. De todos modos, la *realidad local* constituye elemento esencial de su desenvolvimiento. A los cuatrocientos años de fundada una institución así, lo menos a exigir de sus miembros sería la delimitación valerosa de la íntima consonancia entre el impulso y la posibilidad. No hay que olvidarlo.

Toda otra cuestión resulta adjetiva. Sin embargo, en aras a la inevitable curiosidad pública, conviene responder a algunas preguntas sobre episodios de la vida sanmarquina, a través de los cuales será más fácil calcular la dimensión de lo conseguido y de lo que se pudo conseguir: el debe y el haber entre la Universidad y su Pueblo.

II. *La falacia cronológica*

UNA institución no vale por los años de vida que cuenta, sino por los servicios prestados durante esos años de existencia. Sin embargo, algún título emana de la antigüedad; es indudable.

Según el "Anónimo" —o sea el agustino Calancha—, autor de una breve pero enjundiosa "Memoria" exhumada por Eguiguren, los conquistadores pensaban ya en organizar un Estudio General limeño. Lo dice Calancha: "(Francisco Pizarro) señaló allí (en el valle del Rimac), en conformidad con los poderes que trujo del Emperador Carlos V, sitio y casa para Universidad, en el año de 1533".

La ciudad de Lima se funda el 18 de enero de 1535. Los planificadores no se cuidaron de que se fijase solar para la Universidad, no obstante considerada en el proyecto de dos años antes.

Las luchas entre los Conquistadores polarizaron la vida pública peruana. Sucesivamente, en 1538, 1541, 1542, 1546 y 1548, perecieron trágicamente Diego de Almagro el Viejo, Francisco Pizarro, Diego de Almagro el Mozo, el Primer Virrey Núñez Vela y Gonzalo Pizarro. En 1539 —perla perdida en el barrizal— nació el Inca Garcilaso de la Vega. Sólo des-

pués de la vera pacificación de 1548, fué posible volver los ojos a la soñada aventura universitaria. Consta que el día primero de julio de dicho año, y en la ciudad del Cusco, los frailes dominicos celebraron un Concilio, en el cual aprobaron la idea de Fray Tomás de San Martín, O. P., para establecer un Estudio General en el flamante Virreinato de Lima, que ya había descabezado a su primer Virrey.

Fray Tomás de San Martín, desoido por el Gobernador La Gasca, insistió ante el Cabildo limeño para que éste insistiera ante la Corona en su solicitud del mencionado Estudio General. Los Regidores designaron al terco fraile para que fuese a España a gestionar, entre otras mercedes, la autorización real para aquella empresa de cultura. Corría 1549.

El 25 de octubre de dicho 1549, el Príncipe Maximiliano, desde Cigales, "confirma" el otorgamiento de un lugar en el Convento Grande de Santo Domingo en Lima, a fin de consagrarlo a edificar en él la sede de un Estudio General.

El 12 de mayo de 1551, estando en Valladolid, la Reina Juana otorgó la Real Cédula que sanciona el funcionamiento del Estudio General de los Reyes (o Lima), habida cuenta de que en el Convento mencionado "hay buen aparejo para se hacer Estudio General" y que "en lo que toca a jurisdicción, *se quede y esté como agora está*". Las últimas palabras aclaran sin lugar a dudas que ya funcionaban estudios universitarios en la casa de los dominicos; que el local estaba "aparejado" para ello, y que bastaba que las cosas siguieran "como agora está(n)".

En 1552, el Príncipe Maximiliano designó un personero suyo para asistir a la inauguración oficial de las clases, lo cual se llevó a cabo el 2 de enero de 1553.

Bajo el Pontificado de Pío V, se expidió la Bula Papal de 25 de julio de 1571, que concedió al Estudio General de Los Reyes rango Pontificio. Casi al mismo tiempo, el Virrey Toledo secularizaba a la Universidad, sacándola del local de los dominicos y separando la función de Prior de la de Rector.

El nombre de San Marcos provino de una consulta o votación entre distinguidos "vecinos" (señores con indios a su servicio) y "vecinas", quienes concedieron la victoria a dicho evangelista sobre sus tres cofrades: San Mateo, San Lucas y San Juan.

El señor Luis Antonio Eguiguren, autor de documentados y voluminosos trabajos sobre la historia de mi Alma Mater, hace hincapié en que la Cédula de fundación de la Universidad de México se expide en Toro el 12 de septiembre de 1551, y la Bula Papal reconociéndola como Pontificia data de 1594. Al mismo tiempo hace notar que, aun cuando la Universidad de Santo Domingo existió legalmente desde 1538, sólo tuvo licencia "por tiempo limitado" y no gozó de Bula Papal; y que la *Recopilación* de 1681 considera tan sólo dos Universidades oficiales, en riguroso orden prelativo: Los Reyes y México.

Menciono el dato aportado por el señor Eguiguren, dentro del riguroso plano de objetividad a que me condeno. No me apasiona la prelación indicada. Repito: con respecto a las Universidades, como acerca de los individuos, para mí rige el precepto bíblico: "por tus obras te conoceré".

La Universidad o Estudio General de los Reyes contó con la cooperación a regañadientes de algunos institutos de educación, especialmente la de los jesuíticos Colegio Máximo de San Pablo (que funcionaba donde hoy tiene todavía su sede la Biblioteca Nacional de Lima) y el Colegio Real y Mayor de San Felipe y San Marcos, situado en donde hasta ahora funciona la Facultad de Derecho sanmarquina. El Real Colegio de El Príncipe desarrollaba actividades especiales. Para fines del siglo XVII, o sea cuando empezaba la vida universitaria en las Middle Colonies (Harvard, la más antigua, se remonta apenas a 1636), el Perú contaba ya con otra Universidad, la del Cusco, a la que se agregarían las de Huamanga (clausurada en el siglo XVIII) y Arequipa. En 1825, el Libertador Bolívar organizó la Universidad de La Libertad (Trujillo); en 1917, el R. P. Jorge Dintilhac, S. S. C., estableció la Católica, de Lima.

Además de los Colegios Mayores nombrados, funcionaban los del Cusco e Ica, que hasta hoy perduran, con las inevitables variaciones impuestas por los tiempos.

Las Facultades primitivas fueron las de Teología (segregada de la órbita universitaria sólo en 1935), Derecho y Artes, aunque esta última no constituía una Facultad propiamente dicha. La de Medicina se funda en 1811, por el médico criollo Hipólito Unanue. El primer decano de la de Letras, establecida en 1864, fué el violento, pintoresco y arbitrario escritor Juan Gualberto Valdivia, autor de *Las revoluciones de Are-*

quipa. El economista francés Pradière-Foderé dirigió la implantación de la Facultad de Ciencias Políticas y Administrativas, convertida, bajo el régimen del presidente Leguía, en Facultad de Ciencias Económicas y Comerciales. La Facultad de Ciencias Naturales y Matemáticas se había creado bajo el acicate del sabio milanés Antonio Raymondi, a quien tanto debe el Perú. Las de Odontología y de Farmacia y Bioquímica se segregaron de la de Medicina, también bajo el gobierno de Leguía. Finalmente, las de Medicina Veterinaria, Química Industrial y Educación nacieron debido al impulso progresista de 1945-1946.

Una institución universitaria, destinada a remediar las deficiencias de la instrucción secundaria y a impartir enseñanza de tipo general, humanística, en un nivel universitario (no pre-universitario, como algunos creen) fué el Colegio Universitario, cuyo funcionamiento en 1931-1932 y desde 1946 hasta 1949 fué sin duda cada vez más ajustado y de mayor rendimiento. En la arbitraria organización actual de San Marcos no ha sido reemplazado.

Pero, ya aludimos al asunto de la antigüedad. Abordemos el de la planta física o aspecto material de una Universidad, enfocando nuestra discutible luz en San Marcos.

III. *Planta física*

Los "latinos" tenemos la tendencia a creer que un gran desarrollo material *debe* necesariamente significar parvo desenvolvimiento espiritual. No siempre ocurre así. Con todo, semejante figura ayuda a los países pobres, cuyo optimismo y cuya fe reciben positivo aliento.

De hecho, entre las Universidades norteamericanas, casi siempre muy bien dotadas de "facilidades", o sea de medios físicos, las más no son dignas del título que ostentan.

De ahí a deducir que una buena "planta física" corresponde a una pobre planta intelectual, media un abismo. Equivale a la cursilería corriente de sostener que todo hombre bien vestido debe ser forzosamente torpe. Por desgracia, así ocurre en muchos casos. Cuando se nos presenta como ejemplo a la Universidad norteamericana, in abstracto, a causa de sus ventajas materiales, se comete un error. La primera de las razones de semejante equivocación depende de que, en realidad, no

existe *una* Universidad norteamericana. Entre las grandes Universidades privadas del Este (Harvard, Columbia, Princeton, Yale) y las intolerables Universidades privadas de todo el país, a veces meras escuelas congregacionales que abusan del título de Universidad; y, por otra parte, entre las discutibles Universidades estaduales y las excelentes de Illinois, New Orleans y California, también hay sensibles diferencias. En segundo lugar, las Universidades norteamericanas se encuentran en pleno debate reformista. No se afirma ya en ellas la estúpida uniliteralización tecnocrática de los pasados decenios.

Dejemos esto.

San Marcos debió disponer de una instalación amplia, una Ciudad Universitaria, desde 1922, cuando el Rector Villarán consiguió que el Estado cediese unos 180,000 metros cuadrados en lugar bastante céntrico, entre las Avenidas Salaverry y Arenales. El proyecto entró en letargo hasta 1945, en que discutimos otras bases y conseguimos un terreno de 1.500,000 metros cuadrados, pagados por la Universidad a un precio no superior a 3.000,000 de soles. La Sociedad Nacional de Arquitectos trazó los planes y planos después de un año de trabajo. Economizamos 5 millones de soles. Proyectamos, con intervención de la Caja de Depósitos y Consignaciones, la venta del área de Arenales en 12 millones de soles. En la actualidad, el proyecto ha quedado reducido a un área de alrededor de 500,000 metros cuadrados cedidos gratuitamente; y los 17 millones iniciales se han convertido en 12, según informe de las autoridades respectivas. El coste será hoy no menos de 30 por ciento más que en 1947, y la capacidad, sin embargo, se reducirá en un 50 por ciento, menos las áreas reservadas para futuro ensanche.

La planta física comprende, en realidad, locales paupérrimos, remendados y adicionados provisoriamente. El gran valor histórico de los antiguos locales del Real Colegio de San Martín y San Felipe, el Convictorio de San Carlos, el Colegio de San Fernando y sus anexos modernos, da difícil e incómoda cabida a profesores y alumnos. Las clases funcionan entre las ocho de la mañana y la una de la tarde, y las cinco y las ocho de la noche. Por tanto, se requiere mayor número de aulas, ya que hay un lapso de tiempo de cuatro horas en que los salones están abandonados.

En 1945 había en las Siete Facultades de San Marcos 4,300 alumnos con un profesorado de alrededor de 350 y un gasto

promedio de 800 soles por alumno. En 1948, dejé una población escolar de 8,200 alumnos, en las diez Facultades, el Colegio y los tres nuevos institutos, con un profesorado de cerca de 550 y un gasto promedial de 1,400 soles por alumno, incluyendo el coste de edificaciones de emergencia. De ese gasto por alumno, éste pagaba sólo un 10 por ciento; hoy, debido al alza de tarifas universitarias, el alumno paga entre el 14 y el 17 por ciento del coste de su aprendizaje. Mi propósito era llegar a un pago simbólico; en realidad, a la gratuidad, previa estrecha selección.

En 1945, el ingreso total de la Universidad era de alrededor de 3 millones 700 mil soles al año; cuando yo tuve que dejar el Rectorado, en 1948, ese ingreso alcanzaba 14 millones al año. El profesor percibía de 80 a 250 soles mensuales, más quinquenios; desde 1946 la escala fué de 250 a 550, más quinquenios.

Naturalmente, cualquiera de estas cifras es insuficiente. De ahí que el Estatuto de 1946 fijara en un máximo de dos cátedras las posibilidades de un profesor no consagrado a la Universidad; y, por disposiciones reglamentarias, se permitiese, en el caso de tener muchos alumnos, gozar de desdoblamientos hasta de dos secciones en tales casos, de suerte que un profesor podía disfrutar de uno o dos sueldos de principal más el 50 por ciento de cada sección desdoblada. Esto significaba una suma de 1,650 soles, que era ya importante. Pero, si se dedicaba exclusivamente a la Universidad, podía dictar tres cursos, más sus desdoblamientos, o sea alcanzar una renta con un tope máximo de 2,350 soles, casi el sueldo de Rector entonces. Hoy se requiere un 50 por ciento más.

La Universidad de San Marcos necesitaba en 1948, 16 millones al año al margen de sus gastos de edificación de la Ciudad Universitaria. Disponía de 14 en total. Hoy no podrá llenar medianamente sus funciones con menos de 18 millones, dada la inflación reinante, y consiguiente depreciación de la moneda.

Es difícil saber con certeza cómo es la planta material de la Universidad, por la falta de inventarios. El mandato hacer en 1947 encontró grandes dificultades.

La Biblioteca Central de San Marcos cuenta con alrededor de 100,000 piezas bibliográficas. Hasta 1945 se disponía de 500 soles al mes para compra de libros; desde 1947, de 2,000

al mes para el mismo objeto. Sería difícil aumentar esta suma mientras no haya local con capacidad suficiente para las adquisiciones. Las bibliotecas de las Facultades tienen una cifra menor que la Central. La de Medicina es la más rica; le sigue la de Derecho. Existe una Escuela de Bibliotecarios, organizada en 1948.

El Museo de Historia Natural es deficiente. El Arqueológico se ha fusionado provisoriamente con el Nacional, mediante un arreglo de préstamo hecho en 1946.

No existen adecuadas salas de lectura.

El Departamento de Deportes es pobre. No obstante haberse dotado de 100,000 soles anuales en 1946, esta suma ha sido disminuída y las actividades se hallan en suspenso.

Para estabilizar la renta universitaria y garantizar su autonomía, hace falta crear nuevos ingresos y sanear los bienes propios. Un cálculo técnico hecho en 1947 señaló en 40 millones el valor de los inmuebles propios de la institución, pero sólo arrojan un ingreso de 200,000 soles al año, o sea el 0.5 por ciento, proporción ridícula. Mediante un plan de reedificaciones que se hallaba en marcha, y una inversión garantizada de 5 millones, esos 200,000 soles anuales debieron quedar convertidos en 2 millones por año, cantidad que permitiría encarar los gastos de varios departamentos.

IV. *El plan y método de estudios*

Es sabido que una Universidad moderna tiene como fines típicos conservar, propagar e incrementar la cultura, al par que orientar la educación profesional. De hecho, lo básico en toda Universidad es lo primero; lo segundo resulta accesorio. Cuando se invierten los términos, se da vida a ese engendro espantoso llamado "Universidad técnica o profesional", cuyo resultado inmediato se refleja en la unilateralización y la inevitablemente sorda jactancia del "especializado" o "profesional". Sin los cimientos de una sana educación humanística, amplia y comprensiva, la profesión fracasa. Tanto daría un conjunto de muñones comparado con un brazo articulado y vivo.

La Universidad colonial poseía evidente unidad. Un doctor en *utroque iure*, es decir, en ambos Derechos, el Canónico y el Civil o Profano, había pasado ya por el tamiz de la Escuela de Artes, y abarcaba en su saber la ciencia de Dios y la del

Ciudadano. El siglo XVIII quebrantó la fe de la Escolástica en sí misma, pero no substituyó la perdida confianza por ninguna otra con tan profundo y vasto carácter. El Iluminismo dió vida a escepticismo y arrogancia. Lució más de lo que afirmó. Por otra parte, las sorpresas de la ciencia experimental y las exigencias de la vida mecanizada, fueron causa de un brusco viraje hacia las llamadas ciencias prácticas, o la educación práctica. No es una coincidencia banal que, entre 1860 y 1870, se organicen en el Perú la Escuela de Ingenieros (implantada por el polaco Habich), la Facultad de Ciencias Políticas y Administrativas con leve énfasis en la Economía; y se libere a los futuros médicos y abogados de los estudios previos en las disciplinas de Ciencias y Letras, respectivamente. Además, se suprime la obligatoriedad del estudio del latín en los Colegios de Segunda Enseñanza (Secundaria, Humanidades y High School) y se lo atenúa hasta volverlo superfluo en la propia Universidad.

La nueva Ley de Instrucción Pública de 1902 hizo obligatorio, para los estudiantes de Medicina y Derecho, aprobar dos años de cursos preparatorios en las Facultades de Ciencias Naturales y Letras, respectivamente. El origen de la medida fué ante todo, proporcionar clientela a estas dos últimas Facultades, que se iban quedando desiertas a consecuencia del movimiento pragmatista (industrial y anticultural) patrocinado por reformadores impresionables y ligeros. En realidad, no constituía aquello una modificación sustantiva, puesto que se proseguía unilateralizando los estudios. Un alumno de Medicina se preparaba en Ciencias, sin ningún alcance a las Letras, Filosofía, Historia o Arte; y un futuro abogado no recibía ninguna instrucción adicional en Biología, Matemáticas, Física, etc.

Los programas universitarios seguían el compás de los informes elaborados por observadores destacados en el extranjero. A ratos abrían las puertas a la filosofía y la ciencia penal italianas; a ratos, al neidealismo francés; a ratos, a la técnica operatoria francesa o a la norteamericana; a ratos, al pragmatismo yanqui, o al utilitarismo inglés, o al trascendentalismo germano, y casi siempre, en medio de un desdén primitivo a lo español, inmensa sumisión a los dictados del clero hispánico. De acuerdo con lo cual, la historia, por ejemplo, persistía en

ignorar la época anterior a la conquista española. La vida nacional empezaba en 1535, año de la fundación de Lima.

La Reforma universitaria de 1919, de origen estudiantil, trasformó hondamente aquel sistema. Sus demandas, muchas de ellas plasmadas en la Ley de 1920, se concretaron del siguiente modo: democratización de la docencia, mediante concursos de mérito, movilidad periódica de los catedráticos, creación de cátedras libres y paralelas y obligatoriedad de publicar estudios sobre las materias enseñadas; democratización de la administración universitaria, mediante la intervención estudiantil en los consejos directivos de la institución; democratización de la institución mediante la creación de cursos de extensión, Universidades Populares, mayor número de becas, supresión de premios (convertidos en becas), rebaja de los derechos de matrícula y examen; revitalización de la enseñanza, mediante la creación de seminarios, tipo activo de las lecciones y aplicación *nacional y actual* de muchos cursos.

Desgraciadamente, después del receso de 1921, San Marcos se reabrió en actitud contra la dictadura, pero también contra la Reforma: se hizo antileguista, pero reaccionaria. El Estatuto de 1928 consagró la mayoría de las reivindicaciones de 1919, mas cometió el evitable error de dar excesiva intervención al Poder Ejecutivo en el Consejo Superior de Enseñanza Universitaria, presidida por el Ministro de Educación e integrado por los cuatro Rectores de las Universidades Nacionales y por cuatro delegados del Gobierno. Sólo un profesor rechazó dicho Estatuto; los alumnos lo recibieron con expectativa, por su contenido docente más seductor que el de la reacción de 1922-1927.

En 1930, el motín militar acabó con la dictadura de Leguía y con el Estatuto de 1928. Tornó a instalarse la reacción; a los tres meses, los estudiantes de Medicina, primero, y los otros, después, proclamaban la rebelión. El Estatuto Universitario de febrero de 1931 recogió las reivindicaciones de 1919, nuevamente. Este ensayo, en el que se concedió primacía a la educación humanística y activa, duró hasta mayo de 1932, en que, por decreto del gobierno militar-reaccionario de Sánchez Cerro, se clausuró San Marcos, que se hallaba en vacaciones. No se reabrió hasta junio de 1935, bajo nuevo estatuto de tipo autoritario. La ley de 1941 acentuó los perfiles semifascistas del Estatuto de 1935, y sus usos. La democracia se reinstala

en la Universidad desde comienzos de 1945; la confirma el Estatuto de abril de 1946, que rigió hasta abril de 1949, en que fué derogado por Decreto-Ley de la Junta Militar, como es lógico.

Con todo, salvo la supresión de la participación de los alumnos en los Consejos Directivos; la anulación de toda actividad de Extensión Cultural (conferencias, teatro, ballet, excursiones) y deportiva (olimpiadas, campeonatos); la desaparición del Colegio Universitario o Facultad de Estudios Generales; la persecución de alumnos de mente liberal y el acallamiento de los profesores de tendencia democrática; salvo estos "pequeñísimos" detalles, las disposiciones generales de 1946, se mantienen, y continúan en vigor muchas de las reglas dictadas entre ese año y fines de 1948.

Se ha detenido el impulso por dotar a la Universidad de enseñanza activa y de seminarios auténticos, así como de la ya iniciada obra de dar vida a los cursos paralelos. Rige la lección magistral y se ha atenuado la electividad creada en 1945. Se pretende que el mismo alumno siga un plan rígido, sin sustituciones ni compensaciones. Durante largos meses, la Biblioteca Central ha estado cerrada a los alumnos. Se los ha dispersado en locales provisionales. Impera la lección magistral y el examen ante Jurados, lo cual es antipedagógico y contraproducente. El sistema del examen ante el propio profesor de la asignatura y de la prevalencia del trabajo del año sobre la prueba final, ha desaparecido. Se ha dejado al margen el plan de realizar estudios sobre el terreno (excursiones por el país para los alumnos de geografía, historia, pedagogía, medicina, con el objeto de compenetrarse de sus problemas; visitas continuas a centros industriales para los de química, ciencias económicas, farmacia, etc.). Se ha vuelto al antiguo sistema de la conferencia magistral, por lo que el profesor puede hacerse escuchar de amplios grupos de alumnos, con menor costo y menor provecho.

Por no haber concurrido al Congreso de Universidades Latinoamericanas de Guatemala, septiembre, 1949, San Marcos no ha emprendido la indispensable revisión de sus planes a fin de homogeneizarlos con los de las demás Universidades del Continente, a fin de facilitar el intercambio de profesores y estudiantes. Sería plausible que ahora, aprovechando del

aniversario tetracentenario, se dinamizara esta última tarea, de incuestionable provecho para todas y cada una de las Casas de Estudios del Continente.

V. *Universidad y política*

SAN Marcos vivió siempre vinculada a la política nacional. El hecho, hasta hoy inevitable, debería traducirse en los únicos términos viables por el momento: la Universidad debe aprovechar de la política para llenar sus fines propios, en vez de ponerse al servicio de los políticos, como a menudo ha ocurrido.

Este planteamiento no es del todo exacto; empero, posee elementos afirmativos, que conviene recoger.

Desde su fundación, la Universidad de San Marcos mantuvo estrecha conexión con el Poder Público. Bastaría señalar las posiciones políticas de sus Rectores y representantes —en su mayoría— durante el Virreinato y durante la etapa de la Revolución emancipadora y sus consecuencias. Sin pormenorizar aquel remoto período, ciéndonos a la etapa comprendida entre la Guerra del Pacífico (terminada en 1883) y nuestros tiempos, tendremos que los Rectores García Calderón (1891-1903), miembro prominente del Partido Civil (oligárquico), y ex-Presidente de la República y vehemente adversario de Piérola, el caudillo demócrata; Luis F. Villarán, del Partido Civil, pretense candidato a la Presidencia al par que miembro del Poder Judicial, quien renunció el Rectorado al legislarse sobre la incompatibilidad entre la función de Magistrado de la Corte Suprema y todo otro cargo público (1913); Ramón Ribeyro, de la Directiva del Partido Civil; Lizardo Alzamora, rector accidental, del Partido Civil; José Pardo, Presidente del Partido Civil, a quien se ungió Rector para facilitar su retorno a la Presidencia de la República, en 1915; Javier Prado, Presidente del Partido Civil, candidato a la Presidencia de la República y Senador mientras era Rector (1915-1921); A. Solf y Muro, del Partido Civil, Ministro de Estado; Pedro Oliveira, Ministro de Estado y Rector, del Partido Civil y, luego, de la fracción leguista; fueron o son políticos al par que Rectores. Manuel Vicente Villarán, con quien se reabre la Universidad en 1922, presidió el Partido Civil y fué candidato a la Presidencia de la República, siendo Rector en 1924. Se salvan de

la coincidencia de funciones políticas y universitarias, Alejandro Deustua (1928-1930), quien había jubilado en sus labores políticas en el Partido Civil, cuando fué designado Rector; el Rector interino, Godofredo García, hombre de ciencia, adicto al leguismo; y el accidental Carlos Monje, apolítico.

La mayoría de los Rectores políticos, con excepción de Prado y Oliveira, y en cierto modo, Manuel V. Villarán, pusieron la Universidad al servicio de sus aspiraciones políticas. Prado equilibra esta tendencia, por sus positivos servicios universitarios. Algo parecido ocurre con Francisco García Calderón (padre).

De todos modos, los Rectores-políticos (salvo José Pardo) habían prestado previamente larga contribución profesional a San Marcos. Además (salvo José Pardo, Ribeyro, Alzamora y Solf), lucían alguna o notoria obra intelectual, patente en libros y trabajos de investigación o divulgación; y aun en los casos de Alzamora y Ribeyro, ostentaban su tarea judicial.

El problema realista de la Universidad en el Perú consiste en que la institución no recibe el merecido respeto público, y necesita a menudo valerse de medios adjetivos para que sus representaciones sean atendidas. Lo grave está en que, a menudo, se confunde la importancia de la influencia con la inopia intelectual. Se dan numerosos casos de diputados, senadores o políticos, cuya presencia en la cátedra constituye una rémora a los estudios, porque carecen en absoluto de vocación magisterial y, aun cuando posean condiciones intelectuales intrínsecas, éstas se han enmohecido con el desuso y deteriorado fundamentalmente con la pereza y ausencia de lecturas y cavilaciones.

La Universidad conmemora su IV Centenario en medio de la pública protesta de un nutrido grupo de profesores contra la falta de méritos académicos de sus autoridades; protesta que no ha tenido la esperada eficacia, por cuanto la alegación contra el politicismo partía de elementos que habían o siguen ejerciendo actividades políticas en torno de la Universidad, especialmente en el período 1946-1949.

La influencia de la política se ha hecho patente, sobre todo, en la desviación del proyecto de Ciudad Universitaria, reducida y mistificada en detrimento de los intereses universitarios, sólo por no seguir el proyecto amplísimamente estudiado y terminado durante la administración 1946-1948. Como cues-

ción de hecho: la Ciudad Universitaria no dispondrá de las reservas de terreno proyectadas, sobre la base de 1,500.000 metros cuadrados; ni dispondrá de las facilidades topográficas y del desarrollo panorámico (vallecitos, montículos, estanques, etc.), comprendidos en dicho plan. La influencia política de mala ley ha eliminado la participación estudiantil en los Consejos Administrativos; ha paralizado la tarea de extensión cultural, y ha limitado el ámbito de la educación superior, con la reducción de la matrícula.

VI. *El profesionalismo y sus límites*

SAN Marcos tiene la única Escuela de Medicina del país. En el trabajo coordinado de 1948, aceptado por todos los Rectores, se proyectó una Facultad de Medicina especializada en ciertos aspectos típicos, en la Universidad de La Libertad (se hallaba en marcha); otra posible en Arequipa y una nueva, adicional, en Lima, para descongestionar la existente. La base de tales planes era —y es— la siguiente: en el Perú hay alrededor de 8 millones de habitantes, para los cuales se cuenta con 2,000 médicos y 700 obstetrices. La cuota de médicos que corresponde al Perú es de 8,000; la de obstetrices y enfermeras no bajaría de 2,000 y 20,000 respectivamente. La política de limitar el ingreso a la Facultad de Medicina a causa de la falta de medios, es absurda: lo que se debe hacer es conseguir nuevos medios, a cualquier precio.

Igual ocurre con la profesión de ingenieros: un millar de éstos para un país en pleno desarrollo es una cifra que consumen sólo los servicios públicos. Hacen falta técnicos para multitud de funciones conexas. En vez de limitar la matrícula, lo cual crea una aristocracia u oligarquía dentro de la profesión, débese buscar los modos —y no es difícil de afrontar el problema en su actualidad y su futuro.

La cuota peruana de científicos es escasa; la de profesores técnicamente preparados, inferior a las necesidades. Por lo menos se emplean 2,000 maestros sin título si no más hoy día. La única profesión que, aparentemente, "emite" cada año un número de titulados superior al que el país necesita, es la de abogado; pero si se considera que esta profesión sirve no sólo para defender juicios legales, sino para muchas funciones pú-

blicas (diplomacia, política, asesoría legal, magistratura, etc.), vendremos a caer en la cuenta de que los cálculos hechos sobre la base exclusiva de los litigios judiciales, es impropia.

El problema de la preparación profesional encuentra a San Marcos encarando una triple falla: 1) la indebida limitación del ingreso, cuando debieran, al revés, ampliarse los medios para recibir el número que la nación requiere; 2) la tendencia a la "tecnocracia", concepto retrasado, cuyo creciente desuso en los Estados Unidos, donde tuvo su origen, delata su ineficacia; 3) una punible paralogización profesional, con detrimento de las más profundas aspiraciones y deberes de la Universidad; la conservación, propagación y fomento de la cultura y de la investigación.

La supresión del Colegio Universitario (al cual se debe volver dándole otro nombre) y de la Escuela de Altos Estudios, señala una sensible merma en las finalidades de San Marcos.

Hace casi medio siglo, el doctor Manuel V. Villarón hizo un comentado estudio acerca de las profesiones liberales en el Perú. Ese discurso carece hoy de vigencia.

Por el tiempo transcurrido, y las realidades propias de nuestra época. Aferrarse a conclusiones válidas en una etapa pueril cuando se ha llegado a un período adulto o de semi-adulterez (para ser más justos), implica un error. San Marcos tiene ante sí, con igual validez, con iguales exigencias, tareas de orientación profesional adecuada y amplia; tareas de conservación y propagación de cultura para sus profesionales y quienes no lo sean; tareas de preparación en la técnica investigatoria. Ninguna de ellas tiene primacía *per se* sobre las otras. La única prevalencia admisible sería la de las conveniencias de la República, en todos sus estratos.

La Universidad de San Marcos, como la mayoría del Continente, ha estado enrumbada hacia la formación de una élite directiva, a la formación de una clase directora. Así lo han declarado y reconocido repetidas veces algunos de sus voceros, especialmente Deustua (1849-1945). Desde 1919, por la acción juvenil inspirada en los sucesos mundiales de aquel tiempo, se ha virado en redondo. Si las autoridades y profesores no se percatan de ello, seguirán los conflictos que esterilizan la tarea universitaria y la desvían.

VII. *Irradiación de San Marcos*

DURANTE sus primeros años, San Marcos fué un foco de irradiación cultural en el Continente. Fray Tomás de San Martín, su fundador, recibió encargo de establecer la Universidad de Chuquisaca, en el sonriente valle al borde del Pilcomayo, a donde descendían en busca de descanso los audaces mineros de Potosí; la muerte detuvo al empeñoso dominico, por lo que otros miembros del claustro de San Marcos, los RR. PP. Arias de Ugarte y Maldonado de Torres, realizaron aquella excelsa misión. La Universidad de Guatemala tuvo como uno de sus principales fundadores al R. P. Juan de Osaeta, también de la Universidad de San Marcos de Lima; y a ésta pertenecieron Cristóbal de Castilejo y Zamora, quien fundó la de San Cristóbal de Guamanga; Fray Francisco de la Cruz, que actuó en el establecimiento de la de Santa Fe de Bogotá; Fray Antonio de San Miguel, cuya participación en los preliminares de la inauguración de la Universidad de San Felipe (Santiago de Chile), es conocida; Fray Francisco de Tejo, a quien se debe la apertura del Colegio de Córdoba (Argentina), más tarde Universidad; Fray Antonio González de Acuña, animador del Real Seminario de Caracas, yema de la Universidad del mismo lugar; Fray Antonio de la Raya, a quien se debe la licencia para abrir el Colegio de Cusco, etc.

Aparte de tales fundadores, San Marcos tuvo altísimo prestigio por la calidad de sus estudios y el espíritu crecientemente liberal que los inspira a partir de la segunda mitad del siglo XVIII. Pedro de Peralta Barnuevo, cuyo par mexicano será Carlos de Sigüenza y Góngora, compendia, como nadie, la ciencia colonial. De San Marcos partirán Pablo de Olavide y Jáuregui, el glorioso heterodoxo que deslumbró a la Corte de Carlos III y concitó el fervor de los enciclopedistas franceses; y José Eusebio de Llano Zapata, a quien Madrid rindió pleitesía por la misma época. José Joaquín Olmedo, el gran ecuatoriano, se nutre de cultura y se doctora en San Marcos.

Los conspiradores por la independencia peruana salen de San Marcos. En San Marcos se libra una de las más nítidas y fecundas discusiones sobre liberalismo y conservatismo (Herrera versus Gálvez) al comenzar la segunda mitad del siglo XIX. Por San Marcos pasan, aunque sea fugazmente, González Prada, Palma, Chocano, Gálvez, Vallejo, F. García Calderón, Haya de

la Torre, Tello, Valdizan, Monje, García, los más interesantes e importantes personajes del Perú.

Es posible que esta misma irradiación fuese causa de algunas de las deformaciones de la Universidad. Como pertenecer a ella daba lustre, los personajes de la política procuraban vincularse a San Marcos en son de obtener ventajas sociales e intelectuales, eso que se suele denominar "prestigio" y de ahí que no reparasen mucho en los haberes o salarios; que éstos fuesen mínimos; que ser miembro del claustro constituyera un *honor* antes que una *misión*, un anzuelo antes que un camino; que se concediese poco tiempo a las tareas estrictamente profesorales, atendiendo más bien a las incitaciones de la política y la vanidad.

Hace pensar la paradoja anterior, en aquello que Helvecio decía acerca del tedio fecundo. A fuerza de aburrirse, la mente humana inventa y crea. Igualmente a fuerza de estimar muy alto el honor de pertenecer al claustro sanmarquino, muchos de sus miembros desestimaron los deberes fundamentales, atendiendo sólo a sus apariencias o reflejos. De ahí que no se haya formado aún lo que hace falta en toda Universidad bien constituida: un cuerpo de profesores dedicado exclusivamente a la enseñanza y la investigación, con prescindencia de otros menesteres. Los que se autodenominan en recientes épocas, "maestros exclusivamente" suelen acompañar sus tareas de tales con las de la profesión, la política, la banca, la burocracia, etc., de acuerdo a una estadística elemental.

Con todo, por fuerza de los años y de sus indiscutibles valores creadores, San Marcos llega a su Cuarto Centenario conservando un buen por ciento de sus viejos méritos. Ella fué vivero de inquietudes continentales, sin duda. La Reforma argentina de 1918 no cobró impulso hasta que San Marcos, primero, en 1919, y México, después, en 1921, le prestaron su nombre. Al cabo de cuatrocientos años de la fundación y de treinta y dos de la Reforma, los hechos no han sufrido las variaciones esenciales que era de esperarse. Más aún, como la Universidad no puede librarse del "aire público" a que alude Ortega y Gasset, atraviesa una etapa depresiva. Los logros que hace tres años la colocaron en la vanguardia cultural de América, se han desvanecido. Su muchachada, que era una magnífica esperanza, ha sido diezmada, cohibida, se halla en inevitable desconcierto. La incesante caravana de luces que

afluían a Lima dejó de percibir llamado alguno. Tal vez, como provisional compensación, llévanse a cabo algunas obras materiales. Pero, en medio de todo, pese a todo, *vox clamantis in deserto*, la Universidad de San Marcos mantiene en alto su tea, su esperanza, igual que en las peores horas de la patria, firme y segura, con la convicción absoluta de que nada podrá anular su personalidad, y de que, por tan negra que aprietan las tinieblas, quizá nunca como hoy, está más cercana la hora de una categórica y definitiva afirmación de la cultura nacional peruana, como una parte integrante de la aurora cultural del Hemisferio.

EL DISCURSO DE AREVALO

(ENCUESTA)

De conformidad con lo que se dijo en el número anterior en la nota al pie del discurso del ex Presidente de Guatemala, publicamos a continuación el resultado de la Encuesta que anunciamos. Participan: *Max Aub, Luis Cardoza y Aragón, Alfonso Caso, Rómulo Gallegos, Andrés Bloy Blanco, Joaquín García Monge, Enrique Muñoz Meany, Fernando Ortiz, Jesús Silva Herzog y Leopoldo Zea.*

LA lección del ex-Presidente Arévalo no es sólo valdadera para Guatemala. Persuadan sus éxitos, sus experiencias, sus desengaños—tan claramente expuestos en su *discurso al dejar el Poder*, haciendo conjugación de pasado y presente—, a cuantos intelectuales, políticos de buena fe, de que con ella a secas no se llega más que a rendir las armas al enemigo. Habilidad se llama, si quieren, esta figura, pero ante todo quitarse la venda de los ojos y que la creencia en *la radical nobleza del hombre* no venga a caer en el plural; y muestra que, sin abandonar esta posición ideológica fundamental, debe recurrirse a los medios necesarios para luchar contra los que careciendo de fin noble, basan su ansia de poder en la sola creencia de que sus competidores, en el mejor de los casos, son incapaces de procurar a su patria los bienes de que se creen poseedores por carisma; eso siempre que intereses inconfesables les otorguen la fuerza necesaria para imponerse, sin importarles un comino el hambre, física e intelectual, de sus compatriotas.

Si la sucesión de dictaduras centro y suramericanas tiene que ver con los *pronunciamientos*, y más con la *quinta columna*, esas dos palabras básicas de la política de nuestro tiempo que España, para su mal, ha dado al mundo en el espacio de un siglo, haberse sabido defender de ambas maniobras arteras es el galardón de Juan José Arévalo. Su labor constructiva es consecuencia lógica de su permanencia legal en el poder.

No escatima el político sus diatribas contra las dos fuerzas que hoy están entronizadas en el mundo. La una es doble: que el Vaticano bendice la frente del hereje, y no podemos echar en olvido que mucha

de nuestra buena gente no titubea en la creencia en los misterios. El mandar "por la Gracia de Dios", como Franco; convertirse en infalible padre de todos los pueblos, o proceder al dictado indiscutible de Nuestro Señor el Petróleo y sus apóstoles, debe ser el sueño doradísimo de todo dictador o dictado. Para lograrlo, se ha dado en querer mostrarnos —dándonos por pruebas, conjeturas, como dice Quevedo—, que el hombre es esclavo. ¿Qué extraña voluntad hace que unos y otros —Washington, Moscú, el Vaticano— gasten lo mejor de su imaginación en demostrárnoslo? Que, hagamos lo que hagamos, estamos presos en las redes tejidas por los dioses de aquí o del más allá. . . Que no hay más salvación que la entrega. . . Pero ese mismo esfuerzo de captación, ¿no es prueba de nuestra libertad?

Unos y otros, cogidos en el engranaje de sus teorías y de sus intereses, parecen convencidos de que todo está escrito, indeleblemente, en el presente; que todo es inexorable, a su manera; que, hágase lo que sea, se cumplirá. Y casi todos se han doblegado.

Casi todos, menos algunos que, a lo que infiero, son muchos. La solución está apuntada por Arévalo: consiste en resistir unidos, afirmados en la nacionalidad, único camino de un verdadero internacionalismo. Pero para llegar a dotar a la nación de fuerza, se necesita continuidad, y la única continuidad posible es la democracia, hija de la creencia en la perfectibilidad del hombre. No la tiene la dictadura, atada a la vida de un hombre, sin más salida natural que la muerte. De donde la renuncia de un mandatario al poder, al cumplir su mandato, es el único modo de acrecentarlo: muerte fecunda. Por eso sueñan tan magníficamente, y más en Centroamérica, las conscientes palabras del Presidente Arévalo: *Tengo a mucho honor resignar en manos del Pueblo y de sus Representantes legales. . . el cargo para que fuera electo. . .*

El honor es para todos los que lo tienen de ser hombre.

Max AUB.

Lo más valioso del mensaje del doctor Juan José Arévalo al dejar la Presidencia de Guatemala, reside en que es un mensaje impolítico. Y digo impolítico porque no es sinuoso, insubstancial y cargado de disfraces y eufemismos. La "política", cuando hablan las "democracias" y sus "demócratas", ha pasado a ser un *bla bla bla* de ganso demagógico, al mismo tiempo que sus voceros actúan en sentido opuesto

a lo que dicen, cuando dicen algo; ha pasado a ser una manera de ocultar el pensamiento, cuando se tiene o, simplemente, ocultar que no se tiene. . . El ex Presidente Arévalo recoge, en este documento, la alta misión del mensaje político, de la Política, en una palabra, y nos muestra su dolorosa experiencia acusando, con vigor y sin ambages, al imperialismo norteamericano.

La Presidencia de Guatemala, durante los seis años últimos, fué el sitio más perfecto del Continente para observar y sentir directamente, la interferencia constante y brutal, la intromisión atentatoria, el complot, la amenaza y el soborno intentado de diversos modos con el propósito de someter la dignidad de un pueblo y quebrar la entereza de su gobernante. Y el caso es singular, porque el doctor Arévalo, hombre moderado, profundo espiritualista, pudo registrar con minuciosidad tal proceso y advertir cómo, a pesar de su moderación, se le cercaba por todos los caminos para derribar nuestra democracia. Treinta complots resistió su régimen y logró terminar el período para el cual fué electo, después de muy graves peligros y sangrientos atentados, y de haberse visto obligado a retirar del territorio guatemalteco al embajador norteamericano, Patterson, por inmiscuirse en los asuntos nacionales.

El mensaje es una denuncia terminante. Una denuncia hecha en un momento oportunísimo, y al hacerla ha obrado lealmente con su pueblo y con toda la esclavizada Américalatina. Dejó los trillados caminos de la hipocresía, que se consideran protocolarios, y habló como verdadero demócrata. Es de lamentarse que el pueblo de los Estados Unidos, víctima también del imperialismo, no conozca este mensaje de un legítimo "buen vecino". Pero, tampoco lo conocen bien los pueblos del Continente. La prensa servil, así como las agencias noticiosas, órganos del propio imperialismo, se han encargado de ocultarlo. *Cuadernos Americanos* al ofrecerlo en su número anterior, ha cumplido así su misión orientadora.

Hace años que escuchamos por boca de presidentes, embajadores, congresistas, las mismas gansadas: sartas de mentirijillas, palabrerío gastado y vano, de espaldas a la vida de nuestros pueblos. La falsedad, lo demagógico, el lugar común, se ha considerado de rigor. Habló, por fin, un hombre para decirnos una verdad que atañe al Continente. Y no dijo la verdad a medias, con palabras evasivas o reticentes: habló con toda su experiencia política, como el mejor testigo de cargo. Pudo hacerlo, en primer término, por la calidad humana que alienta en él y porque el clima creado por el pueblo de Guatemala, le llevó

a ello con naturalidad. En los años últimos, en países de América, sólo en Guatemala se ha escuchado lenguaje tan firme, sincero y fecundo.

El imperialismo norteamericano ha destruido la democracia en casi toda Hispanoamérica. Vivimos el momento más bajo de nuestra vida continental, nuestra derrota más amarga. Y esto acontece, precisamente, porque corresponde al apogeo capitalista yanqui y a su proceso simultáneo, de descomposición manifiesta y, por lo mismo, de agresividad manifiesta para mantenerse: por su proximidad, por su atraso —obra del propio imperialismo— nuestros países son la víctima propicia. Guatemala está dando mal ejemplo con su libertad, con su lucha contra "los magnates del banano connacionales de Roosevelt"; contra la "emoción fenicia de gobierno" y su esfuerzo para no retornar a ser "una factoría africana"; contra "los fenicios del Caribe" "herederos de Hitler", quienes encarnan "la rara mezcla de lo prusiano y lo cartaginés en la vida internacional de nuestros días", como dijo en su mensaje el ex-Presidente Arévalo: he allí la explicación de los treinta complots contra su gobierno.

Los conceptos de este mensaje del doctor Arévalo redoblarán su repercusión si prosiguen acordes con sus actos. Su ejemplo habrá de adquirir trascendencia mayor en relación directa a su actuación en la lucha de nuestros días. No puede desligarse el doctor Arévalo de los ingentes problemas que nos embargan. Sus palabras se marchitarían o perderían su eficacia si no mantiene viva participación en beneficio de su patria, de América, de la causa más noble y universal: la paz. En verdad, la tarea del ex-Presidente Arévalo, en mi concepto, sólo ha cambiado de circunstancia, y hoy se encuentra liberado por completo de las limitaciones que, necesariamente, le imponía su alto cargo. Sus convicciones han entrado en nueva fase de comprobación, menos vistosa acaso; pero no menos real y no menos importante. Su mensaje nos interesará por la continuidad consecuente que le dé con su militancia: la lucha no podemos abandonarla por razón alguna; no hay excusa válida para ello. La batalla debemos darla hasta el término de nuestros días; actos y palabras acrecentarán su valor si no desertamos de la lucha y hacemos con nuestra participación vigorosa, más entusiasta y operante nuestra vida.

Luis CARDOZA Y ARAGÓN.

PALABRAS llenas de dignidad y de hombría las del Dr. Arévalo; alto ejemplo para su país, para América y para el mundo.

En estos momentos en que los regímenes tiránicos se entronizan en la mayor parte de los países de la América Latina, en que padecemos una nueva oleada de tiranía en los países "democráticos", la palabra de Arévalo, clara y valiente, es algo más que la palabra de un político; es un maestro que enseña a los pueblos del Continente, cómo hasta en los momentos más difíciles y peligrosos, la dignidad del hombre y del patriota, debe estar por encima de las consideraciones de conveniencia económica y política; nos demuestra cómo esa civilización, que Arévalo ha designado puntual y humorísticamente, como "civilización cartaginesa", es el resultado final de una organización política y económica, que lleva necesariamente al fascismo.

Desde el momento en que hemos admitido en nuestro *patrón cultural*, que lo fundamental en el hombre es la riqueza, hemos sustituido las diez leyes morales de todos los Sinaies, por la única ley moral que rige al mundo entero; la oferta y la demanda. Hemos subordinado todos los ideales éticos de la humanidad, a la riqueza; todos nuestros símbolos quedan dominados por el caduceo de Mercurio, y estamos dispuestos a sacrificar a los pueblos, a hundirlos en una gran catástrofe, a poner en peligro las bases mismas de la civilización, a transformar las democracias en tiranías, si con eso conseguimos mejores mercados, más amplia venta de los productos elaborados, y más baratas materias primas.

Y este es el gran error del mundo moderno; el hombre se ha dejado dominar por ese instrumento nuevo que ha construido y que se llama el régimen capitalista, y el régimen ineludible, fatalmente, se aproxima cada vez más a un régimen fascista, y cada vez más, para resolver sus crisis y sus problemas, se acerca a la única solución posible: la guerra.

Pero Arévalo, en su discurso de maestro, nos ha dejado, a todos los pueblos de la América Latina, una gran enseñanza; nos ha dicho: No importa que Guatemala sea un país pequeño; no importa que los múltiples problemas internos que tiene su población indígena estén todavía por resolverse, no importa que su economía sea fundamentalmente una economía de monocultivo y de exportación; porque hay dignidad humana y el pueblo se da cuenta de que la actitud de su gobernante es una actitud patriótica, de que los propósitos que animan a su gobierno coinciden con los ideales nacionales. Guatemala es un país fuerte, con la fortaleza que sólo da la virtud.

Guatemala con Arévalo, es un ejemplo para todos los regímenes tiránicos que sostienen la "democracia" en el Continente. El nuevo

régimen de Arbens, seguramente continuará sosteniendo la magnífica actitud que tuvo Arévalo frente a los problemas nacionales e internacionales.

Alfonso CASO.

EN el discurso del Dr. Juan José Arévalo al entregarle la Presidencia de la República de Guatemala a su sucesor, elegido por su pueblo en democrático acto de soberanía política, salta a la vista un hecho en el cual tenemos que complacernos los intelectuales de nuestro Continente: la cabal restitución de un hombre de pensamiento al culto de los ideales sin concesiones hechas al sentido práctico a que se le atribuye regencia predominante e imprescindible en los ejercicios de la política. Es un intelectual que resigna los atributos del mando sin que se le haya acostumbrado la palabra a los encubrimientos de la verdad, de tal manera que quizás a muchos —por abrigar la escarmentada convicción de que en política todo puede haber, menos la sinceridad— les haya parecido que con ese discurso el Dr. Arévalo se ha despedido definitivamente de posibilidades políticas.

En los párrafos de esa valiente pieza, hay, sin duda alguna, confesiones de amargura que el ex-Presidente se lleva consigo en su íntegro regreso al intelectual puro. "Fué entonces —dice— cuando el maestro de escuela, ingenuo y romántico, descubrió desde la Presidencia de su patria, en qué medida es deleznable la brillante prédica internacional que habla de la democracia y de las libertades humanas". Y estas palabras tienen para mí, que en análogo caso me he encontrado, un valor profundo.

Ingenuo y romántico. Con estos dos términos la literatura política de nuestros pueblos, calculadora y falaz tantísimas veces, ha recibido un precioso aporte de humanidad y de dignidad ejemplares. Cabría preguntarle al Dr. Arévalo, si realmente fué durante su ejercicio presidencial cuando vino a darse cuenta de aquella amarga realidad. Observador sagaz experimentado en las clarividencias de la filosofía, ya pudo antes, descubrir todo lo que se ocultaba, alevosamente, detrás de aquella prédica deslumbradora; pero él prefiere atribuirse ingenuidad y romanticismo, aun a sabiendas de que son disposiciones de espíritu incompatibles con la política, para que quede valientemente planteado el dramático conflicto que le tocó vivir entre la sinceridad y la conveniencia. Los hombres prácticos, provistos de órganos mentales ade-

cuados para la función política, encontrarán en esa confesión un reconocimiento de incapacidad; pero sucede que, por lo contrario, el Dr. Arévalo llegó al término de su ejercicio presidencial superando dificultades y dominando situaciones adversas con habilidad y con eficacia asistidas de entereza de ánimo y si al rendir la cuenta del deber bien cumplido exhibe desencantos, no pudiendo ser para justificar derrota, tiene que haber sido para dar ejemplo de cómo la fe en los principios ha de mantenerse aunque menospreciativamente se nos tilde de ingenuos y románticos.

Yo le admiro al Dr. Arévalo la elegancia espiritual con que, mediante esa confesión saca limpiamente de los ajetreos políticos al "maestro de escuela" —como se ha complacido en llamarse— y le devuelve a la intelectualidad de la América de nuestro espíritu y nuestra lengua, una cifra de esperanzas que no se desvalorizó en concesiones a la conveniencia inmediata. En su discurso están mencionadas sus luchas y sus obras, pero más que cuanto en el orden material haya podido hacer en beneficio positivo de su país, yo le aprecio esa limpia restitución del intelectual a la dignidad del pensamiento que no prevaleció. Que no se hizo mercenario de lo cartaginés a que valientemente alude en su rendición de cuentas ante su pueblo.

¿No se ha dicho, aquí mismo, en estos mismos días, que la función de los países latinoamericanos en lo económico debe limitarse al subordinado suministro de materias primas? Puede que en lo económico, en la conversión de trabajo humano en valor comercial con buenas perspectivas en el juego de la oferta y la demanda, sea realmente eso lo más conveniente, lo más productivo; pero sin incurrir en excesos de suspicacia es posible encontrarle a tal afirmación alguna analogía con lo que —sin decirsenos, desde luego— viene ocurriéndonos en el orden ideológico hace buen tiempo, pero de manera especial en estos azarosos días. Nuestros pueblos —parece que así se creyera— esencialmente demócratas por formación étnica y por historia, deben limitarse a suministrar el sentimiento, el anhelo de la democracia, pero ésta ha de venirnos técnicamente elaborada desde los grandes centros de las ideas industrializadas, como cualquiera otro artículo de uso o consumo en el cual se nos devuelva lo propio *made in USA*.

Yo no sé si es indiscutiblemente más conveniente para la segura posesión de un buen automóvil, por ejemplo, que nos limitemos a suministrar el hierro de nuestras minas y la goma de nuestros bosques y luego nuestras gasolinas —no todas realmente nuestras, por cierto—; pero sí me parece que tratándose de las formas ideológicas más convenientes para la íntima convivencia de pueblos soberanos, por pe-

queños que sean los nuestros, debemos defender nuestro derecho a trazarnos las líneas de conducta propia, de acuerdo con las modalidades propias y para la más cabal solución de nuestros problemas, sin resignarnos a que se nos suministren las fórmulas y menos aún, cuando, como ahora, puede estar ocurriendo, no sea de química pura su elaboración, puesto que finos paladares ya le han catado cierto regusto nazista a la democracia, técnicamente elaborada, a cuya defensa se nos llama insistentemente. Tal vez nosotros mismos podríamos elaborar la nuestra con mejor voluntad.

El Dr. Arévalo quiso que la democracia guatemalteca no fuese simplemente materia prima de su suelo —esperanza, anhelo, angustia de su pueblo— sino que con inteligencia y con responsabilidad guatemaltecas se elaborase allí el ansiado producto, mediante la dignificación del ciudadano y bajo un efectivo imperio de justicia social. El no pretende haberlo logrado por completo y quienes hemos aprendido a poner en Guatemala y en su pueblo modo y porción de amor patrio, por lo que toda nuestra América tiene de suerte común, hemos recibido a través de las palabras del ex-Presidente Arévalo un mensaje de la angustia en que allí todavía se debate la democracia latinoamericana y este acto de presencia que aquí estamos realizando intelectuales de otros pueblos con ocasión del valioso documento político que comentamos, demuestra que esa angustia la compartimos todos los que hemos asumido la responsabilidad de prestarle nuestras letras al pensamiento latinoamericano, especialmente exigente de expresión cabal, así sea hasta los extremos de lo ingenuo y lo romántico, en los críticos momentos por los cuales atraviesa la historia del mundo.

Yo he insistido varias veces en un llamamiento vehemente a los intelectuales de nuestra América, a la meditación y a la acción en torno a la suerte que a nuestros pueblos les tengan reservada los acontecimientos que se desarrollan en el mundo, a fin de que no continúe dándose el deplorable caso de que nos resignemos a ser simples espectadores, o cuando más, comentaros apesadumbrados, de lo que con esa suerte, con ese destino sagrado, quieran hacer los hombres de presa, sin escrúpulos, que se llaman de acción o los mercaderes calculadores, generalmente propensos a confundir la dignidad de los pueblos con su prosperidad material. Un intelectual viene de darles la pella con éxito en su país y se reincorpora a las filas del pensamiento puro con su dimensión intacta. Es el maestro de escuela, ingenuo y romántico —complazcamos al Dr. Arévalo al llamarlo así— que trae de su experiencia en los campos de la acción, no un desencanto, sino, por lo contrario, la profunda serenidad de haber contribuido, con riesgos

de su vida y con esforzada dedicación a deber exigente, a que en una porción de nuestro Continente se haya llevado a cabo un afortunado ensayo de gobierno del pueblo y para el pueblo, mediante las prestaciones del pensamiento ilustrado a la acción política honrosa y fecunda en resultados prácticos.

Es una experiencia que requiere especial cuidado no sólo de los intelectuales de Guatemala que en ella colaboraron, sino también de todos los que el mismo espíritu tengamos transido de angustia ante el porvenir de la democracia latinoamericana. Y es ya un compromiso adquirido en terreno de acción éste que hoy nos une a quienes aquí hacemos acto de presencia con nuestra opinión responsable en torno a este buen acontecimiento que sucedió en Guatemala.

Rómulo GALLEGOS.

DESPUÉS de haber leído el magnífico discurso pronunciado por el Dr. Juan José Arévalo al dejar el Poder Ejecutivo de la República de Guatemala, tuve la buena fortuna de que el insigne maestro Rómulo Gallegos me permitiera también leer los originales de sus "reflexiones" al margen de ese mismo discurso.

Las palabras del Dr. Arévalo para el pueblo guatemalteco—¿qué digo?— ¡para el pueblo americano!— constituyen, de principio a fin, uno de los más valientes y claros testimonios del espíritu continental en lo que va del siglo. Del espíritu de América en vida, en pasión, en muerte y en transfiguración. Ellas son eso que puede clasificarse como "documento vivo", no confeccionado a la sombra del gabinete de trabajo, sino "escrito en la calle", sacado, caliente, saltando en las manos ardidadas, del horno de la más despiadada realidad.

No sé por qué al leer ese discurso sentí a mi lado la presencia del viejo Vargas, del viejo Gual, de aquellos dos Presidentes de Venezuela, profesores y apóstoles, echados de la silla presidencial por los sargentones sublevados. Y, necesariamente, a los nombres de Vargas y de Gual hubo de asociar el nombre de Gallegos, tercera salida de ese Quijote de las letras molido por las armas que ha sido el ideal civil del pueblo venezolano.

Inseparables quedan, pues, en mí el estupendo discurso del Presidente que cumplió y las serenas reflexiones del Presidente que no pudo cumplir. Y a este respecto, viene a cuenta un comentario: en reciente escrito ha recordado mi ilustre amigo el Dr. Muñoz Meany,

ex-Canciller de Guatemala, algo referente a cierta conversación que sostuvimos él y yo en París, allá por noviembre de 1948. No he leído el escrito, pero alguien me dice que, en tal conversación manifestaba yo a Muñoz Meany, mi desconfianza acerca de las posibilidades de sostener la situación civil de Guatemala y mis seguridades con respecto a la firmeza del régimen venezolano. La verdad es que el Ministro guatemalteco tiene razón en parte; pero en parte, tomó demasiado en serio cuanto le dije en aquella ocasión. Eramos ambos jefes de la Delegación de nuestros respectivos países a la Asamblea General de las Naciones Unidas. Venezuela y Guatemala marcharon hombro con hombro durante todo el transcurso de aquella Asamblea. Circularon noticias acerca de un golpe de cuartel en el Perú. Antes de poner las barbas en remojo, el canciller guatemalteco y el canciller venezolano hablamos de nuestras posibilidades de supervivencia civil. Y un poco en broma —como es el uso incorregible de los venezolanos, siempre afectos al amable dragoneo—, le dije:

—Nosotros estamos seguros. A ver ustedes si se salvan.

La parte de broma que había en mi frase está comprobada por documentos de esos mismos días. Lo cierto es que yo salí de Venezuela casi convencido de que corríamos un inminente riesgo de derumbarnos. Y con fecha muy próxima a la de mi conversación con Muñoz Meany le decía a mi Presidente Gallegos en una carta estrictamente personal: "En fin, hermano, lo único que deseo es que el Viejito no se te apee del bongo". Quien haya leído el primer capítulo de "Doña Bárbara", sabrá quién es el Viejito. El Viejito es Jesús, Caudillo de Democracia, a quien los bongueros del Apure acostumbran embarcar simbólicamente a cada viaje de sus pequeñas naves, hasta el punto de que cuando olvidan preguntar ¿con quién vamos? regresan a la playa en busca del santo pasajero, siempre que se produzca el cándido recuerdo:

—Patrón, se nos quedó el Viejito en tierra.

La hora de pesimismo en que escribí esa frase para el maestro Gallegos fué aproximadamente la misma en que, sin mala intención, ofrecí al Canciller de Guatemala mi inseguro "galleo" venezolano.

La parte en la que tiene plena razón Muñoz Meany tiene mucho que ver con el "fuego romántico" de que habla en su discurso el Presidente Arévalo y que comenta en sus reflexiones el Presidente Gallegos. La realidad era esta: En Venezuela el gobierno había sido, hasta la llegada de Gallegos al poder, una especie de comandita entre civiles y militares. Con Gallegos se prolongaba un poco tal comandita, pero bajo un aspecto muy distinto. Ya era un gobierno constitucional; el Mi-

nistro de la Defensa era un amigo del Presidente. Además, los militares de Venezuela podían dividirse en dos facciones: los reaccionarios, con Pérez Jiménez, los institucionalistas, con el teniente coronel Mario Vargas. Siendo el Ministro de la Defensa hombre de nexos personales con el Presidente, todos esperaban que estaría de parte de Gallegos, esto es: de la facción de Vargas, lealmente adscrita a la constitucionalidad. Interesante es saber que en Venezuela, el Presidente es el Comandante en Jefe del Ejército. Fuera de bromas, yo temía, en mi interior, que la situación algo rara del Ejército de Guatemala, por su condición autónoma, formando "una particular República", dentro de la República misma —como dice el Presidente Arévalo— era más peligrosa que la de Venezuela, donde el Ejército estaba sometido por normas constitucionales a la superior jurisdicción de su Comandante —el Presidente.

Y ahora viene lo del "fuego romántico". Maestro en toda la plenitud del concepto, Arévalo nos lo dice: creía en la "radical nobleza del hombre". Nosotros, Gallegos y los hombres del Partido, creíamos —unos más, otros menos— en la sinceridad del Ministro de la Defensa. Creímos que la facción de Vargas dominaría, como la de Arbenz, en Guatemala. Es de notar que para la hora de mi conversación con Muñoz Meany, no parecía ser Arbenz quien dominaría, sino elementos adversos a la lealtad de Arbenz y a la vocación civil de Arbenz. Mario Vargas era eso: Arbenz; pero un Arbenz con los pulmones deshechos. Tuvo que irse al extranjero. Y el Ministro de la Defensa se dejó ganar por los traidores. Y triunfaron los "enemigos de Arbenz". Y con ellos triunfaron los fenicios. Después de todo —gracias a Dios por lo que respecta a Guatemala— Arévalo tuvo la suerte de que el Ejército —en su expresión más vigorosa y resuelta— le fué leal. Le fué leal una parte —la mayor— del Ejército. Los oficiales leales a Gallegos estaban todos sin mando en las filas, todos fueron presos, así como todos los dirigentes de los trabajadores, en el momento del golpe. De manera que en tal instante, por obra de la facción militar dominante, a Gallegos no le quedó ni un batallón, ni una compañía, ni un pelotón. Le faltó todo el Ejército. Por eso no cumplió. Si Arévalo no hubiera tenido parte del Ejército —que por la fuerza de sus ideas y de su resolución era la mayor parte del Ejército— Arévalo no hubiera podido cumplir.

Por eso, no hay que abandonar por completo la fe. El fuego romántico. Es altísima virtud que debe seguir ostentando el gran Presidente de Guatemala. Es cualidad que le reclamamos conservar quienes le admiramos y le amamos. Fuego romántico que es fe. Tener fe puede

acarrear la caída, pero no es un delito. Un delito es traicionar. El emblema de la bondad de la fe de Arévalo es Arbenz. Todavía no quiero hacer elogios de Arbenz. Prefiero esperar a que Arbenz cumpla su período. La experiencia me ha hecho también —dolorosamente— cauto. Pero no cometo delito alguno al declarar que —a todo riesgo— doy a Arbenz mi fe guatemalteca. Culpa de él y no necesidad mía será si no le acompaña hasta el final.

Admirable discurso el de ese admirable americano. Juan José Arévalo. Otro discurso de las armas y las letras. Amargo, es cierto, pero no amargo de derrota. Amargo pero resuelto, frente a los jenízaros y frente a Cartago. Junto y muy junto a los hombres de las armas que han sabido honrar sus armas; a los que del otro discurso —del primero— tomaron el mandamiento.

Lo amargo se compensa con lo resuelto. El Quijote dijo en su discurso: "con las armas se defienden las repúblicas"; y ese es el mandamiento. Pero ocurre que esto era dicho en la mesa de la Venta, que para Quijote era castillo, poblado por nobles y hombres y hermosas damas; pero para el cartaginés era Venta y no más que Venta o factoría. Mas allí estaba el Quijote para sostener la verdad del ideal.

Que al cabo, si el ideal no es traicionado por las armas ni negado por las letras, lo que es Venta para el fenicio, será Castillo irreductible para que con las letras y las armas se defiendan el espíritu y la carne de la justicia humana.

Andrés Eloy BLANCO.

San José, Costa Rica, 28 de mayo de 1951.

Don Jesús Silva Herzog.

México, D. F.

MI muy estimado amigo: Es usted amable conmigo y me pide mi parecer relacionado con el discurso del Dr. Juan José Arévalo al dejar la Presidencia de Guatemala. Las gracias le doy por la honrosa invitación.

Muy buen discurso, lección memorable. Lo he leído. Qué bien ha hecho usted con reproducirlo en la entrega anterior de *Cuadernos Americanos*. Haré lo mismo en *El Repertorio Americano*. Conviene

que ese discurso circule por toda nuestra América, y llegue a todas las Universidades y Centros de Cultura, y sea leído y comentado.

Es un discurso ejemplar. He saboreado en él no sólo la saludable doctrina política, sino el tono, la emoción con que vibra. Leyéndolo, el hombre de bien siente cierta indignación creadora ante la farsa en que viven déspotas y naciones asociadas, antes y ahora, defensores de mentados Derechos del Hombre y democracias decorativas, *a su modo*.

A un gobernante sincero como el Dr. Arévalo, hitleristas de todas partes y fenicios propios y extraños lo hostigan y se le alzan armados porque busca el bienestar de los obreros y campesinos de su Guatemala.

Conviene recoger esta expresión del Dr. Arévalo y seguirla comentando: *democracias hitleristas y cartaginesas*. Hay que explicar las cosas y que entiendan las gentes y que la prensa reaccionaria o sin ideas y asambleas ruidosas no sigan más con ese pretexto de *las democracias*; al servicio, como están, de los mercaderes de imperialismos arrogantes, codiciosos y crueles.

Créame su afmo. servidor y amigo.

J. GARCIA MONGE.

MUY raras veces un jefe de estado había dicho la verdad con tanta nobleza y valentía como lo hizo el Dr. Juan José Arévalo al entregar la presidencia de Guatemala. Es el discurso más denso de contenido ético político que un gobernante americano haya pronunciado en los últimos tiempos al resignar el poder. Toda la extraordinaria personalidad de Arévalo—el presidente filósofo—está entera en este documento valiosísimo para la historia contemporánea de América.

Con sencillez y con una serenidad que no altera el acento de la pasión, el estadista, minutos antes de quitarse la banda presidencial para confundirse entre la ciudadanía, hace el esquema de su obra y el enjuiciamiento de su tiempo. Es el maestro que ha dado su última clase y recapitula un curso que es todo un doctorado de humanismo y de filosofía política. Refiere la lucha librada por la redención social, económica y cultural de Guatemala, lucha que se enmarca en un espacio de la geografía y en un ámbito de la historia preñados de riesgos y de contingencias dramáticas. Treinta conspiraciones en que los fenicios fueron los aliados naturales de los beocios para asfixiar la liber-

tad en Guatemala. Treinta conspiraciones de la caverna doméstica y del trust internacional, vencidas por un pueblo alerta e intuitivo. Y al término de su mandato, el Presidente invicto y generoso luce blancos sus guantes, sin la mancha de una sola gota de sangre. Arévalo —cuyas dimensiones americanas no pueden reducirse al limitado escenario patrio— refiere su magnífica experiencia en función de los tiempos en que hubo de actuar, en plena gran crisis de la democracia contemporánea, y enjuicia la bancarrota de una civilización cuyas contradicciones la llevan a un fatal desquiciamiento.

Sin amargura, pero con escepticismo, Arévalo advierte la pavorosa inversión de valores que caracteriza la presente vida internacional en una "rara mezcla de lo prusiano y lo cartaginés". Se asoma a la historia y ve la repetición de sus trágicas secuencias. A pesar de Scipion, Cartago subsiste. Aquel pueblo cartaginés "de hombres simples, sensuales y poderosos que armaban flotas y ejércitos para imponer sus mercancías y multiplicar su dinero"; aquel antiguo pueblo cuyas gestas guerreras no eran inspiradas por una filosofía, ni por un ideal, sino por la voraz apetencia de los mercados; que "nada supo de las profundidades espirituales de la vida, ni el grado de valor del dinero en el breve trayecto de la vida humana"; aquel pueblo de mercaderes imperialistas, insensibles a todo lo que no sea la "emoción fenicia del comercio", vive y actúa hoy como antaño, con veintidós siglos de perfeccionamiento técnico, pero con idéntica mentalidad. La voz latina del viejo Catón parece cobrar resonancias de vigente anhelo.

En el análisis de nuestra época, Arévalo constata que "en el diálogo ideológico entre dos mundos y dos líderes, Roosevelt perdió la guerra y que el verdadero vencedor fué Hitler". El hitlerismo que es mucho más que una aventura imperial "vigoroso movimiento vitalista, pagano y racista, negador de valores culturales, despectivo ante soberanías ajenas, avasallador del pensamiento de las masas, insuflado de insolencia, autoritario hasta la violencia, antidemocrático y anticomunista" —el hitlerismo invicto a pesar de su derrota, advierte Arévalo—, sube por el buen conductor que es el hierro triunfante y llega por el enérgico brazo hasta la blanda conciencia—. *On était vaincu par sa conquête*, diría Hugo. La mala simiente germinó en el campo de los vencedores. Por desgracia está en lo cierto Arévalo cuando denuncia este triunfo póstumo de Hitler cuya doctrina está enseñoreándose en un universo pragmático y deshumanizado que parece rumbear inexorablemente hacia lo fenicio y lo prusiano en sus más precarias expresiones. El filósofo de la historia sabrá contestar a la grave pregunta sobre estas monstruosas simbiosis. Pero los simples hechos de la vida son harto elocuentes para ilustrar el desconcierto del mundo. Todo

coincide en el cuadro: los hitleritos "con doctrina o sin ella" son figuras beneméritas del cónclave democrático y defensores de la libertad y del derecho. Los criminales de guerra, los grandes señores de la muerte, del genocidio y del campo de concentración, pasan a la categoría de maestros y tienen prosélitos. Los mayores asesinos internacionales, como el carnicero español, reciben el espaldarazo democrático y son los nuevos cruzados que defienden la civilización cristiana. Epoca de alrevesada estimativa en que la palabra "paz" es vocablo sedicioso y herético y en que una extraña atrofia de la sensibilidad permite celebrar con deportivo entusiasmo la eficacia de las nuevas técnicas de exterminio colectivo. Epoca marcada por el signo de Calibán, en que la más formidable potencia militar desencadena la guerra total contra uno de los pueblos más débiles del mundo, donde las Lídices y las Guerrillas son episodio cotidiano, mientras en algún lugar del Asia colonial caen rehenes frente a los fusiles que antaño defendieran los derechos del hombre.

Difíciles tiempos para un ensayo de autenticidad democrática y para desafrikanizar a un pequeño país americano. Por eso Arévalo califica de heroica la obstinada lucha para lograr las conquistas populares de unos elementales derechos que en otras latitudes a nadie se regatean. Refiere el milagro guatemalteco que parece cosa de fantasía: la afirmación de una independendencia nacional que los hechos pretenden hacer sólo teórica e inoperante, afirmación que linda, en lo quijotesco cuando se tiene la conciencia de Arévalo de que "según ciertas normas internacionales no escritas, pero actuantes; los países pequeños no tienen derecho a la soberanía". (Y aun se queda corto el Presidente Arévalo en esta amarga observación: no sólo los países pequeños, sino algunos de los más grandes, están padeciendo una aguda *capitis diminutio* de su soberanía).

El ensayo hecho en Guatemala y que Arévalo tiene naturales escrúpulos para calificar de "democrático" por el indecente manoseo que sufre hoy esta palabra, dió forma y contenido al movimiento revolucionario de 1944. Es una hazaña sin precedente en América Central. Consistió en la aproximación del gobierno al pueblo, del Estado al hombre. Más exactamente: en haber hecho del pueblo —de uno de los pueblos más oprimidos del planeta— el dueño de su destino y el protagonista de su historia: liberación política inmediata y paulatina liberación económica de las masas trabajadoras; aparición de una nueva sensibilidad ante las necesidades, la miseria y el dolor populares; socialización de la cultura; copiosa obra material con sentido social; respeto absoluto a la dignidad humana. Todo eso que Luis Cardoza

y Aragón, uno de los grandes poetas de América, define como "seis años de primavera en el país de la eterna tiranía". Y en lo internacional, la inusitada afirmación de la independencia de la República y su ejemplar definición por las causas más justas de nuestro tiempo.

Con la euforia del deber cumplido y de entregar la Presidencia a Jacobo Arbenz elegido por su pueblo, Arévalo supo torcer el cuello a todos los convencionalismos de la tradición protocolar. Dijo su mensaje de verdad: su verdad que es la verdad de su pueblo y la de todos los hombres libres que anhelan vivir en un mundo de progreso, de justicia y de paz.

Enrique MUÑOZ MEANY.

POR razones de salud, edad y trabajo y por mi deber de aprovechar los años que me quedan en publicar el material cubano acumulado por mí en una cincuentena de años, ahora me hallo totalmente apartado de ciertas actividades polémicas que apasionan, absorben y exigen una atención exclusiva. Pero no puedo dejar de responder con estas líneas al fino y perspicaz director de *Cuadernos Americanos*, enviándole mis congratulaciones por su publicación del histórico discurso de Juan José Arévalo, el ex-Presidente de Guatemala, al pasar constitucionalmente a su sucesor los poderes republicanos que aquél ejerció durante su término en pro de su pueblo y contra los embates de la *Santa Alianza* contemporánea. El discurso del maestro-Presidente, es un brillante epílogo, y pudiera ser también la prefación para un curso de filosofía cívica aplicada que pudiera darse en las escuelas de América.

Se están ahogando las libertades ciudadanas y retrogradamos a otro siglo XVIII. Los actuales *oligopolios*, como diría un inglés, santo, están apagando las luces de América y los pueblos claman por un nuevo *iluminismo*, con los fulgores de que es capaz la *Enciclopedia* de hoy día. ¡Paz, pan y luz!

Fernando ORTIZ.

EL discurso de Juan José Arévalo al entregar el poder ejecutivo de su país, la hermana República de Guatemala, es un documento político de valor permanente y de indudable significación histórica; es, al mis-

mo tiempo, análisis penetrante de la realidad internacional y denuncia de los enemigos de su patria, nacionales y extranjeros.

Esos enemigos de Guatemala lo son también de todos los países latinoamericanos, enemigos de su bienestar, de su progreso económico, político y social. Son los acaudalados vernáculos, incomprensivos y egoístas; son los oligopolios y oligopsonios norteamericanos del café, del estaño, del salitre, del petróleo, del banano, de la plata y del oro. Explotadores del suelo, del subsuelo y del hambre secular de miles de seres humanos.

Por otra parte, se inclina uno a pensar que es cierto lo que se dice en el discurso a propósito de Roosevelt y Hitler; parece dolorosamente cierto, por lo menos en los aspectos generales. Cabe decir que mientras las ideas de éste se hallan en cuarto creciente, las de aquél se encuentran en cuarto menguante. Efectivamente, pudiera sostenerse que presenciamos el viraje de la democracia hacia un nuevo fascismo. Esto ya la apuntaba Ezequiel Martínez Estrada, hace algo más de tres años, refiriéndose a los Estados Unidos, al intervenir en una "Mesa Redante" organizada por *Cuadernos Americanos*.

Lo que Arévalo dijo en su discurso, son verdades indiscutibles en lo substancial y un tanto amargas. El mérito del discurso, su importancia histórica, no solamente estriba en su contenido, sino en quien lo dijo y en el momento solemne en que se dijo. Jamás un Presidente latinoamericano al resignar el mando —no sé de otro caso ni siquiera parecido— se había dirigido a su pueblo con tan serena valentía y noble doctrina aleccionadora. Y es que Arévalo sufrió varias asonadas militares, la hostilidad de las familias descendientes de los antiguos encomenderos y la soberbia inaudita de cierta poderosa empresa frutera. Había sentido en su carne, en su sangre y en su espíritu, la hostilidad y las acechanzas de la codicia y la maldad. El drama de Guatemala que asoma en el trasfondo del discurso que brevemente comentamos, es el mismo drama de todas las naciones de nuestra América. De la América nuestra, de la que hablaba Darío en su poema al otro Roosevelt.

No puedo ni debo ocultarlo; más todavía: me gusta decirlo. Estoy enteramente de acuerdo en lo fundamental con el contenido del hermoso discurso de Arévalo. Parece que pertenecemos a la misma especie. Nos indigna la hipocresía del mercader y a veces nos angustia la hora trágica en que vivimos; pero nos alienta la fe, una fe inquebrantable en los destinos superiores del hombre.

Jesús SILVA HERZOG.

LA historia de nuestras ideas se enriquece ahora con ese extraordinario documento que es el Discurso del Dr. Juan José Arévalo, Presidente Constitucional de Guatemala entre el año 1945-1951. En este documento se hace patente una realidad propia de nuestra América y una doctrina para la misma. La vigorosa descripción de la realidad guatemalteca no es sino la descripción de la realidad que ha correspondido a los pueblos que formamos la llamada América Latina o Iberoamérica. Pueblos que han sufrido y sufren la "presión de esa fuerza anónima que gobierna sin ley ni moral las relaciones internacionales y convivencia de los hombres". Presión a la que se une la permanente traición de los explotadores criollos, empeñados en mantener privilegios heredados de la Colonia.

En este documento se hace patente, también, esa América nuestra tan castigada, pero al mismo tiempo tan obstinada en salvar su realidad por encima de todos los obstáculos. América que produce, al lado de un Rosas, un Sarmiento; al lado de un Santa Anna, un Mora; al lado de un García Moreno, un Montalvo; al lado de un Portales, un Lastarria y, al lado de un Ubico un Arévalo. América en la cual se enfrenta la más brutal tiranía con el más alto espíritu de libertad; el soldado feroz con el maestro de escuela. Una América que, como en Guatemala pasa de la pesadilla de una dictadura a "saber lo que era en el orden cívico y durante todos los días un gobierno del pueblo y para el pueblo". América en que se une la conciencia de la más brutal realidad con el afán más idealista por transformarla.

Este mismo documento muestra lo que puede un maestro de escuela, cuando está animado por los más altos ideales de renovación, contra los fenicios de todas las especies, los nacionales y los internacionales. La doctrina de este maestro de escuela, como la de todos esos maestros que en nuestra América han luchado por ideales semejantes, es todo un programa para la misma. Programa claro y sencillo, sin los equívocos a que dan lugar las resonantes palabras con que ahora se confunde al mundo. Este programa se reduce a las siguientes palabras dichas por Arévalo: "Guatemala ha demostrado en seis años, que no hay poder humano capaz de humillar la voluntad de un pueblo cuando sus gobernantes no lo traicionan. *Pueblo y gobierno juntos, producen dignidad*". Doctrina de pueblos pequeños, de pueblos débiles; pero formados por hombres, como el que más.

El discurso es también un documento en el que se hace patente un espíritu propio de la América Latina. Espíritu en el que se deja sentir la más auténtica dignidad humana. Dignidad que está más

allá de la fuerza y poderío de cualquier pueblo. A la pregonada democracia de los pueblos fuertes que sólo hablan de ella para justificarse; a los famosos derechos del hombre en que nunca se aclara "quién es ese hombre; de qué color es ese hombre, ni dónde, ni cómo vive y muere ese hombre"; se opondrá esa doctrina clara y sencilla en la que se hace ver cómo "una Nación no puede ser libre mientras no sean libres uno por uno todos sus habitantes, y de que la dignidad de la República está hecha como síntesis magnificada de la dignidad que se aloja viviente y actuante en cada uno de los pobladores del suelo". ¿Cómo llamar a esta doctrina? ¿Democracia? De serlo, tendría que ser una democracia de tipo muy especial, algo que nada tiene que ver con una democracia capaz de provocar guerras y deshumanizar al hombre. Por esto, advierte el Dr. Arévalo: "Los profesores de doctrina política le darán un nombre. Pero si por fatalidad de hábitos conceptuales o por comodidad idiomática quiere llamársele "democracia", pido a vosotros testimonio multitudinario de que esta democracia... no fué hitlerista ni fué cartaginesa".

Leopoldo ZEA.

Aventura del Pensamiento

LA CONDICION PERMANENTE DEL HUMANISMO

Por Victor MASSUH

SUCEDE con el *Humanismo*, lo que con aquellas monedas que han perdido todo su relieve al punto de ser casi irreconocibles. Pocos conceptos tienen un valor tan impreciso. Y es porque su extensión formal ha ido abarcando con el tiempo, tal cúmulo de significaciones, que se nos ocurre estar frente a un prestigioso molde lleno de signos y señales contradictorios.

Decimos esto, porque el humanismo es concepto de prestigiosa resonancia. Se han disputado su sinonimia las más diversas filosofías, actitudes y valoraciones históricas. Hay humanismo griego, latino, medieval, renacentista, racionalista, cristiano, materialista, científico, historicista, naturalista y pragmático. No sólo esto. Para ratificar la gran imprecisión que envuelve su sentido, bástenos recordar que pudo pasar por satisfactoria aquella vaga definición que mencionó el profesor Karl Kerényi: "Pensar desde el punto de vista del hombre acerca de cuanto hay en el mundo y destacar el aspecto humano en todo cuanto fué pensado" (*Realidad* No. 8).

A pesar de tales indeterminaciones, algo nos dice que el humanismo está potenciado por un signo positivo y de posible gran vigencia. Cierta sabiduría para lo histórico, cierto actuante universalismo, una profunda riqueza interior y un estilo personal de alta distinción cualitativa —elementos que resaltan en la existencia de seres considerados "humanistas"— nos hace pensar que el humanismo es algo más que un caos indefinible. Y es este *algo* —promesa de un superior sentido y una conducta duradera— el que representa, en nuestro caso, un incitante estímulo de clarificación y ordenamiento. No eludamos, pues, el riesgo de tal iniciativa.

FRUTO del "quattrocento" italiano, el humanismo tiene, en cuanto fenómeno histórico, caracteres definidos: auge de los estudios clásicos, exaltación de la Antigüedad como ideal de sabiduría, reacción contra la escolástica y el espíritu del medievo, vuelta del hombre a la preocupación de lo terreno y el estudio de la realidad natural, acrecentamiento de la vida de los sentidos en el aspecto de una mayor predisposición para lo estético y vital. En suma, el humanismo fué la gran puerta de entrada al Renacimiento.

El tipo humano que encarna la imagen arquetípica de este movimiento fué el *humanista*. Tal personaje histórico representa un estilo intelectual de vida, desconocido hasta entonces. El humanista es el hombre que se anima a ver el mundo, ensayando una imagen distinta a la que presenta su tradición inmediata. Su presencia comporta un acto de rebeldía. Se afirma en el panorama de la cultura con la plena autonomía de su yo individual. En efecto, rotos los resortes espirituales que hicieron del medievo una perfecta estructura donde cada ser tenía su función integral dentro del gran "corpus" de la cristiandad, el hombre de pensamiento vuelve a buscar asidero en la mónada primigenia de su propio yo. El humanista es, entonces, un gran solitario. Ha perdido el amparo de una concepción del mundo y ahí, al descubierto, reencuentra la verdadera perspectiva de su ser. "Este humanismo —escribe Alfred Weber— crea por primera vez en la historia de Occidente el tipo de la personalidad individual solitaria, con una propia conciencia vuelta sobre sí misma". (*Historia de la Cultura*).

Tal personalidad de fuerte tónica intelectualista e individual, fué la que cumplió el sacerdocio de la resurrección greco-latina. Esta elástica independencia frente a los ideales que habían informado el espíritu del medievo fué la que permitió al humanista pegar el salto elegante hasta la orilla primera de la Antigüedad. Y experimentar allí, la embriaguez del reencuentro con los dioses paganos.

En términos históricos, el humanismo renacentista será interpretado siempre así, como "un himno de júbilo a la belleza antigua" (Croce). Y a tal punto será considerado permanente y esencial este carácter del humanismo, que en lo sucesivo, allí donde la mirada de los hombres vuelva *jubiloso*

samente sobre los modelos griegos o latinos, se oirá resonar nuevamente esta palabra.

Por ejemplo, todos sabemos que aquel movimiento que en el siglo XVIII promovieron Winckelmann, Goethe, Schiller, de juvenil exaltación helénica, ha sido entendido como respondiendo al espíritu del humanismo. De igual modo, si en nuestro XVIII colonial se conoce con el nombre de "humanista" a aquella pléyade mexicana de sacerdotes cultos —en los que Alfonso Reyes veía a "los precursores teóricos o más o menos indirectos de la independencia"¹ era porque guardaron un profundo amor al espíritu de la cultura latina. Aun a lo largo del XIX americano, en la predilección honda, viva, —no meramente filológica— de un Andrés Bello, un Cecilio Acosta, un Juan María Gutiérrez, hemos reconocido la misma fidelidad a este carácter permanente.

En nuestros días, este sentido del humanismo también tendrá sus epígonos. Hay quienes vislumbran en esta revitalización del fervor por la tradición greco-latina, el único modo de conjurar la crisis y el desconcierto contemporáneos. Ernst R. Curtius propuso el ideal humanista como una alternativa creadora frente a la depauperación de los ideales actuales. Según Curtius, el hombre occidental necesita hoy más que nunca, reencontrar su propio ser, permanecer fiel a la norma profunda de su espíritu. Por ello, afirmar el humanismo como ideal de vida espiritual, ha de significar al europeo, una toma de conciencia del más genuino momento de su cultura. Pues el humanismo, sostiene Curtius "es expresión necesaria de la peculiarísima situación histórica que ha dado origen a la cultura occidental" (*El humanismo como iniciativa* en Selección y Recuerdo de la Revista de Occidente).

De este modo le será posible al occidental, tomar contacto con las fuentes nutricias y originales de la antigüedad griega, logrando así, el más genuino reencuentro de sí mismo. "Cuando un occidental contemporáneo —escribe— entra en contacto con el mundo antiguo, este hecho trasciende, cualquiera que sea el mundo de incidencia, del mero estudio histórico (por ejemplo, la cultura maya); es un volver a los orígenes, un bañarse en las fuentes de nuestra vida que cura

¹ Ver A. Reyes: "Letras de Nueva España" y M. Picón Salas, "De la Conquista a la Independencia", cap. VII. Col. Tierra Firme.

y templa. Este reafirmarse y reencontrarse es para nuestra humanidad occidental un rito del espíritu". (Pág. 102).

Pero el cumplimiento de este "rito" llevará a Curtius a una experiencia interesante: sentir la necesidad de ampliar el radio histórico de su humanismo. Esto es, al ensanche de su ámbito comprensivo. Porque "reencontrar las fuentes de nuestra humanidad occidental" comporta, precisamente, no sólo la resurrección de la sabiduría antigua, sino el verdadero rescate de otros momentos culturales de la historia occidental. Esto significa, nada menos, que Curtius define al humanismo como una vuelta a todo el pasado europeo. Un abarcar armónica y comprensivamente la gran tradición cristiana medieval, así como también el espíritu del Renacimiento incluyendo el neo-clasicismo del siglo XVIII. En efecto, Curtius, afirma: "El paganismo del Renacimiento y el neo-paganismo de Goethe están dentro de esa tensa corriente que desde Jerónimo y Agustín va formando y sosteniendo la síntesis de las culturas antigua y cristiana, esto es, la cultura germano-romana que conocemos con el nombre de europeísmo". (Pág. 103).

Esto quiere decir que el humanismo en nuestros días, puede definirse en términos históricos más amplios: como la consciente y entusiasta actitud del hombre que aspira a entrar en contacto, no con una tradición espiritual —como lo entendió el humanismo renacentista— sino con una síntesis elaborada sobre las dos grandes tradiciones del Occidente: el paganismo antiguo y el cristianismo medieval. En adelante, el humanista auténtico será aquel ser capaz de sentir estrechamente armonizadas en su espíritu, a estas dos corrientes culturales.

Pero ensanchando de este modo el cauce comprensivo del humanismo mediante la aceptación de otras corrientes que la greco-latina, vemos hasta qué punto esta experiencia, abriga posibilidades insospechadas. Llevando hasta sus últimos despliegues esta posibilidad de significar un retorno estimativo a los más altos momentos del espíritu en la historia, nos damos de pronto, con su sentido profundo. Esto es, que el humanismo es una actitud del hombre frente a *todo su pasado*. Y este pasado —he aquí lo nuevo— puede no ser tan sólo la historia de Occidente, sino la total historia del hombre. Actitud ésta, en virtud de la cual se entiende que tanto el sentido

de los dioses antiguos, como la sabiduría de la vida interior que brindó el medieval, como la vocación terrenal que mostró el Renacimiento, la fe racionalista del ilustrado y crítico siglo XVIII, el vértigo pasional del romanticismo y el progresismo liberal del XIX, en fin, que el magno esfuerzo creador realizado por el hombre, constituyen un *solo tesoro*, un gran cofre de maravillas históricas, digno de ser revivido y resguardado. Esto es, que la historia toda —no un momento de ella— puede ser una fuente donde el humanista satisfará la conciencia de su espiritualidad. Conciencia histórica, diríamos, pero que en definitiva, es familiaridad esencial con los dioses resurrectos. No mera anatomía de lenguas muertas, ni fría mirada retrospectiva. Al contrario; el humanista de este modo considerado, es el hombre para el cual las creaciones culturales constituyen su más directa morada. Al punto que en los grandes momentos de crisis históricas, buscará salvar su casa —la cultura— volcando tales riquezas en su propia vida.

Pero esta vocación guardiana del humanismo, no deberá confundirse con la ciega servidumbre a la tradición. No deberá confundirse humanismo con tradicionalismo. El tradicionalismo al uso, que conocemos, es actitud *cerrada* al futuro porque le es peculiar una congénita incapacidad para crear formas. Su culto al pasado es el reverso de una inconsciente necesidad de lograrse un amparo agónico. Por el contrario, el humanista convive en actitud y presencia con las creaciones del pasado, pero su propia dimensión se cumple en la medida que aquél no trabe su iniciativa. Más aún: el humanista es el hombre cuyo gran amor al pasado aviva el despliegue creador de toda iniciativa. El humanismo puede definirse también, como una actitud *abierto al futuro*.

No de otro modo lo entendió el claro espíritu de Benedetto Croce, al afirmar que el principio universal de todo humanismo "consiste en la referencia a un pasado para sacar de él luces que esclarezcan la obra y la acción propias". Nadie definió mejor que el filósofo italiano, la fundamental instancia histórica que ha gravitado a lo largo de este aspecto estudiado. En efecto, afirma Croce: "El historicismo es el verdadero humanismo, es decir, la verdad del humanismo". (*La Historia como Hazaña de la Libertad*).

HEMOS visto ya el primer gran significado del humanismo. El que se definió como una actitud de fuerte tono historicista. Pero nos toca ahora intentar un camino distinto y que nos llevará a comprender el humanismo en tanto actitud filosófica, esto es, estricta vocación especulativa. En este segundo significado que estudiaremos, el humanismo se da como una vasta teoría de la realidad, como una concepción de netos contornos metafísicos y definida modalidad gnoseológica. En suma, como una reflexión sobre la totalidad.

Nos referiremos brevemente, para ejemplificar, a dos concepciones que se han definido como sendos humanismos y a la vez, constituyen dos corrientes importantes del pensamiento contemporáneo. Se trata del *pragmatismo* de F. S. C. Schiller y del *existencialismo* de Jean-Paul Sartre. Ambas filosofías tienen pocos puntos de contacto. El pragmatismo entronca con la tradición empirista anglo-norteamericana de la que acepta sus ideas fundamentales. En cambio, el pensamiento de Sartre se deriva de la fenomenología. Pero con todo, resulta interesante observar qué motivos estrictamente especulativos llevaron a estos filósofos a considerar que sus puntos de vista podrían caracterizarse como humanistas.

El humanismo de Schiller —según se desprende de la exposición que William James hace en su libro "Pragmatismo"— es una filosofía anti-intelectualista. Todas las soluciones monistas y apriorísticas que el racionalismo moderno ha propuesto como metas últimas de la investigación filosófica —por ejemplo Dios, Idea, Materia—, tienen, para el pragmatismo, una existencia meramente abstracta y fantasmal. Son fetiches en los cuales el racionalista necesita creer para sentir luego, que la peligrosa diversidad del mundo queda apresada en sus manos, o más bien: *conjurada* mediante el poder mágico de una palabra. Con ello, según Schiller, el temperamento racionalista satisface una predisposición elemental al par que logra, con tales abstracciones, una especie de seguro metafísico contra el caos. "Así el Universo apareció siempre al espíritu natural como un enigma, cuya clave habrá de buscarse en la forma de algún nombre o en alguna palabra inspiradora o potencial. Esta palabra designa el *principio* del Universo y poseerla es, en cierto modo, poseer el Universo mismo. Nombres de esta índole son los de "Dios", "Materia",

"Razón", "lo Absoluto", "Energía". Una vez poseídos, se puede descansar, en la seguridad de haber llegado al cabo de la indagación metafísica". (Cap. II).

El pragmatismo insiste en que tales *esencias* no tienen realidad metafísica alguna. La razón no las descubre en lejanos mundos supracelestes. Tampoco gozan de una pretendida incontaminación subjetiva. Por el contrario, llega a sostener que tales "realidades últimas", metas del conocimiento humano, son *creaciones* del hombre. No hay una Verdad de esencias objetivas. No la hay porque, para el pragmatismo, la verdad es un *hacer* del hombre. Y como toda creación humana —como la ley, el idioma, las costumbres, el arte, la ciencia, la moral— la verdad no puede borrar el sello de su humanidad primigenia. Y puesto que el hombre no puede eludir de ningún modo esta fundamental instancia de *lo humano*, como no puede dejar de desenvolverse en el círculo de sus propias creaciones, Schiller consideró que su filosofía podría ser entendida como un humanismo. Veamos lo que dice James: "Lejos de ser principios que *anteceden* y animan el proceso, la ley, el idioma, la verdad, no son sino nombres abstractos de sus resultados. Las leyes y los idiomas han, pues, de ser considerados como construcciones humanas. Schiller aplica la analogía a las creencias y propone el nombre de Humanismo a la doctrina de que, hasta un cierto punto indeterminable, nuestras verdades son también productos de elaboración humana. Humanos motivos son los que agudizan todas nuestras cuestiones; humanas satisfacciones resplandecen en todas nuestras respuestas; todas nuestras fórmulas tienen un sello humano". (Cap. VII).

EN cuanto a la filosofía de Sartre, también su humanismo responde a una fuerte afirmación subjetivista. Desechada la creencia en todo "apriori" metafísico y todo normatismo ético previos a la existencia humana, de hecho, el hombre se encuentra en la más absoluta *soledad* y con una *libertad* sin precedentes. Solo, sin esencias preestablecidas que le enseñen la clave de su ser o el sentido del mundo, sin un imperativo concreto que le señale *materialmente* el fin de toda acción. Libre, porque sobre él recae la responsabilidad absoluta de inventar la norma ética que quitará a sus actos toda

gratuidad. Ahora bien, este ser solitario, libre, creador, que es el hombre y que pareciera un forzado prisionero de sí mismo, es al mismo tiempo, un ser que se define por su capacidad de "trascender", de salir de sí mismo en total "rebasamiento". El pensamiento que se afirma sobre la trabazón de estos dos conceptos —trascendencia y subjetividad— es lo que Sartre caracteriza con el nombre de humanismo. "No hay otro universo —escribe— que este universo humano, el universo de la subjetividad humana. Esta unión de la trascendencia, como constitutiva del hombre —no en el sentido en que Dios es trascendente, sino en el sentido de rebasamiento— y de la subjetividad en el sentido de que el hombre no está encerrado en sí mismo, sino presente siempre en un universo humano, es lo que llamamos existencialismo humanista". (*El Existencialismo es un Humanismo*).

Como hemos visto sumariamente, ambas concepciones, la pragmatista y la existencial, convergen en una afirmación común. Emplean el concepto Humanismo, con referencia al sentido general de *lo humano*. Pero eso sí: asimilando la doble significación que el concepto de *lo humano* confunde en sí con una resonancia ambigua. En primer lugar, se entendió lo humano en el sentido de su distinción ontológica frente a *lo natural*. Esta distinción —que las ciencias del espíritu hicieron evidente— caracterizó al hombre por sus notas exclusivas. Lo concibió en cuanto ser espiritual creador de valores.

En segundo lugar, se entendió *lo humano* conforme a aquel sentido que por primera vez en la historia de la filosofía acuñó Protágoras y según el cual, lo subjetivo humano es el principio de relatividad de todas las verdades. Comprendido así, el hombre es la arena movediza donde la estructura substancial del universo, pierde el asidero de su objetividad.

Este concepto de lo humano, impregnado de la doble significación antedicha, fué aceptado y valorizado tanto por el pragmatismo como por el existencialismo. Véase en ello, una saludable reacción contra el absolutismo racionalista. Además, esta acentuación de su importancia, se hace en nombre de una vuelta de la filosofía a lo concreto, a lo inmediato, a los datos primeros de toda subjetividad. Esto es, como una reacción contra los mudos dioses de la metafísica —tanto tradicional como moderna—, ante los cuales el hombre se pre-

sentaba con la desventaja y el remordimiento de su vida íntima. El humanismo vino a dar nombre a esta rebelión especulativa. Y tanto la corriente pragmatista como la existencial —aun perteneciendo a planos mentales diversos— han coincidido en la aceptación de este mismo espíritu.

Con ello se ha querido probar que el humanismo es concepto que define una filosofía, una estricta reflexión sobre la totalidad. En este caso, su punto de partida ha sido diferente al que hemos estudiado como una afirmación de tono historicista. Si bien el humanismo como actitud *histórica* se caracterizó por su jubilosa atención al pasado del hombre, esta vez, en cuanto actitud *filosófica* representa una vuelta al hombre mismo, rechazado, abandonado, en las puertas de los grandes sistemas.

Nos toca analizar, ahora, un tercer gran significado del humanismo. Surge el mismo como consecuencia de aquel movimiento que en el pensamiento contemporáneo acentuó el estudio del hombre. Este sentido último del humanismo se manifiesta, frente a las dos imágenes que hemos visto —la histórica y la filosófica— como una actitud *antropológica*. Como una actitud del hombre frente al hombre. Un enfoque nuevo que no sólo se pregunta por el *ser* del hombre queriendo aclarar la incógnita de su esencia, sino que además postula un *deber ser* lo humano. Se trata de un humanismo que comienza como indagación antropológica esencial, para culminar en la afirmación de un imperativo ético, esto es, el despliegue y realización de tal esencia. Quien definió este sentido antropológico del humanismo contemporáneo con claridad, fué Heidegger. Permitásenos, a propósito, citar unos párrafos de su conocida *Carta sobre el Humanismo*: "¿Hacia dónde va el "cuidado" —el empeñarse por el hombre— sino en el sentido de reconducir el hombre a su esencia? ¿Qué significa esto sino que el hombre (*homo*) se vuelva humano (*humanus*)? Y así es la *humanitas* asunto de un pensar de esta clase; porque esto es humanismo: meditar y preocuparse —curarse— de que el hombre sea humano, y no inhumano, esto es, extraño a su esencia. ¿Pero en qué consiste la humanidad del hombre? Ella estriba en su esencia".

Tales líneas esbozan un humanismo que comprende tres etapas que se implican estrechamente. La primera (etapa antropológica), consiste en una vuelta del hombre a sí mismo. Una reflexión intensiva con el propósito de indagar, recortar el ámbito de su "humanitas" verdadera. La segunda (metafísica), comprende una averiguación metafísica. Pues esta "esencia" buscada muestra en sí al ser mismo. Para Heidegger esta etapa es fundamental. No hay humanismo sin Metafísica. La tercera (etapa ética), apunta a una realización y cumplimiento de la esencia. Un converger la existencia toda en el sentido de la "humanización" del hombre.

Lo cierto es que dentro de este sentimiento del humanismo —"preocuparse por el hombre"— se desarrolló casi toda la corriente de pensamiento que conocemos con el nombre de *antropología filosófica*. Dentro de tales líneas especulativas se efectuaron las más audaces interrogaciones acerca del hombre y sus diversos ideales formativos. Esta vez, con ineludibles aportes llegados del campo de la psicología, la fenomenología, la literatura, la mística, la sociología y el psicoanálisis.

El humanismo contemporáneo se convirtió en un ariete escarbador de profundidades humanas. Trató de recorrer, con la mayor crudeza, los velos inviolables. Penetró en la conciencia humana y trizó el silencio de ciertos espacios intocados. Llegó, en sucesivo y gradual ahondamiento interior, a recorrer todos los círculos del alma: lo bárbaro, lo demoníaco, lo sagrado, lo heroico, lo mágico, etc. Y en esta formidable exploración del hombre —de la que resaltan fuertes figuras precursoras: Rousseau, Nietzsche, Marx, Dostoiewski, Freud— el humanismo llevó a la luz, a una especie de claridad impúdica, toda la desnudez de su vida subterránea.

En cuanto a los ideales formativos, el humanismo cobijó las más substanciosas polémicas. Múltiples imágenes arquetípicas del hombre se disputaron la exclusividad dogmática de la "humanitas" más verdadera. El ideal del hombre helénico, el cristiano, el racionalista, el dionisiaco, y el activista, afirmaron el derecho a la más acabada humanidad.

Pero el humanismo no sólo trató de calar en una verdadera "humanitas" del hombre de nuestra época. Una de sus corrientes llegó a percibir —en el seno de tan abismática interioridad— que la posesión de una auténtica "humanitas"

se refiere al conocimiento último de una "Deitas". O sea, que la realidad de lo divino potenciaría la raíz de toda humanidad. De este modo lo entendió una de las mentes más claras de nuestro tiempo: Max Scheler. Para el filósofo alemán, el punto de partida de todo humanismo, se cifra en un profundo auto-despliegue del *hombre* en el hombre. Una gradual "humanización" que logra la actualización de su ser, el *espíritu*, mediante la sublimación y reconducción de las fuerzas impulsivas aportadas por los instintos. Este principio conformador que es el espíritu, creador de sí mismo al par que su vocación misma es dar rostro a lo informe, es —según Scheler— la nota distintiva y propia de lo humano. Pero también, el principio de lo *divino* en el hombre. El *quid* por el cual el hombre supera su detención evolutiva en cuanto ser biológico, para trascender a los más altos valores de la cultura. Por ello toda "humanización" puede entenderse también, como un proceso de "auto-deificación". En la medida que el ser humano abrigue un ideal de cultura que posibilite la actualización de su "Deitas" y que a la vez incluya un saber categorial que permita dominar el más sutil y universal arte de la vida interior, podrá decirse —sostiene Scheler— que este ideal responde a la exigencia del más auténtico humanismo.

En ligero esbozo, estas actitudes estudiadas fueron asumidas coherentemente por el tercer gran contenido antropológico. El hombre es el objetivo primero de toda meditación, el ser de mayor valor y cuidado. Humanismo que acentuó su voluntad de conocimiento, extremó hasta lo inaudito la audacia de su aventura en la intimidad humana, al punto de lograr nítidos atisbos de sus fuentes originales. Y si bien nos reveló importantes secretos del hombre, también dejó en nuestras manos —como más adelante veremos— una de sus más terribles verdades.

PERO antes recapitemos. Hemos aunado en tres grandes apartados, las diversas significaciones del humanismo. Tres grupos conceptuales ordenados según haya predominado la actitud historicista, la filosófica o la antropológica respectivamente. En verdad, no es posible dudar que en estos distintos momentos, el humanismo comprendió generosos enfoques so-

bre la historia, el mundo y el hombre. Pero no es menos cierto que más allá de estos tres contenidos estudiados, es necesario ahondar hasta el punto de dar con una condición significativa permanente y única. Con tal propósito, cabría preguntar por los resultados de la siguiente experiencia: ¿Qué nos quedaría en las manos, si abordamos el concepto humanismo en sí mismo, borrando toda referencia precisa a sus significados aludidos en un esforzado acto de abstracción?

Nos quedaría una noble y constante *resonancia*, una común dignidad, una cierta luminosidad formal que pareciera más bien, las líneas de un estilo.

Tal vez el concepto humanismo haya adquirido esta resonancia por el hecho de comprender la historia de las actitudes estudiadas. Y por esto mismo, le haya sucedido lo que a aquellos odres que han quedado impregnados de las esencias que contenían.

O quizá la base de estos tres grandes aspectos, estuviera obrando una sola y misma actitud. Pero en definitiva, ¿cómo precisar esta resonancia de la palabra humanismo, cuál es la verdad de este estilo que tiene el formalismo de una condición, dónde nace ese profundo sentido que se prolongó —permaneciendo fiel a sí mismo— tanto en la actitud histórica, como en la filosófica y la antropológica?

Se nos ocurre, en primer lugar, que la clara señal de su carácter definitivo, se mostró en aquellos versos de Terencio: "Homo sum, nihil humani a me alienum puto" (Hombre soy, nada *humano* me es extraño), y a los cuales se podría agregar aquella variante que propuso Unamuno: "nullum hominem a me alienum puto" (ningún *hombre* me es extraño).

Se puede afirmar que esta es la verdad primera de todo humanismo. Una preocupación concreta por el hombre concreto. Una preocupación integral, dado que en el hombre no hay ámbitos más importantes que otros. Esta peculiaridad del humanismo enseña que una región de lo humano largamente descuidada, tarde o temprano agita su puño amenazante exigiendo la paga de este olvido. Y casi siempre tal exigencia irrumpe catastrófica en el hombre, violentamente ciega, desbordando su propio cauce. (Esta verdad explica gran parte del movimiento irracionalista contemporáneo, tanto en arte como en filosofía y política).

De ahí que el humanismo, así visto, implica una máxima vigilia, un justo reconocimiento. Además, su impulso se orienta hacia un apropiamiento *simpático* de lo desconocido, de lo no revelado aún. Siempre su conducta frente al hombre se definirá como un esfuerzo contra el olvido y contra las sombras que caen sobre determinadas zonas del hombre con un propósito de fragmentación.

En segundo lugar, el humanismo se da, más que como una referencia a cierto contenido preciso, como la *condición* básica de todo contenido. Esta *preocupación* por el hombre, manifiéstase como un compromiso inicial, previo a toda actitud, pactado en los últimos pliegues del ser, en su nacimiento a la vida del espíritu puesto que en este plano, nacer al espíritu es *iniciarse* en el amor por el hombre. Humanismo que fundamentalmente es *vocación*, un definitivo *estilo* de vida, una tensión *emocional* por el hombre y su destino en la tierra.

Esta *condición* a que aludimos puede abarcar los más diversos contenidos. Por ejemplo: Un hombre puede preocuparse por la historia y decir: "el humanismo es historicismo" (como Croce); puede interesarse por el problema de la verdad y decir "el pragmatismo es humanismo" (como Schiller); puede postular una metafísica del hombre y afirmar que esto es humanismo (como Heidegger). Y todos estarán en lo cierto *si además* de tales afirmaciones, sosteniéndolas, se siente como un leit-motiv profundo, aquella resonancia del verso latino.

En efecto, ¿podrá con justicia, el historicismo llamarse humanista si la historia para él no es un mundo enteramente vivo, un estado de alma, sostenido por el estremecimiento creador del hombre concreto, carnal, finito? ¿Podrá tener valor alguno su *síntesis* de tradiciones culturales, si esta misma convergencia no se cuida como una morada espiritual donde el hombre realice el aprendizaje de su universalización?

¿Podrá el humanismo filosófico concebirse como tal, si su desconfianza ante las grandes abstracciones del racionalismo, ante las esencias supracelestes, no se entiende como un inicial esfuerzo por arraigar el ímpetu especulativo en tierras de la interioridad humana?

¿Podrá la antropología filosófica decirse, además, humanista, si no une a su formidable voluntad de conocimiento del hombre, una firme voluntad de *salvación*. esto es, de ordenar un sistema de seguridades espirituales, un resguardo que

conjure la amenaza de destrucción que pesa sobre toda realidad humana?

Sin duda que no, porque en caso afirmativo todas las definiciones estudiadas, no implicarían más que el hecho de una palabra inutilizada por un conceptualismo abusivo.

HEMOS dicho *voluntad de salvación*. Con ello, ya estamos señalando algo más que nuestro propósito de definir la raíz permanente y única del humanismo: enunciamos la clave misma de su carácter contemporáneo.

En efecto, hicimos referencia a una terrible verdad que el humanismo de nuestro tiempo había revelado. Esta verdad es la de que el hombre, por esencia, es un *ser amenazado*.² Que ninguna de sus conquistas es definitiva. Sobre él pesa el peligro constante de caer de bruces en lo inhumano —en lo "deshumano" más bien en la postración animal, la pérdida de sí mismo. Es el ser que por excelencia, está siempre bajo el peligro de perder su rostro, su ímpetu creador; perder de un golpe —como quien se juega la cultura toda en un raptó suicida— el mundo de símbolos espirituales que la humanidad fué creando y resguardando trabajosamente. Y volver así a la desnudez originaria de lo informe, lo vital, quedando impotente, vacío de fuerzas espirituales, enajenado. Esto es, vencido por la rebelión de sus entrañas, hostiles en la locura de su triunfal estallido.

Es a esta verdad trágica de nuestro tiempo, que el humanista quiere dar respuesta cuando define la norma de su conducta, como una firme voluntad de salvación. Voluntad

² Esta intuición de la creciente amenaza de destrucción total que pesa sobre el hombre, ha ido acentuándose subrepticamente en estos últimos cuarenta años. Recordemos lo que sentenciaba melancólicamente Valéry en 1919: "Sentimos que una civilización tiene la misma fragilidad que una vida. Las circunstancias que podrían mandar las obras de Keats y las de Baudelaire a unirse con las de Menandro no son ya totalmente inconcebibles: están en los periódicos" (*Política del Espíritu*). Y también a Scheler sosteniendo la condición de "delicadeza y vulnerabilidad" de la cultura (*El Puesto del Hombre en el Cosmos*). Citemos además, lo que Ortega y Gasset escribía hacia 1939, en Buenos Aires: "Eso que llamamos "civilización"... son seguridades inseguras que en un dos por tres, al menor descuido, escapan de entre las manos de los hombres y se desvanecen como fantasmas" (*Ensimismamiento y Alteración*).

que resguarde al hombre del riesgo de quedar confinado en un definitivo extrañamiento.

Sin duda, esta respuesta es harto difícil porque el humanismo contemporáneo ha descubierto un secreto con el cual vuelve problemática su propia existencia. Pero como en todo momento crucial de la historia, el humanista tiene que pagar el alto precio de su misión.

Por lo pronto, conjurar la amenaza que pesa sobre el hombre, implica reeditar aquella vieja vocación por el pasado que hemos considerado como característica de la actitud historicista. Vocación de retorno a las grandes fuentes de la cultura, entendida como una suprema síntesis de tradiciones diferentes. Puesto que este sentido de la historia —concebida como el despliegue temporal del espíritu— es el que las teorías absolutistas actuales han despreciado, inaugurando un nuevo primitivismo político de base ahistórico y ciegamente deshumanizado. En efecto, tales teorías consideran que recién, con su propia vigencia, comienza la *verdadera* historia del hombre. O sea, que todo el pasado ha sido un cúmulo de errores, una especie de prehistoria, hasta el momento en que un brusco "fiat" revolucionario inicia el reinado del paraíso terrenal. Esto por un lado. Por otro, conspiran también contra este sentido de la historia, la mecanización del hombre en nuestra civilización industrial, la creciente superficialidad de las costumbres colectivas, el progreso concentracionario de lo que Karl Mannheim llamó "técnicas sociales" —la radio, la prensa, el cine, la educación, etc.—, poderosos medios que las minorías reúnen en sus manos para influir sobre los demás. En suma, toda nuestra vida contemporánea, está tenida de un autoritarismo hostil a la conducta humana que quiere ordenar su estilo conforme a amplias perspectivas históricas.

Sin embargo, el humanista tendrá que responder con el testimonio de su acendrada conciencia del pasado. Tendrá que avivar su comprensión y fervor por las conquistas que el hombre ha realizado en todos los planos de la cultura, y poner en juego, su maravillosa capacidad para encontrar la convergencia armónica de las tradiciones más divergentes. En definitiva, acaso su vocación por sentir en unidad creadora la historia de la humanidad, sea lo que mejor defina la respuesta del humanismo a la crisis contemporánea.

La segunda exigencia que debe afrontar en nuestros días, viene de su responsabilidad ante el futuro. Si bien la primera exigencia se definía como una voluntad por preservar los valores del *pasado*, esta última se evidencia como una preocupación por el *mañana* del hombre. Esto es fundamental. Hasta ahora, la vieja polémica contra el progresismo —si bien nos curó de cierta ingenua confianza en el *necesario* mejoramiento del hombre— nos acostumbró, en cambio, a desconsiderar nuestra propia y entrañable preocupación por el futuro. El humanista volverá a poner en juego aquella sencilla fe en el porvenir humano, fe que nuestros viejos patriarcas liberales han poseído y de la que aun nos pueden dar una lección conmovedora. Esto quiere decir que el humanista no quedará en extático guardián de los dioses antiguos. Su vigilia debe ensayar una voluntad prospectiva. Comprender que la crisis contemporánea señala el desgaste y desprendimiento de ciertas ideas culturales que necesitan ser abandonadas.³ El humanista debe ejercitar su conciencia insobornable de la crisis, para lograr que tal desprendimiento inaugure una perspectiva nueva.

Sin duda, su actitud es riesgosa. Al humanista le toca vivir en un mundo reacio a toda discriminación, a todo "espíritu de sutileza". Un mundo acostumbrado a manejar lo humano dentro de grandes generalizaciones filosóficas, científicas, ideológicas. Y donde todo llamado a la lucidez, todo afán de interpolar matices nuevos, es rechazado como una alternativa sospechosa.

Con todo, el humanista no puede renunciar a la condición primera de todo humanismo, al sentido de aquel viejo verso latino. Hemos visto que esta condición se cifraba, para nuestros días, en una firme voluntad de salvación del hombre. Poseído por esta voluntad y con una serena confianza, el humanista responde a aquella doble exigencia. Resguardar el *pasado* del hombre, al par que no descreer en su *futuro*.

³ No es posible pasar por alto aquí, las lúcidas precisiones que el profesor Francisco Romero ha efectuado sobre la crisis occidental como crisis del individualismo, el activismo y el racionalismo. (Ver sus ensayos: *Inventario de la Crisis, El Positivismo y la Crisis y Meditación del Occidente*). No resulta menos ejemplar, en este caso, su fe en la capacidad del Occidente para desbrozar sus propias vías de salida.

PERO siempre subsistirá la misma inquietud. En el seno de tan angustiosa inestabilidad y peligro ¿podrá el humanista levantar su voz y romper el círculo de su aislamiento?

“Voz que clama en el desierto” el humanismo conoce esta dura prueba. Alfred Weber había dicho que el humanismo del Renacimiento “crea el tipo de la personalidad individual solitaria”. También el humanista de nuestros días, es un solitario no sólo por vocación y estilo de vida, sino porque así se lo impone el carácter dominante de nuestro tiempo que repele toda soledad. En un mundo que tiende a la uniformidad, la soledad es un acto de rebeldía.

Pero el humanista defiende su ciudadela invisible porque aun a solas, él se sabe el único guardián de lo universal. Viejo cuidador de símbolos, vela por el hombre y sus tesoros culturales. Es un testimonio de claridad de espíritu en medio de la ceguera y odio actuales. En un presente trizado por sucesivos fanatismos, el humanista se esfuerza por salvar una visión ecuménica del hombre. Ciudadano de un mundo fantasmal de eternidades, guarda su morada para un posible tiempo futuro menos desdichado y sombrío que el nuestro.

LA FENOMENOLOGIA Y LA CIENCIA

Por *Mario BUNGE*

LA fenomenología ortodoxa, tal como fuera formulada por Husserl, pretende ser, no solamente una ciencia rigurosa y positiva, sino también el fundamento de las ciencias particulares. Desgraciadamente para ella los hombres de ciencia no han advertido este reclamo, siendo así que no puede encontrarse un solo fenomenólogo en el mundo científico; tampoco ha ayudado la fenomenología a resolver un solo problema científico ni a aclarar siquiera uno de los problemas gnoseológicos o metodológicos suscitados por la investigación científica.

¿Qué fundamento tiene esa pretensión? Intentaremos demostrar que carece de fundamento alguno. Para ello haremos un breve inventario de las presuntas relaciones del saber fenomenológico con el conocimiento científico. Si estas relaciones fuesen reales, el diálogo sería la forma más adecuada para exponerlas. Pero no es posible el diálogo entre dos personas que hablan de temas desvinculados en idiomas extraños e incomprensibles el uno al otro. Por ello el diálogo se convertirá en paralelo. En este paralelo, F indicará fenomenología y C representará a la ciencia.

A. ONTOLOGIA

I. *De la naturaleza del ser*

F. : *Cada hecho está determinado por su esencia.*

Todo "fenómeno" está "impregnado de ideas", o sea, de "visiones exactas", siendo este el motivo por el cual es posible captarlo y describirlo.

C. : *Cada hecho está determinado por sí mismo y no por otros hechos.*

La naturaleza no necesitó, para existir, que apareciera la fenomenología y redescubriera las "ideas" de Platón. Las cosas

no derivan sus cualidades ni su realidad de fuentes o dominios trascendentes o sobrenaturales. La antropología nos enseña que esta tesis fenomenológica es una supervivencia del animismo primitivo.

II. De la esencia

F. : *La esencia es un universal concreto.*

La esencia es una "totalidad concreta", un "universal concreto" a la manera platónica; es irreal e intemporal, pero no por ello inexistente.

C. : *La esencia es una relación o función interna del objeto y tan objetiva como éste.*

La esencia de una cosa o de un proceso es su ley básica de desarrollo, la que determina sus propiedades y manifestaciones restantes; es real y temporal.

III. Del cambio

F. : *Nada cambia.*

"Una cosa es lo que es, y permanece en su identidad por siempre: la naturaleza es eterna". (Husserl).

C. : *Todo cambia.*

La mutabilidad, y no la identidad, es la esencia misma de las cosas, y la tarea de la ciencia es descubrir, precisamente, las leyes del movimiento y del cambio.

IV. De la substancia

F. : *La substancia no es material ni mental, sino neutra.*

La "substancia del mundo", que es la esencia, no es material ni mental, sino "neutra" (como para James, los neorealistas y Russell), eterna y absoluta.

C. : *El mundo exterior es material.*

El concepto de substancia invariable ha sido sustituido por el de materia en permanente evolución. La ilusión de superar por igual al idealismo y al materialismo mediante el truco de la "substancia neutra" no tiene asidero en ciencia alguna.

V. De la realidad

F. : *El reino de las esencias es ajeno a la experiencia.*

El "reino de las esencias" se levanta por encima de la realidad física, siendo un aspecto del ser irreductible a la experiencia.

C. : *El carácter de realidad se prueba con la experiencia.*

La investigación científica no reconoce la existencia de dominios de la realidad inaccesibles a la experimentación. Ninguna proposición adquiere jerarquía de verdadera si no ha sido verificada experimentalmente (en lo que respecta a las ciencias de la naturaleza) y aun menos si no es posible de comprobación. Al hablar de objetos reales (como serían las esencias) pero que están fuera del alcance de la experimentación, la fenomenología se coloca al margen del método científico.

B. GNOSEOLOGIA

I. La raíz del conocimiento

F. : *La fuente originaria de todo conocimiento es la intuición.*

Para Husserl, como para Bergson y para todo el intuicionismo precedente, la intuición no es lo que Descartes caracterizara como caso particular y agudo del razonamiento, interpretación que Fouillée sintetizara en la fórmula "indiferencia más o menos rápida"; sino una facultad del espíritu por la cual el objeto es aprehendido directa y globalmente, más que como objeto como ser, y en cuanto ser como esencia (cf. A. I.). Es conocimiento sintético por oposición al analítico, y está más cerca del instinto y del "sentido" artístico o místico que del raciocinio. Ya Dignâga, el hindú del siglo v, la había exaltado al mismo rango, definiéndola como "conocimiento libre de construcciones", y que por lo tanto nos presenta al objeto en su sencillez y totalidad primigenias. Desde luego que la intuición fenomenológica no es únicamente la sensible, pues si así fuera —arguyen los fenomenólogos— todo conocimiento sería epifenoménico, relativo y transitorio. Mientras que la intuición fenomenológica, que aspira a colocarse por encima de la historia (ubicándose así de hecho en la prehistoria), es

principalmente "intuición eidética" o *Wesensschau*, es decir, visión de las esencias.

C. : *La fuente originaria de todo conocimiento es la observación y la experimentación.*

La "intuición" de que se vale la ciencia es la sensible, pero lejos de limitar a la aceptación pasiva de las percepciones, las analiza, critica y elabora; y lejos de fundarse exclusivamente en una "intuición sensible", pasiva y seráfica, el trabajo científico es esencialmente activo, más productor consciente de datos sensibles que mero producto de ellos.

II. El objeto primordial del conocimiento

F. : *La intuición nos provee la esencia de las cosas.*

En oposición al criticismo, y en concordancia con el empirismo ingenuo, la fenomenología sostiene que la intuición no sólo nos informa sobre las "propiedades" de un objeto, sino también sobre su esencia, ya que ella no sólo es global sino que no daña la integridad del objeto. (La esencia es a su vez "definida" en forma tautológica: esencia es "un grupo de predicados esenciales pertenecientes al objeto"). Rechazando a la manera del realismo ingenuo las antinomias kantianas nómeno-fenómeno y realidad-apariencia, la fenomenología sostiene la paradoja de que el conocimiento fenoménico nos da directamente la esencia de las cosas. De donde la tarea de la filosofía es aprender y describir las esencias, consistiendo así en una ontología intuicionista. El presunto día que la fenomenología cumpla su ambicioso programa (por ahora es en su mayor parte un programa), se convertirá parcialmente en una nueva filosofía de la naturaleza, tan desatinada como la romántica, pero, naturalmente, menos poética que la goethiana.

C. : *La abstracción nos conduce gradualmente al conocimiento de lo esencial.*

El conocimiento científico es radicalmente diferente del vulgar, y los éxitos de la teoría científica demuestran que es la abstracción y no la "intuición", la que gradualmente va determinando las cualidades esenciales de los objetos. Y la historia de la ciencia demuestra que esta determinación nunca es alcanzada por entero y de manera directa, sino con traba-

josas sinuosidades y a lo largo del desarrollo histórico, asintóticamente y no por súbitas iluminaciones trascendentales.

III. *La extensión del conocimiento*

F. : *Sólo hay conocimiento de lo particular.*

Una de las características de la intuición fenomenológica es que, como toda intuición, sólo "ilumina" lo particular y lo individual (*ist einzeln*, decía Kant.). Con lo cual quedan automática y simultáneamente proscritas la inducción y la deducción.

C. : *El conocimiento aspira a ser general y universal.*

Por su índole conceptual, el saber científico es general, y a lo largo de un proceso de unificación y diversificación va alcanzando la universalidad. El conocimiento de lo particular e individual —el que a su vez sólo es posible con la presuposición de conocimientos generales anteriores— es la primera etapa y no la meta. La ciencia es esencialmente inductivo-deductiva (Bacon).

IV. *El dato inmediato del conocimiento*

F. : *Es preciso respetar la dignidad del hecho empírico.*

"Todos los datos inmediatos deben ser pura y simplemente aceptados, tal como se presentan a la intuición". (Husserl). La ciencia, sostienen con razón los fenomenólogos, "no respeta a la realidad", desde que, al conocerla y para poder conocerla la modifica, convirtiendo a la cosa en sí en cosa para nosotros. Es preciso atenerse a la "experiencia inmediata", que no es la experiencia-praxis de la ciencia (interacción del sujeto con el objeto y no mera unidad estática de ambos términos), sino la captación seráfica de los "datos inmediatos de la conciencia". No hay que "perturbar la superficie apacible de la realidad", preconizan los fenomenólogos recordándonos la piedad de Goethe para con el tierno y puro haz de luz blanca sometido por Newton a la cruel humillación de pasar por una estrecha apertura.

C. : *Conocer las cosas es conquistarlas, para lo cual es forzoso deformarlas.*

El dato inmediato no nos llega, sino que debemos arran-

carlo. El conocimiento de la "cosa en sí", del noúmeno, se logra (asintóticamente, históricamente), determinando y no ignorando la magnitud de la interacción sujeto-objeto. La más inocente de las mediciones experimentales comporta una modificación del objeto, modificación tanto más importante cuanto más profundamente se quiere penetrar en él.

V. Lugar del conocimiento de las esencias

F. : *El conocimiento de las esencias es previo a cualquier otro conocimiento.*

Dado que la raíz del conocimiento es la intuición, y puesto que ésta nos concede sin más el conocimiento de las esencias, éstas son lo primero que aprendemos.

C. : *El conocimiento de lo esencial es meta y no punto de partida.*

Se llega penosamente y nunca del todo, al conocimiento de lo esencial. La historia de la ciencia demuestra que lo primero que se alcanza es lo más accesible, que a su vez es casi siempre aparente y secundario. Más aún: cuando se ha creído alcanzar la esencia última de una cosa, de un proceso, se advierte que sólo se trataba de una verdad parcial. La naturaleza es infinita e inexhaustible, no pudiendo confeccionarse de una vez por todas el catálogo de sus esencias.

C. METODOLOGÍA

I. Del criterio de verdad

F. : *El conocimiento intuitivo es infalible y evidente.*

Al ser "libre de elaboración", el conocimiento intuitivo es "infalible y evidente"; más aún: la intuición es la única garantía de evidencia. Esto elimina la necesidad de todo criterio de verdad que no sea la certificación del carácter intuitivo de un conocimiento dado, y elimina en consecuencia la necesidad y hasta la legitimidad de la experimentación científica. En el plano metodológico, el papel del fenomenólogo se reduce, pues, a ser un escribano de la intuición eidética.

C. : *La ciencia no es dogmática ni ingenua: su criterio de verdad es la experiencia.*

La historia de la ciencia demuestra que no hay verdades evidentes ni conocimientos infalibles, y que la infalibilidad del juicio científico consiste precisamente en que, por definición, es falible. La verdad de una proposición no puede afirmarse *a priori* sino, únicamente *a posteriori*. Lo que caracteriza al conocimiento científico, por oposición a las fantasías fenomenológicas, es precisamente el hecho de que se conforma a un criterio de verdad muy exigente: la experiencia. (En matemática, la experiencia mental, consistente en la demostración de la coherencia lógica con los postulados).

II. De la finalidad de la ciencia

F. : *La ciencia debe describir, no explicar.*

La "ciencia de las esencias" o "ciencia eidética" (*Wesenswissenschaft*) se limita a describir, rechazando la explicación. Porque "explicar un hecho es salirse del hecho". La ciencia, al explicar el hecho, "le quita dignidad". Limitándose a la "pura descripción" de las cosas tales como ellas se ofrecen en su pura y desnuda apariencia inmediata a la intuición, la fenomenología se constituye en una ciencia "positiva" por excelencia. Fiel a su prosapia comtiana, la fenomenología sostiene que su tarea no es racionalizar la realidad, sino "mostrarla" o "iluminar" (*aufklären*) sus esencias y sus "intenciones".

C. : *La ciencia es esencialmente explicativa.*

No sólo es finalidad suprema de la ciencia comprender al mundo, es decir, explicarlo; sino que entre la descripción y la explicación existe una íntima interacción. Una ciencia que se limitase a describir tendría que reducirse a medir (mal) renunciando a prever, y por lo tanto a actuar. Comprender al mundo para modificarlo, y al modificarlo comprenderlo mejor; explicar lo descrito y con ello describirlo mejor: esta es la vida diaria de la ciencia, éstos son sus objetivos. Que la fenomenología sea impotente para explicar, y por ende intrínsecamente estéril, es cosa que no interesa a la ciencia.

III. De la descripción

F. : *La descripción pulcra exige una actitud preteórica.*

La fenomenología, que se limita a "describir con pulcritud" haciendo a un lado las "presuposiciones" de la ciencia, es un "inventario positivo" de las esencias. Así como el fenomenólogo hacía de escribano en el plano metodológico al limitarse a certificar el carácter intuitivo del conocimiento, ahora se convierte en el contador de esa fábrica de confección de esencias.

C. : *Toda descripción implica una explicación anterior así como conduce en última instancia a una explicación.*

Sin presuponer, no se puede inferir ni inducir. La descripción que hace un lego de un fenómeno es comúnmente errónea, precisamente porque no se funda en "presuposiciones" ni explicaciones racionales anteriores. La ciencia no puede darse el lujo de renacer todos los días olvidando su continuidad histórica en aras de una "pureza" tan ilusoria como estéril. No es nociva la presuposición en sí, sino su conversión en verdad *a priori* e inmutable, en un dogma de corte fenomenológico.

IV. Del análisis

F. : *El análisis de un objeto comienza por poner entre paréntesis su objetividad.*

Una vez aprendido un objeto, es preciso "suspenderlo", es decir, dejar de lado toda consideración acerca de su realidad. (Lo que permite ocuparse de fantasías arbitrarias). La verdad se alcanza tan sólo por un retorno a la "subjetividad pura" (que es aquello en que consiste la "reducción fenomenológica"), pues "La realidad del mundo depende de la conciencia y se funda en ella". (Husserl). "Yo, el 'ego trascendental', soy 'previo' a cualquiera cosa del mundo. Yo soy el Yo, es decir, el ser en cuya vida consciente ha empezado por construirse el mundo". (Husserl).

C. : *El análisis científico no sólo demuestra la realidad objetiva de sus objetos, sino que la presupone.*

La ciencia es fundamentalmente objetiva y sólo se ocupa de la realidad objetiva (material o mental), rechazando en su actividad diaria toda duda acerca de la realidad objetiva de sus

objetos y desconociendo por entero el "método" de la subjetividad pura. Nada hay en la ciencia moderna y, en general, en la actividad humana, que justifique la esterilidad del solipsismo. El solipsismo no es un método científico, sino una enfermedad de la que se ocupa la psicopatología.

V. De la fantasía

F. : *El análisis de un objeto se hace con la libertad de la fantasía pura.*

Una vez que se ha "puesto entre paréntesis" el carácter de realidad de un objeto (a fin de poder confundir los hechos con las alucinaciones), puede aplicarse el "método de las variaciones". Este consiste en someter al objeto a "variaciones" con "la libertad de la fantasía pura", operación a cuyo término aparece el *eidós* correspondiente.

C. : *El análisis científico emplea métodos y técnicas rigurosos.*

Estos métodos y técnicas se ajustan a la necesidad natural y a la necesidad lógica. Cuando impera esta última preponderante o exclusivamente, se trata de hipótesis y nunca de fantasías. La fantasía de la invención científica ayuda a menudo al descubrimiento y a la invención, pero nunca es arbitraria y siempre es provisoria, quedando radicada en los axiomas o en las hipótesis que sirven de partida, y quedando sujeta a comprobación.

D. AXIOMATICA

I. La fundamentación de las ciencias

F. : *Cada ciencia fáctica debe fundarse sobre su correspondiente ciencia eidética a priori.*

Toda "ciencia fáctica" o "positiva" debe fundarse sobre su "ciencia eidética" correspondiente, ya que el conocimiento de las esencias es previo a cualquier otro conocimiento (cf. B. V.). La ciencia es por definición (o por decreto) la fenomenología. Esta es independiente de las ciencias particulares (lo que no es difícil conceder) y previa a ellas (cosa que la ciencia no ha advertido hasta ahora); en cambio, las ciencias particulares ("fácticas") están subordinadas a sus respectivas

ciencias eidéticas. No se trata únicamente de una dependencia gnoseológica o metodológica, sino de una dependencia esencial, derivada de que cada hecho está condicionado por su esencia (cf. A. I.), y la evolución del hecho por la "intencionalidad" ínsita en la esencia. La ciencia debe subordinarse a las "leyes inviolables" de la fenomenología.

C. : *Las ciencias tienen sus axiomas propios.*

El conocimiento científico sólo se subordina a sí propio y al uso que de él hace la sociedad. No reconoce ley inviolable alguna, siendo como es esencialmente cambiante y transformador.

II. *Fundamento del conocimiento de la realidad*

F. : *El conocimiento de la trama empírica de los hechos se funda en el conocimiento de las esencias.*

El conocimiento de las esencias es anterior al de la "trama empírica de los hechos" e independiente de este último. Es, por el contrario, el conocimiento de los hechos, el que implica el de las correspondientes esencias, por lo cual únicamente las ciencias eidéticas pueden decir qué y cómo son o pueden ser las ciencias fácticas.

C. : *El conocimiento de las cualidades esenciales es un aspecto del conocimiento de la "trama empírica".*

Los hechos en sí, en tanto existen independientemente de nuestra conciencia, forman una "trama empírica" que no está subordinada a esencia trascendental alguna. El conocimiento de lo esencial, lejos de ser punto de partida, es propio de una etapa avanzada. Y, lejos de ser patrimonio de la filosofía, es el objeto legítimo de las ciencias.

III. *Temporalidad del fundamento*

F. : *Como las esencias son reales, absolutas e inmutables, y la intuición eidética es inmutable, el fundamento de la ciencia es verdadero, absoluto y eterno.*

La *Wesensschau* y la "reducción fenomenológica" deben producir siempre, en cualquiera época histórica, los mismos resultados, dado que son tan inmutables como los objetos a que se aplican.

C. : *Ni los axiomas ni los métodos del conocimiento son absolutos e inmutables.*

Del permanente cambio no queda excluida la especie humana ni, en particular, la ciencia, de cuya mutabilidad es testigo el más modesto de los manuales de historia de la ciencia. Toda tentativa de fijar de una vez por todas los objetos, los métodos y los fundamentos del conocimiento, es un intento retrógrado de paralizarlo, limitarlo y restringirlo.

IV. *De la jerarquía y autoconciencia de la ciencia*

F. : *La ciencia adquiere jerarquía y conciencia de sí, merced a la eidética.*

Mediante las ciencias eidéticas u "ontologías materiales" (proposición a las ontologías formales), las "ciencias fácticas" no sólo se tornan posibles, sino que alcanzan verdadera jerarquía y conciencia de lo que son y de lo que hacen.

C. : *La ciencia alcanza jerarquía descubriendo la verdad, y conciencia de sí en la epistemología y en la sociología del conocimiento.*

La ciencia como tal no conoce otros valores que el error y la verdad. La teoría de la ciencia, la epistemología, es la que, examinando los fundamentos y métodos de la ciencia tal cual son, y sin pretensión de imponer apriorísticamente sus resultados a la ciencia (precisamente porque son resultados), le da a ésta conciencia de sí. Y esta conciencia teórica es completada por la conciencia social que le provee la sociología del conocimiento al descubrir las raíces, los medios y los fines sociales de la investigación científica.

V. *El fundamento del fundamento*

F. : *El fundamento último de toda ciencia es la conciencia.*

Todo descansa sobre la conciencia y todo emana de ella, por lo cual en última instancia la "ciencia eidética", fundamento de la "ciencia fáctica", se funda a su vez en el estudio de "la estructura intencional de la conciencia", que constituye el objeto de la "fenomenología pura o trascendental". Las ciencias eidéticas describen los objetos (de la conciencia) en su múltiple variedad, mientras que la fenomenología trascen-

dental, base última de aquéllas, describe a la conciencia en sí, "en su desnuda pureza". El método de la eidética era la "iluminación del sentido de las cosas mediante la intuición eidética"; y el método de la fenomenología trascendental es la *epojé* o "reducción fenomenológica", operación previa a la "reflexión fenomenológica" y consistente, como se vió, en "suspender el carácter de realidad" de todo aquello a que se dirige nuestra conciencia.

C. : *El fundamento último de la ciencia es el mundo material.*

La ciencia no tiene otro fundamento último que la realidad, incluida la estructura material de nuestro instrumental cognoscitivo.

E. PSICOLOGIA, HISTORIA Y SOCIOLOGIA DEL CONOCIMIENTO

I. *Del descubrimiento científico*

F. : *Todo descubrimiento presupone la anticipación del resultado.*

Lo peculiar de la conciencia es su referencia a "algo fuera de sí misma", que es la "intencionalidad" (Brentano y Husserl). De manera que todo acto de la conciencia presupone una "anticipación" (*Vorbabe*) de su cometido. El fin está contenido en el principio, no por obra de la casualidad, sino de una causa final o "intencionalidad". Todo objeto es en sí una "unidad intencional", contiene la "historia sedimentada" de su "constitución", de manera que la aprehensión del mismo contiene en potencia la de su ulterior desarrollo. Por ejemplo, la "intencionalidad en acción" crea las "formaciones ideales" de la geometría, y como ellas son a su vez "unidades intencionales" o "esencias cargadas de intencionalidad", "el primer geómetra" tuvo una "visión" de lo que surgiría al cabo de su labor.

C. : *Los resultados de una investigación sólo pueden preverse hipotéticamente.*

La ciencia no conoce causas finales sino necesidad, y si no es capaz de "anticipar" (adivinar), es, en cambio, capaz de prever, al tiempo que los fenomenólogos no han sido capaces de "anticipar" resultado científico alguno. Todo inves-

tigador se propone ciertamente demostrar, descubrir o inventar tal o cual cosa, pero precisamente porque las "esencias" que busca no estaban previamente en su conciencia ni están "cargadas de intencionalidad", no puede prever con certidumbre el resultado de su trabajo. La sociología reconoce, en todas las formas de adivinación, o restos de antiguas supersticiones, o bien intentos de fraude con motivaciones sociales bien definidas.

II. De la historia del conocimiento

F. : *La historia intencional es previa a la historia real.*

Toda historia es historia de la conciencia. La "historia real" es simple trasunto de la "historia intencional", y en consecuencia la ciencia histórica (sea de la naturaleza o de la sociedad) es subsidiaria de la filosofía, y más precisamente de la psicología fenomenológica o fenomenología trascendental. El origen histórico es idéntico al gnoseológico, y éste a su vez idéntico al psicológico.

C. : *No hay historia previa a la historia.*

La historia es casual y no teleológica, y es independiente en grado sumo de las motivaciones psicológicas. Salvo cuando se trata de una historia fraguada con fines inconfesados.

III. Del lugar de la psicología

F. : *Todos los problemas se reducen a problemas de la conciencia.*

Todos los problemas trascendentales se reducen a problemas de la "vida de la conciencia". Todo se reduce, en fin de cuentas, al *gnosce te ipsum*; toda la ciencia se convierte en psicología introspectiva.

C. : *La solución de los problemas de la conciencia es subsidiaria de las ciencias naturales.*

Lentamente, pero no menos seguramente, se va constituyendo la psicología humana como ciencia de la conciencia, y fundada sobre la anatomía y fisiología del sistema nervioso. No es con problemas no resueltos de la psicología como explica la ciencia los fenómenos naturales, sino que es al re-

vés: los fenómenos de la conciencia van siendo explicados como fenómenos naturales y sociales.

IV. De la finalidad última de la ciencia

F. : *La consecuencia natural de la filosofía de la conciencia es la filosofía de la vida.*

La fenomenología trascendental no es solamente el "fundamento absoluto" del conocimiento —a diferencia de la arena movidiza de la experiencia— sino también "la única ciencia". Husserl declara modestamente cumplir así una verdadera, radical y definitiva "*Umsturz der Kopernikanischen Lehre*" (subversión de la doctrina copernicana) al restaurar el tolemaísmo gnoseológico ("egología"). Ahora bien: el "flujo de la conciencia" es el hilo central del "flujo puro de la vivencia" o existencia (*der reiner Erlebnisstrom*), de manera que en rigor la fenomenología se reduce a una "filosofía de la vida" o de la existencia, como lo advirtió Heidegger con consecuencia lógica y pese al disgusto de su maestro. Y, dado que las "vivencias" no son reductibles a la experiencia objetiva, esa "filosofía de la vida" es totalmente subjetiva y arbitraria. Lo que no impide, naturalmente, sino que facilita, su adecuación a exigencias políticas bien definidas. Bastó para ello que la fenomenología pasase de las manos de Husserl a las más hábiles y menos escrupulosas de sus consecuentes discípulos: Scheler, Heidegger, Hartmann, Spranger y Jaspers, que tanto contribuyeron a la formación de la ideología del Tercer Reich y a la justificación (a veces "anticipada", por ser "intencional") de sus crímenes contra la humanidad.

C. : *La finalidad última de la ciencia es, a través de la comprensión del mundo, la liberación del hombre.*

La ciencia ha sido utilizada y lo sigue siendo, al igual que la filosofía, para fines antisociales. Pero ello no impide que sea el medio más eficaz para dominar a la naturaleza y para lograr la libertad de la necesidad.

V. De la comunicabilidad del conocimiento

F. : *El conocimiento es incomunicable.*

Siendo libre de construcciones, siendo una experiencia esencialmente personal e íntima, el conocimiento intuitivo es

inexpresable, esto es, incompatible con la palabra. Por ser el conocimiento patrimonio personal de los privilegiados poseedores de la "visión de las esencias", no existen la verdad objetiva ni la ciencia universal. Pero no por ello el conocimiento intuitivo y la "reflexión fenomenológica" dejan de ser "apodícticos, necesarios y universales". El que los fenomenólogos se pongan de acuerdo sobre un asunto determinado (lo que no ocurre con frecuencia) es demostración de que el inefable conocimiento de que disfrutan es "intersubjetivo", y no objetivo. (Cosa que no hay dificultad en admitir).

C. : *El conocimiento científico es esencialmente comunicable.*

Una de las notas que distingue al conocimiento científico de las fantasías fenomenológicas como de las producciones del llamado arte moderno es precisamente su comunicabilidad, que es fruto de su objetividad; no alcanza jerarquía científica un resultado que no sea repetible y comunicable, y que no pueda escapar al "flujo puro de las vivencias".

CONCLUSION

Después de este paralelo inevitable esquemático e incompleto, no se alcanza a comprender la pretensión de los fenomenólogos de haber renovado los métodos y orientaciones de las ciencias. Pese a que la fenomenología existe desde fines del siglo pasado, pese a sus órdenes dogmáticos y a pesar de las vociferaciones de los *Kulturführers* inspirados y justificados por ella, las ciencias han seguido su camino —¿y quién duda que con éxito?— ni más ni menos que después de las limitaciones que pretendió imponerle Comte.

Creemos que las páginas precedentes han demostrado que entre la fenomenología y la ciencia existen dos tipos de relaciones: 1) la ficticia e imposible relación de dependencia que pretenden imponerle a la ciencia los fenomenólogos, reduciéndola nuevamente a *ancilla philosophiae* (y tan luego sierva de una filosofía caduca, dogmática, teleológica, irracionalista y en el mejor de los casos pueril); 2) una relación antinómica irreductible, que es la única real: si los fenomenólogos no se han tomado el trabajo de aprender los rudimentos de las ciencias ni han contribuído en nada a ellas, por su parte la ciencia no tiene nada que aprender de un sistema repleto de resabios animistas, esencialmente anticientífico y de consecuencias inhumanas.

POLEMICA DEL RACIONALISMO Y EL ARTE

Por *Guillermo DE TORRE*

EL romanticismo, en su concepto más puro, con o sin continuaciones tardías, me parece algo más que la dominante de una época a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, más que una estética. Porque lo romántico, expreso o latente, bajo ese u otro nombre, rebasando su órbita originaria, continúa y continuará siendo, junto con el Barroco (mejor dicho, identificado con él, puesto que barroquismo es el género y romanticismo es la especie) una de las "constantes" indeclinables del espíritu creador a lo largo de los siglos. Marca el otro polo necesario del clasicismo, su antítesis, su razón de ser polémica, es Ormuz frente a Ahrimán. Justificadamente Friedrich Gundolf representó al clasicismo como el elemento masculino, y al romanticismo como el elemento femenino, y no ya en seres distintos, sino mezclados en un mismo ser. El antagonismo del Adán clásico y la Eva romántica vendría a ser —pudiéramos inferir— la pugna eterna entre las fuerzas que gobernamos —clasicismo— y las fuerzas que nos sobrepasan —romanticismo.

De ahí que sea resueltamente imposible trazar una línea divisoria absoluta entre ambos conceptos. Por algo se habla con fundamento del romanticismo de los clásicos —Shakespeare, Calderón— y del clasicismo de los románticos y prerrománticos —Chénier, Foscolo, Leopardi—. Afán sincrético que define una fase de André Gide: "La obra clásica sólo será fuerte y bella, merced a su romanticismo domeñado". Sería, pues, arbitrario intentar la apología de lo clásico, a la luz del racionalismo, ya que en ese estilo se mezclan algunos elementos irracionales. A no ser que prefiramos llamarlos con mayor congruencia barrocos, pues aun en el mismo Renacimiento —puesto bajo los modelos latinos, a diferencia del clasicismo helenizante francés de un Racine se entremezclan

aquellos factores contrapuestos. Apurando los términos, el único concepto unívoco sería el de Barroco, considerado como una reacción anticlásica, como una reviviscencia del espíritu gótico y un estallido del irracionalismo nórdico. Que, sin embargo, el barroquismo alcance luego, sobre todo en el plano artístico, sus más deslumbrantes expresiones en las culturas meridionales es otra paradoja del rebote de los estilos.

Esa misma complejidad de conceptos cardinales, cuando se avistan en sus últimas proyecciones, hace imposible las actitudes unilaterales, los pronunciamientos simplistas. Así mi cruda e implacable denuncia contra las fuerzas irracionales y su maligno ascendiente en el pensamiento, y más aún en la vida políticosocial de nuestra época, no deberá entenderse como una apología trasnochada de la razón rigurosa, sino como un desagravio y un toque de alerta. No significa en modo alguno que yo pretenda solidarizarme con la causa del racionalismo absoluto, ni ignorar otras perspectivas superracionalistas que se abren paso. Quede ello para lógicos intransigentes que han venido a convertirse paradójicamente en "maniáticos de la razón", como en presunta defensa de su actitud se calificaba a sí mismo hace años Eugenio d'Ors, o que tendiendo a examinar la crisis de la razón comienzan incomprensiblemente por negarla, según hace Julián Benda.¹

La actitud que corresponde es otra: es la conjugación dialéctica, y nada mejor que subjetivizarla para hacerla evidente. Por una parte, como a todo espíritu radicalmente libre, temporalmente estético, no dejan de solicitarme los llamamientos irracionalistas, en cuanto son expresión de ineludibles impulsos y gérmenes de estilos personales; por otra parte, hay en mí un fondo coherente que repugna lo arbitrario, un afán de claridad y de rigor que no pacta con la tiniebla del caos. Mas ¿por qué apuntar motivos personales cuando ya Pascal determinó epigramáticamente cuáles son los dos abismos, los dos excesos: "excluir la razón, no admitir más que la razón"? Y lo remachó paradójicamente: "nada hay tan conforme a la razón como el desmentido de la razón". Pascal y no Descartes podría ser, al cabo, el verdadero anunciador de ese nuevo racionalismo, más dúctil y sensible que el tradicional, pero sin caer en la negación intelectual, donde se conciliaran, según

¹ *La crise du rationalisme* (Club Maintenant, Paris, 1949).

sus famosas expresiones, el "esprit de géométrie" y el "esprit de finesse".

En la línea de ese racionalismo dicotómico que llamaríamos pasional, por la intensidad con que en él pugnan agónicamente la razón y la pasión del hombre, se movieron luego grandes espíritus como Unamuno y Chestov, mas sin llegar a establecer una síntesis nueva. Empero, las razones de la sinrazón que palpitan en *Del sentimiento trágico de la vida* merecerán siempre, por su lúcida vehemencia, nuestro admirativo recuerdo. "No me someto a la razón y me rebelo contra ella..." clamaba Unamuno. "La razón es enemiga de la vida...", "la razón construye sobre irracionalidades", subrayaba. Y es que Unamuno, en su afán por reencontrar no ya al hombre interior, sino al hombre concreto, opuesto al hombre abstracto de linaje hegeliano, en su empeño de creer, mas sin pactar sofisticadamente con la inmortalidad (sosteniendo una "fe a base de incertidumbre" como la de su *San Manuel Bueno, (mártir)* defendía, antes que la sinrazón, la pasión como método supremo de conocimiento. Su lucha, pues, es la lucha del hombre de pasión contra el hombre de intelecto. Por esto cabría hablar a su propósito, de una *razón pasional* —con no menos motivo sin duda que, a propósito de Dilthey y de Ortega, de una *razón vital* y de una *razón histórica*—, ya que, en definitiva, pese a todos los escarnios que inflige a la razón, Unamuno no renuncia a ella: trata de ahorrarla a su sentir, quiere *pasionalarla*.

A muy poca distancia de esta *razón pasional* situaríamos la razón quebrada por las propias armas de la razón, que Chestov derivó de Kierkegaard,² en lucha contra las evidencias—"el muro de piedra" de Dostoiewski— y buscando perforar la "segunda dimensión del pensamiento", si el examen de estos aspectos y sus implicaciones no importara internarse en el pensamiento existencial, con riesgo de desviaciones.³ Pero en definitiva todas estas actitudes, empero su grandiosidad, no rebasan lo personal e intransferible, anhelo por cierto in-

² V. cap. "Leon Chestov, témoin à charge" en *La conscience malheureuse*, por Benjamin Fondane (Denoël, Paris) y "Leon Chestov", por David Gascoyne, en *Horizon*, núm. 118, Londres, octubre 1949.

³ Véase un primer análisis en mi *Valoración literaria del existencialismo* (Ollantay, Buenos Aires, 1948), que será ampliada en la segunda próxima edición del mismo libro.

superable expresado en aquella confidencia de Kierkegaard: "Lo que importa es encontrar una verdad que sea verdad para mí, una idea por la cual yo pueda vivir y morir".

Razón vital y razón histórica

HACIA otras metas más susceptibles de ser pluralmente compartidas se encamina el nuevo racionalismo propuesto por Ortega y Gasset. Mas sucede que, a semejanza de otras ideas suyas, y quizá por esa misma multiplicidad pensante del autor, no es dable encontrarla metódicamente expuesta, de una vez, sino a trechos y por momentos. Esto, si bien conspira contra su clara visión, nos ofrece en cambio la ventaja de ir viéndola crecer, en sucesivos desarrollos. Valga el primer motivo aducido para excusar el fragmentarismo de la siguiente exposición esquemática. El caso es que después de Bergson y su mostración de las limitaciones de la inteligencia, la aportación orteguiana es capital, es la más importante con referencia a las prolongaciones estéticoliterarias que nos interesan sustancialmente.

Desde 1922, desde *El tema de nuestro tiempo*, hasta 1941, en sus *Apuntes sobre el pensamiento*, Ortega viene bregando por una razón —son sus palabras— más maleable y porosa que la tradicional, una razón situada no de espaldas a la vida, sino capaz de identificarse con ella. Postula así un nuevo racionalismo integral, que no sea exactamente ni vitalismo, ni racionalismo, y para designar el cual forjó en un principio el rótulo centáurico de raciovitalismo. "El tema de nuestro tiempo —escribía entonces— consiste en someter la razón a la vitalidad, localizarla dentro de lo biológico, supeditarla a lo espontáneo". Con todo, en aquella fecha, Ortega parecía mostrarse más vitalista que otra cosa, pues consideraba absurdo que se hubiera exigido a la vida ponerse al servicio de la cultura. "La misión del tiempo nuevo —agregaba, con ese amor a los vaticinios que, cúmplanse o no, nunca le ha abandonado— es precisamente invertir la relación, y mostrar que es la cultura, la razón, el arte, la ética, quienes han de servir a la vida". Y concluía con aire de proclama: "la razón pura tiene que ceder su imperio a la razón vital". Advirtamos, aun a riesgo de rodeos, mas para mayor claridad, que esta idea

orteguiana se fundamenta en otra, en lo que llama perspectivismo; es decir, la negación del punto de vista abstracto, ubicuo, absoluto, y en la afirmación del punto de vista singular referida a cada sujeto y su circunstancia. Reaccionaba de esta suerte, según sus palabras, contra el utopismo y el idealismo de la filosofía anterior, aquella que pretendía ser valedera para todos los tiempos y todas las edades, pero que no poseía "la dimensión vital, histórica, perspectivista". "La doctrina del punto de vista —resumía— exige, en cambio, que dentro del sistema vaya articulada la perspectiva vital de que ha emanado". Y poco tiempo más adelante, en un ensayo sobre "El sentido histórico de la teoría de Einstein", Ortega volvía a la carga, identificando racionalismo y utopismo, al tomar éste la forma de ucronismo.

Sería difícil —según antes apunté— seguir minuciosa y exactamente la línea evolutiva de la idea de la razón vital, que viene a ser uno de los capitales "leit-motivs" orteguianos. Ya lo ha hecho en parte su escoliasta y apologista Julián Marías⁴ en los estudios expresos que le ha dedicado y no hemos de insistir nosotros en este vitazo al pasar, camino de otros parajes. Con todo, puestos ya en la trayectoria, sin propósito de agotar el registro, recordemos que reaparece en su ensayo "Ni vitalismo ni racionalismo" (1924), en el prólogo a la primera edición de sus *Obras* (1932), en los ensayos sobre "Dilthey y la idea de la vida" (1933) y "En torno a Galileo" (1933), y finalmente en *Historia como Sistema* (1935) y "Apuntes sobre el Pensamiento" (1941). Señalemos además que es en *Historia como Sistema* donde metamorfosea su nombre, denominándose razón histórica. Porque "hasta ahora, la historia era lo contrario de la razón". Y lo que Ortega pretende es "encontrar en la historia misma su original y autónoma razón". Luego esta razón histórica será "no una razón extrahistórica que parece cumplirse en la historia, sino literalmente lo que al hombre le ha pasado, constituyendo la sustantiva razón, la revelación de una realidad trascendente a las teorías del hombre y que es él mismo por debajo de sus teorías". La idea se aclara más si recordamos que pocas páginas antes —en *Historia como sistema*— Ortega identifica tercera-

⁴ Ortega y la idea de la razón vital (Zúñiga, editor, Santander-Madrid, 1948) y cap. sobre Ortega en *La filosofía española actual* (Calpe, 1948).

mente historicismo con presentismo, según un concepto hoy muy compartido. "La historia es ciencia sistemática de la realidad radical que es mi vida. Es, pues, ciencia del más riguroso y actual presente. Si no fuese ciencia del presente, ¿dónde íbamos a encontrar ese pasado que se le suele atribuir como tema? Lo opuesto, que es lo acostumbrado, equivale a hacer del pasado una cosa abstracta e irreal que quedó inerte allá en su fecha, cuando el pasado es la fuerza viva y actuante que sostiene nuestro hoy. No hay *actio in distans*. El pasado no está allí en su fecha, sino aquí, en mí. El pasado soy yo —se entiende, mi vida". Conceptos extraordinariamente importantes, abridores de nuevas perspectivas, que desde ahora deberán tenerse muy en cuenta para interpretar y valorar en todo su alcance ciertas teorías literarias a la luz de la doctrina del compromiso.

Frente al racionalismo en sí mismo, el pensamiento de Ortega muestra una significativa actitud dual, que con una óptica rigurosamente filosófica podría quizá calificarse de poco coherente, pero que desde otro mirador no ya sólo vital, sino sensible, estético, se torna muy comprensible. Si en un momento pareció proscribir absolutamente no ya sólo el racionalismo, sino la razón, luego cuida de precisar el alcance de su reforma, explicando que su lucha va únicamente contra el racionalismo. Aludiendo a su ensayo "Ni vitalismo ni racionalismo", en una nota "pro domo sua", puesta al ensayo sobre "Dilthey y la idea de la vida", escribe Ortega: "La irracionalidad de los principios en los cuales desemboca el racionalismo —tesis hasta entonces no expresada formalmente y con ese decisivo sentido por nadie proviene de que se entiende por razón la "razón pura", esto es, la razón "sola" y "aparte"; pero desaparece si se funda la "razón pura" en la totalidad de la "razón vital". El irracionalismo a que se ve condenada precisamente la orgullosa "razón pura" se convierte en claro e irónico racionalismo de la "razón vital". Por eso, desde hace muchos años, califico mi actitud filosófica como "racio-vitalismo". Pero tal vez el texto definitivo sobre este punto, si nos atenemos a la cronología, sea el de sus "Apuntes sobre el pensamiento", donde bordeando la contradicción y tras estampar esta frase: "Sería falso decir que el hombre ha perdido la fe en la razón", explica luego: lo que acontece es que desde el siglo xvii se depositó "una confianza radical en el poder absoluto de la inteligencia

como instrumento único y universal para hallar solución a los problemas de la vida"; y advierte después cómo mientras la inteligencia y la razón resolvían problemas materiales, dejaban sin resolver otros morales y sociales, además de aquellos que son últimos y decisivos. De ahí, concluye, que ahora la razón deba ser "colocada en otro lugar del que ocupaba en el sistema de acciones que integran nuestra vida". Cuál sea exactamente este lugar es lo que Ortega no llega a precisarnos, fiel a su manera sugerente más que terminante. . .

En cambio, replegada en una nota, al pie de la página, insinúa otra cuestión de sugerencias algo equívocas. Así —aludiendo de pasada y desdeñosamente a las expresiones contra la razón y la inteligencia "que pululan en las emanaciones literarias del tiempo" asegura que no merecen tomarse en serio. ¿De veras?. Quizá no sean convincentes, pero sí muy reveladoras de estados de espíritu insoslayables. Pero he aquí que Ortega, en cambio, pocas líneas después, muestra una sospechosa complacencia hacia los totalitarismos —llamemos a las cosas por su nombre— que en aquella fecha (1941) parecían tremendamente imbatibles y escribe textualmente: "En cambio, merecen una determinada atención los grandes movimientos positivos de carácter, claro está, práctico y no teórico, que se están haciendo en el mundo para organizar la vida humana sobre principios formalmente irracionales". Mas ¿qué otra cosa sino resultados aniquiladores, cuyo saldo está a la vista, podrían derivarse de esos principios irracionales, sin contar la gravedad que encierra tal pseudo-justificación del cesarismo antihumano, no ya sólo antihumanista. . . ? Ciertamente es que Ortega recogiendo velas parcialmente agregaba a seguido: "Y no es que estos movimientos manifiesten una conciencia clara de cual es precisamente la cuestión actual entre el hombre y su razón, pero lo que tienen de ensayo positivo [!!] constituye una experiencia utilísima [!!] que terminará en el redescubrimiento de la razón, de una razón curada ya de sus exorbitancias". Aceptemos únicamente este último período de la frase, limitando al asombro entre corchetes la réplica que merecerían los anteriores. . .

Perspectivas del superracionalismo

“No hay filosofía contra la razón, como no hay batallas contra la guerra, como no hay arte contra la belleza, como no hay

fe contra Dios. El bergsonismo nunca ha sido irracionalista ni antirracionalista"—escribía Péguy, en 1914, en su *Note sur M. Bergson et la philosophie bergsonienne*. "Nihil sine ratione, no hay nada sin razón, o, transpuesto en una forma positiva: *Omne ens habet rationem*, todo ente tiene una razón"—escribe Heidegger en *Vom Wesen des Grundes* (1929). Desde Aristóteles al existencialismo nadie ha osado escamotear el fantasma sólido de la razón. La única diferencia es que desde fines del siglo XIX, y a partir del intuicionismo de Bergson, comienza a hablarse de una "razón dúctil" frente a una "razón rígida". Así, en términos conciliadores, más que un antirracionalismo aniquilador, empieza a encararse, con cierta unanimidad, un racionalismo templado. Jaspers presentía hace años el fracaso del movimiento irracionalista, de la apelación a las fuerzas de lo inconsciente, y sentaba que "el hombre para seguir siéndolo deberá ir a través de la consciencia". (*Situación espiritual de nuestra época*). Por su parte J. Ferrater Mora (*Cuatro visiones de la historia universal*) al comprobar que la crisis actual es la crisis de la razón, de toda especie de razón, aclara "... pero también lo es del irracionalismo, el cual no es a veces sino la exageración de la razón, la postrera figura de la llama". Y en otro lugar (*Diccionario de Filosofía*), tras hacer un balance del problema, señala orteguianamente que esta crisis de la razón no significa la supresión de la misma, "significa la depuración de lo que le era extraño". Lo que importa—agrega— es llegar a saber si no hay, en el fondo, más que la pura razón racionante; de hecho el pensamiento contemporáneo ha llegado "a la resuelta y deliberada ampliación del marco del racionalismo clásico y moderno, sin entrega de la razón a un irracionalismo destinado a disolverla". Tras efectuar un balance semejante, Antonio Banfi (*Dizionario letterario Hompiani*) arriba a una conclusión pareja cuando afirma la posibilidad de "un racionalismo humanístico, en virtud del cual la razón, elevándose a un principio teórico, libre de toda contaminación, reencuentre su potencia práctica, su humanidad". Del mismo modo Francisco Romero (*Papeles para una filosofía*), después de pasar revista al problema, más que en un antirracionalismo, cree en "la asimilación de aquellos brotes irracionales, en la elaboración de los problemas que suscitan y su inclusión en una temática nueva... pero sin nada de aquella entrega al irracionalismo anunciada y aun exigida por muchos". Sería, pues, llegado el

momento de encarar algo así como un superracionalismo, término lanzado por Gastón Bachelard, quien advierte que "la razón de hoy nada se propone tanto como la asimilación continua de lo irracional". En una palabra, lo que importaría, por consiguiente, es asimilar el veneno, pero en ciertas dosis, para inmunizarse contra otras mayores.

Mas ¿por qué aducir únicamente testimonios filosóficos, cuando, en definitiva, éstos son casi siempre reflejos, y los primeros cambios en los estados de conciencia realmente significativos suelen ser expresados por otras vías? De una "razón heroica" nos habló Juan Ramón Jiménez durante una de sus memorables conferencias en Buenos Aires. Y ¿cómo no recordar otro hermoso apelativo: aquella "razón ardiente" que Apollinaire cantaba en un poema de *Alcools* (1919):

*Voici qui vient l'été la saison violente
Et ma jeunesse est morte ainsi que le printemps
O soleil c'est le temps de la Raison ardente.*

La razón ardiente, esto es, la razón transida de vida. . .

*Fueros y privilegios artísticos
del ilogismo*

ABIERTAS estas perspectivas del superracionalismo en un plano general, acogidos a su sombra más tranquilizadora, podremos ahora esbozar el examen de la crisis racional en relación con la literatura. Y en este punto ¿cómo negaremos que el fermento irracional—más o menos acentuado y bajo los aspectos propios del ilogicismo, espontaneidad y suprema libertad imaginativa, tanto como en la innovación técnica— puede tener, y de hecho tiene, sus fueros y privilegios?

La intuición creadora y aun la intuición recreadora—pues a esto último equivale en muchos casos la crítica— ¿caso no son algo independiente de la capacidad de raciocinio? Independencia no absoluta en cuanto a las proyecciones de la obra estética, ya que éstas son incalculables, pero sí respecto a su origen. La gratuidad de propósitos puramente estéticos no tiene nada que ver con la trascendencia ulterior de la obra; así como inversamente, la tendenciosidad de intenciones no asegura—y

más bien, contrariamente, anula— su eco o influencia. Luego lo irracional —en sus expresiones estéticas que se llaman ilogicismo, prevailecimiento de lo intuitivo, puertas abiertas al sueño y a los caminos del subconsciente— es un elemento positivo de la creación artística. En ocasiones —valga como ejemplo supremo y resumidor el nombre de James Joyce— constituye su misma razón de ser. Privado de ese elemento, desprovisto del flúido emocional, de los ímpetus inconscientes, el arte desaparecería o quedaría reducido a sus expresiones más vulgares, que no cabe calificar encubridoramente como "normales", según hace P. Sorokin, pues esto significa hacerse cómplices del más ingenuo reaccionarismo estético. ¿Acaso, en cierto sentido, "normalidad" y "arte" no se excluyen como dos valores rigurosamente hostiles? El psicoanálisis ha venido a fortalecer esta presunción, cuando afirma la no objetividad esencial del escritor y cómo hasta el mismo afán de racionalización interna no es sino una variante neurótica.⁵

No lo perdamos de vista. Si la filosofía, si cualquier otra forma del pensamiento con aplicaciones empíricas, con influencia positiva sobre la conducta de los hombres y de los pueblos, es por esencia racionalismo —más o menos templado y corregido— el arte es, en sus tres cuartas partes, irracionalismo. De ahí el error mayúsculo en que incurren quienes pretenden medir sus más audaces realizaciones con el metro de la lógica —criterio realista en literatura, criterio fotográfico en pintura—. De ahí que yerren asimismo espíritus muy superiores al promedio de esos reprochadores, como el de Julien Benda. Sin duda le asiste la razón cuando se aplica a denunciar los excesos irracionistas de las letras contemporáneas. Pero le falta cuando se convierte en un maniático de la razón, cuando pide que el arte pierda sus cualidades más libres y se atenga a los rigores del pensamiento lógico, con lo cual dejaría de ser arte casi siempre.

Este "casi" alude intencionalmente a ese vago espectro de clasicismo en el cual se creen algo ilusamente condensadas las cualidades de orden, logicismo, armonía y claridad, con referencia a las obras más ilustres que, por cierto, en muchos casos apenas acusan esas cualidades. Alude a ese auge de la razón que canonizó Boileau en los versos famosos de su *Art poétique*:

⁵ *The writer and the psychoanalysis*, por Edmund Bergler (Doubleday, New York, 1950).

*Aimez donc la Raison. Qui toujours vos écrits
empruntent d'elle seule et leur lustre et leur prix.*

Pero descontado ese momento en el cual prevaleció señeramente la razón, o al menos no fué oscurecida de modo considerable, nos queda cierto número de períodos, quizá los más sugestivos y fértiles en todas las literaturas, dominadas por el principio irracionalista. Es decir, todas aquellas épocas en que el arte afirma su autonomía.

¿Significa este reconocimiento una retractación? Sucede más bien que frecuentemente ha venido confundiéndose —según nos advierte Ferrater Mora— lo irracional con lo alógico, con aquello que no está sometido a las leyes lógicas. Y partiendo de Hartman menciona aquello que no "es inmanente a la razón, lo trasinteligible", aludiendo a la mística. En general este podría ser el caso de todas las formas de la experiencia religiosa, aparte de sus concreciones en ciertas formas de arte. Incluso se ha llegado a considerar el cristianismo como una forma de irracionalismo positivo. Con más razón la mística, por su adentramiento en lo inefable, está incursa en un ámbito singular, extramuros de la razón. ¿Y no es este parejamente el caso del arte en sus expresiones más altas y desinteresadas? El irracionalismo es de esta suerte —confirma alguien como A. Banfi, que examina el problema desde un punto de vista estrictamente filosófico— "la afirmación de la originalidad y de la absoluta libertad del espíritu estético". No sólo en la esfera religiosa y artística, también en la histórica, se ha demostrado últimamente que los valores racionales no tienen aplicación congruente, cuando se aplican a ciertas formas de vida como la hispánica, fundada sobre la integración de la persona en el hecho y la ausencia de pensamiento objetivable.⁶

⁶ Tal es la apasionante tesis de Américo Castro a lo largo de *España en su historia* (Losada, Buenos Aires, 1948). ¿Acaso los países que siguieron otro camino y fundaron su vida en la razón han llegado a una meta superior, más cuerda? Lo pareció durante años, pero hoy no. "La situación del mundo occidental —escribe— a mediados del siglo xx está lejos de confirmar los arrogantes augurios de los progresistas y de los creyentes en las virtudes panaceicas de la "ilustración", pues los productos humanos de las más "cultas" naciones europeas están demostrando poseer —en tanto que seres humanos— menos calidad valiosa que los escitas o garamantas. Suponiendo que el conocimiento y el saber hayan seguido una progresión aritmética, la bestialidad y la

En definitiva, el hombre, el artista creador más concretamente, puede forzar la razón, puede ensanchar sus límites, mas no puede desasirse en absoluto de ella, so riesgo de perder — escribe Ferrater Mora— “la facultad que le distingue de los demás seres, y por cuyo medio alcanza el conocimiento universal y necesario”.

Sucede lo mismo con la cualidad más ligada a lo racional: lo humano. Cabe todo con ello, hasta desfigurarlo, pero no suprimirlo radicalmente, so riesgo de alojar la obra en el vacío, de confundirla con la abstracción geométrica, de convertirla en pura inanidad; y esto vale de modo muy particular para cierta poesía y cierta pintura de los años penúltimos, aquella que se caracterizó un poco inexactamente con el apelativo de arte deshumanizado, cuando más exacto que hablar de deshumanización hubiera sido hablar de antirrealismo o desrealización. El vocablo “deshumanizado”, por no sé qué desliz asociativo mental, parece aludir al sujeto, al artista, no al objeto, la obra en sí. Habría sido, pues, nada superfluo aclarar —evitándose ociosas polémicas— que lo deshumanizado en aquellas obras —valederas por sí mismas, y no solamente como síntomas de un estado espiritual— no era el artista sino la materia artística con que manipulaba.

Ni lo irracional, ni lo inhumano, sino lo imaginativo, es el dominio propio del arte. “Art is magic, not logic”, proclama extremadamente Edith Sitwell. Imaginación frente a razón sería la consigna valedera en nuestro plano. La razón a secas nunca fué un buen fermento estético. Ahí está el ejemplo del siglo XVIII en todas las literaturas europeas. Nos demuestra

tontería ascienden ahora en progresión geométrica”. Y en la página siguiente, A. Castro acentúa: “La fatal distanciaci3n entre el hombre y sus productos “cultos” explica c3mo ha sido posible que Alemania, pa3s en tantos sentidos admirable, un m3ximo productor de objetivaciones de cultura, embriagado de “Leitsungen” haya ca3do en la m3s siniestra, fr3a y racional barbarie, en esa escalofriante insensibilidad moral. Despu3s de tan ingratos espect3culos vendr3 el de las bombas at3micas, *summa cultura, summa barbaries*. Los actos bestiales producidos por las pasiones resultan m3nimos junto a la calculada insensibilidad de quienes ignoran que nuestros semejantes poseen cuerpos y almas, respetables aunque pertenezcan a ‘razas inferiores’.” En suma, aquellas intuiciones de Unamuno, sobre el sentido 3ntimo de lo espa3ol, alcanzadas esencialmente por v3a cordial, adquieren ahora, por v3a intelectual, en Am3rico Castro, una articulaci3n rigurosa.

que en las letras el imperio absoluto de la razón no produce nada nuevo: hace dar marcha atrás, imita antes que crea y engendra ese vestigio extraño que se llama neoclasicismo. Se explica tal carencia: crear implica siempre cierta ilusa credulidad, cierta sombra de ignorancia y espontaneidad. Cuando esta última falta, cuando imperan las potencias reflexivas, y, a fuerza de lucidez y de cultura, sobreviene la visión relativizada de todo, deja caer todo su peso lo pretérito, se imponen los modelos sancionados y gloriosos. Única salida entonces es volver la vista hacia aquéllos, pidiéndoles normas de inspiración y de estilo. Es la raíz, es el origen de los neoclasicismos. Como muy gráficamente escribe Paul Hazard, refiriéndose al siglo XVIII: "audacia en todas las cosas; y en cuanto se llega a las letras, pura timidez". Una de las virtudes más decantadas, la claridad, tiene sus límites, o, mejor aún, sus imposibilidades: goza de territorios exentos: en primer término, la poesía, arte por esencia de sugerencias y medias palabras. La afirmación anterior no significa defender el oscurismo a ultranza, el hermetismo porque sí, y mucho menos hacerse solidario de Vico —antecesor del irracionalismo— quien afirmaba que "la claridad es el vicio de la razón humana más que su virtud" porque una "idea clara es una idea finita".⁷

En los preorígenes de la edad razonante, Spinoza (*Ética*, IV, 35) sentaba: "Los hombres no están necesariamente en conformidad con la naturaleza más que cuando viven según las normas de la razón". Siglos más tarde, en el alba del desrazonamiento, las acometidas contra la razón pululan. Dostoiewski embiste a testarazos el muro de la lógica, proclamando la necesidad superior del absurdo, y su "hombre subterráneo" clama que si dos y dos son cuatro es una cosa razonable, dos y dos son cinco es cosa más incitante. Unamuno se alza en abierta rebeldía contra la razón, la insulta y la pisotea. León Chestov predica la sinrazón como forma única de verdadero conoci-

⁷ Y a propósito de Vico: ¿cómo no explicaría esta frase por sí sola la enorme influencia que el autor de la *Scienza Nuova* ejerció sobre un genio de las tinieblas como James Joyce? Y no me refiero tanto al *Ulises* como a *Finnegans Wake*. El fondo alegórico de este libro (según desentraña su mejor exégeta, Eugene Jolas, en *Critique*, núm. 26, París, julio 1948), que reconstituye la tensión humana y cosmológica del nacimiento, el matrimonio, la muerte y la resurrección se basa principalmente en la doctrina cíclica de Vico; proclama su fe en la eterna progresión-retrogresión de la marcha de la humanidad.

miento. Un genial delirante, Rimbaud, proclama que "el poeta sólo busca un largo, inmenso y razonado desarreglo de todos los sentidos", preanunciando así las licencias del superrealismo, los desmelenamientos oníricos y la gratitud absoluta de la "escritura automática". Péguy afirma que la razón no es la cordura ya que ninguna de estas dos cualidades es la lógica; y que razón, cordura y lógica reunidas no son la inteligencia. D. H. Lawrence se subleva contra todo conocimiento espiritual que no le haya producido antes una sacudida visceral. Advértese el enorme camino recorrido desde Spinoza a las demás declaraciones. Su tránsito, aparte numerosos cambios, significa y comprende una transformación general: la del concepto de literatura.

PERENNIDAD O MUTABILIDAD DE LA ARQUITECTURA

Por Carlos OBREGÓN SANTACILIA

BAJO este título y dentro del punto III del temario, "Evolución de la Arquitectura contemporánea" presenté al VII Congreso Panamericano de Arquitectos que se reunió en la ciudad de La Habana, en abril de 1950, un trabajo en el cual planteaba a los arquitectos el problema de la perdurabilidad de la arquitectura actual.

Hacia ver en él la rapidez con que está cambiando todo, desde las necesidades del hombre que son las que crean la arquitectura, hasta los materiales de construcción, las instalaciones y los sistemas constructivos, sobre todo desde que la máquina ha venido a acelerar y afectar todos los aspectos de la vida.

La ponencia, bastante breve en sus premisas, motivos, consideraciones, proposición y conclusiones, es la siguiente:

Premisas.—La Arquitectura ha sido siempre el producto de un conjunto de factores que actúan alrededor del medio social. Al estar hecha para el hombre como individuo y como familia, y para el hombre como sociedad y colectividad, ha sido en todas las épocas de la humanidad la resultante más expresiva de las necesidades del hombre y de la forma de vida de los pueblos.

Los factores creadores de Arquitectura han sido siempre: las necesidades humanas, sociales, espirituales, climáticas, de materiales y los medios de construcción.

A estos factores *de siempre*, hay que agregar en la actualidad los factores económicos y los mecánicos.

La Arquitectura contemporánea al desarrollarse y ser el resultado de esta época, en que los dos últimos factores enumerados, han venido a afectar a los factores creadores de Arquitectura *de siempre*, ha experimentado un cambio considerable sin precedente.

Las necesidades del hombre y su forma de vida se han universalizado, dados los medios de comunicación, el engranaje económico, la mecanización de una gran parte de elementos que intervienen directamente en la vida del hombre, lo que ha hecho, que todo vaya tomando un carácter distinto a lo que había sido antes de este siglo.

La Arquitectura se ha venido complicando con la técnica, en cálculos, instalaciones, etc.

Los nuevos materiales han permitido crear formas, calidades, texturas nuevas que tratan de responder a las nuevas necesidades y que dan un aspecto sin precedente a la Arquitectura.

Perduran como elementos más o menos fijos, únicamente el clima y los materiales naturales de cada región, pues el medio social y por lo tanto las necesidades humanas así como los medios o procedimientos de construcción están evolucionando constantemente al ritmo que nos ha marcado la máquina.

El maquinismo que hoy afecta todo, significa aceleración; con los factores enumerados, da la fisonomía a la Arquitectura contemporánea, acelera la erección de la misma, le da un carácter distinto por los elementos pre-fabricados que se emplean, pero, también deja en ella el germen de su propia destrucción.

El haber observado y palpado este fenómeno de nuestra época durante largos años de experiencia, me induce a plantear el problema de: *Cómo debe ser y hacerse la Arquitectura de nuestro tiempo y decidir de su perennidad o mutabilidad.*

Voy a hacer algunas consideraciones y a expresar mi propio sentir:

Motivos.—Es un hecho incontrovertible que en la primera mitad de este siglo que llevamos recorrida, todo ha cambiado considerablemente y con una rapidez como nunca antes.

No es necesario recordar cómo, durante los siglos anteriores al que nos ha tocado vivir, de los que se tienen noticias y de los que han quedado vestigios humanos, nada cambiaba rápida y radicalmente, por ejemplo, en el lapso de tiempo de un siglo.

¿Cuál es el factor que a partir del siglo XIX ha venido acelerando todo?: La máquina.

Al iniciarse el siglo XX el maquinismo había quedado planteado y en vías de producción, pero es en esta primera mitad que llevamos recorrida en la que los progresos logrados se han encadenado.

Ha sido necesario llegar hasta la creación de nuevos materiales para la fabricación de máquinas, motores, etc., sin los cuales ese progreso no hubiera sido posible.

Este estado de cosas ha afectado radicalmente la vida, las costumbres y las necesidades del hombre, por lo que ninguna duda cabe que la Arquitectura, resultante de estos cambios tenía que hacerlo paralelamente, aunque no lo ha logrado aun completamente, pues no existe quizá un edificio que alcance la perfección a que ha llegado el avión o el automóvil, quizá porque a estos dos últimos productos maquinistas no puede faltarles ni sobrarles nada, por su mismo carácter dinámico, cosa que no sucede con la Arquitectura.

La Arquitectura, hasta ahora, siempre se había hecho con la mente de que su duración fuera lo más larga posible; los antiguos construían para la eternidad y Arquitectura como la de las pirámides de Egipto o de América sobrevive después de siglos, pero aún esa sobrevive como arqueología, no como Arquitectura viviente.

Consideraciones.—La Arquitectura debe hacerse para servir durante un lapso de tiempo lo más largo posible, debe adelantarse a su tiempo y al medio que va a servir, con gran previsión de futuro.

1.—¿Cómo podremos hacer Arquitectura con el concepto de "para siempre" si todo cambia tan rápidamente en la actualidad?

2.—¿Debemos hacer una Arquitectura rígida, para las necesidades del momento en que se crea y que seguramente al poco tiempo no va a servir?

3.—¿Debemos hacer una Arquitectura de estructura durable, pero con posibilidades internas de cambios de distribución adaptable a distintas necesidades?

4.—¿Debemos lanzarnos a una Arquitectura provisional de duración no mayor de 20 años?¹

¹ En la obra *El maquinismo la vida y la Arquitectura*. Imprenta Universitaria, 1939. El autor planteaba este dilema la velocidad, pág. 38.

5.—¿Para proponer la solución a este nuevo aspecto de la Arquitectura habrá que llegar a un entendimiento o nuevo modo de ver las cosas y tomar la determinación de lanzarse a crear la Arquitectura de cada día?

6.—¿Estoy equivocado en mi punto de vista de la rapidez con que está cambiando todo y cómo es fácil de prever que va a cambiar de aquí en adelante, dados los medios con que se cuenta en la actualidad para acelerar todo, transportes, producción, vida, Arquitectura?

A que este Congreso medite y resuelva este punto va encaminado este trabajo.

Proposición.—Yo estoy por la tercera solución:

Hacer una Arquitectura de estructura durable, pero con posibilidades internas de cambios de distribución adaptables a distintas necesidades.

Para lograrlo se requiere:

Estudiar siempre estructuras amplias, susceptibles a cambios de distribución.

Dejar al calcularlas, posibilidades de cargas, de muros, etc., en cualquier punto de dichas estructuras y de las cargas probables por aumento de altura.

Dejar al proyectar, un sistema fácil y racional de circulaciones verticales y horizontales en el edificio, si es posible, *como al margen del cuerpo mismo del edificio*, para facilitar la nueva distribución a que las nuevas necesidades obliguen.

Es evidente que en ciertos casos esto no es posible, verbigracia, para programas nuevos o edificios de carácter muy definido difícilmente adaptables, pero para habitaciones, casas de departamentos, comerciales, oficinas, oficinas públicas, sí es posible.

Conclusión.—*Debe hacerse una Arquitectura lo más durable posible, de líneas y formas sencillas emanadas de un racional uso de los materiales y del carácter de los edificios, que no sean el resultado de gustos de moda pasajeros; con estructura amplia, calculada a cambios de cargas y por lo tanto susceptible a cambios de distribución, con un sistema fácil y racional de circulaciones verticales y horizontales al margen del cuerpo mismo del edificio.*

ESTE tema que debería inquietar seriamente a los arquitectos contemporáneos para saber qué clase de Arquitectura debemos

hacer, está en el ambiente y sin embargo noté en los asistentes a la Comisión III del VII Congreso Panamericano de Arquitectos, que era la que se ocupaba de la Arquitectura contemporánea, noté, decía, que ninguno de los que tomaron parte en los debates del tema durante una mañana y dos tardes, en tres sesiones consecutivas, había meditado profundamente en él.

Sin embargo la Comisión III aprobó mi conclusión en la forma siguiente:

Deben hacerse obras arquitectónicas perdurables en la medida de la vigencia de su utilidad.

Sus formas deben ser sencillas, emanadas del uso racional de los materiales, del carácter de los edificios y no supeditadas a gustos pasajeros.

La estructura debe ser susceptible de cambios en la distribución.

Considero nuevo el plantear el problema, pedir a un Congreso de Arquitectos que medite sobre él y aún más, el pedir que se llegue a una conclusión, que, claro está, dentro de esta misma mutabilidad, servirá únicamente por el momento, mientras las realizaciones mismas de la Arquitectura siempre adelante definan cada vez el punto.

Los Arquitectos hemos estado ocupados, y con razón, en resolver los problemas que los nuevos programas arquitectónicos y urbanísticos nos están planteando constantemente, los cuales nos vemos obligados a ir resolviendo sobre la marcha en el ejercicio profesional; precisamente en esta aceleración que estamos viviendo vemos con gusto que contamos con nuevos materiales capaces de expresar sentimientos de nuestro tiempo, que, si se comparan con los de épocas pasadas son de menor duración, pero que dan sin embargo a la Arquitectura contemporánea nuevos aspectos. En estas circunstancias casi absurdos, nos lanzamos a creaciones nuevas, pero creo que muy pocos se han planteado el problema vital: ¿qué Arquitectura hacer? Debe ser lo más durable posible o bien debe ser francamente provisional; concedores, en este último caso, de los cambios y trastornos que esto acarreará a la economía.

Sin embargo puede creerse que este es el camino a seguir siempre que la Arquitectura sea de verdadera utilidad al hombre que la vive, a la vida que dentro de ella se desarrolla, única manera de cumplir su misión. Y no hacerla perdurar más allá de cuando puede ser útil y funcional.

Los que hemos vivido esta primera mitad del siglo xx, en que se ha manifestado este problema, vemos quizá más claro el cambio ya que nos consta que hemos habitado edificios, casas, que están enteramente fuera de época, y creo que los arquitectos actuales preferiremos que se destruyan los edificios hechos por nosotros a que éstos se conviertan en estorbosos caserones inadecuados al objeto que los creó.

Hablaba también en el trabajo a que hago mención, del aspecto que pudiéramos llamar de las "adaptaciones" y preguntaba si lo conveniente sería hacer siempre estructuras amplias, calculadas a cambios de cargas, para que los edificios resistan, estática, material y arquitectónicamente las modificaciones o cambios que la época va imponiendo.

Me he preguntado muchas veces y me propongo comprobarlo, lo inadecuados que deben ser ahora para la vida, trozos enteros de ciudades viejas, que fueron un día buenos conjuntos arquitectónicos; por ejemplo: ¿qué será de la serie de casas que forman la larga Rue de Rivoli, frente a las *touilleries* en París?

Estas casas forman un conjunto arquitectónico interesante desde el punto de vista de la época, de la reglamentación de alturas, de la homogeneidad de materiales, sus formas arquitectónicas, portales, mansardas, balcones, etc., tienen en su planta baja pequeñas tiendas de modas, "boutiques", pero, interiormente deben ser terriblemente malsanas e ineficaces, inadecuadas para la vida. Esto mismo sucede con las casas ya envejecidas de la mayor parte de las ciudades del mundo.

Por lo tanto, se plantea este problema: ¿debemos hacer una Arquitectura de duración tal, que nuestras construcciones perduren más allá de la vigencia de su utilidad? Creo que todos los arquitectos contemporáneos contestarán: ¡No! Entonces, ¿qué debemos hacer?

Se me dijo en las discusiones con un criterio del pasado, que la Arquitectura la hacían los pueblos.

En la actualidad, excepto el caso de la Arquitectura rural o popular que se esparce por los campos o los suburbios de las ciudades de todo el mundo y que aunque llenas de aciertos ya que la crean y construyen los mismos hombres que la habitan, no puede satisfacer desde muchos otros puntos de vista; excepto esa parte, la Arquitectura la hacemos los arquitectos, claro que somos un producto del medio y del momento en que vivi-

mos, somos las manos que ejecutan y la mente que crea y da forma a lo que un medio social, una época piden.

Es a nosotros a quienes está encomendado el hacer una Arquitectura útil y funcional para los programas que se nos dan a resolver diariamente con todos sus datos de clima, medio, materiales, etc.

Tenemos en ello grandes responsabilidades, las tenemos también en hacer Arquitectura que por impremeditada en lo nuevo o atrevido, o impremeditada en lo académico y rutinario, sea ineficaz. Tenemos responsabilidad en gastar el dinero de propietarios o pueblo, en Arquitectura que no funcione.

Acabo de ver, en una descripción del conjunto de edificios que se construye en Nueva York para las Naciones Unidas, y que está considerado como adelantado en Arquitectura ya que han colaborado en él los mejores arquitectos del mundo, las siguientes frases que corroboran mi tesis:

"A pesar de que sus edificios deben ser de acero y concreto, hay que proyectarlos de acuerdo a normas flexibles que permitan que sus zonas interiores puedan adaptarse, con facilidad y economía a las transformaciones que puedan ocurrir".

"Los espacios libres, destinados a exposiciones públicas y a la construcción de un pequeño teatro, pueden ser transformados en el futuro en un salón de sesiones, de grandes dimensiones, en caso de que se necesite, o en salas de trabajo".

"Como los acontecimientos mundiales afectan la labor de la Secretaría, ésta sufre cambios constantes en su administración y organización, que exigen la redistribución y una nueva ordenación del espacio".

"Una armazón estructural, con un sistema de ventanas modulares continuas; y un sistema eficaz de circulación vertical situado en el centro, ofrecerá completa libertad para efectuar las modificaciones necesarias en las oficinas".

¿No es muy significativo todo esto?

En mi trabajo mencionado, yo decía que había que hacer edificios con estructura amplia, calculada a cambios de cargas y por lo tanto susceptible a cambios de distribución, con un sistema fácil y racional de circulaciones verticales y horizontales *al margen del cuerpo mismo del edificio*.

Al margen o al centro según el caso, aunque me parece que al margen es mejor para dejar libre y susceptible de cambios prácticamente todo el edificio.

Las expresiones "normas flexibles", "transformaciones" "redistribución", "nueva ordenación del espacio", etc., son reveladoras de que en los edificios que hoy se están construyendo especialmente en programas nuevos, se plantea, y hay que resolver, el problema de la mutabilidad de la Arquitectura sobre todo en lo que atañe a la distribución interior.

Pero, ¿y en el aspecto externo, que es el que acusa el contenido?

¿En el carácter del edificio que de ninguna manera puede ni debe prescindirse de él?

Esto es más difícil.

El problema está planteado: ¿debemos dejar a cada uno que lo resuelva? o debemos estudiar y poner en práctica una nueva Arquitectura, con un nuevo concepto emanado de esta situación. Y orientar a los arquitectos para que todos de acuerdo trabajemos con una mente nueva.

Mi creencia es, en definitiva: que debemos hacer de nuestros edificios, es decir, de la Arquitectura, algo que sea susceptible de cambios continuamente; que debemos crear esa nueva Arquitectura, entre tanto que los arquitectos de aquí y de allá vayan logrando en sus creaciones soluciones que satisfagan con esa tendencia.

Sigue en pie este punto primordial, *debe figurar en el Temario del VIII Congreso Panamericano de Arquitectos que se reunirá en México en 1952.*



Un ejemplo mundialmente conocido: EL TROCADERO. (Arriba).
Su transformación en Palacio Chaillot en 1947. (Abajo).



Otro ejemplo: El edificio construido para "El Imparcial", un famoso diario de México, en 1906. Su transformación (1911) en edificio de oficinas.



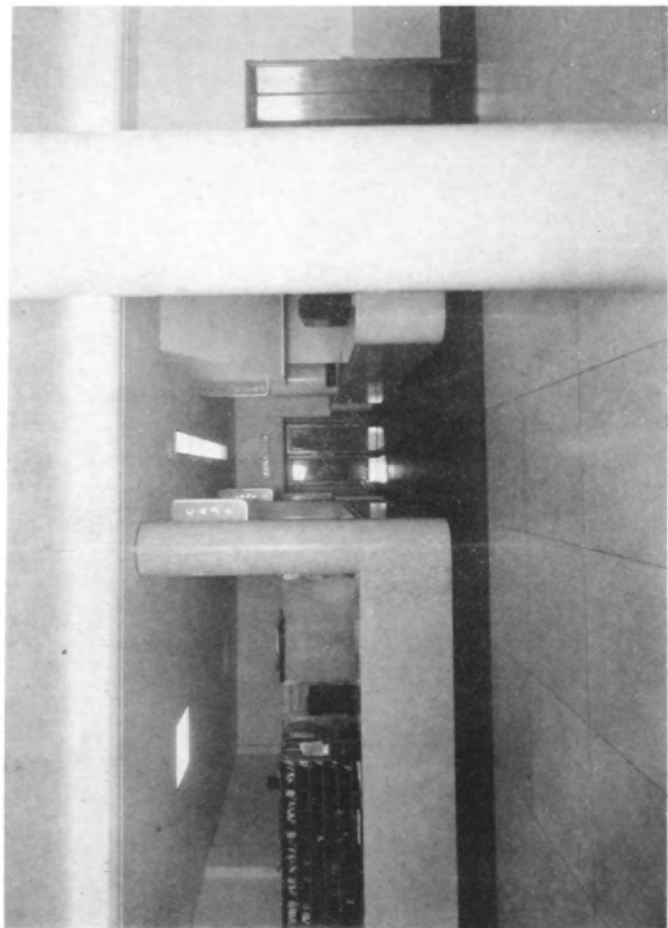
Transformado nuevamente en hotel de viajeros en 1915.



Transformado nuevamente en Hotel de Viajeros (1915) y decorado interiormente al gusto de los hoteles del sur de los Estados Unidos en 1920.



Ampliado y transformado en 1930.



Modernizado, simplificándolo, por el autor de este artículo en 1935.



Ampliado en 1949.



Redecorado con ricos materiales en 1949.

EL ARTE Y LA HISTORIA

QUIZÁ sea raro dar con otro problema tan sugestivo como el que entraña el intento de ordenar el material histórico en función de normas artísticas. Pues, obedece a ese fin, en efecto, al de concertar o destacar extensos períodos de la historia, el de proveerse para ello de no pocas denominaciones extraídas del dominio del arte, así, entre otras, por ejemplo, de las voces "barroco", "rococó" y "romántico" a los efectos de designar a los siglos XVII, XVIII y *primera mitad* del XIX respectivamente, —o bien, el de acudir a unas muy señaladas formas de arte para caracterizar mediante ellas a otros no menos marcados ámbitos históricos, como lo hacemos cuando distinguimos a la cultura griega por sus expresiones escultóricas, a la Edad Media por la arquitectura ojival y al Renacimiento italiano por la obra de los grandes maestros de la pintura clásica—, ya que, a través de caracterizaciones tales, toda una época, varia y dispersa, cobra uniformidad ante nosotros gracias a un estilo artístico representativo; o para decirlo con la delicada finura del esteta a quien tal cosa no se le pasó inadvertida, con otra de las agudas paradojas de Oscar Wilde, "que miramos hacia los tiempos pasados exclusivamente a través del arte, el cual, afortunadamente, nunca nos ha dicho la verdad". Y se explica que no sea de otra manera, si comprendemos ese pensamiento despojado de su extravío: esto es, que una obra de arte, en razón de esa bien trabada unidad estética en que consiste, del vaciado en que se vierte y se fija, antes de ser espejo de su tiempo, vendría, más bien, a modificarlo, a operar una suerte de reducción sobre el mismo con el fin de incorporarlo al armónico conjunto en que ella redundaría; y eso en un grado que, conforme señalábamos, llega a ser la especie cultural que mejor proporciona entre todas una percepción idealizada de la realidad histórica: tal el tipo de conocimiento que obtenemos de la España de fines del siglo XVI mediante una lectura del Quijote, el de las cortes feudales gustando de la poesía provenzal, etc. Por tanto, si de este modo se abre la posibilidad de una Historia de la cultura realizada sobre la base de perspectivas artísticas —lo que, por otra parte, no dejaría de arrojar fecundos resultados—, ello se explica en atención al hecho de que los propósitos estéticos cristalizan en unas cerradas unidades formales, las cuales, además de

contribuir a la configuración del pretérito, aun tienen virtud como para que, sobreviviendo a su tiempo, alcancen a operar sobre la formación espiritual de las generaciones futuras, según es el caso de las obras reputadas como maestras o eternas. En consecuencia, nos las **hemos** aquí con una forma de cultura, el Arte, que cumple apropiadamente el ejercicio de un órgano del saber histórico, por cuanto que del mismo modo que conforma —o deforma— los cuadros del pasado, forja asimismo la imagen del porvenir, en mérito de imponerse a la fantasía con la fuerza sugestiva de sus hermosas realizaciones.

Ahora bien, ¿en qué medida dicho conocimiento es posible, o mejor aún, hasta qué punto el Arte responde a esa finalidad de suministrar una visión de la realidad histórica ajustada a esquemas ideales? Es obvio, por lo pronto, que no todas las creaciones artísticas obran con la misma atracción sobre nuestro ánimo. Y que por mucho que se haga en ese sentido, vale decir, en el de recibir las más disímiles muestras de la producción estética, jamás llegan a vencerse —salvo excepcionalmente— los límites que a una comprensión de tal orden imponen las condiciones del círculo de cultura al que se pertenece vitalmente, por esa participación afectiva de la que es menester aun cuando se trata de captar el significado de formas aparentemente tan descarnadas como las inherentes al mundo del arte, pero que no dejan de estar ligadas, sin embargo, a la experiencia histórica de una determinada comunidad de cultura. Dentro de esos términos, pues, de los del ámbito cultural que nos incluye por entero, se da la posibilidad —y asimismo radica la limitación— de todo conocimiento de la historia efectuado por intermedio del arte. Que no percibimos el pasado ni nos imaginamos el porvenir sino a través de las obras de arte pertenecientes a nuestra tradición histórica. Lo cual bien procede a evidenciar que aquí, como en otros sectores del saber, sólo conocemos, en última instancia, en el grado que nos lo permiten nuestros prejuicios. Y es que de tal modo cada cual está fraguado por la índole de la cultura a la que se encuentra adscrito, que sería como pretender despojarse de la propia personalidad —y lo es efectivamente la que modelamos recibiendo la orientación de esos patrones culturales que se nos imparten desde la infancia—, el de aspirar a guiarse por otras normas que las vigentes dentro del mundo en que vivimos y actuamos. Pues, la razón de que finos historiadores y sagaces etnólogos lleguen a estimar, y muchas veces con notable perspicacia, las expresiones artísticas de culturas radicalmente diversas de las que son originarios, si bien argumenta en favor de la posibilidad que se abre al intento por superar las determinaciones históricas, no deja de poner en claro,

a la vez, la oblicua operación intelectual en que consiste dicho esfuerzo: a saber, que tales investigadores han debido desprenderse previamente de toda esa compleja urdimbre de creencias y convicciones que sus respectivos cuerpos históricos sostienen frente al extranjero —esto es, precisamente, de los mentados prejuicios—, para alcanzar a comprender de modo cabal unas manifestaciones de arte autóctonas de países ajenos a los de su procedencia. O bien, que la capacidad de apreciar con algún cumplimiento productos culturales extraños, y con ella la de revivir la realidad histórico-espiritual sobre la que descansan en último término —y eso en el grado que pueda hacerse por la pura vía intelectual—, deriva, como no puede ser menos, de una notoria falta de encarecimiento —no importa en qué medida, pero siempre en alguna— hacia los productos de la propia cultura. Por eso, cuando sobreviene un tal cambio de actitud frente a las creaciones artísticas, es decir, cuando a la directa comunicación que se mantiene con las del mundo ambiente que nos es peculiar, por el hecho de aludir las mismas a unas significaciones de comprensión inmediata, le sucede el puro conocimiento teórico de las pertenecientes a tiempos lejanos y lugares remotos —según ello acontece en el movimiento esteticista cuyos promotores se dedicaron de firme a la valoración del arte primitivo y el arte exótico—, esto sería signo de que un cuerpo de cultura ha dejado de pesar sobre sus miembros como una organización viva, que se ha secado en sus raíces. Y ese síntoma no sólo ha de traducirse en la abierta aceptación de manifestaciones artísticas provenientes de un mundo extraño al propio —circunstancia ésta que ha tenido entre nosotros hasta la excelencia de orientar al gusto en materia de objetos de adorno o decoración: los abanicos japoneses, los platos chinos, los mantos de plumas de Hawai, etc.—, sino también, en la disolución que sufren los moldes a través de los cuales la conciencia artística se venía vertiendo tradicionalmente, conforme dicho fenómeno acaece en la Historia moderna a partir de la eclosión romántica.

En vista de todo esto, habrá de reconocerse entonces que un arte ejercerá una fuerte impresión sobre los integrantes de un cuerpo histórico mientras se mantenga viva, a su vez, esa concreta vivencia originaria, una fundamental postura del hombre frente al universo, que organiza *ab ovo* a un cuerpo semejante en todas sus direcciones, y desde la que se comprende al propio arte espontáneamente; de otro modo, disuelta esa cardinal perspectiva, así como deviene una degustación estética altamente refinada, crudita o arqueológica, mas torpe y pedestre en los bajos estratos sociales, se producen también las crisis en arte, los llamados movimientos de decadencia. O dicho de otra manera, que el enlace entre la representación del pasado y la proyec-

ción del futuro que un arte constituido llega a tender, en efecto, no se realiza sino en el puro presente, en el intermedio que traba, vivificándolos, a los dos extremos: ni el uno ni el otro consiguen integrarse, por cierto, sino gracias al arte que prende aun sobre la actualidad fecunda, que aun es capaz de aludir a la experiencia vital de artistas, lectores o espectadores contemporáneos. En tan estrecha vinculación se hallan, por tanto, las creaciones artísticas con respecto de la experiencia materna correspondiente a la comunidad cultural en cuyo seno germinan, para que su posible influjo sea proporcional al grado de viveza o eficacia de que aquélla esté provista. Y así cabe apreciar cómo no bien ella se agosta, decae o apura sus últimas posibilidades, se debilita asimismo el esfuerzo creador artístico, por un lado, mientras que por el otro el interés de las gentes se dirige hacia el arte de otros países o regiones culturales, como consecuencia de la propia extenuación de su posición espiritual, según tuvimos oportunidad de señalarlo más arriba.

Pero tampoco dejará de reconocerse, por otra parte, en qué manera contribuye a que las artes cumplan con éxito esa suerte de gravitación sobre los participantes de un grupo histórico, la circunstancia de que ellas consistan en ser entidades objetivas, arquetipos, y por ello mismo, por suscitar estímulos al igual que todo modelo propuesto para que sea imitado, capaces de ejercer no escaso influjo, así sobre el artista, como sobre las colectividades. Pues, basta con pensar para confirmarlo en el poderoso vigor sugestivo de todos los incalculables recursos de que disponen, desde la imagen y la metáfora hasta los más afinados procedimientos técnicos de la música y la pintura, para que se nos haga patente, de inmediato, en cuán alto grado les asiste la posibilidad de imponerse como límites precisos a la fantasía, a la tensión creadora de las voluntades individuales. No cabe desatender, de este modo, y por lo que atañe directamente a la clase de polarización que las artes producen en el seno de las comunidades de cultura, al proceso de configuración en que radica esencialmente la creación artística, a ese esforzarse por lograr la realización de unos peculiares ideales de forma. Así es: el acabado dechado que llegan a constituir, esa su tendencia a convertirse en unas totalidades cerradas y congruentes, acude a explicar, en modo fundamental, la virtud de que están provistas para conformar según sus miras a los integrantes de vastos circuitos culturales.

Mas, desde que tales dechados no dejan de referirse, sin embargo, a unos contenidos ideológicos capaces de ser comprendidos sólo allí donde gozan de vigencia, en ello habría de percibirse, a su vez, la limitación con que tropieza toda obra de arte en la vía de su com-

prensión y su influjo; es decir, que muy raramente superaría los linderos del cuerpo de cultura en que florece, en razón de hallarse penetrada por todo ese sistema de presupuestos mentales regente para los miembros de un tal cuerpo. De esta suerte, se hará así evidente, que a determinar la recepción y la ascendencia de toda pieza artística, proceden, en el mismo grado, tanto la eficacia estética de que esas producciones están dotadas, como los contenidos de pensamiento que ellas mismas entrañan. En efecto: si por un lado se hace necesario considerar el ajustado ensamble en que persiguen concretarse, por el otro es menester apreciar, asimismo, que los complejos en que redundan, son siempre el fruto o la versión de una peculiarísima experiencia de humanidad, y accesible solamente, en consecuencia, a quienes participan de lleno en ella. Y únicamente en este sentido, por ende, en el que las formaciones artísticas orientan preceptivamente a una comunidad en la medida que le ofrecen a través de fórmulas acuñadas, de claves o cifras —y por eso obrando con suma virtud configurativa sobre la imaginación—, una conciencia de su situación en el universo, basamento de toda cultura, únicamente en dicho sentido corresponderá admitir aquello de que "el Arte no es símbolo de ninguna época", sino de que éstas, las épocas, "son las que pueden considerarse como símbolos suyos", tal como Wilde lo formulara en alguna página de *La decadencia de la Mentira*.

Juan J. FITZPATRICK.

Presencia del Pasado

LA PREHISTORIA BAJACALIFORNIANA

REDESCUBRIMIENTO DE PINTURAS RUPESTRES

Por *Barbro DAHLGREN*
y *Javier ROMERO*

EL 11 de marzo del presente año, la revista "Impacto", de México, D. F. anunciaba a toda carátula el descubrimiento de unas "Pinturas Mexicanas más antiguas que las de Bonampak". El reportaje correspondiente, ilustrado con fotografías y escrito en un tono periodístico, venía firmado por Fernando Jordán, repórter-viajero de esa revista, quien a la sazón concluía una expedición que se había prolongado varios meses por el interior de la Baja California. El "descubrimiento", por supuesto, era obra del mismo periodista.

La información sobre las pinturas, las fotografías correspondientes, el recóndito sitio donde fueron encontradas y el concepto justo y general de "Terra Incognita" con que se conoce a Baja California, ameritaban en verdad el despliegue de páginas y la importancia concedida por la revista citada al reportaje; aunque posteriormente, con base en nuestras propias investigaciones, Jordán aceptaba que se trataba en verdad de un redescubrimiento. Sin embargo, si periodísticamente el reportaje tenía singular importancia, antropológicamente representaba algo más: iba a ser el punto de partida de las primeras exploraciones arqueológicas mexicanas en el lejano Territorio Sur de la Península.

El Instituto Nacional de Antropología e Historia se interesó en el hallazgo, destinó una pequeña partida extraordinaria para realizar una inmediata exploración, y aceptó el ofrecimiento de cooperación económica del Gobierno del Territorio Sur y de la revista "Impacto". Los autores de este estudio fuimos comisionados para estos trabajos y el periodista Fernando Jordán, cedido por su revista, se agregó al grupo en calidad de guía y de fotógrafo. En La Paz, el gobernador, general Agustín Olachea, ordenó se nos dieran todas las facilidades posibles;

y dos entusiastas bajacalifornianos, el general Francisco Carrillo, por entonces jefe de la Fuerza Aérea Mexicana en Baja California, y el capitán César Abente, jefe del Escuadrón 203, se encargaron espontáneamente de prestarnos sus servicios, especialmente valiosos en una región donde el transporte por aire es más factible que por tierra o por mar. Posteriormente, a nuestro regreso del sitio de las pinturas, el profesor César Piñeda y su disciplinado grupo de "scouts", nos brindaron una excelente ayuda al servirnos de guías y ayudantes en una breve exploración cerca de La Paz y al permitirnos el estudio de sus propias colecciones.

Pero antes de partir en expedición nos interesaba resolver algunas interrogaciones: ¿Cuál era el estado actual de las investigaciones antropológicas en Baja California? ¿Cuál había sido su desarrollo? ¿Qué era lo conocido ya sobre pinturas rupestres en esa región? No pretendemos que con la posterior exploración haya cambiado mucho el estado de las investigaciones antropológicas en Baja California; para eso habrá necesidad de algo más que una corta exploración en una área reducida. Pero, a manera de introducción, antes de abordar los temas precisos a que se concretaron nuestros estudios de campo, presentamos a continuación el resultado de una conjunta y exhaustiva investigación bibliográfica.

Baja California, en el terreno de la antropología, ha sido siempre una de las grandes incógnitas de México y aun del continente. Debido a su particular formación geográfica, ya que es la más estrecha de las grandes penínsulas y la única que no tiene continuación en una cadena de islas, se comportó como un verdadero callejón sin salida donde quedaron encerrados muchos vestigios de tiempos antiguos. Por ellos, sabemos que la Baja California promete ser un riquísimo campo de estudio para los prehistoriadores mexicanos.

Pero si los vestigios son abundantes, nunca se han sometido a un análisis capaz de resolver todos los problemas que presentan. Sabemos de una larga ocupación prehispánica de la que hablan enormes concheros (algunos hasta de casi 2 kilómetros de largo) y los frecuentes hallazgos de implementos líticos, desde toscos raspadores y martillos hasta delicadas puntas de flecha de cuarzo y obsidiana. En cuevas y barrancas situadas al sur del paralelo 24°, se han encontrado entierros humanos de grupos muy antiguos; y sobre los peñascos y acan-

tilados los hombres de una imprecisa época pasada nos dejaron una muestra de sus habilidades artísticas, ya en forma de simples petroglifos raspados o de hermosas pinturas rupestres. Sin embargo, de los últimos aborígenes del Territorio Sur, como los pericúes y guaicuras (considerados entre los más primitivos de América y hoy desaparecidos), ignoramos hasta su filiación lingüística. Esto ha creado una situación particular para la antropología bajacaliforniana, cuya abundancia de huellas corre parejas con la abundancia de problemas hasta hoy aparentemente irresolubles.

En 1909, el distinguido antropólogo doctor Paul Rivet, escribió:

"Les documents anthropologiques provenant de la Basse-Californie méridionale sont encore extrêmement rares";¹ y su comentario, cuarenta años después, sigue siendo válido; por lo menos a lo que respecta a las colecciones del Museo de Antropología de México. La antropología mexicana, muy reciente por lo demás, parece haber descuidado notoriamente los estudios en Baja California. Esto no entraña responsabilidad alguna del Instituto Nacional de Antropología, sino que viene a corroborar una curiosa habilidad bajacaliforniana para evadir a los investigadores. La característica más precisa de su historia moderna son los largos lapsos de olvido que ha vivido. Se necesitaron casi tres siglos de exploraciones marítimas y terrestres desde su "primer" descubrimiento en 1533, antes de que en 1697 el P. Salvatierra pudiera tomar posesión del territorio en nombre del rey de España. Hasta entonces, todavía, se dudaba si era isla o península. En cuanto al origen de su nombre, permanece aún en el misterio.* La colonización fué igualmente

¹ RIVET, PAUL: "Recherches Anthropologiques sur la Basse-Californie". *Journal de la Société des Américanistes de Paris*. n. s., t. VI (fasc. I et II), 1909, p. 147.

* Algunas de las pretendidas etimologías de California estarían compuestas de *cal* o *cala* o *cálida* (del español), más *fornax* o *forno* (del latín y catalán respectivamente). Otra aún más rebuscada sería un derivado de la palabra *califato*. La última teoría es que la palabra California, que se encuentra en la *Chanson de Roland* (siglo XI) pasó más tarde a las canciones de gestas españolas. Según parece, designaba en aquellos tiempos una isla legendaria habitada por amazonas y riquísima en oro y perlas. Ahora bien, se deduce que debido a la cercanía de Cihuatlán (lugar de mujeres), Cibolas y otros lugares fabulosos, y a la circunstancia de que las cuatro expediciones de Cortés fueron otros tantos fracasos, pérdida de tripulaciones, barcos y dinero, así como a que

tardía. Después del fracasado intento de Cortés de poblar La Paz, en 1535, no se permitió la entrada de colonos hasta los últimos años del siglo XVIII. Durante el siglo anterior, sin embargo, los jesuitas habían realizado la evangelización de todo el país, tarea que, después de su expulsión en 1767, quedó bajo la responsabilidad de los franciscanos y luego de los dominicos. Los primeros datos etnográficos y lingüísticos sobre los pobladores aborígenes de Baja California fueron recogidos por los misioneros y exploradores entre los siglos XVI y XVIII, los segundos... datan de 1883 y siguen recopilándose hasta nuestros días, aunque con interrupciones. Esta segunda época de investigaciones antropológicas se inició con las exploraciones de entierros del doctor Ten Kate. La primera fase de esta segunda época reveló a Baja California como un lugar de gran interés para la recién nacida ciencia antropológica, y en revistas científicas francesas de la época se publicaron artículos de Ten Kate, Hamy, Diguët y Rivet; terminó con la expedición de Engerrand al Territorio Norte en busca de eolitos. La segunda fase de las exploraciones modernas dió comienzo en 1940, cuando la Universidad de California decidió enviar periódicas expediciones arqueológicas a la Península. Los resultados de ellas han sido dados a conocer en un informe preliminar de William Massey.³

Las exploraciones de Ten Kate⁴ se llevaron a cabo en cuevas poco profundas a lo largo de la costa, desde La Paz hasta Todos Santos, y en algunos lugares tierra adentro del extremo peninsular. Los restos óseos encontrados fueron descritos por él como entierros secundarios, y añade que los huesos

las famosas perlas que se rescataron se conocieron más bien de oídas, es por lo que los adversarios de Cortés, en son de burla, pusieron California a estas tierras, que él había llamado de Santa Cruz. El nombre de California comenzó a usarse entre los cronistas después de 1540, aunque designando solamente un punto específico de la costa sur. Drake usó el nombre de Nova Albión y cartógrafos franceses el de Isla Carolina. (2).

² PORTILLO, ALVARO DEL: *Descubrimiento y exploraciones en las costas de California*. Madrid, 1947.

³ MASSEY, WILLIAM: "Brief Report on Archaeological Investigations in Baja California". *Southwestern Journal of Anthropology*, v. 3, n. 4, 1947. pp. 344-359.

⁴ TEN KATE, H.: "Matériaux pour servir à l'anthropologie de la presqu'île californienne". *Bulletins de la Société d'Anthropologie de Paris*, 3e. serie, t. 7, 1884. pp. 551-569.

solían estar envueltos en fibras u hojas enteras de palma y atados con cordeles del mismo material. Frecuentemente, estos envoltorios habían sido deshechos parcialmente por el tiempo o la mano del hombre. Casi todos los huesos encontrados estaban pintados de ocre rojo (óxido de hierro arcilloso), y en un caso las falanges habían sido introducidas en la cavidad craneana. No le fué posible fijar la orientación de los cadáveres. Con excepción de los restos de un joven de 12 a 15 años de edad acompañados de dos conchas de madreperla labradas, no hubo trazas de ofrendas de ninguna especie cerca de los restos.

Con las mediciones de los restos, Ten Kate trató de establecer una relación con la población indígena del lugar. Pero como por aquella época no quedaban de ella sino dos mestizos de Todos Santos, el estudio reveló que éstos se parecían más a los mestizos del centro de la República. Este hecho, según él, tiene explicación en la infiltración de indios mayos y yaquis citada por Clavijero.

Veinte años más tarde, León Diguét publicó los resultados de sus propios hallazgos.⁵ En la Isla Espíritu Santo encontró una cueva más grande a las exploradas por Ten Kate, y en ella descubrió entierros primarios. Los cuerpos estaban alineados dentro de un pequeño cerco de piedras y la cueva, a su vez, cerrada con un pequeño muro. En dos abrigos naturales de Punta Pescadero halló siete entierros secundarios de envoltorio, parecidos a los descritos por Ten Kate. Los huesos largos y las costillas estaban amarrados con fibra de yuca y los huesos pequeños guardados dentro del cráneo; éste, las vértebras y la pelvis formaban un solo paquete envuelto en hojas de palma. Como ofrenda había 10 objetos de hueso, quizás punta de lanza o de arpón, un mango de madera con restos de pegamento y parte de una cabellera con un ornamento de nácar. Cerca de Santiago exploró otra cueva tapiada que también contenía una ofrenda, consistente en pequeñas tablitas y bastones de madera, y una especie de delantal de fibras similar a los usados entre las mujeres pericúes, según el testimonio de las fuentes.

En 1945, Massey⁶ vino a estudiar nuevamente la misma zona arqueológica. En varios sitios al sur de La Paz encontró

⁵ DIGUET, LEÓN: "Anciennes sépultures indigènes de la Basse-Californie". *Journal de la Société des Américanistes de Paris*, n. s., t. II, n. 2, 1905, pp. 329-333.

⁶ MASSEY, W.: *Op. cit.*

enormes concheros, algunos de 1,800 metros de longitud por 3 de altura, que indicaban una larga ocupación. Dentro de ellos localizó objetos líticos: puntas arrojadizas, raspadores, etc. Desde un punto de vista etnográfico, lo mejor de sus excavaciones lo proporcionan las ofrendas encontradas en 3 tipos de entierros en una cueva de Bajía de los Frailes y dos tipos más en Cerro Cuevoso, cerca de Cabo Pulmo. En los primeros había pocos artefactos, y como ornamentos agregados a los restos de un niño se encontraron 2 conchas de nácar perforadas con incisiones y dibujos punteados; así como "layered groups" de incisivos humanos manchados de ocre, colocados de tal manera que deben haber estado adheridos a algún tejido. En los segundos entierros: una especie de paleta doble con un diente de tiburón insertado y fijado con pegamento en uno de los cabos, y como ornamentos cuentas de secciones de caña con incisiones, cuentas de caracol *Olivella* con las espirales limadas y fragmentos de plumería en torno a los cráneos. Uno de los tipos de entierro en Cerro Cuevoso es sumamente interesante: en la parte más profunda de la cueva y debajo de los entierros ya citados, encontró un esqueleto en posición fetal, con las rodillas tocando la mandíbula. Este tipo de entierro no se había encontrado hasta entonces en Baja California. Estaba sobre una estera de fibra y cubierto por otra. Sobre la pelvis tenía un cesto de fibra de palma cocida, ovalado, poco profundo y de 58 centímetros de largo. Como ofrendas se encontraron 4 lanzardos atados en un paquete, y dos paletas; los ornamentos consistían en 2 conchas de nácar pulidas. Massey encontró algunos entierros más de los tipos antes descritos pero cuyas ofrendas tienen poco interés para este estudio. Como sus antecesores, hizo hincapié en que no se han encontrado entierros al norte de La Paz.

Los restos puestos a nuestra disposición por el grupo scout de los Huaxoros consistían en un esqueleto completo y un cráneo sin mandíbula (figs. 7 y 8). El esqueleto provenía del Cerro del Tule, situado al oriente del rancho del Tule, entre Cabo San Lucas y San José del Cabo. Fué encontrado dentro de una cueva que mira al mar y a 25 centímetros de profundidad bajo una capa de tierra suelta. Se trataba, según las explicaciones de los exploradores, de un entierro secundario envuelto en fibra de yuca trenzada y amarrado con trencillas de tule, todo ello cubierto por un polvo rojo. Los huesos largos

de los miembros inferiores estaban cubiertos por dos capas de pintura: la primera roja y por encima de ésta otra de color plomizo. Las vértebras, igualmente pintadas de rojo, estaban ensartadas en una fibra de hoja de yuca; y las costillas formaban un envoltorio aparte. Los dientes y las falanges estaban metidos dentro del cráneo, que a su vez estaba guardado dentro de un cesto o sombrero de cestería. Con los restos se encontraron los de un par de sandalias de fibra.

El cráneo, proveniente del Carrizal, fué un hallazgo aislado que no formaba parte de un entierro.

Por lo anterior se ve que el entierro de Cerro del Tule cae dentro del tipo común bajacaliforniano de envoltorio, y que, además, presenta varios detalles en común con los diferentes casos arriba citados, como la pintura roja y la costumbre de guardar los dientes y las falanges en el cráneo. En un caso descrito por Ten Kate, así como en los de Punta Pescadero, se repite el rasgo de las costillas amarradas. El cesto cónico tiene su correspondencia en el entierro primario de Cerro Cuevos; y en lo único que parece distinguirse, es en el uso de la capa plomiza para cubrir ciertos huesos.

En cuanto a las ofrendas de todos los entierros citados, estamos aparentemente ante uno de los raros casos en que los datos arqueológicos y los etnográficos tienden a coincidir. El lanzadardos (encontrado en los entierros de Massey) se cita en la relación del viaje de Sebastián Vizcaíno en 1597, cuando vieron "grande número de indios infieles, gente desnuda y con arcos y flechas que son sus armas y algunos dardos de varas tostadas que suelen arrojarlos y hacen mucho daño con ellos".⁷ Pedro Porter Cassanate, en 1644, advirtió que entre los indios pericúes los capitanes llevaban penachos de plumas en la cabeza y adornos de concha suspendidos del cuello.⁸ Más tarde el P. Venegas escribía que entre los pericúes de Cabo San Lucas se usaban redecillas para la cabeza adornadas con plumitas y perlas; faldelines de fibra de palma y de secciones de caña ensartadas, así como cestos o escudillas en forma de sombrero.⁹ Acerca de la costumbre de poner sandalias a los cadáveres, el P. Baegert

⁷ TORQUEMADA, JUAN DE: *Monarquía Indiana*, libro V, cap. xlvi, p. 683.

⁸ PORTILLO, A. DEL: *Op. cit.*, pp. 487, 495.

⁹ VENEGAS, MIGUEL: *Noticias de la Baja California*. (1739) México, 1943-44, t. I, pp. 76, 80, 81.

apunta este rasgo entre los indios guaicuras de la misión de San Luis Gonzaga.¹⁰

Las conclusiones que se derivan del estudio antropométrico de los restos en poder de los Huaxoro, cuyas mediciones fueron hechas por Javier Romero conforme a las estipulaciones de la Convención de Mónaco, son de un notable interés, y concuerdan suficientemente con lo que ya desde años antes se sabía respecto a los caracteres de los pericúes. La semejanza entre los datos proporcionados por las mediciones de Rivet¹¹ y las obtenidas por Romero son manifiestas, y aunque en algunos índices se presenta cierta diferencia, hay que indicar que en dichos casos se trata de índices aproximados. Como quiera que sea, es evidente la afinidad morfológica entre los restos examinados en La Paz y las colecciones pericúes que guarda el Musée de l'Homme de París.

No pertenece a la índole de este trabajo la inclusión de todos los datos métricos o morfológicos, pero, para proporcionar un dato de interés general, hablaremos aquí de los valores obtenidos sobre estaturas. A base de 8 fémures, 5 tibias y otras cortas series de huesos largos cuyo número no pasa de 10, Rivet obtuvo una estatura de 156 centímetros para el sexo femenino, de acuerdo con el procedimiento de Manouvrier. Siguiendo el mismo sistema, para permitir una mejor comparación, obtuvimos para el esqueleto de Cerro del Tule (femenino) un valor de 149 centímetros. La diferencia es apreciable, quedando por abajo del mínimo encontrado por él, que es de 153. Sin embargo, a esta discrepancia no puede atribuirse gran significación, puesto, que la estatura es un rasgo característico por su gran variabilidad.

Un hecho expresado ya desde la época de Ten Kate y posteriormente confirmado por Rivet, es el de que, desde un punto de vista biológico, los pericúes se relacionan íntimamente con aquel tipo humano aparecido en Lagoa Santa, Brasil, y que ambos casos, a su vez, presentan claras afinidades con ciertos grupos de Melanesia y Australia.

Por otra parte, a base del estudio de los restos de nueve sujetos masculinos y nueve femeninos de la costa de Texas,

¹⁰ BAEGERT, JUAN JACOBO: *Noticias de la Península de California* (1772). México, 1943. pp. 107-8.

¹¹ RIVET, P.: *Op. cit.*



Fig. 2. Aspecto de la cañada en que se encuentran las cuevas de San Borjita.



Fig. 3. Arroyo del carrizal donde apareció el cráneo masculino pericó a que se hace referencia en el texto.

Woodbury¹² encuentra también afinidad entre estos materiales y los pericúes de Baja California.

Imbelloni, a su vez, señala la correspondencia de dos cráneos uru de la isla de Panza, en el lago Poopó de Bolivia, con el mismo tipo de Lagoa Santa. Por considerar de especial importancia las ideas vertidas por este autor, transcribimos a continuación el párrafo respectivo: "Tales ejemplares, ya sean extintos o sobrevivientes —del tipo Lagoa Santa— de las antiguas hibridaciones realizadas en el suelo de América, cubren todo lo largo de las costas del continente sudamericano y reaparecen también en particulares zonas del macizo continental, siempre con el carácter de vestigios y residuos, acorralados en estrechos bordes litorales, o en pequeños cercados del entrotierra, por la energía expansiva de formaciones humanas de sello más reciente y progresiva mongoloidización, como efecto de un arrinconamiento de *finnis terrae* en el caso de los litorales y archipiélagos, y de un arrinconamiento *periférico* en el caso de los núcleos enclavados en plena Amazonia o en los Andes".¹³

Todos estos datos revelan con claridad la importancia que se reconoce a los grupos humanos que en otra época habitaron la Península de Baja California. Sin embargo, suele ocurrir que el conocimiento obtenido a través de la literatura no ofrezca una idea cabal del asunto y que sea necesaria la experiencia directa, de primera mano, con los hechos señalados por los diversos autores, para darse cuenta de su realidad. La razón es que, habiéndose estudiado colecciones osteológicas prehispánicas prácticamente de todo el país, los caracteres morfológicos que presentan los cráneos examinados en La Paz, son, en verdad, tan notablemente peculiares que su importancia queda fuera de toda ponderación. La ausencia de todo vestigio de deformación craneana étnica es lo primero que nos llamó la atención, hecho que afortunadamente permitió que los caracteres morfológicos se conservaran intactos. El extremo dolicoidismo, unido a la preponderancia de la altura basion-bregma en rela-

¹² WOODBURY, G. and WOODBURY, E.: "Prehistoric Skeletal Remains from the Texas Coast". *Medallion Papers*, n. XVIII. Globe, Arizona. Mayo 1935.

¹³ IMBELLONI, JOSÉ: "Sobre Craneología de los Uru. Supervivencias de razas Australoides en los Andes". *Actas y Trabajos Científicos del XXVII Congreso Internacional de Americanistas*. Sesión de Lima, t. I. Lima, 1941. p. 19.

ción a la anchura, por razón misma de la reducción de esta última, y la estrechez de la frente que aparece indicada por el índice fronto-parietal, parecen ser los rasgos más contrastantes con referencia a los materiales que de otras partes nos ha tocado estudiar. El Museo Nacional de Antropología de México no cuenta con un solo ejemplar de este tipo.

Ahora bien, este fuerte contraste inevitablemente conduce al problema de la situación cronológica de los hallazgos. Por desgracia, no hay elementos suficientes para correlacionarlos dentro del marco general de las culturas de nuestro país, ya sea porque al extraer los restos no se tomaron los datos necesarios o porque en ocasiones de hecho no existen tales datos. Como quiera que sea, este es el problema local que precisa resolver antes de abordar cualquier aspecto de más amplia perspectiva. Para esto lo que se impone es una serie de exploraciones encaminadas a reunir más materiales y datos cuyo valor para las ciencias antropológicas es incuestionable.

Las pinturas rupestres de Baja California, que junto con el material proveniente de entierros constituye la mejor clave para la resolución del problema histórico de la Península, han sido motivo de anterior atención, aunque sumamente parcial, por parte de cronistas y especialistas. Entre los que se han referido a ellas con especial dedicación, se cuentan Clavijero, Orozco y Berra, y los franceses Diguët y Engerrand.¹⁴ De los relatos de los misioneros, Clavijero recopiló no solamente las descripciones, sino también las valiosas opiniones de los indios. En su *Historia de la Antigua o Baja California*, Clavijero escribe:

"Pero atendiendo a los pocos vestigios de la antigüedad que allí han quedado, es fácil persuadirse de que aquella vasta península estuvo antes habitada por gentes menos bárbaras que las que hallaron los españoles, porque los jesuitas en los últimos años que estuvieron allí descubrieron en los montes situados entre los 27 y 28 grados de latitud, varias cuevas grandes cavadas en piedra viva y en ellas pintadas figuras de hombres y mujeres decentemente vestidas y de diferentes especies de animales. Estas pinturas, aunque groseras, representan distintamente los objetos y los colores que para ellas sirvieron, se echa

¹⁴ OROZCO Y BERRA, MANUEL: *Geografía de las lenguas y carta etnográfica de México*. México, 1864. p. 358.

de ver claramente que fueron tomados de las tierras minerales, que hay en los alrededores del Volcán de las Vírgenes. Lo que más admiró a los misioneros fué que aquellos colores hubiesen permanecido en la piedra por tantos siglos sin recibir daño alguno ni del aire ni del agua. No siendo aquellas pinturas y vestidos propios de las naciones salvajes y embrutecidas que habitaban la California cuando llegaron a ella los españoles, pertenecen sin duda a otra nación antigua, aunque no sabemos decir cuál fué. Los californios afirman unánimemente que fué una nación gigantesca venida del norte. Yo no pretendo que se le dé crédito a esta tradición, pero ciertamente no puede dudarse que haya habido allí antiguamente algunos hombres de desproporcionada talla, como se infiere de varios huesos humanos exhumados por los misioneros".

Clavijero concluye: "Por más que se ha preguntado a los indios californios qué significan las pinturas, rayas y caracteres, no se ha podido conseguir razón alguna que satisfaga. Lo más que se ha averiguado es que son de sus antepasados, y que los de hoy ignoran absolutamente la significación".¹⁵

El primero de los autores que viera, copiara o fotografiara fragmentos de petroglifos fué el doctor Ten Kate. Durante su exploración en la parte meridional de la península encontró también vestigios de pinturas rupestres, pero su artículo no ha podido ser consultado.¹⁶

Algunos años más tarde, hacia 1894, el investigador francés León Diguét¹⁷ fué enviado en una misión científica al Territorio Sur de la Baja California y descubrió numerosos sitios con pictografías. Describe las cinco más interesantes y anota la localización geográfica de 25 más, proporcionando así una magnífica base para futuras investigaciones. En el mapa adjunto hemos señalado la situación aproximada de la mayoría de los sitios, conservando la numeración de Diguét y agregando tres más del Territorio Norte mencionados por Engerrand.¹⁸

¹⁵ CLAVIJERO, FRANCISCO XAVIER: *Historia de la Antigua o Baja California*. México, 1933, pp. 41-42.

¹⁶ TEN KATE, H.: "Quelques observations ethnographiques recueillies dans la presqu'île californienne et en Sonora". *Revue d'Ethnographie*, t. II. Paris, 1883, p. 321.

¹⁷ DIGUET, LEÓN: "Rapport sur une mission scientifique dans la Basse-Californie". *Nouvelles Archives des Missions Scientifiques*, t. 9. Paris, 1899, pp. 1-53.

¹⁸ ENGERRAND, J. "Nuevos Petroglifos de la Baja California"

Especialmente valiosas son las consideraciones que Diguét hace sobre las pinturas bajacalifornianas en conjunto. Empieza por trazar una clara distinción entre las pinturas que se hallan en el centro de la Península (entre los paralelos 27° y 28°) y las de la parte meridional. Basándonos en las ilustraciones de Engerrand, pensamos que con las del sur pueden clasificarse las septentrionales. Tanto las pictografías del norte como las del sur están ejecutadas sobre rocas aisladas o paredones de acantilados. Opina Diguét que parecen hechas con precipitación y mediante una técnica grosera y primitiva, juicio que puede hacerse extensivo a las estudiadas por Engerrand.

Las pinturas del centro se encuentran en los techos y las paredes de cuevas y abrigos de roca, a bastante altura en las sierras. Los sitios están siempre muy aislados y difíciles de encontrar, porque las entradas parecen haber sido disimuladas con amontonamientos de piedras y rocas. El hecho de que siempre se encuentren cerca de algún aguaje no deja lugar a dudas de que fueron lugares de habitación o de reunión.

Las superficies cubiertas por las pinturas corresponden a las partes más iluminadas durante el día por la luz solar. En cuanto a la técnica pictórica, Diguét opina que las figuras, aunque ejecutadas a grandes rasgos y en forma de esquemáticas siluetas, denotan, sin embargo, nociones artísticas nada primitivas, del mismo modo que su agrupación obedece a cierto concepto decorativo. Señala además cómo las figuras, que apenas se distinguen de cerca y en la sombra, revisten vigor y relieve si se observan desde cierta distancia cuando les da la luz solar, lo que no son efectos fortuitos, sino el resultado de conocimientos de arte decorativo llevados a un razonable grado de evolución. Esto lo notó especialmente en la cueva de San Borjitas y en los abrigos de roca de San Juan y del Palmarito.

Acerca de la antigüedad de las pinturas, sus autores y relaciones culturales, Diguét emite la siguiente hipótesis. Cree que las pinturas y los petroglifos fueron la obra de alguna tribu nómada que bajó por las sierras—único sitio en que se hallan pinturas—y luego regresó a su punto de partida, pues de otro modo hubieran dejado vestigios de construcciones. Señala semejanzas entre los petroglifos y las pictografías bajacalifornianas con ejemplares encontrados en la Alta California, Nuevo

México y Texas, basándose en las ilustraciones de Mallery.¹⁹ Respecto a su antigüedad, divide la historia precortesiana de la Península en tres períodos. El primero: de los pintores de cuevas; basándose para ello probablemente en que durante la época jesuíta los indios ignoraban por completo el origen de las pinturas.

El segundo correspondería a la gente de los entierros llamados "pericúes", posiblemente por los faldellines encontrados, semejantes a los que vestían las indias de la época histórica. El último correspondería a los habitantes encontrados por los exploradores y misioneros.

Como puede apreciarse, León Digué nos ha dejado una excelente premisa para futuros trabajos, de los cuales el presente será un primer paso; porque antes de poder establecer nexos culturales dentro y fuera de la Baja California, antes de estar en posibilidad de fijarles su lugar en la cronología, es necesario obtener material comparativo estudiando el mayor número posible de pinturas y de petroglifos. Queremos, sin embargo, advertir desde ahora que no obstante las semejanzas de las pinturas de la cueva de San Borjitas con ciertas de Val Verde County en Texas, su ejecución artística es a la vez superior y mucho más compleja que la de las texanas.

II. LA CUEVA DE SAN BORJITA

Por *Javier ROMERO*

LA expedición enviada por el Instituto Nacional de Antropología llevaba como meta principal el estudio de las pinturas en la cueva de San Borjita, dadas a conocer públicamente por la crónica ya citada de Jordán.

Para llegar a San Borjita, partiendo de La Paz, es preferible hacer uso del avión hasta Santa Rosalía, pues de otro

¹⁹ MALLERY, GARRICK: "Picture-writing of the American Indians". *Bureau of Am. Ethnology, 10th Ann. Report.* Washington, 1893. pp. 25-777.

modo habría necesidad de recorrer 600 kilómetros por tierra, sobre la inconclusa Carretera Transpeninsular. En Santa Rosalía a bordo de vehículos, se regresa hacia el sur hasta Mulegé. Este pueblo, un verdadero oasis en el desierto, con un clima y un paisaje tan acogedor como sus habitantes, puede convertirse en una buena base de operaciones para trabajar en el estudio, tanto de las pinturas de San Borjita como de otras pictografías cercanas. En Mulegé hay, además, la oportunidad de conocer la colección de puntas arrojadas y objetos líticos del Padre Castaldi, ya fallecido, que guarda cuidadosamente la familia Villavicencio. Después de una breve estancia aquí puede entenderse la marcha hacia San Borjita. La ruta vuelve al norte —regresando sobre la ruta de Santa Rosalía—, luego tuerce al oeste hasta llegar a la sierra y asciende paulatinamente en dirección suroeste hasta el rancho de San Baltazar, propiedad de la familia Gorosave. Este recorrido, en jeep, se hace en dos horas, o en el doble si se dispone de otro tipo de vehículo. Aquí se puede pernoctar y continuar a caballo a la mañana siguiente. En hora y media de marcha a caballo se alcanza la cueva de San Borjita.

La cueva núm. 1 se encuentra en una estrecha cañada de unos 50 metros de profundidad, quedando su boca sobre el flanco oriental a unos 15 metros de altura medidos desde el fondo (fig. 2). Al pie de ella, en el seco cauce de un arroyo, brota un manantial que nunca se agota.

La cueva de San Borjita ha sido descrita con anterioridad por León Diguét, pero de su estudio se deduce que en ella no llevó a cabo la exploración correspondiente. Las dimensiones que Diguét consigna son diversas a las nuestras, lo que sin duda tiene como origen la irregularidad de sus paredes y contornos. Coincidimos, no obstante, en la altura de la entrada que es de 5 metros, siendo escasa la diferencia en cuanto a la anchura (22.5 m., Romero; 25 m., Diguét). Tal discrepancia se explica por la forma misma de la boca de la cueva que no ofrece puntos de referencia precisos. El hecho no reviste gran importancia, pero cabe advertir que para esta medida consideramos la parte más angosta de la entrada.

Las proporciones de la cueva son imponentes (fig. 4), habiéndonos recordado las visitadas hace algunos años en la Sierra Azul de Ocampo, Tamaulipas. Teniendo este punto de comparación, nos parece extraña la idea de Diguét: "Cette grot-

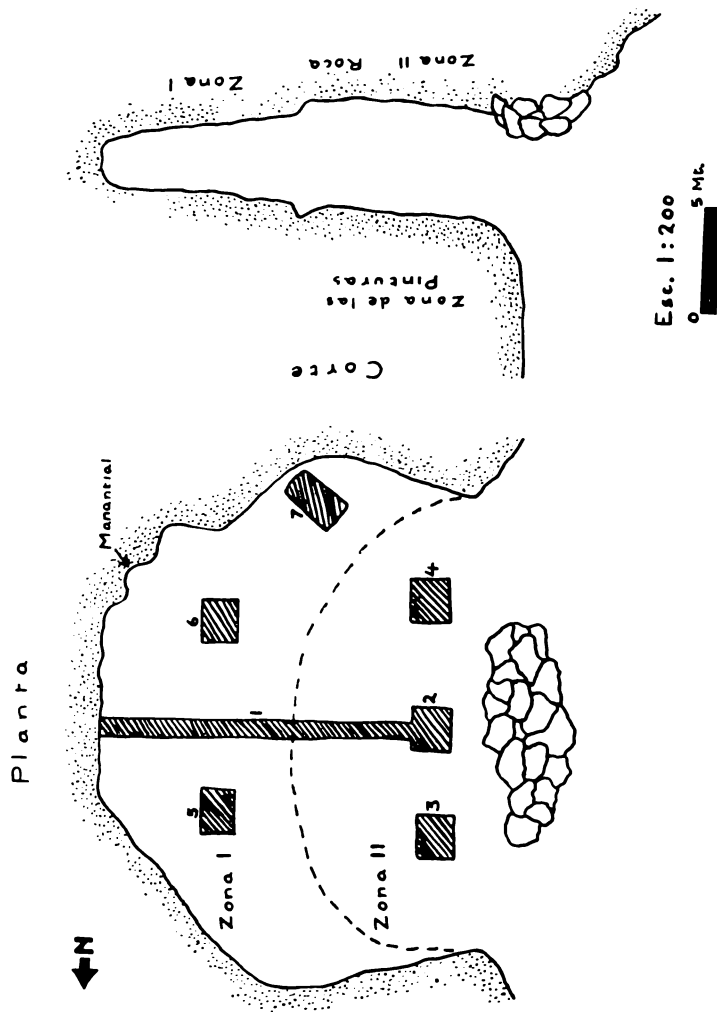
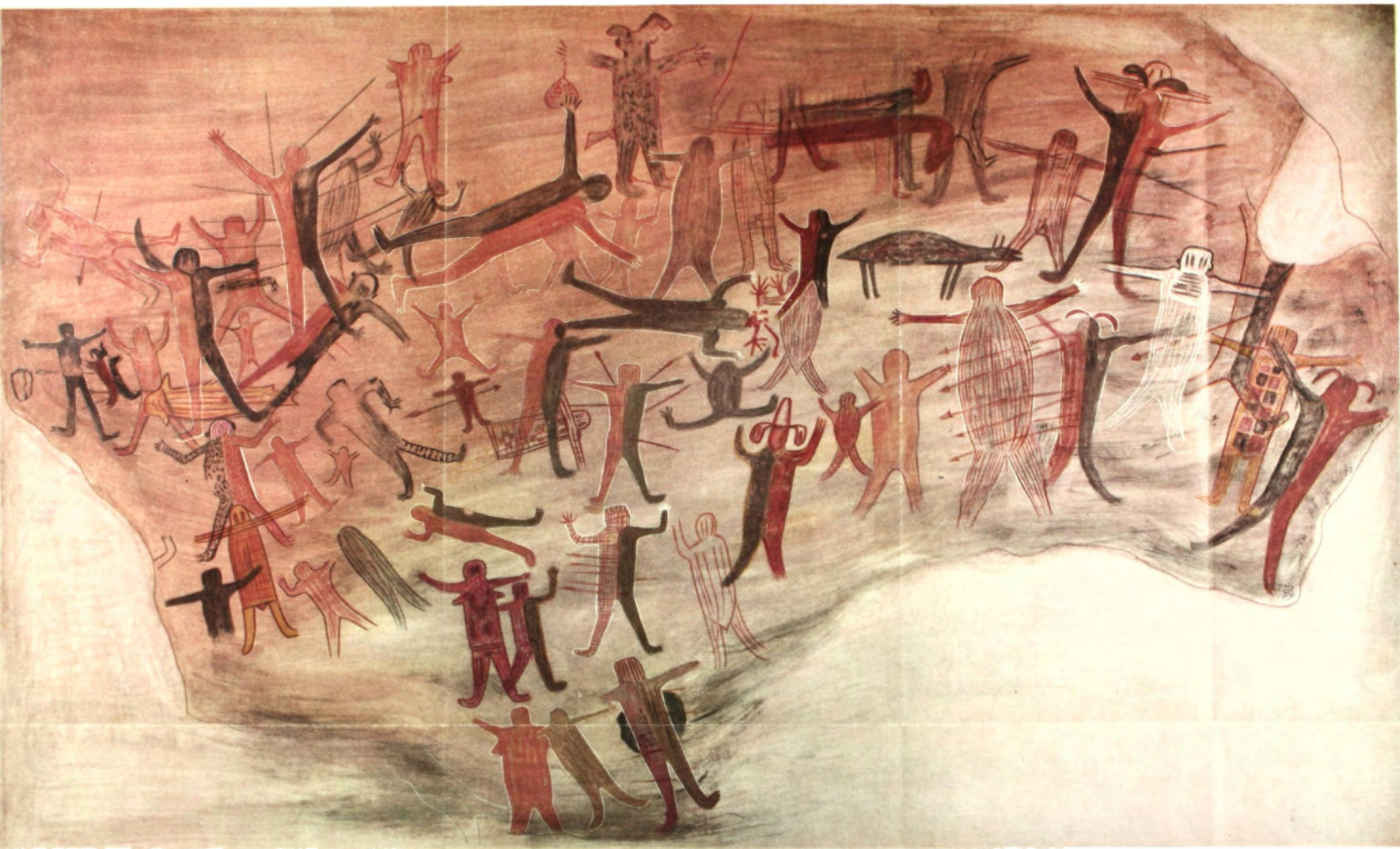


Fig. 1. Planta y corte de la Cueva No. 1 de San Borjita, Baja California. En la planta puede verse la distribución de las calas practicadas para la exploración.



Parte de la bóveda de la Cueva No. 1 de San Borjita, decorada con figuras policromas.

te [la de San Borjita]. . . paraît, au moins en partie, avoir été creusée de main d'homme".²⁰ A nuestro juicio se trata de una gran oquedad natural, que si bien pudo haber sido ampliada por el hombre, sus efectos pueden considerarse como insignificantes. En la pared del fondo, en el lugar que se especifica en la figura 1, hay un débil escurrimiento que sin duda es más abundante durante la época de lluvias.

La exploración consistió en una cala longitudinal de 1 m. de ancha, desde el fondo a la entrada, aproximadamente al centro de su planta, además de una serie de excavaciones de 2 x 2 mts. practicadas en diversos puntos y en el orden en que aparecen numeradas en la figura 1.

Esta exploración demostró que en relación al piso actual de la cueva, aquel "tuf gréseu assez dur" de que habla Diguët, o sea la roca, es bastante superficial, pues se extiende con un promedio de 35 cms. de grueso. Lo único que revelaron las excavaciones fueron unos fragmentos de puntas de flecha y unos fragmentos de utensilios de hueso y obsidiana (fig. 6). Estos objetos pueden considerarse como superficiales, en vista del escaso espesor de la capa que cubre la roca. En cambio, propiamente superficiales, pueden considerarse las piedras y manos para moler que encontramos diseminados en toda la superficie de la cueva. Fueron 40 en total, la mayoría de ellos con sus manos. Son de tipo totalmente primitivo: simples piedras volcánicas irregulares por una cara y la otra pulida y cóncava por el uso. No tienen patas ni forma precisa, sino la original de la piedra. La única condición para hacer de ellas metates debe haber sido que tuvieran una cara bastante plana.

Cuando se está en esta cueva, inevitablemente se ocurren tres preguntas: ¿Por qué se encuentran estas pinturas policromas en un lugar tan recóndito? ¿Cuál puede ser su significado? ¿Cómo pudieron realizarse en un plano que forma la bóveda de una cueva y que se encuentra a 5 metros del piso?

En cuanto a la primera interrogante, ya Diguët ha ofrecido una explicación bastante factible, al sugerir que sus autores constituían un grupo más o menos nómada venido del norte y que seguía el curso de la Cordillera como medio de disponer de un panorama lo más vasto posible para orientarse.

La segunda pregunta es sumamente difícil de contestar, dado que el simbolismo de las figuras parece ocupar el lugar

²⁰ DIGUËT, L.: *Op. cit.* 1899, p. 32.

preponderante y no es un rasgo local, sino más bien un estilo que se ha encontrado en una zona más amplia que comprende la Alta California, Arizona y Nuevo México (aunque con variantes enormes, según anota Bárbara Dahlgren en el estudio que sigue).

La tercera cuestión es la que nos parece digna de mayor atención. La presencia de las pinturas en una bóveda situada a 5 metros del piso plantea un problema de difícil explicación. En un principio llegamos a pensar que el nivel original de este piso se había perdido por la acción del pequeño venero que gotea al fondo de la cueva, de modo que siendo con anterioridad mucho más elevado habría facilitado la realización del trabajo en el plano del techo. Sin embargo, tomando en consideración la longitud de las figuras, que varía en torno a 2 m. no es concebible que se hayan trazado para ser observadas a una corta distancia como la que ofrecería un piso más elevado. Cuando Fernando Jordán y el que escribe utilizaron un andamaje tratando de calcar las figuras principales o las mejor conservadas, pudo observarse que aun a unos dos metros de distancia entre el ojo y el plano decorado el efecto del conjunto se anula casi por completo. Por esta razón, y considerando que los efectos del venero no pueden haber sido muchos, creemos que las pinturas fueron trazadas estando la cueva más o menos en las condiciones en que ahora se encuentra. Siendo así, cabe pensar en el uso de andamios, sobre todo para las figuras situadas más hacia el exterior, que son las más elevadas, habiendo que reconocer la habilidad demostrada para el trazo de figuras en un plano que en partes es perfectamente horizontal (fig. 5).

La ocupación de la cueva puede haber sido temporal, dado el carácter nómádico que es de atribuirse al grupo en cuestión. Sin embargo, ya sea porque la obra se haya hecho por partes, o porque lugares como éstos deben haber tenido alguna función adicional a la del simple abrigo, lo más probable es que la ocupación no se haya verificado en una sola ocasión, sino en varias en el transcurso tal vez de siglos. Si esta suposición es correcta, es curioso que en el interior de la cueva no se hayan conservado más que los fragmentos de metates a que antes se aludió. No hay duda que estos metates fueron utilizados en la cueva misma, pero ¿qué es lo que en ellos se molió? Si una cueva se ha utilizado para entierros, para habitación permanente, o para vivir en ella sólo durante períodos más o menos largos, por lo general se conservan algunos datos que permiten

una u otra suposición. Restos de algún lecho de hojas, semillas desintegradas, etc., pueden ser muy significativas. Pero en este caso no queda ninguna huella. La única explicación posible es que el equipo de aquellos nómadas haya sido verdaderamente reducido, y que todo vestigio dejado en el lugar fué borrado por el ganado que en los tiempos recientes suele introducirse a la cueva.

A unos 20 metros al norte de esta cueva, y sobre el mismo corte de la cañada, existe otra, la núm. 2, de dimensiones menores. Tiene una entrada de 6 m. por 7 de profundidad y 2 de altura, hallándose su piso a unos 5 metros por encima del nivel de la primera. Una excavación en esta cueva no proporcionó sino un pedazo de caracol pequeño y algunos fragmentos de restos óseos entre los que pudo distinguirse una porción diafisaria correspondiente a la mitad proximal de un fémur humano adulto. El fragmento era tan pequeño que no permitió determinar el sexo ni el lado a que correspondió.

La estructura del piso y la presencia de estos fragmentos óseos parecen indicar que la cueva fué utilizada para entierros, los cuales deben haber quedado escasamente protegidos en vista del reducido espesor de la capa de deposición sobre la roca. Como en el caso de la cueva principal, la irrupción del ganado u otros animales salvajes propios de la región puede haber dispersado su contenido.

III. LAS PINTURAS DE SAN BORJITA

Por *Barbro DAHLGREN*

EL procedimiento para copiar las pinturas de la bóveda de la cueva, o lo que Diguét llamó el frontispicio, fué determinado por una serie de intentos más o menos fallidos y la escasez de tiempo. Se había pensado calcarlas directamente mediante papel cristal, pero esta idea tuvo que abandonarse por falta de gente suficiente y material para fabricar andamios y plataformas que tal trabajo exigía, ya que el tamaño de las figuras

(1.50 x 2.00 m. por término medio) requería una *tan* grande y pesada superficie de papel que era imposible fijarla con durex. Se decidió entonces cuadrricular todo el techo en secciones de 3 x 2 metros, y así comencé a dibujar cierto número de figuras a escala. Este procedimiento también tuvo que abandonarse, principalmente por lo limitado del tiempo disponible y los serios problemas de perspectiva que ofrece la cueva tanto para el dibujante como para el fotógrafo. Finalmente decidí copiar a colores 10 de las figuras más interesantes y hacer una gama de todos los colores de las figuras. Con ellos, y basada en un croquis notablemente exacto hecho por Romero a escala 1:50, fué posible la reconstrucción total de las pinturas.

Jordán, por su parte, tomó tres series de fotografías, intentando formar un mosaico para posterior reconstrucción. Una fué con película pancromática a blanco y negro, otra a colores con película kodachrome para luz diurna y otra más con kodachrome tipo A, para luz artificial, con la circunstancia de que este tipo de película se utilizó a la luz diurna sin filtro de corrección. Los verdaderos colores de las pinturas son intermedios entre las tomadas con kodachrome para luz diurna y kodachrome tipo A.

Una vez en México, y teniendo a mi disposición las fotografías y las diapositivas a color, logré la reconstrucción total. Debido tanto a la falta de luz en el interior de la cueva como a lo deteriorado de ciertos fragmentos, no podría asegurar que se ha logrado una exacta escala. En cuanto al colorido de las figuras hay que advertir el efecto ya observado por Diguét. Vistas de cerca son a veces difíciles de distinguir y dan la impresión de estar sumamente deterioradas, mientras que a cierta distancia y con luz solar recobran los colores y los dibujos se destacan mejor.

En su primera visita a la cueva, Jordán calculó en cincuenta el número de las figuras, pero el croquis de Romero y las fotografías a colores (que por su sensibilidad a los rojos revelaron detalles imperceptibles a simple vista) elevaron el número de figuras a setenta.

Diguét considera que el conjunto de las figuras representa una escena de batalla con hombres flechados y muertos que yacen por tierra. Esta es también la impresión de varias personas que han visto la reconstrucción. Pienso, sin embargo, que si aceptamos esta interpretación, hay que insistir en que no es válida para todos los tipos de personajes allí representados.

Tomando como punto de partida las formas, los colores y las superposiciones, hemos clasificado las figuras en tres tipos: "espantajos", "cardones" y "bicolores". Estos tipos pueden corresponder a distintas capas culturales o diversas fases en el desarrollo artístico de una misma cultura. Fuera de esta división nos quedan cinco figuras que hemos llamado "excéntricas" por no encajar del todo dentro del esquema.

Los "espantajos" representan sin duda el tipo más antiguo, como puede apreciarse por las otras figuras que se le superponen, por su dibujo más esquemático, por el uso del color amarillo que no vuelve a emplearse, y por su escaso número: 5 figuras masculinas y una tintorera.

Las figuras masculinas (2 completas y 3 incompletas) tienen las siguientes características: están representadas de frente; la cabeza es semielíptica con los ojos y la nariz señalados en algunos casos mediante rayas verticales; los brazos están esquematizados por tres rayas horizontales que atraviesan el cuerpo; las piernas están muy separadas, vistas de perfil y con las puntas de los pies hacia afuera; el tronco está pintado a cuadros, representando una camisa, pintura corporal o tatuaje que termina a la altura del sexo. Los colores son amarillo y rojo oscuro o rojo mediano, aplicados a rayas. La tintorera es completamente realista en su tratamiento.

Todas las figuras son de una longitud que se aproxima a los dos metros, y se encuentran distribuidas sobre toda la superficie de la bóveda.

Los "cardones" están representados por ocho figuras humanas dibujadas en forma de siluetas bulbosas cuya cabeza parece una penca. La pintura está aplicada a rayas longitudinales, rojas o negras, sobre un fondo de color más oscuro que la roca. El conjunto hace pensar en los cactus llamados cardones que abundan en las tierras bajas. Los que están pintados de rojo tienen los brazos extendidos, mientras los negros los tienen levantados en ángulo. Dos de ellos, ambos de color rojo, están atravesados por flechas o dardos, pero no hay ninguno en posición horizontal. Su distribución en el techo es algo más reducida que la de los "espantajos", a los cuales se superponen algunas veces. Su tamaño es generalmente grande.

Con el nombre de "bicolores" agrupamos a todas las figuras de la última fase pictórica de la cueva, que se distinguen por su dibujo enteramente realista.

Se caracterizan por la firmeza y elegancia de su trazo, tanto en las figuras masculinas como en las femeninas que aparecen aquí por primera vez. Con pocas excepciones intencionales, la pintura está aplicada en colores planos que cubren toda la superficie de la silueta. La mayoría de las figuras masculinas están biseccionadas longitudinalmente, con un lado rojo y otro negro; mientras la cabeza puede estar pintada con cualquiera de los dos colores o rayadas, lo que permite varias combinaciones. Como innovaciones del dibujo son de señalar los hombros muy marcados y la presencia de penachos, orejeras y un gorro. Muchos de los hombres están flechados, uno lanceado y cuatro en posición horizontal. Los "bicolores" son 30 en total, y se encuentran de uno al otro extremo de la bóveda. En ellos predomina el tamaño grande.

Con los "bicolores" pueden incluirse los de un solo color, de los cuales unos parecen corresponder a una subfase más antigua y están representados por diez figuras masculinas pintadas en rojo claro, tan tenue, que apenas se logran distinguir. Su silueta es menos perfecta y el tamaño, generalmente, mucho más reducido que el de los típicos bicolores.

Los "excéntricos" no corresponden a ninguno de los tipos anteriormente descritos, y su antigüedad puede conocerse aproximadamente por el estilo, la pintura y las superposiciones. Son ellos el "coyote", el "cuadrículado", "el de los brazos caídos", "el sapo" y "el muerto", nomenclatura lograda a base de sus actitudes o lo que parecen ser. "El coyote", bautizado así por sus grandes orejas, es a todas luces un shaman disfrazado que lleva en una mano una red o bolsa, quizás un "medicine-bundle". A juzgar por las superposiciones y el fondo ocre pertenecería a la segunda época, aunque otra figura de la misma época le haya sido sobrepuesta; su posición al centro de la entrada le hace parecer un defensor de la cueva, y, por otra parte, es el único de los personajes que tiene ambas puntas de los pies dibujadas en un mismo sentido. "El cuadrículado" parece un tipo de transición de los "espantajos", por el color amarillo y el dibujo del torso y piernas, pero por la forma de la cabeza y de los brazos, aunque horizontales, se asemeja a los tipos más tardíos. "El de los brazos caídos" no presenta ninguna superposición y la postura de sus brazos es original entre los de las demás figuras. Aunque tiene una pierna pintada a rayas horizontales, como los "espantajos", el resto del dibujo, como la posición de las

piernas y la forma de la cabeza, le hace aparecer como tipo de transición entre los "cardones" y "bicolores". "El sapo" es evidentemente de la última época y es difícil determinar si realmente representa un animal o es un hombre sentado. También de la última época es "el muerto" que se distingue por su pintura blanca con rayas y contornos negros que señalan las órbitas y las costillas, lo que le hace exclusivo porque en él se abandonó la técnica de silueta.

El uso de los contornos blancos parece corresponder a la última época, y aunque ocurre también en algunos casos de "cardones", nos inclinamos a pensar que en éstos se trata de adiciones posteriores.

De los colores, en su estado actual de preservación, pueden distinguirse: dos tonos de amarillo, uno medio y el otro casi ocre; cinco tonos de rojo que son: rosado, rojo claro, rojo indio y dos tonos de morado; ocre grisáceo; negro y blanco. Es difícil juzgar hasta qué grado los colores son originales o sus variantes son el resultado de infiltraciones de agua, acción del sol y del viento. Sin embargo, no hay duda de que los pintores aborígenes usaron por lo menos tres tonos de rojo. Clavijero menciona el amarillo, verde, rojo y negro; considerándolos de origen mineral. Digué incluye el verde y el blanco, tan típico éste de San Borjita, y los considera colorantes obtenidos de rocas pulverizadas y desleídas en un barniz. Esto último parece corroborado por la presencia, en la entrada de la cueva, de una gran roca totalmente barnizada, casi brillante a fuerza de ello, que muestra además concavidades aparentemente usadas para moler los colorantes.

Por la ejecución de las pinturas se deduce que el artista tuvo una absoluta libertad de movimientos para lograr tal firmeza de trazo, por lo que puede suponerse que utilizaron un tablado o caminaban sobre un antiguo y más alto piso de la cueva, como parecen haber pensado Clavijero y Digué, ya que ambos sostienen que las cuevas, en general, fueron en gran parte excavadas a mano. Esta teoría solamente podría ser ratificada por el estudio de un geólogo.

Es muy aventurado opinar sobre el significado de las pinturas, de las cuales aun los aborígenes del siglo XVIII ignoraban su procedencia. En parte podría considerarse como producto de la magia simpática, como en los casos de los venados (no discutidos en el análisis), la tintorera flechada y algunos símbo-

los que posiblemente representen la lluvia. La gente flechada puede representar enemigos, o sacrificados, o muertos en guerra, pero con ellos no pueden incluirse las figuras que hemos llamado "espantajos".

Por otra parte, a la idea de Diguet de que se trata de una escena de batalla, podemos agregar que los diferentes colores en las figuras podrían señalar los distintos grupos o clanes que en ella participaron, aunque un análisis más minucioso no parece demostrarlo. Sin embargo, en pro de esta interpretación puede también citarse la tradición guardada entre los californios y todavía escuchada por los misioneros, acerca de una gran batalla que epilogó una reunión entre varios grupos o tribus, a consecuencia de la cual los derrotados emigraron de la Alta a la Baja California.

Etnográficamente, los diferentes estilos de pintura corporal y los penachos que se aprecian en las pinturas concuerdan con lo observado por el almirante Porter Cassanate entre los pericúes de Cabo San Lucas: "estaban embijados, y pintados los cuerpos de diversos colores trayan mucha plumería en la cabeza. . .". En otra versión dice: "Tenían los cuerpos de diversos colores matizados formando la variedad de ellos una humana tarzea".²¹

Otra manifestación pictórica muy singular en Baja California, fué la encontrada por el Padre Baegert²² entre los guaicuras de la región de San Luis Gonzaga. Parece haber sido sumamente local y consistía en dibujos de significado mágico sobre unas tablillas que guardaban celosamente los shamanes. Baegert no proporciona ninguna explicación más detallada ni se conoce por otras fuentes el diseño o los dibujos de tales tablillas.

Acerca de la edad de las pinturas y petroglifos y sus posibles autores no se puede emitir opinión alguna, porque para ello habría que basarse en material comparativo, tanto pictórico como arqueológico y aun geológico. Para ello hará falta, en primer lugar, reunir el máximo material sobre petroglifos y pictografías bajacalifornianas, ya que en la mayoría de los sitios con pinturas también se encuentran petroglifos, y luego proceder a su análisis y clasificación. Una vez dado este primer paso, podremos recurrir a materiales comparativos de otras re-

²¹ PORTILLO, A. DEL: *Op. cit.*, pp. 487, 495.

²² BAEGERT, J. J.: *Op. cit.*



Fig. 4. Vista general de la Cueva No. 1 de San Borjita.



Fig. 5. Parte de la bóveda de la Cueva No. 1 de San Borjita, decorada con figuras policromas.



Fig. 6. Diversos objetos hallados durante la exploración: fila superior: lascas de obsidiana. Fila media: puntas arrojadizas de piedra. Fila inferior: fragmentos de objetos de hueso y concha.



Fig. 7. Norma frontal del cráneo masculino encontrada en el arroyo del Carrizal.

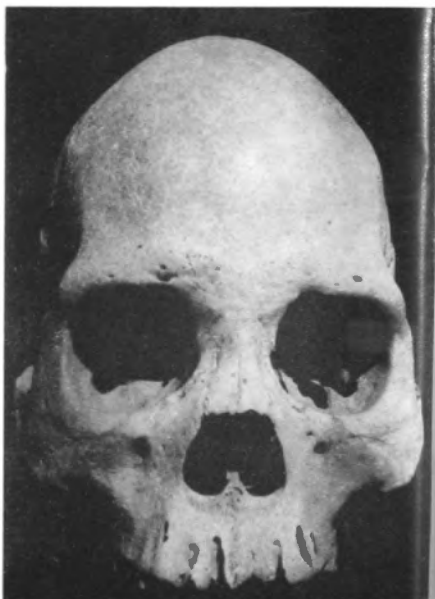


Fig. 8. Norma frontal del cráneo femenino encontrado en el cerro del Tule.

giones, ante todo del Norte de México y Sur de Estados Unidos, y posiblemente al de otras regiones fuera de América. Ya Diguét señaló las semejanzas que existen entre ciertos petroglifos bajacalifornianos con los de Owens Valley en California.²³ Posteriormente Steward y Jackson²⁴ han publicado dos obras fundamentales sobre este tema, refiriéndose a California y Texas respectivamente. A reserva de lo que pudieran revelar futuras investigaciones, las pictografías de San Borjita, por su parte, pueden compararse ventajosamente con las pinturas de Val Verde County en Texas,²⁵ las que hasta hoy pueden considerarse como las mejores de Norteamérica. Sin embargo, difieren en un detalle importante: el uso de contornos blancos. Este rasgo, además de encontrarse en San Borjita, se conoce en rudimentarias formas humanas de la Painted Cave de Santa Bárbara, California; y también, aunque nos lleve muy lejos, en los Wondjinas del Noroeste de Australia, que son enormes figuras humanas, pintadas en colores planos, rojos con contornos blancos, que se hallan dentro de cuevas y abrigos de roca.²⁶

Con base en las pinturas de San Borjita, en los estudios de pictografías de Diguét y en los descubrimientos arqueológicos de diversos investigadores, podemos sugerir varias posibilidades para la prehistoria de la Península. Por una parte, una gran antigüedad de ciertas culturas líticas que florecieron bajo un clima óptimo, probablemente a fines de la última glaciación, cuando en sus desiertos hubo bastante humedad para alimentar lagos como la hoy desecada Laguna de Chapala del Territorio Norte de Baja California; por otra parte, del estudio de los entierros se desprende que pertenecieron a un grupo humano, según todas las posibilidades considerado como uno de los más viejos del Continente: el de Lagoa Santa o neoaustroloide, que pudo haber sobrevivido en Baja California durante mucho tiempo, como también en el centro y el este de Texas. ¿Es solamente una coincidencia que algunos de estos cráneos

²³ DIGUET, L.: *Op. cit.*, 1899.

²⁴ JACKSON, A. T.: "Picture-Writing of Texas Indians". *Univ. of Texas Publication*, n. 3809.

²⁵ STEWARD, J. H.: "Petroglyphs of California and Adjoining States". *Univ. of California Publ. in Am. Arch. and Ethnology*. vol. 24, n. 2.

²⁶ LINTON, R.: *Arts of the South Seas*. New York, 1946. pp. 192-3.

texanos proceden de Val Verde County, región que también ofrece las mayores semejanzas con Baja California en su estilo pictórico? ¿Representan Val Verde y sur de Baja California dos eslabones de una misma cultura, que una vez se extendió de costa a costa? o, finalmente, ¿fueron Val Verde y Baja California Sur dos lugares de refugio de una desconocida, pero muy superior a las demás de las áreas vecinas?

TRANSFORMACIONES SOCIALES EN LA AMÉRICA HISPÁNICA

Por Sergio BAGU

Si la sociedad organizada en América hubiera sido feudal, el proceso de transformación de sus distintos grupos se hubiera operado con gran lentitud histórica y casi imperceptiblemente. Hubiéramos estado en presencia de castas sociales, superpuestas y anquilosadas, impenetrables —en cuanto puede ser impenetrable una agrupación humana, cuya entraña, sin embargo, es imposible que permanezca idéntica a través de las edades.

Los españoles, es verdad, usaron la palabra *casta* para clasificar legal y socialmente a ciertos grupos raciales y sociales. Idéntica inspiración tuvo la ley en las colonias británicas, que intentó regir el ordenamiento social de acuerdo con la pigmentación del individuo. Y en la colonia lusitana, a pesar del irresistible impulso sexual del portugués blanco, que redujo casi a la nada la pureza de la sangre, se encuentra también un intento de ordenamiento similar.

Pero ni la terminología aceptada en la época, ni la letra de la ley, ni el rostro de una sociedad son argumentos decisivos para convencer al historiador. Al hacer la afirmación de que fué un capitalismo colonial lo que brotó en estas tierras nuevas —capitalismo con intenso colorido feudal, pero no feudalismo— rechazamos la idea de las castas y aceptamos, en cambio, la presencia de clases sociales, sujetas a un proceso transformativo que, no por lento las más de las veces, escapa a los ojos del estudioso ni deja de presentar, en ocasiones, episodios de tanta rapidez y movilidad como pueden encontrarse en la época actual.

i. MUTABILIDAD Y ESTRATIFICACION

1. Alcance de los conceptos

EN el estudio de una estructura social, la posibilidad de que ocurran mutaciones en la entraña de una clase y la tendencia que ésta demuestre a estratificarse son, a la vez, efecto y síntoma de una multitud de fenómenos de la más alta importancia. El tema es apasionante, como siempre lo es acercar el oído a las palpitaciones de un organismo viviente, porque en el cambio está la vida y de esos cambios que son la vida depende siempre el destino de la criatura humana.

Para nosotros, el planteo de este proceso, aunque formulado en términos técnicos y objetivos, está siempre en la más íntima relación con la suerte del individuo y con factores de naturaleza tan subjetiva como su sentido de seguridad y su bienestar espiritual y físico, con la idea que se forja del mundo en que vive y aun con la lógica que gobierna su mecanismo mental.

No nos sorprende encontrar en la sociedad colonial una tendencia predominante y universal a la estratificación de las clases y los grupos. Ha sido esa una de las características más insistentemente observadas por nuestros historiadores y estudiosos y no cabe duda que fué el ideal de los jefes políticos y de los teóricos de la Época Colonial, tanto en las posesiones españolas y lusitanas como en las británicas y holandesas, salvo muy escasas excepciones. Lo que sí puede sorprendernos son los cambios que se operan dentro de una clase y un grupo; cómo se amplía notablemente, a veces, el número de sus miembros y disminuye otras; cómo una clase o un grupo se encuentran, en ocasiones, sujetos a cambios profundos, que alteran su fisonomía y modifican su *status* social; cómo, en ciertos períodos, una clase o un grupo son poderosos y pudientes, para ser, más adelante, avasallados y económicamente aniquilados. Eso es lo que llamamos *mutabilidad* y que aquí estudiamos simultáneamente con la estratificación, porque nos parece que son dos aspectos íntimamente relacionados de un mismo proceso.

2. Privilegio y estratificación

EN la estratificación de castas, clases y grupos, el privilegio tiene siempre importancia decisiva. Cuando en la sociedad co-

lonial encontramos una clase o un grupo estratificados, con manifiesta tendencia a cerrarse en sí y prolongar su identidad a través de generaciones, descubrimos también que esa actitud se encuentra inextricablemente vinculada con la defensa de un privilegio —económico y social, siempre; a menudo, también político y racial; a veces, profesional—. Hay en la estratificación un reconocimiento de la existencia de una desigualdad social y un acto de voluntad tendiente a prolongar esa desigualdad y ahondarla.

Una clase o un grupo de poseedores, con manifiesta tendencia a la estratificación —que llamaremos *oligarquía*— surge sólo cuando existe cierto número de individuos que tienen algún privilegio que defender. Más se cierra y más impenetrable se hace cuanto más amenazados sienten sus privilegios.

En ciertos casos, no es tanto la magnitud del privilegio como su inestabilidad lo que determina el grado de estratificación del grupo social. Así se explica que se descubran grupos de artesanos férreamente estratificados, en defensa de privilegios modestos, pero vacilantes, cuya vigencia puede cesar con el capricho de un gobierno o con transformaciones económicas de corto alcance.

Otro factor de primera importancia en este proceso es el sistema de relaciones existente entre poseedores y mano de obra. Cuando ese sistema está basado en la violencia, cuando más ostensible se hace la injusticia, más cerrada tiende a hacerse la oligarquía, más agudizada y agresiva su conciencia de clase. Es lo que ocurre con los mineros de Potosí —señores despiadados cuyo privilegio colosal requiere que una multitud de quechuas desaparezca periódicamente en la entraña del cerro— y, en general, con todos los mineros de la Época Colonial.

En el caso inverso, la oligarquía —cuando la defensa de su privilegio exige menos violencia, menos injusticia— tiende a hacerse patriarcal, a buscar también en el mérito individual una base de apoyo. Así, en los grupos indudablemente oligárquicos —de ganaderos del Río de la Plata, del Noreste y del Sur de Brasil y aun en el caso de muchos de los *senhores de engenho* brasileños.

3. Los sillares de la estratificación

a) La tendencia a la estratificación aparece en la América colonial desde el primer día de su historia, porque el colonizador

viene a buscar privilegios y cuanto más amplios mejor. Pero el proceso de estratificación no se agudiza más que cuando se presenta la posibilidad de que el privilegio sea grande o, aunque modesto, de rendimiento seguro. Por eso se descubre muy tempranamente en algunas zonas la presencia de oligarquías de nítido perfil y marcada esclerosis social, mientras que en otras surgen mucho después o arrastran siempre una existencia desdibujada.

Cualesquiera fueren las ventajas que se ofreciesen a los europeos en muchas regiones, en ninguna como en la mesa central mexicana y la sierra peruana encontraron reunidas con mayor fortuna las condiciones de la prosperidad colonial: mano de obra numerosa y disciplinada, con hábito de trabajo sistemático y abundantes metales preciosos —que era, entonces, la mercancía de exportación más codiciada en el mercado centro-occidental europeo—. Nada de misterioso tiene que ambos lugares fueran asiento de las más tempranas y agresivas oligarquías, en las que primero se manifiesta con estridente agudeza la tendencia a la estratificación. Ya despierta el proceso con los conquistadores mismos, muy pronto divididos en belicosos grupos antagonicos cuyos privilegios —los reales y los potenciales— no tenían más límite que la ilimitada ambición. Estalla sangrienta, espectacularmente, a mediados del siglo XVI, cuando el poder imperial intenta, con las Leyes Nuevas, establecer una norma económica y política en América que no suprime, sino que pone el primer valladar al privilegio.

El poder imperial español tuvo siempre una actitud de desconfianza hacia el surgimiento de grupos sociales privilegiados muy poderosos en América, actitud que también tuvo el Imperio Británico y nunca dejó convencerse enteramente por la teoría —sustentada en Perú hasta por el virrey Toledo, arquetipo de agente imperial— de que una aristocracia cerrada y vigorosa serviría de sostén a la institución monárquica en el nuevo continente. Una vez y otra, a lo largo de siglos, el poder imperial adoptó medidas contrarias a la estratificación de las oligarquías americanas, pero —aparte de que la realidad se burló siempre de la ley de Indias— el interés económico de la monarquía española agudizaba a menudo el privilegio que quería atenuar por otros medios.

Las prerrogativas que los mineros de México adquirieron por voluntad imperial en el siglo XVIII dieron base legal al pri-

vilegio ya conquistado en los hechos. La monarquía estaba sedienta de metales preciosos y los mineros que se los proporcionaban recibieron, como estímulo y premio, el reconocimiento de su rango social y numerosas concesiones legales. Riva Palacio ("El Virreinato"; vol. II de "México a través de los siglos", 486) comprueba que estas disposiciones dieron gran impulso a la minería, hacia fines del siglo XVI y principios del XVII, que era el propósito imperial.

Cuando la defensa del indio, que es la defensa del poder imperial contra los desmanes de inspiración feudal de los encomenderos y mineros, amenaza lesionar el volumen de la producción de las mercancías que el imperio espera más ansiosamente, el conflicto es siempre resuelto en favor de la mercancía y en contra del indio. Triunfa la necesidad económica inmediata, aun a riesgo de que se produzca lo que la monarquía teme, que es la estratificación de oligarquías agresivas y con espíritu de independencia. Finot narra, por ejemplo, que las leyes de 1601, sobre prohibición del servicio forzoso en las minas tuvieron una misteriosa y eficaz contraparte en las instrucciones secretas enviadas a las autoridades peruanas, ordenando que aquellas leyes no se aplicaran si la producción pudiera con ello sufrir menoscabo, porque la voluntad del monarca no era que ésta cesase ("Nueva historia de Bolivia", 107-9).

Las leyes de Indias contenían, es verdad, muchas disposiciones que hubieran obstaculizado el proceso de estratificación de las oligarquías mineras de México y Perú, pero hay una multitud de instrucciones a los virreyes de ambas colonias que cumplía la finalidad exactamente opuesta.

Otro factor que actuó desde la primera hora y estuvo presente en toda la historia colonial de América fué la concentración de la propiedad inmueble. En México y Perú, lugares de densa población indígena, el latifundio creció a expensas de la propiedad de los nativos. El blanco no sólo se apropió de la tierra del indio, sino que redujo a éste a su servicio. En los lugares donde la tierra estaba inhabitada—en la pampa rioplatense, en el *sertao* brasileño—, el latifundio, al expandirse, no proporcionó al europeo un beneficio económico inmediato, pero le agregó, en cambio, un mérito social. Españoles, portugueses, británicos y franceses sabían que en Europa la propiedad de la tierra acrecentaba el mérito social y los colonizadores de todas las nacionalidades buscaron en América—sin

una sola excepción— el latifundio que les enriqueciera o que, por lo menos, diera lustre al nombre de su familia.

Fué Abad y Queipo, quizá, el escritor colonial que con mayor lucidez señaló en México los males económicos del latifundio. En México, Perú, Venezuela, Brasil—aquí, el negro importado vino a valorizar la tierra—, el latifundio fué asiento de poderosos grupos sociales y la incesante concentración de la propiedad rural en pocas manos contribuyó notablemente a la estratificación de las oligarquías de latifundistas y encomenderos, *senhores de engenho* y *fazendeiros*. Es lo que había ocurrido en las islas británicas de las Antillas, donde, en el siglo XVIII, no quedaba prácticamente pequeño propietario de la tierra, con excepción de Barbados (Ragatz, "The old plantation system in the British Caribbean", 1) y en todas las colonias británicas del norte, aunque aquí la inmensidad del territorio siempre ofreció una puerta de escape a la esperanza de los que no querían aceptar la dura realidad.

También estuvo el latifundio presente en la vida colonial de las dos márgenes del Plata. Algunos autores del siglo pasado—Francisco Ramos Mejía, entre ellos ("El federalismo argentino", 191 y sigs.)—sostenían que esta parte de América había sido refugio de pequeños propietarios y que el latifundio no había proliferado. Pero ya Manuel Belgrano decía todo lo contrario en 1810. Mendoza ha explicado con claridad, no hace mucho, cómo se fué desarrollando el proceso de acaparamiento de tierras ("Historia de la ganadería argentina", 97-99).

Lo que ocurrió en el Río de la Plata fué otra cosa. No se formaron aquí oligarquías poderosas e influyentes como en otras colonias, pero no por lo que expuso Ramos Mejía, sino porque, para valorizar esos enormes latifundios, no había en el Plata mano de obra suficiente, ni hubieran podido los latifundistas, aunque la tuvieran, extraer de ellos los productos que el mercado internacional pagaba mejor y que otras partes de América le proporcionaban—metales, diamantes, azúcar, tabaco, cacao, algodón—. Hasta los últimos decenios del siglo XIX tendrán que esperar los latifundistas rioplatenses para poder lanzar en las corrientes del mercado internacional el producto que dará lugar a la formación de una poderosa oligarquía: la carne vacuna.

Lo cierto es que en la sociedad colonial casi todos los privilegios que surgen tienden a ahondarse y perpetuarse y, por

lo tanto, a estimular la estratificación del grupo social que los usufructúa. Sin ser feudalismo, el régimen económico y social que se estructura en América tiene fuerte colocación feudal y bien podemos decir que cada grupo de poseedores que se forma aquí y cuyos miembros reconocen entre sí cierta comunidad de intereses, aspiran a ser una casta, sin que ello signifique que lo logre.

Quando el privilegio adquiere "status" legal estamos ya en presencia de un signo de incipiente estratificación social. Pero lo que resulta de más fácil comprobación en la historia colonial es que el "status" legal que se otorga a un privilegio se transforma en un instrumento político de multiplicación y exacerbación de privilegios—y de acelerada estratificación social—que no encuentra, generalmente, más límite en su funcionamiento que la reacción que provoque en otros grupos poderosos que se sientan dañados.

La implantación de la Mesta en el valle de México, por ejemplo, ocurrida en 1529, ya nos permite suponer que los ganaderos de esa región de Nueva España, bajo el estímulo de un mercado local no despreciable para la adquisición de carne, tenían de sus privilegios como tales una conciencia característicamente oligárquica, que implicaba el menosprecio de los derechos de los agricultores de la zona y de los pueblos de indios. La Mesta fué, según todas las posibilidades, un factor de estratificación social en Nueva España, como lo había sido durante siglos en la Metrópoli, aunque no tuviera aquí la misma proyección que allá. Ya en la segunda mitad del siglo XVI, el Códice Mendieta enumera, entre "las cosas que han sido causa de destruir a los indios, y lo son", "los daños que hacen los ganados, que ya en algunas partes no osan sembrar" y a principios del siglo XIX, el sagaz Abad y Queipo no olvida recordar en su "Representación" el hecho de que "padece también la agricultura por los exorbitantes privilegios de la mesta, introducidos en este reino por la prepotencia de cuatro ganaderos ricos de esa corte".

Pocos ejemplos tan incuestionables podrían encontrarse en la era colonial de cuanto llevamos dicho, como el de los Gran Cacao, la oligarquía que domina la vida económica y social de Venezuela desde el siglo XVII. Todo confluye en ella para hacerla típica en un análisis de esta índole y apenas si el estudioso puede apartarla un instante de su memoria cuando trata

el tema. Un producto de exportación le proporciona el talismán de la fortuna y una multitud de indios y negros, el motor que permitirá acumularla sin límites. Cuando ya no es sólo el cacao, sino otros rubros de la producción colonial los que se suman para mayor opulencia de sus miembros, la oligarquía caraqueña entra en un proceso de férrea estratificación y desarrolla una conciencia de clase que no es superada por ninguna otra en América —ni por la de Pennsylvania, que tan desmesurada explicación religiosa había encontrado de sus privilegios terrenales—. No hay prejuicio que no sustente, ni hay privilegio que no defienda con el más extremado celo, no hay intento igualitario —como el levantamiento de Gual y España, en 1797— que no desate sus iras.

b) El poder político local no fué en América, salvo excepciones, sino instrumento de consolidación oligárquica y de estratificación social. Casi siempre, representa en la colonia —española, portuguesa, británica, holandesa, francesa— los grupos sociales más poderosos. Cuando entra en conflicto con el poder imperial, cuando defiende una libertad, es porque el poder imperial quiere restringir sus privilegios o porque esa libertad que defienden es necesaria para que prosperen sus intereses de grupo social reducido. En las polémicas que se entablan entre el poder imperial y el poder local, entre los representantes coloniales del imperio y los representantes de la oligarquía local, casi siempre los intereses de los desposeídos —indios, negros, "indentured servants", "engagés"— están mejor defendidos por los primeros.

De todos los instrumentos de índole política, ninguno quizá como el gobierno local resulta tan eficaz para apresurar y ahondar el proceso de estratificación oligárquica. La historia puede narrarse en términos semejantes para toda América, aunque las tintas varíen de intensidad según los lugares y las épocas.

Después que Felipe II generalizó la modalidad de poner en venta los cargos de miembros de los cabildos, éstos cayeron, como lo dice Ots Capdequi ("El régimen de la tierra en la América española durante el período colonial", 137-148), en manos de oligarquías privilegiadas. A pesar de que la Corona no renunció nunca a su propósito de aplicar a sus colonias una política dictada por ella, el Cabildo no dejó jamás de ser un factor

de primera importancia en la determinación del destino económico de la zona sobre la cual gobernaba. Las oligarquías se perpetuaron en sus asientos y lo utilizaron sistemáticamente para ampliar sus privilegios y restringir el acceso de otros grupos sociales a la condición de poseedores. Ots Capdequi narra cómo los cabildos, a pesar de lo que establecían las leyes y de las enérgicas y reiteradas instrucciones en contrario de la Corona, distribuyeron las tierras, incluyendo las del ejido, los bienes de propios y las tierras realengas y baldías, con lo cual se transformaron en eficaces agentes de multiplicación del latifundio.

Fueron los grandes propietarios en Brasil los que dominaron sin oposición en las Cámaras Municipales y eran sus intereses los que defendían en Lisboa los representantes de esas Cámaras. Los *homens bons* de San Pablo —recuerda Taunay, "Sao Paulo nos primeiros annos", 21— eran los únicos que gozaban del derecho de ser miembros de la Cámara Municipal y de la denominación de *homens bons* estaban excluidos, en la terminología de la época, los operarios, los mecánicos, los degradados, los judíos y los extranjeros.

Fué menester que mudaran algunas condiciones económicas y sociales de la colonia para que las Cámaras Municipales cesaran de ser un instrumento utilizado exclusivamente por los grandes plantadores. Es así como en la segunda mitad del siglo XVIII —ese agitado siglo XVIII de la colonia lusitana— la burguesía comercial portuguesa va desalojando de las Cámaras a los antiguos *senhores* de la tierra. Pero claro está que este otro grupo oligárquico —más asido aún al privilegio que deriva del poder político, porque su fortuna descansaba en el régimen del monopolio comercial implantado por la Corona lusitana— tampoco hizo más que utilizar las Cámaras en su propio beneficio.

La historia es la misma en las colonias británicas del norte, desde Nueva Inglaterra —cuya "aristocracia de santos" cedió el gobierno local a la "aristocracia de comerciantes" sólo cuando la Corona británica impuso el cambio— hasta Carolina del Sur, sobre cuyo gobierno ejercía un rígido control la aristocracia de plantadores y mercaderes de Charleston, liberal e independiente en cuestiones de política imperial, pero ultraconservadora en materia de gobierno local, según Morison y Commager ("The

growth of the American Republic", I, 171). Sin mencionar las oligarquías de latifundistas, plantadores y comerciantes de Nueva York, Pennsylvania, Virginia o Carolina del Norte, que invariablemente ejercieron el poder político local para consolidar el privilegio económico y social de que gozaban. Y en las islas británicas del azúcar en las Antillas, el panorama resultó aún más monótono y simplificado, porque las legislaturas locales, ausentes en Londres o Bristol los grandes latifundistas, estaban en manos de sus mandatarios ineptos, con la única excepción de Antigua, según afirma Ragatz, cuya oligarquía era más pobre, menos dispendiosa y más preocupada del progreso de la isla.

4. *Los factores de mutabilidad*

PERO si en la sociedad colonial la tendencia predominante es la que conduce a la estratificación, también es cierto que la mutación que experimentan los grupos sociales es mucho más honda y frecuente de lo que pudiera pensarse si insistimos en creer que aquélla tiene un único e inalterable perfil feudal.

Nos referimos a la historia interna de cada clase y cada grupo, entes que aumentan o disminuyen en el número de sus integrantes, que a veces alcanzan la cima de su poderío o quedan sometidos a la impotencia.

No hubo colonia donde no se registraran acontecimientos económicos, políticos y hasta militares capaces de alterar fundamentalmente la estructura de ciertos grupos sociales y hubo regiones y épocas particularmente propicias para esas transformaciones. Brasil parece haber sido escenario de mutaciones sociales más frecuentes y de mayor alcance que el resto de América, con más elevado número de grupos sociales que aparecen y desaparecen, que prosperan y decaen, que mudan su naturaleza o se desdibujan dentro del panorama colonial.

a) El régimen de las encomiendas constituyó en la América hispana una de las más firmes bases de sustentación del privilegio y, por tanto, de estratificación social. Las cifras que ofrece la estadística de encomiendas que el virrey Toledo hizo levantar en las Audiencias de Lima, Quito y Charcas —medios del siglo XVI— traducen el hondo desequilibrio social ya existente y cuya perpetuación exigía, precisamente, la exacerbación del sentido de clase de sus beneficiarios.

Sin embargo, aun ese factor de estratificación social no dejó de arrastrar consigo siempre ciertos gérmenes de cambios sustanciales. La Corona se negó, desde muy temprano, a otorgar la perpetuidad de las encomiendas y, si algunas veces hizo la promesa, no lo fué más que por exigencias de una táctica política de aplicación circunstancial. Creía Riva Agüero que los encomenderos peruanos no obtuvieron la perpetuidad porque no lograron reunir el dinero necesario para conquistarse la voluntad de la Corona, pero resulta hoy evidente que el de la revocabilidad fué un criterio uniforme que el imperio aplicó en todas sus colonias con un criterio político inteligente, destinado a impedir que las aristocracias americanas adquirieran un grado excesivo de independencia económica y poderío social.

Insistiendo sin cesar en la revocabilidad de las encomiendas después de una, dos o tres vidas y en la prohibición de reunir dos encomiendas en una cabeza, la Corona logró introducir y mantener vivo un principio de mutabilidad en las oligarquías de encomenderos de toda la América hispana. Es cierto que la tradición de respetar la ley, pero no cumplirla, siempre tuvo en estas latitudes una excepcional gravitación y cierto es también que no pocos encomenderos solían curarse en salud y, antes de que la revocación alcanzara a sus familias, ya habían extendido sus latifundios y sus bienes en forma tal que sus descendientes siguieron usufructuando en la colonia, aunque sin encomiendas, los más altos privilegios económicos y sociales. Pero es también incuestionable que, manejando ese poderoso instrumento de la revocabilidad y la redistribución de las encomiendas, la Corona hizo mudar la fisonomía de muchas oligarquías locales, llevando a la decadencia a algunas de sus familias conspicuas y elevando a otras a la categoría de grandes encomenderos. Es que la España imperial nunca se desprendió de la prerrogativa de introducir cambios sustanciales en la estructura social y económica de América y, cuando no lo hizo, no fué porque le faltaran ganas, sino porque no pudo. Idéntica afirmación es válida para todos los otros poderes imperiales que actuaron en América.

Cuando, a principios del siglo XVIII, la Corona generaliza en Perú la extinción de las encomiendas —cuyo usufructo había venido limitando empeñosamente—, son profundas las consecuencias que esta política enérgica tiene en el orden social. El

Marqués de Castellfuerte, virrey de la época, la consideraba causa de la decadencia de la nobleza colonial y muchos historiadores peruanos han coincidido con su opinión. El notable ascenso social de otros grupos nuevos —burgueses, comerciantes— que Basadre ubica en los decenios siguientes de este mismo siglo XVIII, debe haberse encontrado favorecido por la decadencia de la antigua aristocracia de encomenderos, que pone una nota de apagamiento y opacidad en la Lima virreinal.

b) Pero es importante advertir que en muchos lugares de América, la extinción de un régimen jurídico no produce la simultánea extinción del régimen económico correspondiente y que los poseedores encontraron a menudo un procedimiento fácil para continuar en el usufructo del privilegio, aunque los juristas se vieron obligados a cambiar la terminología aplicable. En Chile, los encomendados pasaron a llamarse *inquilinos*, sin moverse del lugar donde siguieron trabajando para la aristocracia santiaguina y ejemplo de lo mismo hay en todas las colonias hispano-americanas. Más acentuado es aún este fenómeno en las islas británicas de las Antillas, donde la abolición de la esclavitud, en el siglo XIX, si alguna influencia ejerció sobre la condición económica y social de los negros, fué para empeorarla, debido a que el limitado escenario de las islas y el profundo desequilibrio social existente les obligaba a aceptar las condiciones impuestas por el amo blanco.

A la inversa, el ascenso o la caída de un grupo social puede presentar los más extremos y dramáticos contornos sin que la ley cambie una de sus provisiones, siempre que hayan ocurrido transformaciones económicas decisivas. Así, la constante absorción de mano de obra indígena que hacían los cerros peruanos —en particular, el insaciable Potosí— arruinó a numerosas familias de la oligarquía mediterránea de lo que hoy es la Argentina, en las regiones de Córdoba, Jujuy, Salta y sus alrededores. Los indios eran arrancados de las labores agrícolas, de la cría de ganado y de las manufacturas domésticas —actividades que hacían bajo el control y para el beneficio de aquella mencionada oligarquía mediterránea— y trasladados en masa al Alto Perú, para ser arrojados a las minas, en reemplazo de los muchos miles de trabajadores que ya habían perecido en esa hartamente riesgosa esclavitud. La despoblación del Alto Perú y del noroeste argentino, que tan frívolamente observó Fray Reginaldo

de Lizárraga a fines del siglo XVI, no era más que la exteriorización de ese proceso y, en cuanto atañe a nuestro estudio, de profundas mutaciones en la estructura de las clases sociales.

La deserción de la mano de obra produce mutaciones semejantes en aquel dinámico siglo XVIII brasileño, que en tantos aspectos semeja al siglo XIX estadounidense. Cuando los *bandeirantes* descubren el oro, Minas Gerais se abre a la ambición y el delirio de las gentes de la colonia. Del norte comienza a descender una masa esclava, movida por empresarios que la arrancan de las *fazendas de gado* del noreste o de los *engenhos* de Bahía, Pernambuco o Río. De los 600,000 habitantes que llegan a pulular alrededor de las minas, una gran parte ha desertado de las antiguas actividades productivas y, sin mano de obra, los *fazendeiros de gado* del noreste y los *senhores de engenho* —los oligarcas más antiguos de la colonia— ven seriamente debilitado su poderío económico y, en muchos casos, su rango social. Los primeros se verán holgadamente superados por sus colegas del sur, los ganaderos de Minas y Río Grande, criadores de ganado de mejor calidad, en tierras más propicias; los segundos volverán a tener su largo cuarto de hora de esplendor, antes de su eclipse definitivo en la intensa historia brasileña.

La formación de una burguesía minera *emboaba*, que desplaza, en la segunda etapa de la fiebre del oro, a la nobleza paulista en el usufructo de las minas, tampoco hubiera sido posible sin esta migración en masa de mano de obra, así como sin el aporte del *bandeirante* cazador de indios y es también sobre ese subsuelo demográfico y económico de reciente formación que surge en el centro-sur una agricultura y una ganadería y —por consiguiente— grupos sociales nuevos de *fazendeiros*.

Los *emboabas* mismos nos ofrecen diez caras diferentes, según la época y las circunstancias. Habían sido *mascates*, que se internaban en los *engenhos* y en las *fazendas* para vender sus mercaderías, hasta que el oro encendió su fantasía siempre despierta y los *mascates* se transformaron en *mineiradores*. Cuando las minas se agotan —moría el siglo XVIII—, los descendientes de aquellos *emboabas* aventureros vuelven a cambiar de profesión y muchos de ellos se hacen *fazendeiros*, aunque

otros, posiblemente, inviertan en el comercio los fuertes capitales acumulados.

La oligarquía de más antigua tradición en el centro-sur —la vieja nobleza vicentista de propietarios rurales, que Oliveira Vianna ha estudiado tan bien ("Populações meridionaes do Brasil")— tiene, igualmente, su intensa historia interna. Las *bandeiras* del siglo xvii la habían ampliado y enriquecido. Se había expandido hacia el sur y hacia el norte. Se había hecho minera en los comienzos del siglo xviii y, derrotada por los *emboabas*, había sufrido un proceso de dispersión parcial y de readaptación a las nuevas condiciones. Pero volverá pronto al primer plano de la vida económica y social y, cuando la corte lusitana se instala en Río, la veremos arrastrando sus aristocráticos enseres, para establecer en la corte su residencia permanente. Aristocracia caminadora, cuyos cuadros se amplían, se reducen y se modifican al unísono con las transformaciones que va sufriendo la economía de la colonia.

5. *La mutabilidad de la clase media colonial*

FUÉ en los grupos de la clase media colonial donde, probablemente, más intensa y frecuente resultó la mutabilidad. Donde hubo comercio local intenso prosperaron múltiples profesiones y la ubicación social de los individuos que las ejercían dependía, las más de las veces, del giro de sus negocios o de su habilidad profesional, mucho más que del privilegio que emana de la ley o del favor político. Esto mismo abrió las puertas a la ambición personal y a la aventura comercial y los individuos lograron ascender en la escala del poderío económico o perdieron el que habían alcanzado sin que de su episodio quede mucha huella en la crónica colonial. Este anonimato de los grupos de la clase media no significa, sin embargo, que no hayan existido. Sí los hubo y más amplios fueron de lo que pudiera creer el que conciba a la colonia americana nada más que como somnoliento señorío feudal.

a) Cuyo, por ejemplo, fué una zona activa de producción de artículos para el mercado colonial. El valle donde se levantó la ciudad de Mendoza era asiento de 20,000 indios de civilización más avanzada que los del Litoral y el Río de la Plata. Encomendados todos ellos muy pronto, no pasaron muchos

años antes de que esa zona se transformara en proveedora de otras provincias de la colonia. Morales Guíñazú ha seguido la huella de aquellas caravanas que salían del valle y, en una dirección, cruzaban los Andes para llegar a Chile y, en otra, alcanzaban hasta Córdoba, Santiago del Estero, Tucumán, el Litoral y Buenos Aires. Es muy extensa la nómina de productos agrícolas de la industria doméstica que llevaban las carretas cuyanas y que hace el autor citado ("Comercio colonial de Cuyo", publ. en "IIº Congreso Internacional de Historia de América", III, 129). Además del encomendero y del indio encomendado, ese tráfico intenso y próspero necesitó de una verdadera multitud de intermediarios: el comerciante minorista y mayorista—en el punto de partida, en el camino y en el punto de destino—; el fletero de carretas; el propietario de barracas; el fraccionador de bebidas alcohólicas; etc., etc.

Es igualmente apasionante reconstruir la línea geográfica que corresponde al tráfico de ganado entre el Río de la Plata y la costa del Pacífico. Mulas, caballos, ovejas y vacas se criaban en las llanuras de Buenos Aires, Santa Fé, Corrientes y Córdoba; invernaban en Córdoba y Tucumán y de allí pasaban a las ferias periódicas de Jujuy y Salta. Desde éstas, partían las *tropas* en distintas direcciones: algunas hacia Chile, otras hacia el Alto y el Bajo Perú.

Mendoza, que ha estudiado esas etapas iniciales en la historia de la ganadería argentina, asegura que la feria del valle de Lerma fué, en la época, la más grande del mundo, con más de 60,000 mulas y 4,000 caballos, ovejas y vacas distribuidos en sus corrales y con varios miles de individuos venidos de tantas partes de Sud América para participar, en una condición u otra, en ese mercado continental que se prolongaba durante más de un mes todos los años. Muchos gremios, expresa el mismo autor, integraban el comercio ganadero y enumera, entre ellos, los propietarios de ganado, los invernadores, los troperos, los arreadores, los compradores y los recibidores. Nos sería fácil agregar otros más: un gran número de pequeños comerciantes, desde las pampas platenses hasta el último lugar de destino de la *tropa*, concentrados principalmente, sin duda, en el mismo Valle de Lerma durante los meses de feria; los capitalistas, cuyo dinero se debía aplicar a múltiples operaciones—adelantos a los hacendados platenses, préstamos a los pe-

queños comerciantes, etc.—; los artesanos, de cuyas manos debían salir muchos de los objetos e instrumentos que hacían posible el manejo de tantos miles de animales y la movilización de tantos centenares de individuos y, claro está, los mismos cercos de ramadas y troncos construídos en el Valle de Lerma.

b) Las ciudades de Lima y México, como se sabe, fueron las dos más ricas y populosas metrópolis coloniales de América, sin nada que pudiera comparárseles en las colonias británicas o en la portuguesa. En ambas ciudades, los oficios y las profesiones características de la clase media se multiplicaron notablemente —no sólo para satisfacer las necesidades de la población numerosa, sino porque ambas ciudades eran asientos de oligarquías de gran poder adquisitivo y de los más refinados gustos.

El Padre Bernabé Cobo, que escribe a principios del siglo xvii, no abandona un instante la sorpresa de los hallazgos que hace en Lima: "Es cosa que admira ver el gran número de tiendas y oficinas que hay por toda la ciudad, mayormente en las calles vecinas a la plaza principal, pues sólo las tiendas de los Mercaderes pasan de ciento cincuenta, sin muchos almacenes que hay en casas particulares; y los plateros sólo ocupan una calle de las más principales de la ciudad; apenas hay una esquina en que no haya una tienda o taberna de vino o de cosa de comer, que acá llamamos *pulperia* de manera que pasan de doscientas setenta las que se cuentan por toda la ciudad ("Historia de la fundación de Lima", Cap. XV).

Esos grupos de clase media deben haber estado sometidos a un continuo proceso de mutabilidad y sus integrantes haber oscilado sin cesar entre la fortuna y la miseria, sin otro respaldo que el de su esfuerzo ni otra esperanza que la de su buena estrella. Quizá fueron los artesanos los que lograron dar mayor fijeza a su destino; los que, como grupo de clase media, llegaron a estratificarse más firmemente. Chávez Orozco afirma que en Nueva España llegaron a organizarse férreamente ("Historia económica y social de México", 39). En Nueva Granada, en cambio, no lograron nunca la autonomía que en España, según Antonio García.

En Brasil, la versatilidad vocacional y la movilidad de la población fueron características que llamaron la atención de varios viajeros ilustres. Había numerosos oficios de menor cuan-

tía y actividades económicas rurales, ninguna de las cuales ofrecía una esperanza grande de liberación, que se tomaban y se abandonaban con sorprendente rapidez. Buarque de Hollanda hace una observación que tiene gran importancia para determinar el grado de mutabilidad de los grupos de clase media: el oficio, dice, no se heredaba ("Raízes do Brasil", 64).

c) En las zonas rurales de la América hispano-lusa se desarrolló otro tipo de clase media, cuya inestabilidad debe haber sido igualmente motivo permanente de mutabilidad. La formaban hombres que tomaban a su cargo una parcela de tierra, para trabajarla con su familia o con el concurso de esclavos o indios y que pagaban alguna forma de compensación al gran propietario. Se les llamó de las maneras más distintas: arrendatarios, medieros, foreiros, colonos, sitiantes. En algunos lugares, su inmovilidad no se diferenciaba casi de la del siervo medieval, porque no pueden abandonar el lugar y tienen graves obligaciones hacia su señor. En otros, son más independientes y, a la vez, más indefensos. Las más de las veces, es probable que su suerte estuviera determinada por la actitud del señor y un gesto de éste pudiera arrojarles, en cualquier instante, a la multitud de los desocupados o los esclavos.

La Inquisición actuó en ocasiones con dura mano para dispersar por completo un grupo de clase media o para reducir sus integrantes a la miseria, obligándoles a huir del lugar y abandonar sus bienes. El caso más brutal fué, probablemente, el llamado proceso de los portugueses de Lima, iniciado en 1636 y que llevó a la hoguera a numerosos comerciantes limeños sospechosos de judaísmo. Algo semejante ocurrió en Brasil a principios del siglo XVIII, donde la Inquisición procesó a más de 500 personas, comerciantes y pequeños agricultores los más, por el mismo delito que en Lima.

ii. MISCIBILIDAD

1) En la sociedad colonial no hay grupo que permanezca enteramente encerrado en sí a través de las generaciones, por más que se lo propongan los más soberbios representantes del orgullo aristocrático. La tradición familiar, el propósito individual de los integrantes de las clases casi nada cuentan para fijar la pureza del grupo. Antes bien, su grado de miscibilidad depende siempre de otros factores mucho menos personales.

Ocioso sería casi volver a insistir en que la tendencia a la fijeza de las clases y los grupos sociales es muy grande en la sociedad colonial pero, aun así, no hay grupo que escape a la conmixción con otros grupos y no de acuerdo con los deseos íntimos de sus miembros, sino a consecuencia de las transformaciones económicas y sociales que se operan a su alrededor.

Es muy probable que el mayor grado de miscibilidad se haya encontrado en los grupos de la clase media, debido a su mayor inestabilidad. Pero es en la clase de los grandes poseedores donde más fácil nos resulta percibir ciertas leyes que rigen la miscibilidad de los grupos, no porque no existan en otras clases, sino porque la documentación es más abundante y clara en el primer caso.

2) En general, el ascenso económico de un grupo de poseedores le conduce a ingresar en otras actividades productivas y a entroncar con otros grupos de poseedores. Hemos hablado, hasta ahora, de varios de estos grupos—mineros, agricultores, ganaderos, azucareros, algodoneros, cultivadores de cacao, encomenderos, altos funcionarios, negreros— pero su diferenciación clara suele hacerse difícil, porque hay épocas y lugares en los cuales esos grupos aparecen muy mezclados entre sí.

Cuando un individuo ha acumulado capital en la práctica de una actividad tiene siempre la tendencia a invertirlo en otra actividad. No hay colonia en la cual los mineros, después de acumular cuantiosas sumas de dinero o de metales, no hayan adquirido latifundios. No hay tampoco colonia donde algunos comerciantes—especialmente los monopolistas vinculados a las metrópolis, de donde derivaban sus privilegios— no hayan adquirido, con el correr de los años, las tierras de nobles arruinados o ineptos. No hay tampoco colonia donde la Iglesia y los comerciantes mayoristas no hayan invertido capitales en hipoteca sobre bienes inmuebles, pasando, años después, a tomar posesión de esos bienes cuyos propietarios no podían levantar la deuda. Ni tampoco la hay donde no haya irrumpido en las familias de más escrupulosa y antigua preocupación aristocrática un elemento deleznable, pero extraordinariamente poderoso: el tratante de esclavos.

El orgullo aristocrático y hasta la más estrecha y antigua tradición familiar ceden ante el empuje del dinero y un grupo social nuevo o recién llegado al poderío económico trae siem-

pre consigo la más eficaz de todas las credenciales, por bastas que sean sus maneras y oscuros sus apellidos. Quizá tenga que esperar una generación, pero su entroncamiento con la aristocracia antigua se producirá inevitablemente.

A medida que se diversifica la economía colonial, la base económica de algunas familias de grandes poseedores se amplía, pero esto ocurre no sólo porque hayan ido adquiriendo propiedades de distinto tipo, sino porque, a lo largo de generaciones, han ido entroncándose, por matrimonio, miembros de distintos grupos, de distintos orígenes sociales.

"La riqueza de los más —observa el Padre Cobo en la Lima de principios del siglo XVII— consiste en dinero y bienes raíces, como son: heredades, huertas, viñas, ingenios de azúcar, obrages de paños, estancias de ganados, posesiones y rentas de mayorazgos y encomiendas de indios". Ese complejo subsuelo económico de la aristocracia limeña —que no era tan sólo encomendera, como pudiera creerse— implica una estructuración compleja del grupo social y habla de posibles y frecuentes casamientos de propietarios de obrages con hijas de encomenderos y de herederos de ingenios de azúcar con herederos de estancias de ganado.

El entronque de familias de altos funcionarios de la Corona con familias de encomenderos, mineros y grandes hacendados, que ya se advierte desde mediados del siglo XVI, debe haber sido de la más alta peligrosidad para los desposeídos —los indios encomendados, los mitayos, los esclavos— a quienes alguna luz de esperanza les llegaba del renovado conflicto entre los representantes del imperio y los señores locales. Algo semejante puede decirse del ingreso de hijos de familias aristocráticas en la Iglesia, donde solían alcanzar las más altas dignidades.

Ocorre a menudo que la conmixción de la burguesía comercial con la aristocracia rural en una colonia se intensifica después de un proceso de enriquecimiento de la primera y empobrecimiento de la segunda. En realidad, es una consecuencia de ese proceso. Para los comerciantes, esa es una manera de adquirir prestigio social; para los viejos aristócratas arruinados, de adquirir dinero.

Este capítulo en el proceso de la miscibilidad de los grupos coloniales se hace más intenso y evidente en el siglo XVIII y a

principios del XIX, cuando varias antiguas aristocracias territoriales decaen o sufren severos golpes de fortuna. Los *emboabas* lusitanos, enriquecidos de las minas y flamantes *fazendeiros*, llegan a mezclarse intensamente con la nobleza territorial paulistana, en parte derrotada, en parte dispersa.

En Perú, mientras los encomenderos se empobrecen por la supresión de las encomiendas en el siglo XVIII, hay una burguesía comercial que asciende y muchos de cuyos miembros se apresuran a adquirir títulos de nobleza para ingresar en los círculos más privilegiados.

En Chile, el proceso ha sido sintetizado en pocas palabras por Edwards: "Desde mucho antes de 1810, las antiguas familias de conquistadores y encomenderos, arruinadas por el lujo y el ocio, o extinguidas en la guerra o el claustro, se encontraban en plena decadencia. Nuevas estirpes de mercaderes y hombres de trabajo, con sólo tres o cuatro generaciones de opulencia y figuración social, las habían lentamente absorbido y desplazado. Llegó así a dominar económica y socialmente en el país una aristocracia mixta, burguesa por su formación, debido al triunfo del dinero, por su espíritu mercantilista y de empresa, sensata, parsimoniosa, de hábitos regulares y ordenados, pero por cuyas venas corría también la sangre de algunas de las viejas familias feudales" ("La fronda aristocrática en Chile", 9).

Aun en las Antillas británicas, donde tan simplificado era el esquema colonial, con sus señores empleando sus ocios en los círculos sociales de Inglaterra, se registra un proceso muy semejante. Muchos plantadores habían hipotecado sus propiedades a banqueros y empresas británicas y se advierte, hacia fines del siglo XVIII y principios del XIX, un proceso de empobrecimiento y dispersión de las oligarquías de azucareros, proceso en el cual actúan también otras causas cuyo estudio no corresponde hacer aquí. Simultáneamente, había medrado en algunas islas una burguesía de comerciantes de origen preferentemente escocés y judío, cuyos ingresos principales se derivaban de la venta a los ingenios de ciertas mercaderías que traían de Inglaterra y de la venta en Inglaterra del producto de los ingenios. Algunas familias de ese origen llegaron a acumular cuantiosa riqueza y sus miembros ingresaron, por casamiento, en la aristocracia local de plantadores.

EL HALLAZGO DE ICHCATEOPAN

EN el mes de febrero del año de 1949, aparecieron en la prensa de la ciudad reproducciones de unos documentos que se decían escritos y firmados por Fray Toribio de Benavente (Motolinía), en los que el franciscano afirmaba que había inhumado en el año de 1523 ó 1529 los restos del último Emperador mexicana, Cuauhtémoc, traídos desde el lugar del sacrificio. La prensa informó minuciosamente de todos los trabajos realizados a partir de entonces para localizar el entierro, cosa lograda el día 26 de septiembre, bajo el altar mayor de la iglesia de la Asunción en Ichcateopan, Gro.

En cuanto se difundió la gran noticia, México entero se conmovió de alegría y renovó su veneración por el héroe. Este descubrimiento fué hecho por la historiadora doña Eulalia Guzmán, quien fué comisionada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia, a instancias de un representante de la Cámara de Diputados del Estado de Guerrero, quien conocía su fervor y apasionado entusiasmo por los estudios históricos precortesianos.

Pero poco tiempo habría de durar este regocijo nacional, del cual participaron muchos de nuestros investigadores de la historia de México, y lo que fuera en un principio sincera aceptación de este acontecimiento extraordinario, se convirtió después en una decepción profunda, al descubrir que todo había sido un error, si es que no fué un engaño para atraer la atención del Gobierno y del pueblo.

El amor que el hombre tiene por sus antepasados, y por su historia en general, ha dado lugar en todos los tiempos y países, a que algunos audaces mistificadores hayan preparado, con mayor o menor fortuna, de acuerdo con las circunstancias, talento y habilidad con que manipularon el material histórico fraudulento: artificios que habrían de satisfacer después sus ambiciones de fama, riqueza, o de poder. Para no citar sino algunos casos de estos fraudes históricos, mencionaremos aquí los más famosos y que lograron por algún tiempo su propósito. Recuérdese lo que ocurrió en Glosse, al sur de Francia, zona arqueológica, en la que se enterraron gran cantidad de objetos con la pretensión de que se tomaran como pertenecientes al período paleolítico; recuérdese la tiara falsificada que se dijo se había encontrado en la tumba del mo-

marca Saitafernes, y cuyo perfecto acabado engañó al propio Salomón Reinach. A propósito de ella, un poeta festivo dijo:

Cet objet antique est tout frais,
D'avant hier si lon préfère
Il fut fait pour le Louvre exprès
Et puis après? . . . La belle affaire!

Recuérdese la disputa relativa al lugar del nacimiento de Colón, que italianos, catalanes y españoles pretenden justificar con sendos documentos, y recuérdese asimismo que dominicanos y españoles dicen tener sus huesos en urnas que no dejan abrir. Y en estos fraudes históricos, tampoco ha faltado el humorístico, como el famoso de la pierna de Santa Anna, pues si todas las que se le atribuyen fueran suyas, hubiera sido un verdadero monstruo, semejante al escorpión.

El hallazgo de Ichcateopan, ya lleva dos años y medio de estar agitando la opinión pública, pero por fortuna para la ciencia mexicana, se ha puesto en claro la verdad, gracias a la ecuanimidad y espíritu científico de las comisiones que nombró el Secretario de Educación Pública, para el estudio de este problema de interés nacional.

La primera comisión fué nombrada a raíz de haber declarado públicamente la señorita Eulalia Guzmán su hallazgo de la tumba de Cuauhtémoc, comisión que tuvo por objeto comprobar la autenticidad del descubrimiento hecho por ella. Estuvo integrada por distinguidos hombres de ciencia, cuya honestidad intelectual es imposible poner en duda, como lo comprueba la simple mención de sus nombres, que son escuchados con respeto por todos aquellos que se dedican a estas disciplinas históricas, y cuya lista damos a conocer en seguida: Arq. Ignacio Marquina, Dr. Silvio Zavala, Dr. Eusebio Dávalos Hurtado, Prof. Javier Romero, Arq. Alfredo Bishop, Tte. Cor. Luis Tercero Urrutia, Lic. Alfonso Ortega Martínez, Mayor Roberto Tapia Téllez y Arqueólogo Carlos Margain. El resultado de los trabajos realizados por la primera comisión, que estudió metódicamente los diversos aspectos del problema, de acuerdo con la especialidad de cada uno de sus miembros, fué adverso en cada uno de los puntos en que se dividió la investigación: antropológico, documental y arqueológico, coincidiendo todos ellos en hacer notar la falta de pruebas que evidencien la autenticidad de los objetos sometidos a su juicio.

Cuando se dió a conocer por la prensa este dictamen desfavorable, la señorita Eulalia Guzmán formó una comisión privada con personas de las más diversas esferas de la actividad profesional y que se agru-

paron en torno del criminólogo don Alfonso Quiroz Cuarón. Esta comisión privada produjo un voluminoso dictamen en el que con gran aparato científico, se acumulan conclusiones que en sí mismas pueden ser verdaderas, pero que nada prueban respecto a la tesis fundamental, objeto final de todos los estudios particulares, *como es demostrar la autenticidad de los restos óseos del emperador azteca.*

Quizá el entusiasmo con el que trabajaron estas personas, las hizo descuidar la ponderación científica, pues se dan constantemente como probados *absolutamente*, hechos que ni siquiera son probables; es decir, lo que falta fundamentalmente en el dictamen de esas personas, como vamos a verlo, es la ponderación de las pruebas, sin la cual es imposible llegar a conclusiones científicas.

En efecto, los restos encontrados en la fosa de Ichcateopan pertenecen por lo menos a cuatro individuos, entre ellos dos niños, y en esto están de acuerdo todos los que han examinado los huesos, inclusive la señorita Guzmán y el señor Quiroz Cuarón. Por otra parte, estos huesos están calcinados. Pues bien, con este conjunto de restos óseos el señor Quiroz Cuarón, el Dr. Gómez Robleda y el señor Liborio Martínez reconstruyeron el esqueleto; pero seguramente trabajaron muy de prisa, pues sólo así se explica que se cometieron errores como poner un fémur infantil, (hueso del muslo), confundiéndolo con un metatarsiano, (hueso del pie).

Tomando como base este esqueleto, así reconstruido, su entusiasmo los hizo seguir adelante y así determinaron la capacidad respiratoria de Cuauhtémoc —valiéndose del "método de correlaciones con los indígenas tarascos y zapotecas"— en la cantidad de *6,370 centímetros cúbicos, esto es, en más de seis litros y un tercio.* Desgraciadamente entre los huesos calcinados faltan el esternón, muchas vértebras dorsales y, de costillas, sólo quedan inúmeros fragmentos de pequeño tamaño. También deducen la fuerza muscular que fué capaz de ejercer en vida, y la determinan en "*51.18 kilogramos de fuerza muscular a la presión, en la mano derecha*".

Pero es más extraordinario que según el dictamen de la comisión nombrada o invitada por la señorita Guzmán, se deduzcan de los huesos calcinados, las siguientes características que citamos textualmente: "*25 años de edad, atlético, de forma elegante y juvenil, de estatura elevada, de caracteres sexuales bien desarrollados, longitípico estético de la variedad hipertiroides, dolicocefalo, miembros largos, potente aparato locomotor de veloces y rápidos movimientos, cara ovalada, tez blanca, grandes ojos. Emotivo, irritable, de inteligencia precoz, de capacidad*

crítica notable, de tono afectivo dominante y apasionado y de funciones intelectuales lógicas”.

Parecerá indudablemente muy aventurado deducir de un montón de huesos calcinados e incompletos, atributos mentales como la precocidad intelectual y la potencia lógica, el temperamento emotivo e irritable, el tono afectivo apasionado y dominante, y los grandes ojos.

Por otra parte, la única porción craneofacial encontrada resultó con características femeninas, lo que se compadece muy poco con lo que históricamente sabemos de Cuauhtémoc, representante de la más pura y extraordinaria masculinidad.

Las características del entierro eran tan extrañas que la señorita Guzmán dijo el 29 de septiembre del año pasado que era “el anuncio del verdadero entierro, que estaría en otro lugar”. (Según declaraciones hechas a los antropólogos físicos don Eusebio Dávalos y don Javier Romero, y al arqueólogo Jorge R. Acosta).

No es esta la primera vez que en México se habla del hallazgo de la tumba de Cuauhtémoc. En Chiapa de Corzo, donde residía el indígena Delfino Aguilar, de más de ochenta años, declaró conocer el lugar donde se hallaba la tumba de Cuauhtémoc, último Señor de México. Dijo, que era un secreto recibido por tradición en su familia y dió las señas precisas acerca de la ubicación de la tumba: que se halla en una explanada, junto con otras dos tumbas, en la cima de un cerro. La de Cuauhtémoc tiene una piedra que la cubre a manera de lápida y lleva inscrita la palabra Rey, semiborrada por la intemperie. No hay persona en Chiapas que no crea a pie juntillas esta curiosa tradición y que profesara el mayor respeto hacia el octogenario Aguilar. (Véase *Excelsior* “Hace 25 Años”, de fecha 28 de marzo de 1951). Otros lugares se conocen por la tradición, en Tabasco, Campeche y Chiapas, en los que se cree que está enterrado el héroe.

En vista de este dictamen privado, en todo contrario al oficial, y que fué dado a conocer por la prensa de México, el señor ministro de Educación Pública, invitó a representantes de importantes instituciones científicas de carácter nacional e internacional, a integrar una nueva comisión que fué constituida el 6 de enero de 1950 por las siguientes personas: Prof. Arturo Arnaiz y Freg, historiador, representante de El Colegio de México; Dr. Alfonso Caso, arqueólogo, Director y delegado del Instituto Nacional Indigenista; Dr. Manuel Gamio, antropólogo, Director del Instituto Indigenista Interamericano; Dr. José Gómez Robleda, médico biotipólogo—quien ya había expresado su opinión en el sentido de que los restos eran auténticos—, representante del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Na-

cional; Prof. Rafael Illescas Frisbie, químico técnico, Director de la Escuela de Ciencias Químicas de la Universidad Nacional, representante del Instituto Nacional de la Investigación Científica; Dr. José Joaquín Izquierdo, médico cirujano y fisiólogo, representante del mismo Instituto; Prof. Wigberto Jiménez Moreno, historiador y etnólogo, representante del Seminario de Cultura Mexicana; Dr. Julio Jiménez Rueda, historiador, Director y delegado del Archivo General de la Nación; Dr. Pablo Martínez del Río, antropólogo, delegado del Instituto de Historia de la Universidad Nacional; Ing. Pedro C. Sánchez, geógrafo, Director del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, y Prof. Manuel Toussaint, historiador, especialista en arte colonial, Director del Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad Nacional de México y delegado de El Colegio Nacional. Los señores Ing. Pedro C. Sánchez y Dr. Manuel Gamio actuaron en los trabajos de la Comisión con carácter personal.

Como puede verse, la nueva comisión estuvo, como la primera, integrada por personas de relevante mérito y honestidad científica. Al cabo de un año de asiduos trabajos realizados por subcomisiones, y discutidos largamente en asambleas plenarias, se llegó a las mismas conclusiones negativas de la autenticidad de los restos de Cuauhtémoc, el último Emperador de la gran Tenochtitlán.

En seguida damos a conocer el dictamen, presentado por la segunda comisión, al señor Secretario de Educación Pública, el día 8 de febrero de 1951, que pone punto final, para toda persona que tenga criterio científico, a este asunto que, por fortuna, fué aclarado por las instituciones científicas mexicanas.

Miguel Angel CEVALLOS.

Sr. Lic. Manuel Gual Vidal.
Secretario de Educación Pública.
Presente.

ANTECEDENTES

EN el mes de febrero del año de 1949, aparecieron en la prensa de la ciudad, reproducciones de unos documentos que se decían escritos y firmados por Fray Toribio de Benavente (Motolinía), en los que el franciscano afirmaba que había inhumado en el año de

1523 ó 1529, los restos del último Emperador mexica: Cuauhtémoc, traídos desde el lugar de su sacrificio.

La prensa informó minuciosamente de todos los trabajos realizados a partir de entonces para localizar el entierro, cosa lograda el día 26 de septiembre bajo el altar mayor de la iglesia de La Asunción en Ichcateopan.

El hallazgo, como era natural, produjo gran sensación tanto en México como en el extranjero. Cuauhtémoc es uno de los héroes más puros de nuestra historia y todos los mexicanos, sin distinción de ideas y de creencias, deseábamos que la autenticidad de los restos se declarara indudable. Posteriormente, peritos que prestan sus servicios en el Instituto Nacional de Antropología e Historia, que sostiene el Gobierno de México, precisamente para el estudio de estas disciplinas, dictaminaron en contrario. Más tarde la intervención de otros peritos pertenecientes al Departamento de Investigaciones del Banco de México, que afirmaban la autenticidad de los restos, objetos y documentos encontrados, basados en diversos estudios de diferente índole, motivó la invitación de usted para formar una comisión que tuvimos a honra integrar y que quedó compuesta de representantes de Instituciones ligadas con el conocimiento de nuestro pasado, o encargadas de la investigación científica en ramos conexos con el problema que se trataba de resolver.

La Comisión fué integrada con el propósito fundamental de estudiar los dictámenes presentados, tanto por el Instituto de Antropología, cuanto por el grupo de personas que prestan sus servicios en el Departamento de Investigaciones del Banco de México, valorar los argumentos de uno y otro, calificar las pruebas, pedir todas aquellas informaciones que considerara pertinentes, y expresar después su opinión sobre ellas.

Los componentes de la Comisión solicitaron la opinión de otros técnicos, de instituciones y de personas a los que su capacidad, sus conocimientos y su honorabilidad, les permitían actuar como coadyuvantes eficaces en la tarea que se nos había encomendado.

Cuando fué necesario, se llamó al seno de la Comisión a personas que participaron en los trabajos anteriores, tanto del Instituto Nacional de Antropología e Historia como del grupo de investigadores relacionados con el Banco de México, para que, con sus luces, nos ayudaran a esclarecer algunos puntos que parecían oscuros en los estudios presentados, y aun se llegó a constituir una sub-comisión mixta formada por los señores Dávalos, Rubín de la Borbolla y Gómez Robleda, para que se pusieran de acuerdo sobre el inventario de los huesos y las caracte-

rísticas de los mismos, llegándose en esto a una conclusión unánime. La opinión sobre los documentos y la antigüedad de la placa fué, asimismo, unánime. Muchas de las conclusiones a que llegaron las dos comisiones que trabajaron con prioridad, fueron también aceptadas sin discrepancia fundamental.

Es conveniente informar a usted que la comisión trabajó en juntas plenarias, en sub-comisiones y por ponentes. Por tanto, además de la tarea colectiva realizada en 38 sesiones, hubo también reuniones parciales entre dos o más individuos de la Comisión, de acuerdo con las especialidades de ellos, para estudiar los temas que se ponían a su consideración. El trabajo individual o por ponentes lo realizaron todos los miembros de la Comisión, estudiando particularmente los dictámenes y ponencias, haciendo consultas, elaborando estudios y llevando más tarde los resultados a la discusión en pleno. Para no perder tiempo en las sesiones, se convino en que los proyectos de actas fueran estudiados privadamente por cada quien, llevando a la discusión en la Comisión, solamente los puntos objetables.

Todos los integrantes de la Comisión aceptamos por un deber de patriotismo estudiar los temas que se proponían a nuestra consideración y desde un principio deslindamos claramente los campos: el que inducía a declarar, con entusiasmo, la autenticidad de los restos del que fuera valiente defensor de la ciudad de Tenochtitlan, y el científico, que nos obligaba a considerar imparcialmente y sin prejuicios las pruebas que se aducían en pro y en contra de esa autenticidad.

Usted, señor Secretario, al invitarnos a formar parte de la Comisión, nos señaló de modo claro, la tarea de revisar las pruebas aducidas, tomando únicamente como criterio la verdad. No habríamos aceptado discutir la personalidad de Cuauhtémoc, héroe indiscutible, a quien como mexicanos y como hombres honramos y veneramos; tampoco nos ha importado el problema de si es *conveniente y oportuno* declarar que los restos encontrados son o no los del héroe. Nuestra misión ha consistido en analizar las pruebas históricas y científicas que se han aducido; estudiar los dictámenes sobre el hallazgo; consultar a cuantas personas nos ha parecido que podrían proporcionar alguna información, y resolver, según nuestro leal saber y entender, lo que creemos que es la verdad.

No se nos escapa que, en torno al problema, elementos de todo orden, unos de buena fe, otros interesados en darle cariz político y aun demagógico a este asunto, han procurado, por todos los medios, llevar la discusión a terrenos por completo contrarios al requerido para la averiguación de la verdad en este asunto que ha alcanzado trascendental importancia, nacional e internacional.

Declaramos, señor Secretario, que no vemos cómo podríamos conservar nuestra calidad de hombres de ciencia, de hombres honorables y de patriotas si sabiendo cuál es la verdad, por consideraciones de cualquier índole, la alteráramos o la calláramos, traicionando con ello la confianza que el Gobierno y el pueblo de México deben tener en sus técnicos.

Al presentar a usted los resultados de nuestra investigación, protestamos de manera solemne haber desempeñado nuestro cometido con lealtad y honradez. Declaramos ahora, como lo hicimos al iniciar nuestras tareas, que la grandeza de Cuauhtémoc no se mide por las huellas materiales que haya dejado sobre la tierra, sino por la obra indiscutible por él realizada. El haber luchado valiente y heroicamente contra un destino adverso, el haber afrontado el tormento y la muerte con valor y dignidad, el no haberse doblegado ante superiores, son hechos que integran su épica grandeza. El héroe sería el primero en reclamarnos que su recuerdo estuviera ligado a una afirmación que tuviera, tan sólo, una sombra de falsedad. La verdad es su mayor homenaje y, al encontrarla, hemos dedicado nuestros conocimientos y todo nuestro entusiasmo.

No queremos que pase inadvertido el hecho de que el hallazgo de Ichcateopan y el fervor patriótico de los habitantes de aquel lugar, ha tenido la virtud de avivar la veneración del héroe; por tal razón, Ichcateopan merece que se levante dentro de sus límites un monumento al último Emperador mexica.

Para determinar cada punto concreto de nuestra investigación, hemos considerado cuantas posibilidades existen o han estado a nuestro alcance y no dudamos que, en el futuro, nuevos estudios vendrán a confirmar nuestras conclusiones.

Sólo nos resta consignar, en el presente informe, que de usted y de la Secretaría de Educación, hemos recibido toda la colaboración necesaria para cumplir con nuestro cometido.

INFORME

El día 6 de enero de 1950, fué constituida esta Comisión. Quedó integrada por las siguientes personas: Profesor Arturo Arnaiz y Freg, historiador, representante de El Colegio de México; Dr. Alfonso Caso, arqueólogo, Director y delegado del Instituto Nacional Indigenista; Dr. Manuel Gamio, antropólogo, Director del Instituto Indigenista Interamericano; Dr. José Gómez Robleda, médico biotipólogo, representante del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universi-

dad Nacional; Prof. Rafael Illescas Frisbie, químico técnico, Director de la Escuela de Ciencias Químicas de la U. N. A. M., representante del Instituto Nacional de la Investigación Científica (antes C. I. C. I. C.); Dr. José Joaquín Izquierdo, médico cirujano y fisiólogo, representante del mismo Instituto; Prof. Wigberto Jiménez Moreno, historiador y etnólogo, representante del Seminario de Cultura Mexicana; Dr. Julio Jiménez Rueda, historiador, Director y delegado del Archivo General de la Nación; Dr. Pablo Martínez del Río, antropólogo, delegado del Instituto de Historia de la Universidad Nacional; Ing. Pedro C. Sánchez, geólogo, Director del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, y Prof. Manuel Toussaint, historiador especialista en arte colonial, Director del Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad Nacional de México y delegado de El Colegio Nacional. Los señores Ing. Pedro C. Sánchez y Dr. Manuel Gamio, Directores, respectivamente, del Instituto Panamericano de Geografía e Historia y del Instituto Indigenista Interamericano, actuaron en los trabajos de nuestra Comisión con carácter personal.

Los doctores Caso y Jiménez Rueda, fueron sustituidos durante las ausencias temporales motivadas por sus viajes, por el Dr. Daniel Rubín de la Borbolla, antropólogo, Consejero del Instituto Nacional Indigenista y Lic. Hugo Díaz Thomé, historiador del Archivo General de la Nación.

Todos los miembros de la Comisión tuvieron en su poder los estudios y dictámenes que les fueron proporcionados por conducto de la Secretaría de Educación y los que solicitaron a peritos, tanto nacionales como extranjeros, sobre temas de su especialidad, así como también los que formularon algunos de los propios miembros de la Comisión. Fueron oídos en el seno de la misma, especialistas como los profesores Liborio Martínez, Arturo Monzón y el Dr. Eusebio Dávalos Hurtado, cuando se trataron temas de su competencia.

Para la presentación de las conclusiones, se acordó ordenarlas como sigue:

- I.—Construcción y modificación de la iglesia;
- II.—Exploración de la fosa;
- III.—Restos óseos;
- IV.—La placa en sus diferentes aspectos: a) Material: (estudios químico, físico y matemático sobre la antigüedad de la placa); b) Inscripción.
- V.—Documentos;
- VI.—Tradición y folklore;

VII.—Historia;

VIII.—Resolución final.

Las opiniones individuales de los miembros de la Comisión, manifestadas con relación a los capítulos anteriores, después de haber sido consideradas con toda amplitud, dieron lugar a las conclusiones aprobadas. De ellas lo fueron por unanimidad de los once miembros de la Comisión, las relativas a los puntos III.—(Restos óseos); IV.—(Estudio químico sobre la antigüedad de la placa); V.—(Documentos). Todas las demás fueron aprobadas por los miembros de la comisión, excepto el Dr. Gómez Robleda, quien estuvo ausente en las sesiones en que se aprobaron las conclusiones relativas a los capítulos I.—(Construcción y modificaciones de la iglesia de Ichcateopan); II.—(Exploración de la fosa); IV.—(Estudios físico y matemático sobre la antigüedad de la placa); VI.—(Tradición y folklore); VII.—(Historia). Antes de ausentarse, manifestó que se reservaba su opinión sobre estos puntos, para incluirla en el informe particular que presentará a la Secretaría de Educación Pública en su oportunidad.

Acompañan a este dictamen todos los estudios a que se ha hecho referencia en párrafos anteriores.

I. *Construcción y modificación de la iglesia*

PPRIMERA.—Según la descripción del P. Diego García Almaraz de 1569, existían en ese año dos iglesias en Ichcateopan "la una del común (o sea de la comunidad) que es la de la Asunción de Nuestra Señora" y la otra, "una que al principio hicieron". La primitiva, ya en 1579 había seguramente desaparecido pues en la relación de Lucas Pinto, redactada ese año, sólo se menciona la de la Asunción de Nuestra Señora, a pesar de ser tan minuciosa que hasta cita las ermitas de los alrededores y las capillas de las estancias.

Segunda.—La parroquia de La Asunción, edificada en fecha que ignoramos; pero seguramente posterior a la del templo primitivo, para el año de 1570 estaba en ruinas y los indios no se interesaban en reconstruirla. El P. Francisco de Moya, nombrado Vicario de Ichcateopan, llamó al Gobernador y principales indígenas del dicho pueblo y los exhortó para que reparasen la iglesia.

Levantaron muros, hicieron un arco toral, "la encalaron y la cubrieron, en sólo quince días", seguramente de paja o zacate como se hacía aún en las catedrales de Nueva España, según consta en el proceso de Diego Díaz del Castillo existente en el Archivo General de la Nación, tomo 8, Ramo de Inquisición.

Tercera.—En 1579, existía en Ichcateopan una iglesia grande "en donde asiste toda la gente a misa". Era, probablemente, la misma de La Asunción, encalada y cubierta en 1569.

Cuarta.—La actual parroquia de Ichcateopan no presenta los caracteres de un templo primitivo. La fecha 1539, encontrada recientemente sobre el arco de la puerta principal, es apócrifa, porque la grafía de las cifras no corresponde a los años que expresa, ni la data al estilo arquitectónico de la propia portada. Es ésta, como la del costado, del siglo XVI; pero del último tercio de esta centuria y no de la primera mitad de ella.

Quinta.—La historia de los templos levantados en la Nueva España es muy compleja. Frecuentemente se comete el error de señalar una sola fecha para edificios cuya construcción data de varias épocas. Se renovaban constantemente. Lo que sí se puede sostener sin género de duda, es que el actual templo de Ichcateopan no pertenece a la primera mitad del siglo XVI.

II. La exploración

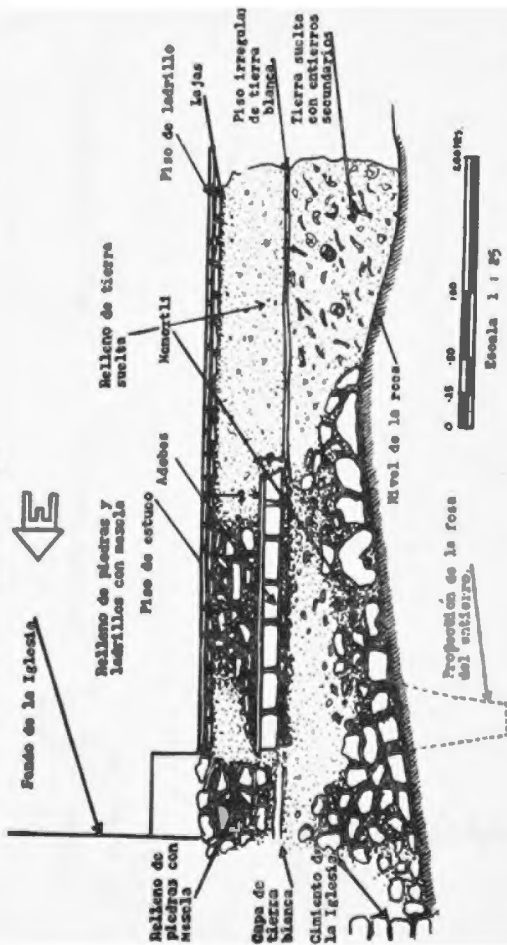
DE los informes proporcionados por los arqueólogos Acosta y Margain, enviados a Ichcateopan para estudiar las exploraciones realizadas en la iglesia por la señorita Eulalia Guzmán, se desprende lo siguiente:

Primera.—El primer croquis de exploración que existe no fué hecho durante la misma, sino cuando estaba ya terminada, dos días después del hallazgo, y fundado en lo que recordaban los exploradores. Otro croquis presentado por los peritos del Banco de México es muy posterior.

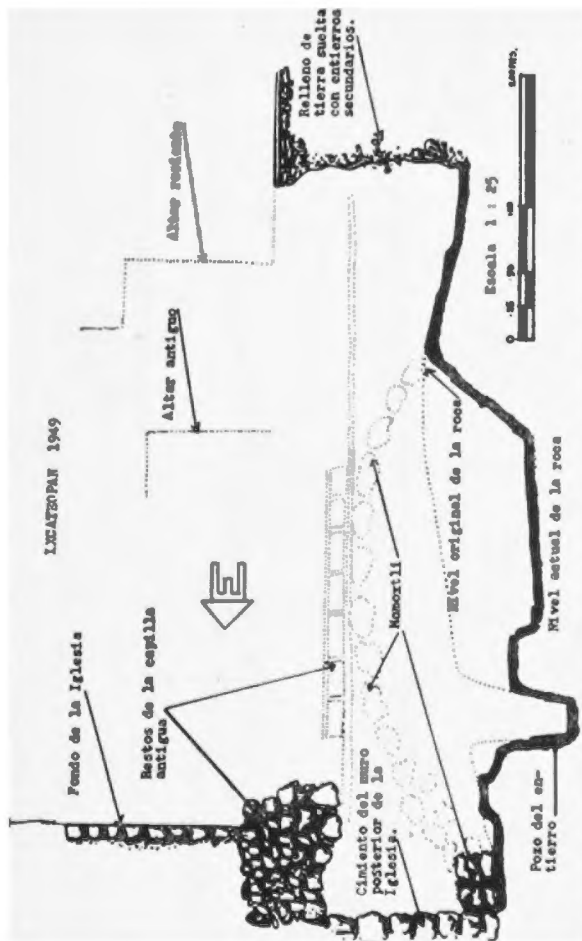
Segunda.—Los exploradores hicieron una trinchera de 30 centímetros de profundidad, que después prolongaron hasta una profundidad de 50 centímetros en la roca del cerro, y esta trinchera los llevó a cortar las paredes de la fosa, sacando el barro que la llenaba, sin darse cuenta de que estaban cortando y destruyendo la misma fosa, según se desprende del informe presentado al Instituto Nacional de Antropología por la Srita. Eulalia Guzmán, con fecha 19 de octubre de 1949.

Tercera.—Según informaron los exploradores al arqueólogo Jorge R. Acosta, enviado por el Instituto Nacional de Antropología e Historia, "el piso de tierra blanca no pasaba en toda su extensión por debajo del que descansaba sobre adobes, y la rotura de este segundo piso, no la habían tomado en cuenta, por lo que no se fijaron

INTRODUCIR 1969



Croquis de la exploración mostrando cómo se rebajó el nivel de la roca y se destruyó la parte superior de la fosa del entierro.



Croquis del terreno de la exploración formado por el señor Acosta dos días después del hallazgo, con los datos que recordaban los exploradores. Nótese el nivel de la roca que fué rebajado al hacer la exploración.

dónde terminaba esa destrucción". La Comisión considera este dato, fundamental para saber si había sido violada o no la fosa que queda, precisamente, abajo de donde debió estar dicho piso, y para conocer también si la propia fosa había sido cavada en la roca en fecha posterior a aquella en que fueron construídos los expresados pisos.

Cuarta.—El momoztli, o montón de piedras que quedaban debajo del piso de adobes, fué quitado por los exploradores sin marcar sus límites en un croquis de exploración que debió levantarse conforme se iba realizando ésta; por tanto, no se puede saber ahora hasta dónde llegaba, ni si las piedras que formaban el momoztli estaban colocadas sobre la fosa.

Quinta.—Los hechos anteriores demuestran que no se tuvo el cuidado necesario en la exploración, para darse cuenta de si los pisos eran continuos y si estaban intactos arriba de la fosa; es más, por el dicho de los propios exploradores, parece que uno de esos pisos estaba destruído.

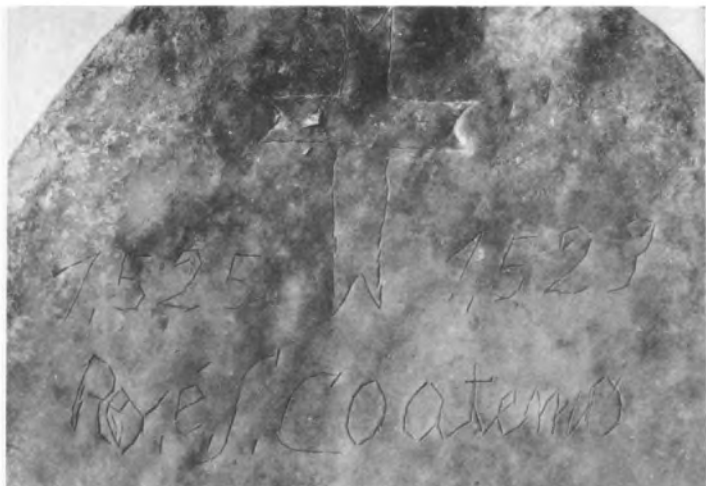
Sexta.—Las fotografías que obran en poder de la Comisión, muestran claramente el altar antes de que fuera demolido, exhiben detalles de su demolición y del principio de la excavación en el piso de ladrillo actual, que fué cortado al pie del altar; las otras fotografías muestran el pozo de exploración después de que fué terminada y la llamada peana y, enfrente de ella, un pequeño muro de lajas; pero no se nos ha presentado ninguna que muestre los pisos antes de ser perforados, o del momoztli antes de que se quitaran las piedras que lo formaban.

Séptima.—La Comisión lamenta que, con los datos que quedaron en el terreno y los anotados en los croquis hechos posteriormente a la exploración y en las fotografías, no sea posible resolver si los pisos y estructuras superiores habían sido, o no, violados, y, en consecuencia, si el entierro, la fosa, o ambos, fueron hechos en época antigua o reciente.

Octava.—En virtud de que faltan los datos técnicos necesarios para resolver este punto fundamental, sólo por las características y estilo de la inscripción y el estudio de los huesos se puede determinar si el entierro se hizo en las fechas que aparecen en la placa.

III. *Los restos óseos*

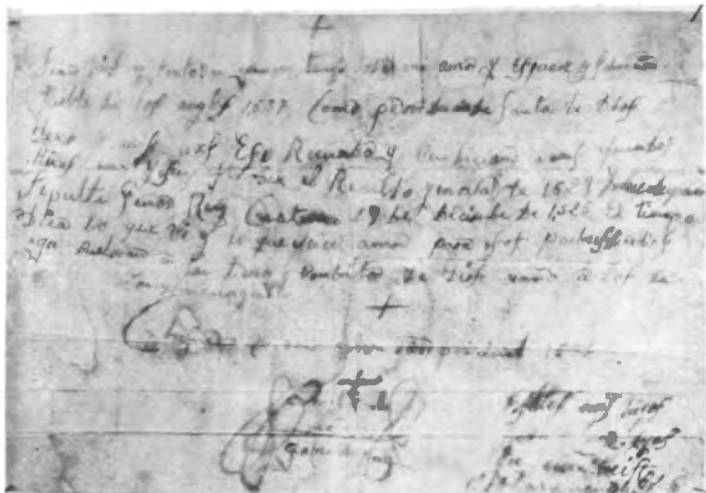
LA sub-comisión integrada por los señores doctores José Gómez Robleda, Daniel Rubín de la Borbolla y Eusebio Dávalos, se puso de acuerdo en el inventario de los restos encontrados, y por lo que se



Inscripción de la placa de metal. Compárese la forma de los números con la de los que aparecen en la fotografía del documento 3.

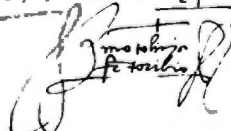


Documento 2. Texto con firma imaginaria de Motolinia.



Documento 3. Texto del documento del relicario, con firma atribuida a Motolinia. Obsérvese la fecha 1529 y su semejanza con la plata, así como el cargo de gobernador abayo de la firma.

(Yo fecho en esta villa de los Angeles de este mes de mayo
 año que esta por començar de los tiempos de vos non q' emendados
 y a la redubida sumagasta y por el mandado del dicho visorrey de
 esta nueva españa don xpoual colon para ayuda de la vida de
 y de la vida de los muestros de mar y tierra los cinco pesos q' por
 la dha obra se diero de fijos en el dho de p' m' de la dha obra
 dho me resten los q' se diero ago en un m' p' m' de
 menos por q' los dho pesos se gastado en la obra de la
 dha obra y q' quando la dha obra se hize los q' por la dha obra
 m' ph' q' a los dho cinco tenemos y bien q' se han por en
 ph' de q' no se p' d' mas por la dha obra q' se han por en
 de los Angeles a diez de mayo de 1529. y por ende el cargo
 y firma de yo no he)


 Fray Toribio de Benavente
 Gobernador abayo

Documento auténtico escrito y firmado por Motolinia. Publicado como ilustración al artículo de Agustín Millares Carlo "Breves Notas acerca de Fray Toribio de Benavente o Motolinia", en *Filosofía y Letras*, t. II, oct.-dic., 1941, núm. 4, pag. 284.

refiere a la reconstrucción del esqueleto, convino en que es inaceptable, según la propia opinión del Dr. Gómez Robleda, miembro de esta Comisión. Varios huesos que en esa reconstrucción figuran, no estuvieron correctamente identificados, y por lo mismo la situación que se les atribuyó en el esqueleto es incorrecta; por ejemplo un fragmento de peroné (hueso de la pierna) figura como cúbito (hueso del antebrazo); formando parte del peroné derecho, en la reconstrucción, hay un fragmento de radio (también hueso del antebrazo); el peroné que figura en el lado derecho, es realmente un peroné izquierdo y de otro individuo; de las vértebras no puede afirmarse que sean del mismo sujeto; un fémur infantil (hueso de la pierna) fue colocado como metatarsiano (hueso del pie), de un individuo adulto; la reconstrucción del peroné izquierdo, está hecha con fragmentos que corresponden a dos peronés de dos sujetos diferentes.

La Comisión basó su criterio en las opiniones manifestadas por los doctores Izquierdo, Rubín de la Borbolla, Dávalos y Gómez Robleda quienes, después de discutir ampliamente unificaron sus puntos de vista.

Parece muy extraño, según lo declaró el Dr. Rubín de la Borbolla, que no figure entre los huesos encontrados en la fosa el maxilar inferior, que es uno de los más resistentes, y que los dientes, también de gran resistencia, estén muy incompletos.

Por último, resulta inexplicable para el Dr. Caso, que se hubieran confundido los huesos de varias personas con los de Cuauhtémoc, pues debe suponerse que los que transportaron los restos del héroe, lo habrían hecho con todo el cuidado y la veneración que merecían, y no habrían consentido, pues sería un desacato, mezclar los huesos del Emperador con huesos de otras personas, inclusive los de dos niños.

Después de discutir ampliamente el informe de la sub-comisión, la Comisión llegó por unanimidad a las siguientes conclusiones:

Primera.—En el entierro de Ichcateopan existen varios fragmentos de tres huesos de un sujeto en la primera infancia (roca del temporal, fémur y húmero); seis fragmentos de cinco huesos de otro sujeto en la segunda infancia (omoplato, húmero, calcáneo, cúbito y radio) y en cuanto a los restos de adultos pueden pertenecer a dos o tres personas.

Segunda.—Tomando en cuenta el hecho de que en la fosa de Ichcateopan existen restos de, por lo menos, cuatro individuos, la Comisión declara —en vista del estudio de los huesos— que sería aventurado afirmar que las diversas vértebras encontradas pertenecen

a sólo uno de los diversos esqueletos adultos incompletos que se encuentran reunidos en la misma fosa.

Tercera.—La Comisión reconoce que en la porción cráneo-facial que forma parte del grupo de restos encontrados, aparecen las siguientes características que, desde el punto de vista de la Antropología Física, permiten clasificarla como cráneo femenino: "Glabela muy ligera; arcos supraorbitarios ligeros; frente angosta, inclinación ligera, gibas frontales prominentes; base del cigoma izquierdo pequeña y delgada (no corresponde a la porción facial medida); mastoides izquierda pequeña, con las células mastoideas al descubierto por fractura *post mortem*, dejando ver una pared muy delgada (no corresponde a la porción facial medida); espina nasal pequeña y borde inferior de la abertura, cortante; paladar elíptico muy profundo".

Sin embargo, la Comisión no ignora que estas características actualmente también se pueden interpretar en relación con la acción morfogénica de las glándulas endocrinas, por lo que las características enunciadas no tienen ahora un valor diferencial absoluto y, en consecuencia, no cree posible concluir, de un modo definitivo, sobre el sexo del individuo a que perteneció el cráneo que tiene caracteres femeninos.

IV. a). *Estudios químico, físico y matemático sobre la composición de la placa*

1. *Estudio químico*

Por lo que se refiere a la composición de la placa, la Comisión llegó a las siguientes conclusiones:

Primera.—La placa está hecha de cobre nativo, esto es, del metal cobre, generalmente muy puro, que se encuentra libre en la naturaleza.

Segunda.—Los objetos de cobre encontrados en la fosa no fueron oxidados artificialmente y presentan diversos estados de oxidación o aducción.

Tercera.—Químicamente, *no hay datos para determinar la antigüedad ni la edad de la placa.*

2. *Estudio físico de la placa*

La Comisión dictaminadora, que ha tenido a la vista el estudio realizado por el Instituto de Física de la U.N.A.M. acerca de la placa de cobre, se dirigió a sus autores para pedirles que aclaren el verdadero alcance de su trabajo: "Análisis cristalográfico de una muestra

tra de óxidos de cobre". En respuesta, el Dr. Carlos Graef Fernández, Director de dicho Instituto, manifestó textualmente y bajo su firma lo que sigue:

"Como será para ustedes muy fácil de comprobar, en el documento que presentamos mis colaboradores y yo el 16 de febrero de 1950, no hay una sola palabra que se pueda interpretar como un intento de determinar la menor o mayor antigüedad de la placa de cobre de la que proviene la muestra estudiada. Por eso me parece oportuno indicar a ustedes que *he visto con gran extrañeza que se hayan presentado los resultados obtenidos en el Instituto de Física como si fuesen una determinación de la edad de la placa de cobre*".

3. Estudio matemático

La Comisión dictaminadora ha tenido a la vista el estudio titulado, "Sobre la edad de las placas de cobre en la tumba de Cuauhtémoc" presentado por el Doctor en Ciencias Enrique Bustamante Llaca el 6 de abril de 1950. Para documentar el criterio de la Comisión sobre los puntos que el Dr. Bustamante Llaca presenta en su dictamen, se acordó consultar la opinión del Director del Instituto de Física de la Universidad Nacional Autónoma de México, Dr. Carlos Graef Fernández, quien, bajo su firma, emitió el siguiente dictamen:

"1) El método seguido por el Dr. E. Bustamante Llaca, fundado en la teoría de la oxidación de los metales, puede utilizarse para determinar la edad de una pátina de óxidos de cobre formada en un objeto de este metal.

"2) Para aplicar con éxito este método es necesario conocer los valores de las constantes designadas por C y X' en el trabajo del Dr. Bustamante Llaca. Existen caminos experimentales para determinar esos valores: pero en la investigación sobre la que se dictamina, no se ejecutaron experimentos para valuar C y X'; se utilizaron valores fundados en el criterio del investigador. Utilizando otros valores para C y X' se puede obtener una enorme variedad de edades para la pátina de la placa de cobre estudiada.

"3) Como señala el mismo Dr. Bustamante Llaca, influyen en la rapidez de la oxidación de un objeto de cobre, factores como la ausencia o presencia de luz, la mayor o menor cantidad de oxígeno que rodea al objeto, la humedad del ambiente, etc. En la investigación del Dr. Bustamante Llaca *no se tomó en cuenta la influencia de ninguno de estos factores*. Quizás se debió esto al hecho de que se requiere una larga, minuciosa y costosa investigación experimental para poder determinar la acción de cada uno de estos agentes.

"4) Por las razones expuestas antes, *no se les puede dar ningún valor a las edades de 300 años y 424 años que determina el Dr. Bustamante Llaca para la edad de la pátina en las placas de cobre que estudio*".

IV. b). *La inscripción*

LA inscripción consta de una cruz, dos flechas y cuatro palabras: tres procedentes de la lengua española (Rey, e, S.), y una del náhuatl (Coatemo).

1. *El Lenguaje*

Primera.—En todos los hológrafos de Motolinía consultados hasta hoy, se ve que usó siempre la "y" copulativa en su forma renacentista y no la "e" arcaica. En los impresos, suele aparecer la "e" antes de la palabra iniciada por "h" o vocal. En consecuencia, es inverosímil que este misionero haya escrito u ordenado escribir la frase que aparece en la placa.

Segunda.—Cuauhtémoc significa: "águila que bajó". "Coatemo" es una palabra que, si estuviera completa, sería "Coatémoc"; pero entonces significaría "serpiente que bajó", lo que no es admisible que escribiera una persona que conocía el náhuatl.

Un indígena del siglo XVI o un español versado en el idioma náhuatl, no habrían escrito "Cuauhtémoc" con "C" inicial, sino con "Q", es decir, Quauhtémoc. Algunos españoles, ignorantes del náhuatl, lo escribían con "G" (Guatemuz).

Es pues, evidente, que la persona que hizo esta inscripción *no sabía náhuatl*. Por lo tanto, no pudo ser un indio de esta lengua, ni tampoco Motolinía, excelente nahuatlato.

Tercera.—La redacción de la placa es muy extraña para la época a que se atribuye. Si fueron indígenas auxiliados por Motolinía los que la grabaron, era lógico encontrar, en vez de una mala interpretación, el nombre jeroglífico náhuatl. Lo mismo acontece en las fechas: tenemos monasterios, hasta de la segunda mitad del siglo XVI, con fechas en caracteres indígenas al mismo tiempo que con cifras arábigas, como los de Huaquechula y Tecamachalco.

2. *Las Cifras y signos de puntuación*

Cuarta.—En los numerales del siglo XVI, el cinco tiene generalmente la forma de una "S", tanto en los documentos como en las inscripciones. Los casos en que el número "5" tiene alguna semejanza con numerales contemporáneos, son excepcionales. El supuesto

"9" de la placa, tiene una forma "sui-generis". Parece como si el ejecutante hubiera vacilado entre escribir un "3" o escribir un "9". La existencia de este nueve confuso que se parece a un tres, coincide con el hecho de que en los documentos apócrifos de Ichcateopan, de que se tratará después, la cifra "3" está escrita en forma que permite confundirla con un "9".

Quinta.—Las rayas que aparecen en la Inscripción y que han sido llamadas "puntos ornamentales" en los dictámenes de los colaboradores del grupo de peritos del Banco de México, están usadas como signos de separación, desempeñando plenamente en la placa la función que la coma tiene en la escritura de la lengua española a partir del siglo XVI y, en la expresión de cantidades, a partir de la segunda mitad del XIX.

La Comisión hace notar que los paleógrafos del Archivo General de la Nación y la señorita Ana María Cortés Herrera, colaboradora de la señorita profesora Eulalia Guzmán coinciden en declarar que no han encontrado manuscritos o impresos del siglo XVI en los que los millares estén separados de las centenas por comas o rayas. Tampoco se les encuentra en las inscripciones de esa época. Otros paleógrafos, nacionales y extranjeros, consultados por la Comisión, coinciden absolutamente en este punto.

Ni aún en nuestros días se separa comúnmente el millar de la centena cuando se escriben fechas. En cambio, esta separación se encuentra tanto en la placa de cobre como en todos los documentos apócrifos de Ichcateopan.

3. *Las Letras*

Sexta.—La R mayúscula que aparece en la inscripción, exhibe claramente la forma que este signo ofrece en el siglo XIX. El acento que parece sobre la "é" no pudo ser puesto en el siglo XVI, época en que las copulativas no se acentuaban. Por la posición oblicua que ese acento tiene en la inscripción, no podemos admitir que se le dé el valor de una tilde que hubiera substituído a la letra "t" de la conjunción latina "et". Las tildes —signos gráficos usados para indicar supresión de letras— siempre fueron colocadas en posición horizontal. Después de un examen cuidadoso, hemos quedado convencidos de que las letras exhibidas por la señorita Ana María Cortés Herrera como ejemplos del uso aparente del acento sobre la conjunción copulativa en el siglo XVI, no son sino testimonios de la manera como los amanuenses o pendolistas de aquella centuria escribían una "e" no acentuada, obligados por las dificultades que ofrecía la superficie rugosa del papel. Como la inscripción está hecha en una

placa de cobre, no hay razón para la presencia de ese rasgo y, en consecuencia, esta raya que se encuentra sobre la "e" es un acento. En el siglo XVI el acento no se usaba sobre las vocales aisladas.

Séptima.—Por todo esto, y teniendo a la vista los estudios, observaciones y peritajes que acompañan a este cuerpo de conclusiones, hemos llegado a la resolución de que las letras que aparecen en la frase, "Rey, e, S. Coatemo", *no corresponden a ninguno de los estilos usados en la epigrafía o en los manuscritos conocidos del siglo XVI*. Por las consideraciones anteriores se concluye, además, que la inscripción probablemente fué hecha en la segunda mitad del siglo XIX.

V. Documentos

Los documentos exhibidos en el caso de Ichcateopan son los siguientes:

1º.—Documentos escritos por los señores Florentino Juárez y su hijo Odilón;

2º.—Un documento firmado por De la Concha y otros, en Zacualpan en 1808, y unos pequeños fragmentos suscritos también por él;

3º.—Documentos que se pretende son copias de otros firmados por De la Concha y fechados en 1810;

4º.—Documentos que se dicen firmados "simbólicamente" por Motolinía; pero sin imitar su firma;

5º.—Documento llamado del "relicario" con firma imitada de la de Motolinía;

6º.—Documentos escritos con tinta simpática.

Por lo que se refiere a los documentos antes enumerados, la Comisión ha llegado a las siguientes conclusiones:

Primera.—Los cuadernos de don Florentino Juárez y su hijo Odilón, de fines del siglo pasado y principios del actual, son documentos modernos que expresan las ideas de sus autores.

Segunda.—El documento firmado por De la Concha y fechado en Zacualpan en 1808 es auténtico, se refiere a un litigio sobre la Hacienda de Zacatlán y no tiene nada que ver con el entierro de Ichcateopan. Los pequeños fragmentos también son auténticos; pero tampoco dicen nada del entierro.

Tercera.—Los que se dicen copias de documentos firmados por De la Concha y otros en 1810, que están escritos a lápiz, emplean términos que no se usaban en la época en que se pretende fueron es-

critos los supuestos originales, por ejemplo: la palabra "magnates". No son auténticos.

Cuarta.—Por lo que se refiere a los documentos calzados por una firma que no tiene semejanza alguna con la de Motolinía, son, evidentemente, apócrifos. No pueden considerarse tampoco copias mal hechas de documentos anteriores perdidos, porque, por copia entiéndese el traslado fiel de un documento sin cambiar los conceptos. Una copia mal hecha, o deficiente, puede omitir o duplicar palabras, presentarlas en forma ininteligible, etc.; pero, por muy mal hecha que estuviese una copia, no podrían atribuirse en ella a Motolinía frases como ésta: los "esbirros del Santo Oficio de la Penitencia"; ni llamar "Señor Rey" a Cuauhtémoc, de quien afirma en su Historia, —con un criterio inaceptable para nosotros—, que fué ajusticiado por traición.

Quinta.—El documento llamado del "relicario" tiene una firma imitada de la de Motolinía; pero, ni por la firma, ni por el contexto del documento, se puede admitir que éste sea auténtico. Este sí es un documento propiamente falsificado, puesto que se trató de imitar una firma y amparar con ella un documento que, por su letra, por su grafía, por separar los millares de las centenas por medio de comas, es completamente falso. Por otra parte, en este documento, Motolinía aparece como "Gobernador Provincial", cargo que nunca existió en la orden franciscana.

Sexta.—Los documentos escritos con tinta simpática son dos:

A.—Uno, sin firma, fechado en 15, 37. Tiene letra moderna y se relaciona con el documento de que se habla en el párrafo siguiente: *Es, en consecuencia, apócrifo.*

B.—El otro, encabezado por una cruz de Malta y suscrito por una firma atribuida a Motolinía, *es falso también* por las siguientes razones:

1a.—La letra de ese documento, *que se ha dicho que es auténtico*, no corresponde a ninguna de las que se usaron en el siglo XVI para la escritura de documentos.

2a.—La composición del papel en que está escrito, no prueba que el documento sea del siglo XVI. Por otra parte, suele encontrarse papel auténtico de ese siglo con facilidad.

3a.—La tinta simpática no aparece usada hasta ahora en ningún documento de esa época. Su uso es relativamente moderno.

4a.—La ortografía del documento *es absolutamente moderna. Letra y ortografía tienen extraordinario parecido con el documento*

del "relicario", a pesar del disfraz pseudoantiguo que se advierte en este último y en el documento terminado con la fecha 15. 37.

En resumen, puede afirmarse científicamente que ni Motolinía, ni ninguna otra persona, escribió el texto de este documento (llamado "de la tinta simpática") en el siglo XVI. Y por lo que se refiere a la firma que aparece en el mismo, que unánimemente reconocemos como el más sospechoso, el más raro y el más anómalo de los manuscritos que nos han sido presentados, tenemos que declarar que, en el caso de ser de Motolinía la firma que en él aparece, tuvo que ser escrita en un papel en blanco y con tinta simpática.

Séptima.—En conclusión, los documentos en que se pretende demostrar que Motolinía hizo el entierro de Cuauhtémoc en Ichcateopan son *falsificados o apócrifos.*

VI. La tradición y el folklore

P PRIMERA.—La tradición es auxiliar de la historia cuando reúne estos requisitos:

a).—Que no se refiera a hechos inverosímiles.

b).—Que no aparezcan documentos históricos que la contradigan fehacientemente.

Segunda.—La tradición oral de Ichcateopan no prueba que los restos encontrados sean de Cuauhtémoc, en virtud de que no reúne las condiciones mínimas anteriores, y porque no está comprobada por fuentes de otro orden, puesto que las que alegan como históricas son apócrifas, y las auténticas, contradicen esta tradición (Ixtilxóchitl, Torquemada, etc.).

Tercera.—En la tradición recogida en Ichcateopan, tenemos las siguientes condiciones que hacen dudar de la autenticidad de lo que en ella se afirma:

a).—Los catorce informantes rindieron sus declaraciones después de que el cura del lugar informó al pueblo sobre la existencia de los documentos, que ahora sabemos son apócrifos, y de que la prensa dió noticia de su existencia; y once de los mismos informantes, rindieron su declaración después de que la Srita. Eulalia Guzmán exhortó a los habitantes a que proporcionaran informes, explicándoles cuál era la importancia histórica del hallazgo de los documentos.

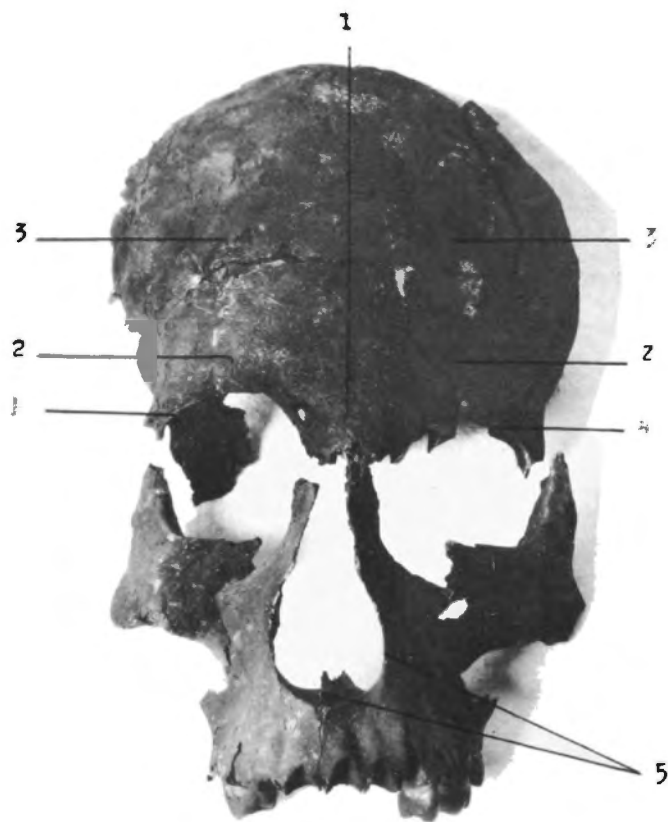
Esto sugiere la posibilidad de que los datos tradicionales, que conservaban esas personas, hayan recibido el influjo de las noticias divulgadas a partir de febrero de 1949.



Marcados con A, pueden verse fragmentos de *dos* húmeros *ambos* del lado izquierdo.
 B) Fragmentos de omoplato. C) Fragmento de radio y cúbito.



Lote de fragmentos *infantiles*. A) Fragmento de omoplato. B) Fragmento de tibia.
 C) Fragmento de cúbito. D) Fragmento de fémur.



Las características antropológicas que permiten considerar como femenino al cráneo de Ichcatcopan son: 1) Glabella muy ligera. 2) Arcos supraorbitarios muy poco marcados. 3) Frente angosta con gibas frontales prominentes. 4) Orbitas grandes y de bordes cortantes. 5) Espina nasal pequeña y borde de la abertura cortante. Más otros que no son apreciables en la fotografía referentes al paladar y a los arcos dentarios.

b).—La mayor parte de las personas que declararon, dijeron haber oído la tradición cuando eran niños de muy corta edad (entre cinco y diez años), alrededor de 1880-1890, y es muy difícil que hayan captado todos los hechos en su verdadera significación.

c).—Otros informantes que recibieron la tradición, según dicen, cuando tenían edad adecuada, afirmaron que, en vida de las personas que les informaron, se habían trasladado huesos humanos del cementerio a la iglesia. La tradición de Ichcateopan podría explicarse, en parte, por el traslado de estos restos.

d).—Muchos de los datos que proporcionaron los informantes, forman parte de la enseñanza elemental de la Historia de México, y así no es de extrañar que hayan sido del dominio de todos, ya que no implican una adición a los conocimientos históricos más comunes.

e).—También parece que conservan muchas noticias de historia local, que se han mezclado con noticias históricas nacionales, sobre todo en la versión más amplia de las recogidas, como sucede con las tradiciones locales de cualquier parte del mundo.

Cuarta.—Por consideraciones expuestas en otra parte de este dicamen, se ha visto que los documentos de Ichcateopan, por su estilo, fueron elaborados en la segunda mitad del siglo XIX, lo que demuestra que entonces había personas interesadas en hacer que aparecieran, en documentos, noticias sobre que los restos de Cuauhtémoc se encontraban inhumados en Ichcateopan. La existencia de la tradición del entierro se hizo pública en la prensa de la capital en 1899.

Quinta.—Si para ubicar el sitio en que puedan encontrarse los restos de Cuauhtémoc, se usaron exclusivamente, como elementos de información, los datos, que proporcionan las fuentes tradicionales, sería obligatorio dar amplia consideración a las tradiciones que consiguen la existencia de la tumba del héroe en otros lugares de nuestro país, en donde su presencia sería más verosímil. Podrían citarse como ejemplos, el caso de Laguna Mora en Chiapas y el del pueblo de Usumacinta en Tabasco, lugar este último en el que se encontraron también restos humanos, cuando se hicieron excavaciones siguiendo una tradición local semejante.

Sexta.—Por lo que se refiere a la "danza del ahorcado" y a otros elementos folklóricos, su valor como fuentes históricas es muy discutible.

Séptima.—Es inadmisibile la pretendida tradición que afirma que Motolinía participó en un entierro en el que se quemaban huesos, se enterraba al muerto con ofrendas e, incluso, como ha llegado a decirse, se sacrificaban esclavos o acompañantes, para ser inhumados con su Señor.

VII. Historia.—(*Genealogía de Cuauhtémoc*)

PRIMERA.—Según Ixtlilxóchitl, *la madre de Cuauhtémoc, Tiyacapanzin era hija de Moquihuix, último rey independiente de Tlatelolco, y de una princesa tezcocana, hija de Nezahualcóyotl.*

Segunda.—El hecho de que los aztecas, durante cuarenta y dos años después de la conquista de Tlatelolco, no hubieran nombrado rey y que, en 1515, nombraran rey de este lugar a Cuauhtémoc, a pesar de su corta edad, —de acuerdo con el derecho dinástico de los aztecas, que conocemos por las fuentes indígenas—, refuerza el dato proporcionado por Ixtlilxóchitl y confirmado por Fray Juan de Torquemada.

Tercera.—La Comisión no ha encontrado ninguna razón histórica que la autorice a dudar del dato proporcionado por el mismo Ixtlilxóchitl. *En cambio, no hemos hallado, ni se ha presentado a la consideración de la Comisión, ningún documento auténtico que pruebe que la madre de Cuauhtémoc haya sido originaria de Ichcateopan.*

VIII. Resolución final

EN suma, habiendo examinado la Comisión los estudios y dictámenes que fueron remitidos a ella por la Secretaría de Educación Pública, los que pidió a diferentes técnicos y los que encomendó a sus miembros, sobre la construcción y modificaciones de la iglesia de Ichcateopan; la exploración de la fosa; las características físico antropológicas de los huesos encontrados en el entierro; los estudios químicos, físicos y matemáticos sobre los objetos de cobre; los estudios de paleografía e historia sobre la inscripción de la placa, y la escritura y el contenido de los documentos; el valor y el alcance de la tradición y el folklore y, por último, los datos históricos consignados en fuentes auténticas acerca de los antepasados del héroe y el lugar de su nacimiento y la intervención que pudo tener Motolinía en su entierro, la Comisión concluye que:

No ha encontrado en los estudios y dictámenes a que se ha hecho referencia anteriormente, ninguna prueba que demuestre que los restos hallados en la fosa de Ichcateopan sean los del Emperador Cuauhtémoc; si no que, por el contrario, destacándose entre otras muchas pruebas adversas, los documentos que se han aducido, son apócrifos o falsos; la inscripción que ostenta la placa es moderna, y los huesos son, por lo menos, de cuatro individuos diferentes.

Al rendir a usted el anterior informe, nos es grato, señor Secretario, expresarle las seguridades de nuestra más atenta consideración.

México, 8 de febrero de 1951.

LA COMISIÓN

Prof. Arturo Arnaiz y Freg.
Dr. Manuel Gamio.
Quím. Rafael Illescas Frisbie.
Dr. Julio Jiménez Rueda.
Ing. Pedro C. Sánchez.

Dr. Alfonso Caso.
Dr. José Joaquín Izquierdo.
Prof. Wigberto Jiménez Moreno.
Dr. Pablo Martínez del Río.
Prof. Manuel Toussaint.

Dimensión Imaginaria

LOS JARDINES AMANTES

Por *Alfredo CARDONA PEÑA*

Possessing and possessed by all that is
Within that calm circumference of bliss,
And by each other, till to love and live
Be one. . .

SHELLEY.—*Eipsyehidion*.

A VOSOTROS, amantes, piedras luminosas del tiempo,
soledades propicias, rocíos temblorosos del alma,
a vosotros extendiendo mis jardines.

*Me gusta contemplar vuestros rostros extasiados
cuando, a la hora del ángel, mientras los fuegos se recogen,
inclináis delicadamente los cuerpos
imitando columnas, arboledas, follajes.*

*Amantes, busco los labios de la sombra,
me atraen arrecifes de luna, bancos de sueño, aromas,
un pertinaz hechizo me persigue,
mas debéis recoger estas gavillas errabundas
donde mi corazón se deshoja cantando.*

*Quiero decir los templos viejisimos del hombre,
la vigilante caricia bienbechora,
las manos como dos alegrías situadas.
Quiero decorar vuestros actos divinamente ociosos,
y huir, entre mis dedos llevando vuestras frentes,
y caer en un lecho de anémonas azules.*

*Porque siempre está el mar, y no hay cosa más bella
que una isla dormida en nuestros brazos.
Amantes, sois el mar, ciegamente os respiro,
me llenáis de antigüedad y danzantes espumas
y en vosotros me hundo agitando naufragios.*

*Quiero también sacudir los enfermizos pájaros nocturnos,
descansar en las aguas, saludar los reinados futuros,
quiero veros, amantes, más allá de los límites,
convocando guirnaldas,
realizando el amor con un alegre estilo de vendimias.*

*A ti, muchacha de la primavera y los duraznos,
olorosa a los huertos de junio,
a ti quiero ofrecer este sencillo ramo de campánulas.
Deseo presentarte al muchacho de mis tierras del sur,
ese que va creciendo con las nuevas armonías del orbe
al lado de los ríos, en ciudades parecidas a bosques.
Me agradaría desposaros con un ramo de encinas
en las fértiles patrias de la aurora.
Entonces los campos se llenarían de abundantes racimos
y una sola heredad flotaría en las almas.*

*Amantes, nada más.
Vuestras son estas rosas que espigué junto al viento.
Sembradlas y que el día, la soledad y el agua
protejan en la tierra sus amorosos lazos.*

I

VIEJOS abuelos, niños, poderosos amantes,
residen en la noche de mis ángeles.
Cuando hablan todo calla; de los cuerpos
fluye lento reposo, olvido, paz.

Descienden, batiendo sus ardientes alas,
se oyen dulcemente y llueve sobre el alma.
Ellos son los que me dan los himnos,
la gracia de caer sobre las cosas
y recogerlas para mi poesía;
ellos fueron, celosos de mi sangre,
los que tu realidad anticiparon:
que ya eras nacida, que venías del Alba,
que había en ti una raza innumerable.

Primero fué tu nombre.
Venía de tan lejos, que la tarde, las fuentes,
la navegante nube lo sabían.
Pero mi soledad que oye lo retuvo,
lo atrajo para sí, lo amó buscando.
Después fué tu presencia,
tu festejo coral, hermano de la lluvia,
tu voz llena de tierra emancipada,
y aquella invitación a viajes, a distancias,
que me hicieron tus ojos desde el fondo
de su callado enigma.

Ahora repetimos millones de palabras,
terrenales asombros, paraísos;
volvemos a la antigua niñez que nada sabe,
y cabe en nuestra luz, como un trigo reciente,
la voz que dice amor y se queda desnuda.

Gozo de las campanas, amiga que supiste
mirarme con la limpia voluntad de tu frente:
amo tu fresca risa donde cantan las hojas,
la fina danza que tu pie desnuda
y la verdad silvestre que me traes.
Me quedo viendo tu color, tus brazos
llenos de azules ríos, de misterios,

y me siento a la orilla de tu nombre a mirarte
y a pensar en la corza nativa de tu infancia.

Tu traje después viene, tu luminoso traje,
sus rumores antiguos, olorosos,
el madurado sol de tus collares.

Y la noche que hay en tus canciones
viene también, y caen sus estrellas;
yo recojo la sangre musical que las vierte
y las amo, las amo en mi voz asombrada.
Dime, frutal amiga, la gramática oculta
de sus nombres. Háblame en el idioma
de sus pájaros. Dímelo todo, dime
tus palabras azules, tus palabras
iguales a las pompas de tu sangre;
explícame ese aire que te envuelve,
la razón de tu pelo despertando los bosques,
todo lo que tú eres y produces y cantas,
doncella que me has dado las coronas del día.

II

RECORDARÉ los días zozobrantés,
cuando todavía no eras
la maravilla absorta que contemplo,
sino añoranza, forma vigilante del sueño.
Tú no sabes, no sabes; has de saberlo ahora
y el joven y el ocaso lo sabrán,
y aquel poeta sin lágrimas, que goza
coleccionando falsas tempestades.
Oh joven diana, reina de las hojas,
escúchame esta cítara enlutada:

el deseo tiene espinas,
el deseo es como la sed en el desierto:
pone telones de agua,
imagina riachuelos en la sombra.
Azulado y violento, como loca endrina,
es el deseo.

Camina por la tierra y no comprende
ni el dolor impasible de los frutos
ni el prodigio del soplo que germina.
Su tacto se reúne con las llamas
para martirizar las azucenas.
Yo golpeaba con furia sus murallas,
gritando: ¡Abrid, abrid, que el viento me persigue!,
como los fugitivos en la noche
a las puertas de un templo.
Quería penetrar en sus adelfas
y acariciar su mancha de leopardos.
Salía de sus aguas
como salen los buzos de lo informe:
trayendo silenciosas humedades
y recordando el llanto de las minas.

Arbol sin madrugada, voz sin nadie, piedra que sueña con el río,
soledad como la tierra cuando la lluvia no baja a contemplarla.
Me circulaban las sombras,
caminaba sobre el piso de un corazón mutilado
y estaba lejos el mar y era mi sangre un estío.

Pero llegaste, oh cita de la estrella.
Por ti la noche amaneció en un lirio
y toda mi oquedad fué una campana.

III

VENID ahora, gracia sosegada,
tibia contemplación de mi suspiro,

te enseñaré lo que las rosas vagabundas del día
guardan a los amantes.

Una cabaña haremos con espigas,
nos pegaremos niños en los labios,
e iremos al lecho silvestre, bajo las manzanas custodias,
a repetir el sueño del Oráculo.

Ah, Celeste, en aquel sitio de laureles
festejarán las aves el suceso de tu luz,
y en tanto nos miran las esferas anchurosas del alba,
podaremos el Arbol de la Vida,
enhiesto, aunque asfixiado de follajes amargos.
Entonces el ángel espía, arrepentido,
besará tus cabellos, derramando perdones abundantes
y quebrando la espada.

Las voces de la creación

—ríos, bosques, manojos de hierba y pequeños rocíos abun-
[dantes—

saludarán el regreso con voces numerosas.

“Venid, venid, oh mágicos nupciales”,
nos dirán las potencias musicales del mundo;
“venid a reposar en nuestros brazos
y a fecundar los soles de la tierra”.

El mandato sagrado cumpliremos.

Las aguas viajarán con tu hermosura,
procesionales, lentas, llenas de una dulce condición murmu-
[rante,

y yo penetraré tu universo,
llevando conmigo el nacimiento, la muerte, vigilantes misterios
[nocturnos.

El Pasado,

cuyos arcos sostienen los hermosos racimos del Futuro,
catedrales, vendimias, mañanas preparadas en silencio,
despertará en alguna parte de mi ser, transmitiéndote sus po-
[deres.

Recibirás millones de guerreros, de santos, de bandidos,
 porque la sangre es reino numeroso
 y como el mar, reposa cantando y está llena de monstruos y
 [jardines.

Yo, pues, habitando tu vientre,
 bajando como un explorador al centro de la tierra,
 desgarraré tus cámaras azules,
 luchando, tal minero en las grutas sombrías de la luz.
 Y nadaré en tus aguas, oh joven de las fuentes, oh manantial
 [de suprema alegría,
 en tus aguas cuyas mareas, regidas por un genio poderoso,
 se levantan y caen sobre el mundo.
 En ellas guardaré mi simiente
 y cabezas flotantes de niños, como lotos dormidos,
 recogerán danzando mis amores.

IV

UN día, a la sombra de los altos conjuntos,
 amanecerás fatigada,
 inclinando ligeramente tu cabeza como la mies bajo la lluvia.
 El ángel dirá saluciones llenas de gracia
 y una suave dulzura, precursora de los sagrados vinos ger-
 [minales,
 invadirá tu rostro. Religiosa y profunda te veré,
 envuelta en una flor de misteriosos rayos impalpables,
 tal las montañas, cuando las neblinas descienden,
 majestad y silencio derraman sobre el mar.
 Con un rubor temeroso, parecido al que siente la cierva in-
 [vernal,
 preguntará la causa, asombrada de encontrar en tu vientre
 la redondez perfecta de los astros.
 Entonces el refulgente criado de la luz, hechizado y cantante,
 sacará de la sangre los continentes hundidos del numen.

Vendrán los Ancianos en teoría, conduciendo la historia,
enredando en la tarde sus adornos pluviales.

Antepasados en nosotros yacentes, padres vivos que tienen
la llama de la herencia, los caballos sutiles del instinto,
te rodearán, oh pálida, como aquellos sacerdotes que cantaban

[al son
de las flautas, ceñidos de hiedra, en los coros bellísimos del
[mundo.

Saludando sus formas así diré desde tus ojos:

“Padres esféricos y musicales,
os pronuncio con sagrado temblor.
Como largo rato un pedazo de hielo en los labios
así me quemáis, oh delirantes pájaros.
Vuestros nombres son bellos como el manto de Andrómeda,
como la Cruz del Sur y los Toros del Alba,
y niños por nacer juegan con los misterios
que ponéis a girar en las rosas del mundo.
Vosotros, urnas vivas,
secretos admirables que en la noche
veláis sobre el durmiente,
su vida y su mortaja decretando,
relatad el origen, conducidnos
a las viejas moradas terrenales”.

Ellos así dirán desde el Olvido:

*Era la noche aún y morían los bosques
con una sed de pájaros y auroras,
y altas columnas de silencio abogaban
la voluntad dormida de los himnos.
Mas debió producirse un ruido celeste
algo tocó los párpados del sueño
(algo cayendo, suave, inconsolable,
como nieve o gemido sobre el mundo).*

Luminosos como el rayo del orto
despertamos entonces.
No nacimos, llegamos solamente
más allá de los dioses. . .
Entre las formas y los animales hermosos
crecimos, y la tierra—que sonrió por nosotros
como una madre reposada—
nos regaló la flor de sus abismos.
Lo que siguió fué Amor. Sobre la hierba
nos tendimos en un abrazo largo,
parecido a los ríos cuando sienten
la inmanencia del mar,
y comenzó el linaje de los hombres.
Despertaron los hijos—nuevos padres—
y la vida inició su recorrido
a través de los cuerpos,
encendiendo sus noches solitarias,
colmándolos de una sagrada plenitud
que al rebosar, caía en otros cuerpos,
y éstos en otros más, hasta que advino
el infinito canto de las razas.

Y hubo guerras por los reyes
y por los hijos de los reyes.

Y héroes con el corazón de los osos
descendieron de las montañas:
traían en sus labios la rosa de las fábulas
y en sus ojos el fuego de las visiones,
y eran libres como el viento del yermo,
puros como el amianto, y cuando hablaban
la noche se cubría de miradas
y las bestias bebían en las manos del alba.
Y nosotros cantábamos en ellos
lo mismo que lloramos en vosotros,

*porque mirad, peligroso es decirlo,
 grato al oído indócil,
 pero el pasado habita debajo de la sangre,
 y nuestra sed, aún viva,
 os alimenta como el reposo de los limos,
 que así transcurra el término lluvioso
 y se mueran las eras,
 sigue ofreciendo el humus fecundante.*

Peligroso, peligroso es decirlo.

*¿Mas quién podrá evadir la fuerza del origen?
 ¿Quién, en la vasta noche, no ha sentido
 caer la melodía de los Números
 o entre su pecho el corazón del mar?
 ¿Qué son las luminarias del deseo,
 los sarmientos del alma y los esbeltos
 llamamientos de Amor?*

*Somos nosotros, padres de los padres,
 mágicas permanencias del olvido;
 somos nosotros habitando los sueños
 y conduciendo tumbas y naufragios.*

*Calladlo, sin embargo, y cuando el día
 se recoja en la sombra, y todo duerma,
 oíd este secreto de las olas,
 esta perla del tiempo, derramada
 como un largo sollozo entre vosotros.*

V

Los animales, tu amoroso entendimiento, las pensativas in-
 [movilidades del monte,
 beberán el saludo en cuyas voces, surcando el espacio,

mágicas alas henderán el azul.
 Una conformidad nacerá en tu sonrisa,
 y ya no temerás los peligrosos reinos de la noche
 ni el cercano relámpago del sexo,
 porque darás la luz, alumbrando las grutas como una joven
 [maga.

Permaneceré bajo tu árbol,
 vigilando el curso del día, trayéndote al ocaso el necesario
 [fuego amparador.

Nada como el proceso de tus entrañas,
 nada como la limpia transmisión de unos ojos.
 La naturaleza está pendiente, e invisibles demiurgos,
 abandonando sus imperios sombríos,
 defienden, vigilantes, los recintos del sér.
 ¡Cuántos millones de rosas, cuántas interminables primaveras
 no han perpetuado iguales esperanzas! Soles caídos, valvas
 [arrancadas,
 polvo, polvo, fantasma helado de los cuerpos,
 vagan, errantes formas, recordando los días efímeros del
 [mundo.

Pero yo te lo canto, joven diosa,
 y enredo estas guirnaldas porque es nuevo el amor cada
 [mañana
 y nacer es lo mismo que inventar otra vez las mariposas,
 las canciones, los pájaros, las madrugadas tiernas y balantes.
 Poco tendrás que esperar. Los Antepasados, bajo la mirada
 [del Angel,
 dirán hermosos himnos, leyendas, amadas cunas de oro.
 Acudirán palomas a los labios
 y un ritmo esencial presidirá la gestación de los frutos.

VI

EL primero en hablar será un viejo eremita
 que traerá desde el fondo del bosque esta canción:

*Llama sin fin, ardiente, ardida llama,
en libertad cautiva,
cortada de su cielo y de su rama
y por la tierra respirando, viva.*

*Llama con sed, con clavos, con delirios,
llama, naciente rosa,
sangrante rosa que ha brotado en lirios,
aérea, suspendida y amorosa.*

*Deidad enardecida y anhelante,
fuego que se edifica y se destruye,
y por el sueño, amante,
su desolado imperio restituye.*

*Ángel terrible y solo, dios caído
tejiendo soledades y fortuna,
callado, sumergido
en la verdad de su enterrada luna.*

*Os amo, os amo, vértigos del alma.
temblorosas señales, astros puros,
roja, furiosa calma,
hirviente calma en anillos oscuros.*

*Os amo y ya me inunda lo que es mío,
la luz, lo que respira,
el mar y su celeste poderío
y la muerte que nace y la que expira.*

*Os amo y llamo y toco,
círculos de mi nombre, nada mía,
os amo y os invoco
en la sonora lágrima del día.*

*¿De qué tierno milagro yo me inundo?
Abro los ojos, veo,
y la redonda plenitud del mundo
cabe en el aire de que me rodeo.*

*Cabe en mi libertad encarcelada
su fuerza rauda, pura,
y me escapo conmigo hecho mirada
y regreso gozando su captura.*

*Ojos, manos divinas, lento viaje,
lenta, lenta caricia!
(Hoy he tocado con mi lento viaje
la savia prócer, la frutal delicia).*

*¡Prodigiosa unidad! En la temprana
hora, temblando de rocío y miel,
abría la mañana
su amistad limpia, su reposo fiel.*

*El sueño, atrás, quedaba
rendido a su ceniza, clausurado;
pero mi corazón se comprobaba
por mis ojos abiertos, desbordado.*

VII

EL segundo en hablar será un patriarca ciego
que mirará la tarde con sus ojos de luna.
Deberemos oírlo. Breve será su canto:

*En la vieja montaña calcinada
suena de tiempo en tiempo esta pavura:
"Yo soy quien soy, y siendo soy la Nada".*

*Un huracán invade la llanura,
un ángel de dolor quema la frente
y nunca es la Palabra tan oscura.*

*El viento pasa lúgubre, inclemente,
levantando raíces por sorpresa.
Cobre y rayo talar, ceniza ardiente,*

*caen documentando la tristeza.
El alma es una alondra congelada
y todo se conmueve: hasta la huesa.*

*¿Es Nada todo, y Todo, todo es nada?
¿No podemos amar los ruiseñores
ni hundir en el azul nuestra mirada?*

*Fletemos luz. Hagamos miradores,
enterremos campanas en el eco.
Al final sostendremos los colores*

*de una bandera religiosa en fleco.
¿Y qué, dominaremos lo imposible?
Hombres queremos ser, y no embeleco.*

*Amad el sol, de su bondad terrible
nacen la flor y el alma del caballo.
(Aquí está Dios, y mucho más sensible).*

*Aquí está Dios. ¿Acaso por el rayo
inventaremos una luz furiosa?
Quiero insistir en esto, no me callo,*

*la mejor teología es una rosa
y nadie por amar está precito.
Que lo diga, en verdad, la mariposa.*

*Amad, amad. . . atrae el infinito
y la meditación es la gran lente,
pero es mejor amar, subir al grito*

*y beber en la estrella, que no siente
si baña flor o condecora lodo.
La vida, no el temor. De cualquier modo
el hombre es la verdad: míralo ardiente.*

VIII

DESPUÉS en conversar será la Voz que amaron los humanos
bajo la inspiración de los genios agrestes.
Voz aérea, sutil, que sostuvo los encuentros del mito
y eternizó la fuente de los Diálogos.

Oíd, oíd, vaticino sus himnos en lo oscuro:

*Aquellas energías musicales
que en jardines esbeltos conversaban
con el fuego y el agua,
aquellas alegrías minuciosas,
asambleas de bosques, arpas, fuentes
al delicioso véspero cantando,
yo presidí, solícita al consuelo
de una raza de miel en que habitaban
las abejas de oro. Mías fueron
las verdes inocencias, acordadas
al mesurado impulso de las flautas.*

*Sacerdotes ceñidos de campanas
aludaron mis reinos.*

*Las enérgicas formas del Destino
por mi mano se hicieron, veleidades
de inaprensibles signos voladores,
y así como a la aurora el mar se tiñe
de un color pensativo, y se respiran
los sagrados vapores de la esfera,
así mis resplandores penetraron
en los seres, las cosas, envolviendo
con sus alas al mundo. En esa infancia
dorada de los hombres yo pervivo,
forma sutil, mas forma todavía,
Maya que enreda su telar y cae
dulcemente en el tiempo, como el fruto
del estío colmado.*

*Mirad la onda, grácil bajo el ritmo
de los envueltos genios de la danza,
cómo mueve su imperio, coronando
las mejillas del aura.*

*Mirad la cita del vergel, las manos
trenzando aquellas ramas donde queda
prisionera la gloria, la fe ciega
y el bastío en los brazos del amante.
Mirad el mármol, luna de la carne,
la caricia más alta de la historia;
mirad, en fin, los dones inesfables,
el ocio, arpa celeste,
la callada ventura de la estatua,
y decidme si de estas hermosuras
no rescato el instante, bajo el signo
de la fecunda Tierra.*

*De rosa, espuma y éter me formaron,
y de onda y laurel y de apio vivaz.
Volé sobre los mágicos ponientes
y hechicé los candores, procurando
la gracia inmarcesible de los días.*

*Línea fui, que ondulante
decoraba los cuerpos.*

*Mas no pude
bender las aguas, sujetar la muerte,
salvar las maravillas silenciosas,
y así lo que os envió es la ceniza
de una ilusión, un eco. ¿No habéis visto
flotar sobre las aguas pensativas
una voz, que de espaldas al olvido
vuestro ser interroga, preguntando
por el mágico imperio de las Formas?
Soy yo, que en el subsuelo
de las cóncavas liras, apresuro
el poder germinante de los mitos.
En el aire,
transparente sepulcro de mi cuerpo,
viajo errante, perdida, y cuando el sueño
congrega sus rumores,
bajo a tocar las sienes del dormido;
suscítase un recuerdo, una caricia
de infancias dulces llena,
y entonces, sobre el mundo,
ejecutan los dioses su retorno.*

Esto dirá, sumiendo las conciencias silvestres en un gozo pa-
[recido a la luz cuando nace,
y todas las formas inclinan humildad, bendiciendo la gracia.
Las danzas que reposan tu cuerpo,
aquellas uvas vírgenes, no del todo deshechas,
que preparan alegres racimos de ventura,
emergerán graciosamente de tu cuerpo, jóvenes islas al azul.
Recordarás amigas de azucena,
y la infancia, la placentera, juguetona del viento,
vendrá a lamer tu mano como una ternerita de cristal.
Oh amada,

entre juegos y corazones esperarás tu iniciación maternal,
 pues cada criatura celeste vendrá a referir su universo.
 Diosas y abundantes espíritus, milenarios inviernos,
 te pedirán la gracia de cantar.

Los nombres del alma, cada uno en el centro de un cielo,
 sometidos a un color diferente dirán su poder:

El *Yo*, dueño de grandes palacios resonantes,

la campesina austeridad de *Anima*,

y *Ego*, poderoso y ondeante, dotado de una virtud fosfórica

El *Yo* dirá la fuerza conquistada, el mandato,

vendrá lleno de estrellas persuasivas;

en su palabra arderán los genios del dominio

y pasará a tu lado con la solemnidad de los elefantes,

hermoso y lento, enjoyado de corporales torres.

El *Anima* aparecerá vestida como los botones del campo,

en su voz de campana lavarás tu sonrisa:

ella te dará las llavecitas menudas del rocío

y una cesta con avellanas trémulas de domingo.

El *Ego*, príncipe indecible, soplará con su llama;

él es aliento, espacio, rosa impecune;

tiene en la frente una corona de unidades

y cuando habla escuchamos la sagrada agilidad del oxígeno.

Oh amada,

oyendo aquellas voces iremos al país en donde todo se con-

[templa,

donde nacer, morir, como dos barcas solitarias,

se mecen en las aguas purísimas del Ser.

IX

EL Sueño, gran navío, fletará nuestros párpados.

"Hijos, nos dirá, triste ilusión es despertar.

Pasan los hombres, caen sus jardines,

mas la eterna quietud permanece.

Venid, pues.

Bello es dormir cuando la luna besa los amantes
entre columnas de armonía sin par”.

Oh sueño, raudo esquife, dulce promotor de guirnaldas,
oracular, celeste;
sueño que atraviesas la noche como un cazador,
oigo sonar tus cuernos, escucho tus jaurías
y me llenas de un viento sollozable y antiguo.

¿Qué fuéramos sin ti, padre y rey encantado?
Nuestros párpados unges con tus dedos piadosos
y a tu mandato el mundo se sumerge en las aguas
purísimas del Génesis.

¡Oh sueño de los niños

como un viejo gigante repartiendo manzanas,
sueño profundo, sueño fuerte,

que caes en las almas como un pájaro ardiendo!

Tú nos guiarás al centro de un país sin neblinas,

país austero, casto, donde hombres liberados
erijan un hogar de tranquilas chimeneas activas

donde la paz no sea una cita cantora

ni una flauta de pan entre los bosques,

sino esfuerzo, dolor, flor eterna y sagrada.

Oh sueño, de tu mano llegaré a sus banderas.

Allí los amorosos actos cotidianos, henchidos de frutos,

se realizan con la sencillez elocuente de las aguas,

y el fuego, los afanes, las cabañas azules,

todo es hermoso y libre como una cabellera sobre el mar.

Debajo de los templos reposan las espadas,

verticales, eternas, presidiendo silencios magníficos:

llamas puras y esbeltas que jamás regresaron

pero que antes mataron a los enemigos de sus muertos

y nacieron entre ardientes auroras.

Amada, en ese templo,
tú serás la conquista luminosa del día,
la madre de los trigos y el clavel de mi sangre.

X

AL despertar, ocurrirá el suceso de tu entraña.
Como la tierra, cuando las fuerzas seculares insisten
y de sus vientres salen los tesoros hundidos,
así tu cuerpo temblará, oh intacta,
al dejar en la hierba el pequeño sollozo palpitante.
Pues en ti se repiten las creaciones del mundo
y la madre geológica concentras.
Oh amada, cómo decir entonces tus murallas destruídas,
todo tu ser envuelto en una roja nube gigantesca;
cómo decir el grito que darás a las cosas,
atravesando edades, velos de templo, osarios.
Porque tú gritarás, oh silenciosa.
Y gritarás amándome y sintiéndome,
y huiré contigo hasta el primer asombro,
como si todos los árboles comenzaran a nacer;
porque el amor es un regreso, un interminable regreso,
y no habla porque llora o ríe
como se hacía antes de las palabras
cuando los ríos dijeron *adelante*
y cayeron las primeras gotas del diluvio.

Será vencido el grito por el llanto.
Un llanto nuevo, limpio,
necesario para lavar tántas rosas enfermas,
tántos ojos oscuros,
tántas mañanas dolorosamente perdidas,

Es el llanto que nace,
la gota de la estrella, un ruido virgen
que atraviesa las almas con su beso de fuego.

Oíd, toros azules,
oíd, montaraces envíos de la infancia.

Es el llanto que nace,
un rostro, azul, flotando sobre el mundo,
una respiración con el latido
de los soles profundos.

Desde las Columnas Esbeltas,
desde los centros diáfanos del día
vendrá con sus palomas, muy temprano,
cuando el humo se enciende en las cabañas.

Sabedlo, montes;
conversadlo, ríos.

Irá sobre los vientos
agitando su caja de laureles.

Buscarán el sonido de sus huellas
mariposas de aire, lunas tiernas.

Levantaré el gemido de mis noches,
la perla de tu sangre.
Lo veré largamente, largamente.

Estará como después de la lluvia,
húmedo de galaxias,
un poco tembloroso de sibilas.

Tú inclinarás sobre el cuerpo tesoros de sombra
y un extraño poder cubrirá nuestras voces:

¡Thalassa, thalassa!, diremos como los soldados antiguos
a la vista del mar.

Y es que el llanto que nace es una estrella,
un navío escoltado de gaviotas futuras,
y acaso nos salvemos por su miel sollozante
y por su condición de lucero enjaulado.

Sí; después de tántas culpas, vacilaciones, muertes,
nosotros, los que alzamos grandes orgullos y amenazas,
acaso nos salvemos por esta lluvia luminosa
que hiera con sus flechas el sueño de los hombres.

Y es necesario oír-la
porque ya nos estamos volviendo demasiado violentos,
porque el amor, el sueño, las viejas e intocables maravillas del
[mundo,
lloran entre la noche sus blasfemias.

Viene la vida y llora, la que se va suspira.
Oh amada, qué enseñanza,
qué bandera agitada por tu aliento
no nos dará este llanto pequeñito!

Tú, dolorosa, herida,
gimiendo, tal lobezna en las cuevas azules del monte,
apagarás el frío con un poco de vino celeste,
ese milagro donde las almas más profundas se encuentran,
manando de tu ser como un sándalo deliciosamente punzado.

Qué misterios, amada, qué dolor tan gozoso,
reproducir sonrisa, dulces labios,
rostros para besar y contemplarnos!

Después, recuperados,
dueños de una verdadera quietud vigilante,

cuidaremos la vida que hemos hecho,
protegiendo su cuerpo como hace con la mata la nube gene-
[rosa del estío.

Huíd, huíd, ralas insinuaciones del pasado,
neblinas metafísicas, vagos espectros, brumas
del ayer insidioso:
ahora se levantan estupendos augurios en el aire,
y jóvenes himnos, derramando campanas,
saludarán el sol de nuestras frentes.

El sueño, agitado un momento por tu brisa campestre
regresará a su centro de partida,
aquietando las aguas numerosas de la sangre,
sumiendo nuestras voces en un ligero y plácido murmullo.
Debajo de nosotros quedarán los Ancianos,
silenciosos, dormidos, flotando como grandes montañas inver-
[nales,
y ya no sentiremos la nociva insistencia de la noche
porque vendrán los pájaros del alba
a posarse en tu rostro, y en la mano
nos crecerán ciudades como flores.

Romperemos el miedo de la muerte,
los cantos ilustrísimos del vestido de negro,
el dogma y su carroza de soles circulares.
Nuestra felicidad eso requiere, y más.
Será como hundir una gran casa,
como quemar un árbol ya sin fuerza,
ya sin la gracia viva del permanecer victorioso;
seguramente llorarán los azules capellanes del bosque
y las liras enfermas caerán de sus castillos
desintegrándose en la vasta y diminuta cólera del polvo;
pero las máquinas se moverán con alegría
y una pleamar humana cantará su conquista,

y tú verás el día de la trabajada esperanza
no desde las torres, sino desde las fábricas.

Es el Futuro sembrando banderas,
es la Patria del Hombre, divisada
por aquellos relámpagos orales
que misteriosamente, desde el fondo
de las estalactitas y los siglos
han preparado aceros y esperanzas.

Por el hijo que nace, joven nueva,
construiremos jardines y guirnaldas,
iremos al encuentro de las mieses
y nuestro amor se tenderá a besar la tierra como un río.

Ven, Amada.
Nos esperan navíos y trigales.

EL DESTRUCTOR DE IDOLOS

Por Rodolfo USIGLI

II. EL NOVELISTA A CIEGAS

NINGUNA definición mejor de la Londres literaria del 1876, en que cayó el conquistador irlandés sin hacer una onda siquiera, que la del propio Gilbert K. Chesterton:

"Debe recordarse que Shaw surgió como ingenio en una suerte de edad secundaria de ingenios: uno de esos rancieros interludios de jóvenes prematuramente viejos, que separan las épocas serias de la historia. Oscar Wilde era su dios; pero era algo más místico, para no decir monstruoso, que el promedio de su reseca y decorosa impudencia. Los dos supervivientes de ese tiempo, hasta donde yo sé, son el señor Max Beerbohm Tree y el señor Graham Robertson, dos personas de lo más encantador; pero el aire en que tuvieron que vivir era el demonio. Una de sus notas era una artificial reticencia de la palabra, que esperaba hasta que podía plantar el epigrama perfecto (*véase el retraso de la generación de Contemporáneos en México*). Sus productos típicos eran demasiado engreídos para establecer la ley. Ahora bien, cuando la gente oía decir que BS era ingenioso, como certísimamente lo era; cuando oían repetir sus *mots* como los de Whistler o Wilde; cuando oían cosas como 'Las Siete Virtudes Mortales' o '¿Quién es Hall Caine?' esperaban a otro de esos sarcásticos elegantes silenciosos que andaban por ahí con un epigrama, pacientes y venenosos como una abeja con su único aguijón. Y cuando veían y oían al nuevo humorista, no encontraban ni la despectiva mofa fija, ni el clavel verde ni las silenciosas buenas maneras estilo restaurante Savoy, ni el temor a parecer tonto, ni noción particular alguna de querer parecer un caballero. Encontraban a un irlandés parlanchín, de voz benévola y abrigo marrón, gestos abiertos y un deseo evidente de poner a la gente de acuerdo con él. . . La voz humana de Shaw y su manera cordial eran con

toda evidencia cosas más características de un grande hombre que la dura brillantez como de gema de Wilde o el cuidadoso mal humor de Whistler. Trajo una insolencia de tipo más aireado. . . . Agregado al efecto de la amable, dogmática voz, y de la delgada, floja, fanfarrona figura, está el del rostro, con el que tantos caricaturistas se deleitaron fantásticamente, el mefistofélico rostro con las feroces, penachudas cejas y la bifurcada barba roja. Con todo, esos caricaturistas, en su natural deleite al dar con un rostro tan notable, lo han desfigurado un poco al hacerlo meramente satánico, en tanto que su expresión real tiene tanto de benevolencia como de burla. Para esta época, su traje se ha convertido ya en parte de su personalidad; ha llegado uno a pensar en el traje Jaeger café rojizo como si fuera una especie de piel café rojiza, y formara, como el pelo y la barba, parte del animal; con todo, hay aquellos que pretenden recordar a un Bernard Shaw de aspecto todavía mas tremendo antes de que Jaeger viniera en su ayuda: un Bernard Shaw vestido con una levita en ruinas y una especie de sombrero de paja. . . . En cualquier caso, sus ropas de lana café, a la vez artísticas e higiénicas, completaban su atracción”.

Dos frases más de la misma paradójica, deleitosa, y ¡ay! casi olvidada pluma, completan el retrato: “El mundo debe gratitud a BS por haber combinado el ser inteligente con el ser inteligible. Ha popularizado la filosofía, o, más bien, la ha repopularizado, pues la filosofía es siempre popular, excepto en épocas peculiarmente corrompidas y oligárquicas como la nuestra”. Es decir que entendió e hizo entender que la filosofía del mundo y de la vida es bien propio y vital del hombre en general y no privilegio o jereñiada del profesor de capilla.

Como dramaturgo (Chesteron no lo era y su juicio es el imparcial del crítico ideal y sensitivo, exento de celos profesionales y de partido), además de reconocerle que era siempre bueno y a veces grande, aparte de ser “indecente como un puritano. Está tan lleno de palabras gruesas y de hechos sensuales como un sermón del siglo XVII”, acepta que “introdujo en el teatro las cosas que nadie más ha introducido en un teatro (*Ch. olvida a Aristófanes y a Molière*): las cosas de la calle de afuera. El teatro es una especie de cosa que orgulloosamente hace a un coche de caballos atravesar la escena como Realismo, mientras todo el mundo afuera silba para llamar taxis. . . . Sólo el autor de *Hombre y Superhombre* conocía el

mundo moderno lo bastante para caricaturizar al advenedizo educado—el hombre Straker, que puede citar a Beaumarchais aunque no puede pronunciarlo. Esta es la segunda y verdadera y grande obra de Shaw: hacer entrar al mundo en la escena tal como se dejó penetrar a los ríos en los Establos de Augias. Ha hecho entrar un poco del Haymarket en el Teatro Haymarket; ha permitido a algunos susurros del Strand penetrar en el Teatro Strand. Después de Shaw, puede uno decir que nada hay que no pueda introducirse en una comedia si se puede hacerlo decente, divertido y pertinente. El estado de salud de un hombre, la religión de su infancia, su oído para la música o su ignorancia de la cocina, todo puede hacerse vívido si tiene algo que ver con el tema. Un soldado puede mencionar la caballería igual que la administración militar, y, mejor aún, un sacerdote puede mencionar la teología igual que la religión. Eso es ser un filósofo, eso es llevar el universo a la escena'.

Cinco novelas: cinco fracasos

EN sus primeros siete años de vida londinense, GBS parece no haber descubierto aún su vocación por el teatro ni definido su necesidad de utilizarlo como el medio de expresión que mejor expone y condensa su pensamiento. Los dos primeros años, en que todavía acepta trabajos ocasionales, como el de la compañía telefónica Edison, nada hace en realidad. Pero de 1879 a 1883 escribe cinco novelas a razón de una por año: *Inmadurez*, *El Nudo Irracional*, *Amor entre Artistas*, *La Profesión de Casbel Byron* y *Un Socialista Insocial*. La cuarta se convertiría más tarde en *El Admirable Bashville* o *La Constancia no Recompensada*, su única pieza escrita en verso blanco al modo isabelino porque era "tan puerilmente fácil y expeditivo (de aquí, dicho sea de paso, la copiosa producción de Shakespeare) que al adoptarlo pude hacer dentro de una semana lo que me habría costado un mes en prosa". Para escribir sus novelas compraba provisiones de papel blanco de tamaño medio de 16 x 21 pulgadas (aproximadamente 40.5 x 53.5 centímetros), que doblaba en cuarto. "...Y me condené a llenar cinco páginas por día, lloviera o hiciera sol, embotado o inspirado. Quedaba tanto en mí todavía del escolar y el escribiente que si mis cinco páginas terminaban en mitad de una

sentencia, no la acababa yo hasta el día siguiente". Sin concederle domingos ni días de asueto, habrá que considerar que en el lapso de cinco años cubrió 9,145 hojas de 20.2 x 26.8 centímetros (tamaño carta más o menos), con su armoniosa, equi-librada y bien espaciada escritura.

Sólo en 1884, esto es, un año después de terminar su quinta novela, logra editarla, en serie, en la publicación periódica *To-Day*, en la cual aparece también en igual forma la cuarta, entre 1885 y 86, en tanto que la segunda y la tercera salen respectivamente entre 1885-87 y 1887-88, en la revista *Our Corner*, gobernada por la famosa escritora Annie Besant, quien, según GBS, la usaba como pretexto para ayudar económicamente a los escritores socialistas pobres mejor que por estimación literaria de las obras. La primera novela, en cambio, *Inmadurez*, que contenía doscientas mil palabras, fué rechazada por todos los editores de Londres y algunos de Estados Unidos, y no llega a ver la luz pública sino medio siglo más tarde, y eso a expensas del autor. (El prólogo está fechado en 1921, pero la edición corresponde en apariencia a 1930).

Al releer sus novelas años después, declara GBS que son "apenas lo bastante legibles para ser intolerables", y, adaptando una frase de Oscar Wilde, el biógrafo Pearson comenta que "hay dos maneras de no gustar de las obras de Shaw: una es no gustar de ellas y la otra gustar de sus novelas". Ninguna, sin embargo, está exenta de toques inteligentes, característicamente shavianos, y en conjunto representan la adquisición invaluable de una disciplina de trabajo. El fracaso de *Inmadurez* entraña, además, la significación particular de una lección literaria de primer orden. Desgraciado del escritor que no conserva inédita una obra de primicias y que tiene la aparente fortuna de encontrar editor desde luego. El reflejo de esto sobre su obra ulterior, si llega a escribirla, es tan destructivo para su experiencia como podría serlo un primer amor feliz. La ambición, el instinto de lucha, el aprendizaje de la paciencia y del oficio, el fuego de la esperanza y el gusto del trabajo se pierden para siempre. Y no pienso al decirlo en los innumerables ejemplos que nos rodean: cabezas, ojos, brazos o piernas de escritores latinoamericanos. Al contrastar ahora la obra de un fracasado y rebelde GBS con la de un mimado de la fortuna, como Anatole France, se siente el vértigo y se sabe que si France hubiera tenido un fracaso en su primera novela quizás habría

llegado a ser un gran escritor vivo en el sentido profundo de la expresión, en vez del estilista de gabinete que se quedó momificado como una hoja vegetal entre dos de papel del diccionario. Que quien pueda aprenda.

Significativo también que necesitara escribir cinco novelas regulares —alrededor de un millón de palabras— para adquirir el convencimiento absoluto de que su vida y su destino estaban en la palabra hablada —discurso político, debate económico, controversia científica o religiosa y, en suma, diálogo, es decir, teatro. Algo quedó de ellas, sin embargo, porque mientras Stevenson escribía la famosa carta a William Archer en la que decía: "Dios mío, ¡qué mujeres!" aludiendo a las heroínas de las novelas shavianas, F. E. Loewenstein pudo, todavía en 1946, trazar la *Historia de una Novela Famosa (Un Socialista Insocial)*. Resulta valioso también recordar la observación del bibliógrafo A. C. Ward: "Es probable que ninguna de estas novelas habría sido reeditada en años posteriores a no ser por la eminencia ulterior de su autor en otros terrenos. Con todo, tienen interés para quienes sean lo bastante pacientes para leerlas, y Shaw mismo ha descubierto en *El Nudo Irracional* (que por razones literarias descarta como una proeza estéril) un acercamiento con la actitud ibsenista años antes de que llegaran a serle conocidos los escritos de Ibsen. Este punto tiene especial importancia ya que a menudo se considera a BS como a un discípulo de Ibsen cuya obra habría sido de un carácter enteramente diferente, o podría no haber existido siquiera, si Ibsen no le hubiera mostrado el camino. En *El Nudo Irracional*, sin embargo, 'la moral es original y no de confección', como él dice, y '... la rebelión de la Fuerza Vital contra la moral de confección del siglo XIX, no fué obra de un microbio noruego, sino que se habría traducido en expresión en la literatura inglesa aunque Noruega no hubiera existido'".

La trascendencia de la época de las novelas está en que es la misma en la que GBS hace su profesión de haraganería y en que, frescos aún los recuerdos de su pobreza irlandesa y vivos los signos de su miseria londinense, descubre que "encontrar nuestro sitio puede volverse cosa muy desconcertante por la circunstancia de que no hay lugar en la sociedad ordinaria para individuos extraordinarios". Pero "catar a la sociedad es parte del negocio de un profeta". Y este hombre extraordinario que era "Comunista e Iconoclasta (o Cuáquero) sin saber-

lo"; para quien sólo un poeta resultaba sagrado: Shelley, a cuya semejanza e imagen se proclamaba "socialista, ateo y vegetariano", se veía sobrecogido al mismo tiempo por la más abominable timidez: una timidez traducida en inocentes agresiones tales que resultaba, al modo de la definición mexicana, un tímido "de los que por no pedir, agarran".

Cuando, en el verano de 1921, escribe el prólogo a *Inmadurez*, parte de la cual "para ese tiempo había sido devorada por los ratones, aunque ni ellos mismos habían logrado terminarla", diría, para explicar su extraño papel en las cosas y los usos del mundo exterior, en los que resultaba siempre "el perfecto extraño": "Cuando escribo esto hay una locura por lo que se llama psicoanálisis, o sea la cura de los males por el medio de explicar al paciente lo que le ocurre: plan excelente si por casualidad sabéis lo que le ocurre, especialmente cuando la explicación es que no le ocurre nada. De este modo una abeja que trata desesperadamente de alcanzar un macizo de flores al través del cristal de una ventana, llega a la conclusión de que es víctima de espíritus malos o de que está loca, siendo su fin el agotamiento, la desesperación y la muerte. Con todo, ojalá lo supiera, no tiene nada malo: todo lo que necesita hacer es salir como entró, por puerta o ventana abierta. Vuestro comunista nato principia como la abeja en el cristal. Se preocupa y preocupa a todos los demás hasta que muere de mal humor, o bien se ve llevado por algún panfleto de propaganda, o por sus propios impulsos intelectuales (si algunos tiene), a investigar la estructura económica de nuestra sociedad. Inmediatamente todo se vuelve claro para él: la propiedad es un robo, la respetabilidad fundada en la pobreza es blasfemia; el matrimonio fundado en la propiedad es prostitución; es más fácil para un camello pasar por el ojo de una aguja que para un rico entrar en el reino de los cielos". El es la abeja inteligente que analiza la estructura de la ventana antes de volverse una víctima insoportable. Está en la etapa de la conciencia que se abre, no al espectro convencional o social de la realidad con que disimulamos ésta, sino a una realidad subyacente, motriz, genésica, y, solo en la sociedad con su inteligencia, investiga sus relaciones previas con Dios para concluir que "aun cuando era un buen niño, lo era sólo teatralmente, porque, como dicen los actores, se veía en el personaje". Paradójicamente, estima que su conocimiento de la Biblia al través de su padre, de la

obscenidad al través de su tío, escandaloso estado de cosas, "lejos de ser perjudicial para la salud de mi alma, le era benéfico. Un ejemplo: el dramaturgo medieval, más osado que mi tío, ponía en escena conversaciones cómicas entre Caín y su Creador, en las que el lenguaje de Caín no era más respetuoso que el del señor (Squire) Western de Fielding¹ y análogamente indecente". Y añade: "En todos los países católicos existe una hagiología apta para la publicación y una hagiología que no lo es. En la Edad Media pueden haber condenado una historia como impúdica o blasfema; pero jamás les ocurrió pensar que Dios o su Iglesia pudieran verse debilitados por ella".

En *Inmadurez*, a juzgar por el prefacio al menos, están presentes todos los conflictos que determinan la educación y el carácter del hijo segundón de una familia segundona, que sólo se distingue de otras en el privilegio de saber reír. De ahí la protesta contra la familia, típica de GBS en toda su obra, y actitud iniciada en la etapa novelística ya. "Pero como, comparados a familias inglesas análogas, teníamos un poder de drammatización burlesca que hacía cascatear más alto los esqueletos shavianos; y como yo poseía ese poder a un grado anormal y frecuentemente divertía a mis amigos con cuentos de mis tíos (de modo tan eficaz, dicho sea de paso, que nadie los creyó nunca), la familia, lejos de ser una escuela de reverencia para mí, fué más bien una mina de la que podía yo extraer un material altamente divertido sin la molestia de inventar un solo incidente". Esta costumbre trascenderá en su teatro, como en el de Shakespeare, a semejanza de quien GBS se declara estéril para la elaboración de tramas.

Todo esto tiene un sonido agresivo y escandaloso y, en apariencia, tiende a justificar la mala reputación de Shaw que, desde tan joven, estropeaba a menudo reuniones y fiestas con

¹ HENRY FIELDING (1707-1754). "En 1737... el mayor dramaturgo profesional, con la sola excepción de Shakespeare, producido por Inglaterra entre la Edad Media y el siglo XIX, dedicó su genio a la tarea de denunciar y destruir la corrupción parlamentaria, entonces en su cúspide. Walpole, incapaz de gobernar sin corrupción, pronto amordazó a la escena con una censura que está en plena fuerza en el momento actual. Fielding, expulsado del comercio de Molière y Aristófanes, se entregó al de Cervantes, y desde entonces la novela inglesa ha sido una de las glorias de la literatura, mientras el teatro inglés ha sido su vergüenza". GBS: Prefacio a las *Comedias Desagradables*.

las salidas de tono a que lo empujaba su indomeñable timidez. Pero "más adelante, cuando me hube hecho una reputación pública como iconoclasta, la gente que me conocía en lo privado se sorprendía ante mi mansedumbre y sociabilidad". Ya en esta época de *Inmadurez* era un Inempleable incorregible y, mientras luchaba por abrirse paso en aquel bosque de sí mismo, se desacreditaba deliberadamente, por exceso de brillantez, ante quienes querían darle empleo, avergonzado de sus excelentes cartas de recomendación de Irlanda, y quizás un poco, en el fondo, por su falta de antecedentes universitarios. "Ya he explicado la razón económica por la cual los chicos de mi clase tienen que pasarse sin educación universitaria, como sin caballos y sin escopetas". Pero el hombre que no aprendió nada en la escuela, acaba por felicitarse de ello, convencido de que "toda actividad innatural del cerebro es tan perjudicial como cualquier actividad innatural del cuerpo, y que apremiar a la gente a aprender cosas que no quiere saber, es tan nocivo y desastroso como alimentarla con serrín. La civilización se hunde siempre por dar a las clases gobernantes lo que se llama educación secundaria, que produce una invencible ignorancia y una imbecilidad intelectual y moral a resultas del abuso innatural de la facultad aprehensiva".

El "indigno impostor" que había prosperado como cajero de una casa respetable sin el menor amor por su trabajo, explica entonces sus razones para abandonar a Irlanda: "James Joyce en su *Ulises* ha descrito, con una fidelidad tan implacable que el libro es soportable a duras penas, la vida que Dublín ofrece a sus jóvenes, o, si preferís decirlo de otro modo, que sus jóvenes ofrecen a Dublín... No fué sino cuando volví a Irlanda como turista (*a instancias de su esposa*), cuando me di cuenta de que el encanto de mi país era independiente por entero del accidente de que yo hubiera nacido en él, y de que podía fascinar a un español o a un inglés más poderosamente que a un irlandés, en cuyo sentimiento por su país debe de haber siempre una extraña angustia, porque es el país en el que ha sido desgraciado y en él que la vulgaridad es vulgar para él. Así pues, soy un europeo tolerablemente bueno en el sentido nietzscheano, pero un muy mal irlandés en el sentido feniano o en el del Pueblo Elegido".

Aparte la impresionante semejanza con México y el mexicano en ese sentido de la angustia y la soledad que los inves-

tigadores actuales, comprendido yo, no han escudriñado a fondo todavía, hay que tener en cuenta que el hombre que habla así es el mismo que explica que su condición bisoña de aquel tiempo se complicaba con una extrañeza más profunda: la misma "que me ha hecho toda mi vida un transeunte de este planeta mejor que un natural de él. Ya sea que haya yo nacido loco o un tanto excesivamente cuerdo, mi reino no era de este mundo: me sentía yo en mi casa sólo en el reino de mi imaginación, y cómodo sólo con los grandes y poderosos muertos. Por lo tanto, tuve que convertirme en actor y crearme una fantástica personalidad adecuada y apta para tratar con los hombres, y adaptable a los varios papeles que tenía yo que representar como autor, periodista, orador político, miembro de comités, hombre de mundo, etc. En esto llegué a tener demasiado éxito". Quizá de esta falta de colorido sentimental, que no equivale a la insensibilidad hacia el color en el arte pictórico, surgió la definición de Chesterton que hace de GBS un "artista en blanco y negro", esto es, sin colores, aunque a mí me parece más bien un escultor de pensamientos modelados en una materia parecida al mármol por la nitidez y la dureza. Sin embargo, este mismo hombre es el que por caminos misteriosos —y ningunos lo son más que los de la gloria— alcanza en un momento dado la perfecta sencillez humana, la que iguala a todos los seres pero distingue sólo a unos cuantos como grandes.

Es interesante, por lo demás, que, desde esta "desgarbada primera novela" que aconseja saltar al lector, y que no corrige al editarla medio siglo después de escrita por decirse: "No debo hacer intento alguno para corregir la obra del aprendiz con la mano del maestro", sus penetrantes virtudes de observador del hombre y de sí mismo hayan estado ya presentes. En principio, escribe novelas porque es la boga de la época y porque todo el mundo hace otro tanto en Inglaterra, pero sabe que ese no es su camino. Escribe, además, novelas sobresaturadas de una corrección académica del idioma (sí puede hablarse de academias en inglés, lengua feliz que no la tiene), que no son sino ejercicios lingüísticos y psicológicos en una gran escala de paciencia. Para un joven cinco años valen lo que diez o más para un hombre maduro, sobre todo en los impacientes que corren de los veinte a los treinta. El estaba decidido a no escribir nada "que no pudiera ser inteligible para un extranjero con un diccionario, como el francés de Voltaire", y evitaba,

en consecuencia, el modismo que más tarde llegó a buscar "como la forma más altamente vitalizada del lenguaje". Conviene en que en esta primera novela "debe de haber cierta calidad juvenil... que no podría recapturar ahora, y que puede inclusive tener encanto igual que flaqueza y absurdo". Y ya es conquista descubrir en ella la corrección perfecta del lenguaje y una conciencia certera en el sentido de que "nunca aspiré al estilo en mi vida: el estilo es una especie de melodía que entra por sí sola en mis frases. Si un escritor dice lo que tiene que decir tan exacta y eficazmente como puede, su estilo se cuidará solo, si tiene estilo".

Con esa lucidez natural —aunque las novelas constituyen una especie de eclipse a medias en su carrera— que lo acompañó siempre, al escribir cinco en cinco años sabe todo el tiempo que es "un estudiante con un maestro muy crítico, a saber, yo mismo, a quien no se podía agrandar ni evadir", y persevera en este aprendizaje con "toda la desconfianza y la insatisfacción", tratando de conservar su propia estima en una "situación de inopia que, en dos momentos agudos (todavía los recuerdo con cara hosca) sumaron los zapatos rotos y el deshilachamiento cuidadosamente recatado de puños cuyos extremos podaban las tijeras, a un sombrero alto tan endeble por la edad que tenía yo que llevarlo al revés (el frente atrás) para poder quitármelo sin que se le doblara el ala".

Completo fracaso profesional, como se proclama, tiene siempre conciencia de las cosas. Entre otros detalles, si llega a ejercer el periodismo varios años en términos de indisputable maestría, es porque tiene la preparación que representa un millón de palabras bien escritas en sus novelas. (Lección para el periodista improvisado que aprende a escribir, y a menudo a leer, en los periódicos). Es concreto y claro: "No tuve éxito alguno como novelista. Envié las cinco novelas a todos los editores de Londres y algunos de los Estados Unidos. Ninguno quiso aventurarse con ellas. Cincuenta o sesenta negativas y ni una sola aceptación, me empujaron por la fuerza a una feroz suficiencia. Me volví indeseable, adquiriendo una sobrehumana insensibilidad a la alabanza o la censura, que me ha sido útil a veces desde entonces, aunque en otras ha retardado mis negocios haciéndome indiferente a la publicación y representaciones de mis obras, y aun impaciente con ellas, como mal acogida interrupción de la labor de escribir sus sucedáneas...".

Mientras más y mejor escribía yo, menos agradaba a los editores”.

Lo importante de las novelas de su ‘noviciado’, como las llama, es que en ellas, aun sin afinidad con el género, introduce ya elementos y seres concretos de la vida que lo rodea (salvo las heroínas que llegarán a ser tan extraordinarias en Cándida, la Comandanta Bárbara y Santa Juana), estableciendo un sistema que durará en toda su obra. Aun cuando llega al símbolo (*Hombre y Superhombre, El Regreso a Matusalén, El Simplón de las Islas Inesperadas o La Muchacha Negra en Busca de Dios*), no puede —griego de estructura interior que es— prescindir de la referencia humana, despreciable a menudo pero real y existente siempre. Mientras escribía *Un Socialista Insocial* en el Museo Británico, observó a una señora y la incorporó de un golpe a su novela con el nombre de Agatha Wylie. La señora llegaría a ser más tarde novelista de fama, pero él calla su nombre. No así el del pintor Cecil Lawson, de origen escocés, a quien bautiza Cyril Scott en *Inmadurez*, iniciando así la preocupación que las relaciones fonéticas y tópicos representan en la masa de la obra shaviana. Pero en este procedimiento aparece ya otro ángulo importante de su método de trabajo que merece atención:

“Antes y después he usado modelos vivos con tanta libertad como un pintor (*en realidad soñó largo tiempo con ser pintor, nunca escritor, porque ya lo era*) y en gran modo en la misma forma: es decir, a veces he trazado un retrato bastante fiel basado en el íntimo intercambio personal (*Gilbert Murray en el Cusins de La Comandanta Bárbara, Edward Aveling en el Louis Dubedat de El Dilema del Doctor, lady Margot Asquith en la Epifanía Ognisanti di Parerga de La Millonaria, para no hablar de caricaturas tan directas como el Herr Battler, el signor Bombardone y el señor Flanco de Ginebra*), y a veces, como en el caso de Agatha, desarrollado lo que una mirada pasajera sugería a mi imaginación. En este último caso ha ocurrido a veces que los incidentes que he inventado bajo el espionaje de una mirada tal, han dado en el blanco (*hit the facts*) tan de cerca que me he visto acusado de imperdonables violaciones de la intimidad personal. . . Entre los dos extremos del retrato real y la pura obra de fantasía sugerida por una mirada o una anécdota, he copiado a la naturaleza con muchos grados de fidelidad, combinando los estudios del natural en el

mismo libro o pieza con esos tipos y compuestos (composiciones) y figuras tradicionales de la novela y la escena que llamamos ficciones puras".

Contrástese a este sereno, ameno cínico profesional que tuvo que dejar de visitar a los Lawson porque siempre hacía el aguafiestas en su casa, con el hombre que escribe: "Me encontré invitado a visitar a los Lawson, que recibían en Cheyne Walk todos los domingos por la tarde. Sufría yo tales agonías de timidez que a veces caminaba de un lado a otro del malecón veinte minutos o más antes de aventurarme a llamar a la puerta: en realidad debía yo haber escapado de puro miedo y precipitádome a casa preguntándome qué caso tenía torturarme cuando tan fácil era huir, si no hubiera estado íntimamente advertido de que nunca debía desatarme de esa manera si quería llegar a hacer algo en el mundo. Pocos hombres pueden haber sufrido más que yo en mi juventud de simple cobardía ni haberse avergonzado más de ella. Huía y me escondía cuando el peligro, real o imaginario, era de tal especie que no tenía yo interés vital en hacerle frente; pero cuando estaba en juego un interés tal seguía yo adelante y sufría condignamente".

He aquí al joven autor de *Inmadurez*.

Cuando, a principios de siglo, los fisiólogos demostraron que en cierto modo el hombre cambia radicalmente en la substancia de su cuerpo (y por consiguiente de su alma, según GBS) cada siete u ocho años, con todo el desprendimiento de un heredero de cuarta generación, el escritor ya ilustre por otros aspectos de su obra hace el balance de *El Nudo Irracional*. Sólo tres de sus novelas le merecieron prólogos: la primera, ésta y *La Profesión de Cashel Byron*, que ha ganado sitial de clase y fomentado quizá más de un millar de mediocres obras y películas en el terreno de la literatura consagrada al arte, el comercio y la psicología del pugilismo. Por qué no añadió enjundiosos apéndices o prefacios a *Un Socialista Insocial*, que también llegaría a cobrar vida propia, ni a *Amor entre Artistas* (título adaptado al verso que habla del amor entre rosas) es asunto que ha quedado sin explicación.

En todo caso, el héroe de *El Nudo Irracional* entraña también una elección objetiva, correspondiendo a la realidad social, a la ciencia y a la vida: es un ingeniero electricista mitad irlandés mitad norteamericano, inspirado en cierto modo en la

figura de Thomas Alva Edison, al través de la espontánea propaganda que los trabajadores yanquis del sistema telefónico rival del de Graham Bell hicieron en Londres de su nuevo dios. Hombres todos "engañados y románticos" que "cantaban anticuadas canciones sentimentales con auténtica emoción", y cuyo lenguaje "resultaba horroroso hasta para un irlandés"; que "trabajaban con una feroz energía que estaba fuera de toda proporción con el resultado obtenido", y que "insistían en ser tratados como esclavos con auténticos juramentos norteamericanos por un auténtico libre e igual capataz norteamericano", a la vez que "despreciaban totalmente al artificiosamente lento trabajador británico, que hacía por su salario tan poco como le era posible".

(Su crítica del lenguaje norteamericano constituyó una obsesión casi para él hasta el final de su vida. Cuando, en 1950, Gabriel Pascal vino a México para ultimar los detalles de la versión cinematográfica de *Androcles y el León* y firmar el contrato con Cantinflas—Cantinflas tuvo el talento de percatarse de que no es un actor sino un personaje y, por tanto, no puede hacer el papel de otro personaje—Pascal escribió a GBS: "¿Qué vamos a hacer en esta película con un director como yo, que habla el inglés con acento mitad italiano mitad húngaro, y un actor como él, que lo habla con acento mexicano?" GBS contestó: "Mientras nadie lo hable con acento norteamericano, todo está bien".

Como sea, la modernidad y la novedad del héroe de *El Nudo Irracional* parecen indiscutibles. El defecto estaba en la circunstancia de que el joven novelista escribía en el estilo de Scott y Dickens, con el resultado de que, "como la sociedad elegante de entonces hablaba y se conducía sin estilo alguno, tal como sigue haciéndolo, mis transcripciones de Oxford y Mayfair pueden sugerir ahora una inexplicable e irrisoria ignorancia de un código de maneras muy superficial y accesible. No era yo, sin embargo, tan ignorante como pudiera haberse inferido en ese tiempo de mi impresentable y casi desesperada situación económica".

Poseía, desde luego, el privilegio que el artista tiene siempre de entrar en relación con todas las clases artísticas y sociales, aun sin buscarlas, e independientemente de todo atractivo de presencia, hermosura natural o atuendo. Tenía algún conocimiento directo y tenía intuición, al extremo de saber que

la profesión de aristócrata cuenta "con tan pocos genios como otra cualquiera", y que (citando la deliciosa comedia de Barrie, *El Admirable Crichton*), los ingleses son extremadamente particulares en la selección de sus mayordomos, en tanto que no seleccionan en lo más mínimo a sus barones, tomándolos según se los envía el accidente de su nacimiento".

Su pobreza lo irrita quizás: no lo amarga. En esa época, "en la que nadie pagaba un ardite por un rasgo de su pluma", salía poco de día, visto el estado astroso de su guardarropa diurno, pero corría el riesgo por la noche, protegido por ese "bendito escudo de la andrajosidad literaria, el traje de noche". Pero poseía lo que el General Walker, economista norteamericano, llamaba la "renta de habilidad", y en su más extrema carencia (conocía el dinero sólo por cuanto le faltaba), sentía latir en él su campaña contra la pobreza como un crimen. "El dinero es en verdad la cosa más importante del mundo", y "todo profesor o charlatán que lo niega o lo suprime es un enemigo de la vida", porque "el dinero gobierna la moralidad; y lo que hace parecer tan tontos a los Estados Unidos, aun en la tonta Europa, es que siempre están en un estado de agitada ansiedad y violenta interposición con la moralidad, en tanto que tiran su dinero a la calle para que sea arrebatado, y a poco se dan cuenta de que sus reservas en efectivo no están en sus propias manos sino en los bolsillos de unos cuantos millonarios que, azorados por su suerte e indeciblemente incapaces de hacer de él un uso verdaderamente económico, se esfuerzan por 'hacer el bien' con él dejándose esquilan por hombres de comités filantrópicos, contratistas de construcciones, bibliotecarios y profesores en nombre de la educación, la ciencia, el arte y qué no; de modo que la gente sensata respira con alivio cuando muere el piadoso millonario y sus herederos, desmoralizados por haber sido educados con sus ofensivos ingresos, inician la obra socialmente benéfica de dispersar su fortuna por los canales de los comercios que florecen merced a la vida desenfadada".

En compañía de hombres cuyo portamonedas no estaba tan vacío como el que él mostró al mendigo en Sloane Street y a la prostituta de Piccadilly en Old Bond Street, y que gastaban en una semana tanto como él en un año, desconocido, paupérrimo, era aceptado porque tocaba pasaderamente el piano y podía gozar del buen arte y sufrir del malo mejor que

otros, limitándose a acumular conocimiento y experiencia en él, ideas que saldrán al fin en sus comedias y que tendrán un curso universal. No tiene, en el fondo, ambición económica alguna, y esto es lo mismo que le permite entender la naturaleza del dinero. "Nunca trepé escalera alguna: he logrado la eminencia por mera gravitación".

Acusado de ser un campesino trasladado a Londres, por un amigo romántico que lo describe así a sus lectores norteamericanos (James Huneker), protesta, se declara halagado y se regocija de no serlo. "Si hubiera yo nacido campesino, ahora sería un vagabundo". Es un producto, accidental por su genio, pero natural, de la clase media que, como el folklore, lo moral o lo inmoral, es igual en todos los países de Occidente, y declara que "mientras toleraba el craso error de que la pobreza, aunque molesta y prueba no es pecado ni vergüenza; y me plantaba por propia estimación en las cosas que tenía: probidad, habilidad, conocimiento del arte, laboriosidad y cualesquiera que me resultaran baratas", sabía que "un ingreso suficiente es indispensable a la práctica de la virtud". Señala que, gracias a las alianzas de los pares británicos con las fortunas norteamericanas, "tenemos todavía unas cuantas personas que mantienen la tradición de una vida hermosa, libre, orgullosa, cara, mientras la masa cobarde que somos conserva la famélica pretensión de que es más importante ser bueno que ser rico y piadosamente nos hacemos trampa robándonos y asesinandonos mutuamente al cumplir con nuestro deber de policías, soldados, alguaciles, jurados, carceleros, verdugos, comerciantes y curas a las órdenes de aquellos que saben que las uvas doradas *no* están agrias".

Admirable capacidad la de un escritor que, como GBS, no pone en el papel una sola palabra vacía, por la que no circule la imponderable sangre de la idea. Pero hay algo más extraordinario en él. Cualquiera dotado de una capacidad poética —y digo cualquiera de los elegidos o de los dignos, no cualquiera de los cualesquiera— puede encontrar un símbolo, un emblema verbal feliz que sintetice la sensibilidad de una generación, el alcance de una cultura, la irradiación de una fe. Lo verdaderamente difícil es escribir en prosa, sobre asuntos prosaicos, con una belleza no lírica cuya fuente es la exactitud. La protesta natural de Shaw contra lo 'poético' irlandés puede ser la clave, pero sólo su capacidad es la solución. En todo

caso, es una señal luminosa para nuestro boscoso continente, poblado de loros rimadores, de pomposos demóstenes que ni siquiera han practicado el ejercicio de las piedrecillas, y hundido, me dijo alguna vez Gabriela Mistral, entre pequeños poemas y malos o flojos ensayos.

Este hombre, pues, que por dignidad, por disciplina, por testarudez, por ociosidad buscada quizás, al embarcarse en la literatura ataca una de sus más difíciles formas y compone novelas escribiendo con la misma fluidez y naturalidad con que su padre bebía, lejos de deslumbrarse ante su capacidad creadora, se critica. No puede resistir siquiera *El Nudo Irracional*, que le parece sólo "uno de esos montones de material echados a perder que implica el aprendizaje. Ejemplo. Y ejemplo: "Hay gente que ha leído *Hombre y Superhombre* y que luego me dice (realmente en mi cara) que nunca escribí nada tan bueno como *La Profesión de Cashel Byron*. Después de esto puede haber un público hasta para *El Nudo Irracional*". Probablemente no hay, fuera de Stendhal, otro escritor cuyo sentido crítico funcione con la objetividad y lucidez del de GBS, y aun en el caso de Stendhal, su autocrítica se ve a menudo limitada por una vanidad literaria que no aparece, o que sólo aparece en términos ponderables y objetivos, en el dramaturgo irlandés. Cuando releo las pruebas de la nueva edición de esta novela, la declara ficción de primer orden a causa de su línea moral, tan original como la de Ibsen, a quien, fuera de Hamlet, "que lucha contra el desajuste", proclama superior a Shakespeare. Y ya en este encuentro con Ibsen surge la diferenciación que en literatura como en todo, es indispensable para la vivencia de toda afinidad. Cuenta cómo, repartido en el papel del Krogstad de *Casa de Muñeca* en un grupo socialista, la novedad moral del matrimonio implícita en la pieza no le produce vértigo, como al resto de Europa, gracias precisamente a la mala novela *El Nudo Irracional*, "intento por parte de la Fuerza Vital para escribir una *Casa de Muñeca* en inglés por el instrumento de un muy inmaduro escritor de veinticuatro años...", estudio del matrimonio hecho "sin falsificación melodramática alguna, sin enfermedades espinales ni suicidios", aunque "debo confesar un estudio de la dipsomanía. En todo caso, mientras charlaba yo y comía caramelos... en tanto que Eleanor Marx, que interpretaba la Nora, hacía entrar en escena a Helmer por el otro extremo de las puertas plegadizas, en realidad me interesó muy

poco Ibsen, hasta que más tarde, cuando William Archer me tradujo *viva voce Peer Gynt*, la magia del gran poeta me abrió los ojos en un relámpago a la importancia de la filosofía social".

Alguna vez le dije que los críticos mexicanos, que en su mayor parte ignoran el inglés, habían señalado con intención peyorativa su influencia sobre mi obra. No sabía yo entonces que los críticos ingleses que, a su vez, ignoraban el noruego, lo habían acusado a él de imitar a Ibsen. Quizá sea este el momento oportuno para adelantar una teoría sobre las influencias literarias y el plagio que, como dice Musset, es siempre un plagio de la misma manera que un gato es un gato. Habría que analizar ante todo ese elemento al que la crítica concede un valor supremo en la obra de arte, y que es la originalidad, que para el artista representa, en cambio, un complemento o un penacho mejor que un punto de partida. El único artista a quien preocupa la originalidad es aquel que no la tiene, y la conciencia de no tenerla es aparentemente más activa y más aguda que la que el artista original tiene de poseerla. No hay originalidad alguna en la línea temática y anecdótica de Shakespeare, tal como no la hay en Cervantes: los dos saquean alegremente las novelas italianas de su tiempo, y empiezan a ser originales en el desenfado con que lo hacen porque éste les permite tratarlas de una manera personal en vez de repetir las simplemente. Son originales porque, para tratar el asunto en toda su amplitud y para agotar sus posibilidades lo devuelven, automáticamente, a sus *origenes*, y entonces proceden a desenvolverlo infinitamente. Ser original, pues, consistiría en poseer una capacidad propia para situar las cosas en su origen, en su punto de partida real, y no en poseer una capacidad de prestimano para *tratarlas* de un modo nuevo, que equivaldría a desplazarlas de su origen y a conferirles otro. Hay una gran diferencia entre la artificialidad, exquisita, es cierto, de Wilde, que se establece como original por intención y rebuscamiento (especialmente en sus apólogos sobre Cristo), y el tratamiento natural, personal no deliberado que es tan propio de cada hombre como el timbre de su voz. En este aspecto el Balzac de *Los Cuentos Droláticos* es tan poco original como el torturado poeta sudamericano que, tras una búsqueda de varios años, decidió intitular *El Perfil de Frente* a su libro de poemas. En cambio, el Balzac de *La Comedia Humana* es tan original como

GBS. El regreso de ciertos dramaturgos contemporáneos a los temas siempre vivos de la tragedia griega es, a su manera, un esfuerzo para volver a los orígenes, que está clasificado en la psiquiatría, y que resulta infructuoso menos por la repetición del asunto que por la repetición de la fórmula artística empleada. Shakespeare y Cervantes cambian la forma por impulso personal: la *novella* italiana, que es un pequeño relato, se transforma en el primero en teatro, y en el segundo en epopeya. Para hacer, digamos, una Antígona tan original como la de Sófocles, sería preciso volver a los orígenes y recontarla en forma de novela o de poema, nunca ya como pieza de teatro. El caso de los Alcaldes de Lope y Calderón es excepcional sólo en el sentido de que el del segundo sobrevive menos porque Calderón fuera mejor poeta que Lope, que porque Lope hizo del Alcalde, como de tantísimas otras comedias, un borrador, un monstruo de maqueta, y no una obra teatral en el verdadero sentido de la palabra.

Hay luego el problema de los encuentros: los artistas y los escritores que, comunicados por sus distintas lenguas y por las distancias geográficas, sin sospechar el uno la existencia del otro siquiera, abordan el mismo problema o tema, porque está vivo ante ellos, con finalidades morales, sociales o estéticas semejantes. Ibsen y Shaw son de esta clase pero, como no tienen afinidad alguna en materia de temperamento, son originales a pesar de sus semejanzas. Que Shaw habría existido y trabajado sin Ibsen, es evidente aun en sus novelas, en las que aborda ya problemas que lo preocuparán toda su vida: En *El Nudo Irracional*, justamente porque es cauce para la Fuerza Vital, empieza ya la teoría de la Evolución Creadora que desenvolverá plenamente en *El Regreso a Matusalén*, y está presente su obsesión sobre la irracionalidad del matrimonio y la necesidad de buscar otra base más humana para la relación sexual entre hombres y mujeres. Pero, donde Shaw es sobrio, Ibsen es bebedor; donde la fuerza y la alegría de vivir geniales de Ibsen laten con solemnidad y pujanza dignas de un tragediante griego, en GBS todo toma el camino de la razón y de la ironía: lo mismo la vida con sus problemas y su miseria, que la muerte, que "científicamente es un tema delicioso". En suma, el encuentro con otro creador, ya sea que un conocimiento directo llegue a profundizarlo o no, es un

hecho natural, en la inteligencia de que Shaw se diferencia más y más de Ibsen mientras mejor y más profundamente lo conoce.

El otro aspecto en esta materia sería la afinidad, infinitamente menos sana que el encuentro, aunque igualmente natural. Una afinidad es una simpatía, y requiere un cultivo especial para perdurar, con el resultado de que el cultivo de ella nos lleva a menudo a la semejanza excesiva; por tanto, a la falta de originalidad: por tanto, a la imitación que, sin embargo, no es un plagio. La gran afinidad—simpatía—de algunos escritores mexicanos hacia las letras francesas en bloque y con algunos de sus hombres y épocas en particular, tan minuciosamente cultivada, ha acabado por desarraigarnos de México sin llegar a sembrarlos en Francia. Quizás un apuntamiento hecho en un viejísimo diario de trabajo esclarezca mejor estos puntos:

"El plagio ideológico no existe". (Las ideas, en realidad, son de quien las trabaja). "Es un fruto de coincidencias, de concatenaciones, de destellos, si las ideas no son, en efecto, más que una electricidad particular, desgarraduras luminosas de una atmósfera que encierran otras. El plagio es materia de forma—y no precisamente de estilo; no de proporciones de adjetivos, de substantivos; no de giros, no de acomodamiento de los tiempos de los verbos— sino de cosa infinitamente más sutil y difícil de percibir. Es como cuando, a sabiendas o ignorantemente, se toma una inflexión de voz o se mima una manera de mirar. Pero esto, en el fondo, no es sino una semejanza—o una posibilidad de semejanza— involuntaria. De donde viene a resultar que los plagios sean siempre obra de espíritus semejantes a los creadores, pero retrasados o enfermizos en su desarrollo. No se imita, no se plagia sino lo que es como uno mismo en más grande, completo y concreto. El plagio nace, ante todo, de una *simpatía*. Pero, ¿excusa esto al plagiario? (El ladrón a menudo roba la joya porque, como el que la compra, siente que le agradaría tenerla: su castigo está en que no puede conservarla). "No. El plagio nace, pues, de una semejanza, de una simpatía, de una inclinación independientes de nuestra voluntad; de algo que es preciso dominar, dividir en diversos movimientos, reducir hasta que no quede más que la esencia menos perceptible de ello, ya que la obra es cosa de voluntad y de *diferencia*. Las diferencias serán precisamente las que harán decir: Shaw escribe como Ibsen. Esto es: Shaw es tan fuerte, sólido y hondo como Ibsen. *Escribe como*, vicio de

lenguaje motivado por un antecedente cronológico en la historia de dos pensamientos o en dos historias del pensamiento. El problema es serio, sin embargo, porque somos una entidad hecha de *semejanzas* con otras entidades; pero semejanzas dispuestas en un orden diverso. Lo que en aquel hombre es un brazo en mí es un ojo, en ti un oído. Si seguimos ciegamente una simpatía, una analogía de esas, resultará que usaremos, yo, mi ojo como un brazo; tú, tu oído como un ojo, y estropearemos órganos o miembros desnaturalizando su objeto preestablecido. Ese es el plagio, que nos ha dado en la poesía poetas con un centro creador musical desviado; músicos que pudieron ser pintores, etc. Estas semejanzas, purificadas, hacen un *hombre*, un ser con conocimiento de sus límites. Entonces, si se dice: el ojo de Usigli es como el brazo de GBS, el oído de X es como el ojo de Usigli, Usigli y X se han salvado. . . La salud está, pues, en *cultivar las semejanzas* respetando la diferencia de su situación en cada hombre. El brazo de GBS hace trabajar mi ojo —PERO COMO UN OJO”.

Volviendo a *El Nudo Irracional*, “la elección no fué un tiro tan malo para una estúpida fuerza instintiva que tiene que operar y cobrar conciencia de sí misma por medio del cerebro humano. Si pudiéramos comprender siquiera que, aun cuando la Fuerza Vital nos provee de su propio objetivo, no dispone para trabajar de otros cerebros que aquellos que penosa e imperfectamente ha desarrollado en nuestras cabezas, los pueblos de la tierra aprenderían a tener alguna conmiseración de sus dioses, y tendríamos una religión que no se vería contradicha a cada giro por la Cosa-que-Desmiente a la-Cosa-que-Debe-Ser”.

La más popular de las novelas shavianas, gracias a la despreocupada y bienintencionada depredación ejercida sobre ella por los editores norteamericanos, es *La Profesión de Cashel Byron*, historia de un pugilista en la época en que el deporte de los puños es perseguido por la justicia inglesa. Otra vez se manifiestan aquí los sentidos adivinatorio y objetivo de su autor. El pugilismo, en tanto que profesión, estaba perdido en ese tiempo. Más adelante, realizada por el monstruo mismo la versión teatral, haría el papel de Byron el famoso campeón James J. Corbett, en Nueva York. No obstante, GBS no piensa en su opus IV sin sentir un estremecimiento ante la estrechez de su evasión de convertirse en un novelista de éxito a los vein-

tiséis años. "En ese momento, un editor aventurero habría podido arruinarme".

Cuando "salí por crecimiento de la escritura de novelas, y me puse a trabajar para ver cómo era de verdad el mundo", la cosa cambió. "El resultado de mis investigaciones, hasta ahora, confirma por entero la observación de Goethe en cuanto al pasmo, la incredulidad, el choque moral con que el poeta descubre que lo que él suponía el mundo real, no existe, y que hombres y mujeres son hechuras de fantasía propia, a imagen de las criaturas imaginarias de sus ficciones juveniles (del poeta), sólo que mucho más estúpidas. Desgraciadamente para el poeta inmaduro, no tiene en su noviciado la satisfacción de saber que sus adivinaciones de la vida son ciertas". Se acusa de ser entonces tierno, verde, bisoño, y de no conocer a "su" Inglaterra. Pero descubre que, mientras sus personajes serios y profundos pertenecen a un orden libresco, scottiano o dickensiano, sus únicos personajes naturales son los cómicos, "porque la isla estaba (y está) poblada exclusivamente por personajes cómicos". Este curioso, orgulloso, stendhaliano privilegio de tener siempre razón, sin el menor esfuerzo personal en tal sentido, es una de las razones de la gloria de Shaw —puede substantiar y justificar cuanto dice— y una de las causas del ostracismo en nuestros países. Mientras en los pueblos occidentales europeos se acata, se admira y se adora a la razón y a la verdad en la literatura y el pensamiento como al fenómeno inmediatamente posterior a la divinidad e inmediatamente anterior a la destrucción y a la guerra, en la América Latina todo escritor que tiene la razón y la ejerce por don natural; todo artista que dice la verdad, se vuelve odioso, odiado e impopular, y se desenvuelve en torno a él una conspiración atmosférica para sofocarlo, o *ningunearlo*, como en el caso de Rodríguez Lozano o en el mío propio. La razón es aquello que todos quieren tener a condición de que no la tenga nadie más y la verdad es que aquello que todos temen que se diga, por efecto de esa enfermiza adolescencia intelectual que va de la mano con los climas tropicales, con las vegetaciones fabulosas, con los desiertos y montañas trazadas a escala sobrehumana y a cuya altura pocos pensadores han llegado. De aquí que entre nosotros el camino del escritor o del artista profesional, siendo tan duro o más en otras partes, sea prácticamente

imposible y sin otra desembocadura hacia el éxito que la muerte.

En el camino shaviano, cuya dureza él tuvo el privilegio de no sentir—quizá por razones de constitución física y de régimen— las cinco estériles novelas constituyeron ante todo el camino hacia un estilo individual inconfundible que ha demostrado ser único en la literatura del mundo moderno. "Y mientras más progresaba yo hacia él y más me aventuraba a la libre expresión de mis ideas propias, más desilusionaba a los editores. . . Debía yo descubrir más tarde que un libro es como un niño: es más fácil traerlo al mundo que gobernarlo cuando lo hemos lanzado a él". Penetración digna de nota en un hombre que murió sin hijos a los noventa y cuatro años y que posiblemente comprendió mejor que nadie la relación entre padres e hijos. Y, siempre, lucidez y sensibilidad sin tacha.

Cuando él hubo abandonado toda veleidad de publicar sus obras de novicio, fué cuando por sí solas—salvo *Inmadurez*, inédita al extremo de los dientes de los ratones— empezaron a adquirir movimiento propio y a reaparecer en ediciones sucesivas, particularmente norteamericanas. Una de ellas, la número cinco, lo puso en feliz y duradera relación con William Morris, uno de los pocos ingleses que merecieron su respeto incondicional. Publicadas en serie en revistas de izquierda, como se explicó ya, Cashel Byron y el Socialista demostraron pronto tener vida propia. "Mi amigo William Archer la reseñó (C.B.) de modo prominente; la *Saturday Review*, siempre susceptible en aquellos días a las artes de la defensa propia, inesperadamente la declaró la novela de la época; el señor W. E. Henley pidió que fuera dramatizada; Stevenson escribió una carta sobre ella. . . ; los demás periódicos presurosamente registraron sus cestos de desperdicios en busca de ella y la reseñaron, en general con bastante desilusión, y el público conservó su compostura y no pareció importarle nada". Si se contrasta todo esto con nuestros éxitos tropicales fomentados por la corrupción oficial en el arte y las letras, he aquí otra cosa que aprender: el éxito que no se sube a la cabeza, que no es más que una *preparación* para el trabajo futuro. Nunca se subrayará lo bastante esto en un momento como el actual de México, al que la corruptela autorizada amenaza convertir en una Babel sexual y literaria a la vez, diezmando por la improvisación y la vanidad mal explotada a toda una generación juvenil.

Claro que la paradoja, que le niega Chesterton, pero que es una florescencia natural en GBS, tiene que abrir también a propósito de las novelas. Mi única pena es que Shaw haya sido irlandés en vez de mexicano, nacionalidad para la cual estaba admirablemente dotado. "Con la mayor indignación niego que haya yo luchado nunca. Yo escribí los libros: fueron los editores los que lucharon con ellos, y lucharon en vano". Y cuando los Estados Unidos se apoderan al pirático modo de sus textos, en vez de indignarse como un despojado, se divierte en grande porque los más atentos y destacados críticos, sin advertir que el editor trabajaba en sentido inverso, después de publicada la obra V, señalaban en la IV "el marcado adelanto de mi estilo, la garra más segura, la forma más clara, el arte más sutil, la opinión más madura del mundo, etc.". Vino después la III, *Amor entre Artistas* y las novelas se propagaron "vigorosamente por todo el nuevo mundo a razón de dólar y medio el ejemplar, libres de todo derecho para el halagado autor".

Objetividad siempre. El mismo hombre que, como cabeza de comité político, angustiado por todos los sudores y por todas las inhibiciones cuando tenía que hablar en público, aconsejaba el método de no discutir nunca, sino de repetir su cuidadoso razonamiento, escribe: "El mundo nunca ha sabido distinguir el queso de la tiza (*chalk from cheese*) en materia de arte; y, después de todo, ya que son solamente los jóvenes y los viejos los que tienen tiempo de leer, pues el resto se encuentra demasiado ocupado en vivir, mis ejercicios pueden resultar más adecuados al mercado que mis obras maestras". Por esto "tuve la vieja queja del autor: la gente lo admirará por hazañas que cualquier tonto puede realizar, y profesará malicia contra él por aburrirla con su obra mejor".

No sólo vuelve el héroe de la IV novela a confirmar la objetividad y el sentido de modernidad con que GBS selecciona las profesiones vivas de sus personajes, sino que en este caso el autor, más diestro, llega más lejos, ya que "en verdad el material artístico de la historia es la comedia del contraste entre las realidades del cuadrilátero y la común glorificación romántica o el aborrecimiento sentimental del mismo". Considera que el renacimiento del pugilismo en los ochentas corresponde al movimiento general que revive todas las causas perdidas como el patriotismo, el imperialismo, la religión, el socialismo: todo está, en efecto, latente en la época; pero aquí

toma ya su posición de destructor de ídolos y sacrificador de ideales o idealismos: hace la contrapropaganda de la pugna y los puñetazos románticos en la literatura moderna, según cuyo principio "la virtud insiste aún en la victoria, en la dominación y el asalto y la agresión triunfantes", advertido de que "el horror es fascinante: el gran criminal es siempre un héroe popular. La gente es seducida por lo romántico porque está ignorante de la realidad, y esto es tan cierto tratándose del cuadrilátero como del campo de batalla. El boxeador inteligente no es un caballero errante: es un hombre de negocios sin ilusiones que trata de hacer negocio a cierto peso y con ciertos riesgos, no de daño físico... sino de pérdida pecuniaria... Lisa y llanamente, la profesión pugilística es como cualquiera otra profesión: el sentido común, las buenas maneras y una conducta social cuentan en ella tanto como en cualquiera otra parte; y como el pugilista hace buen dinero enseñando a los señores a boxear, tiene que aprender a conducirse, y a menudo lo logra mucho mejor que el profesionista ordinario de la clase media. Shakespeare acertó cuando hizo de Autolycus mejor compañía, y de Carlos el Luchador un hombre de mejores maneras, que Ajax o Cloten". En esta profesión es tan imposible "una combinación afortunada de repulsividad personal y de incompetencia profesional, como en la barra o en la facultad".

Aquí aparece, también, su primera sátira directa del inglés, que considera el uso de los puños como una escuela de virilidad en vez de una escuela de puerilidad, y que después de salir de Eton, donde habitualmente es flagelado, empieza a jactarse de la costumbre de flagelar como de una institución. Aquí también critica de paso las corrientes románticas de la literatura inglesa y se burla de la ignorancia que sufría Dickens del boxeo y del cuadrilátero, y estudia los ángulos psicológicos, las limitaciones y las posibilidades de esta profesión como un experto, concluyendo que "el cuadrilátero, como todas las instituciones románticas, tiene una atracción natural para la gente histórica". Todo esto puede dar idea de la popularidad de la novela, que nunca ha dejado de circular desde su aparición en renovadas y variadas ediciones. El personaje hizo reír a carcajadas, o llorar de risa, a Robert Louis Stevenson, por sus sentimientos caballerosos, al extremo de empujarlo a componer

la absurda sentencia, que él juzgaba finamente poliglota: "Oh, Bashville — *jen chortle*".

Con su ecuanimidad y su objetividad inalterables, GBS transcribe el análisis de la composición del libro, hecho por Stevenson:

| | |
|--|-----------------------|
| "Charles Reade, | 1 parte |
| "Henry James, o algún autor co- nexo, mal asimilado | 1 parte |
| "Disraeli (quizás inconsciente) | $\frac{1}{2}$ parte |
| "Talento original en pugna anublado, | $1\frac{1}{2}$ partes |
| "Florecente locura gaseosa, | 1 parte |

"...que se cuide (el autor de C. B.) de este condenado siglo: sus dones de insana caballeridad y animada narración son justamente aquellos que pueden ser muertos y arrojados como un inoportuno alumbramiento por el Demonio Tutelar de la Epoca" (Stevenson).

En realidad, la reflexión que se ofrece a modo de balance es paradójica, como resulta natural tratándose de GBS. Las cinco novelas, cada una en la etapa que marca de su desarrollo, son cinco fracasos, no porque sean peores que otras de su tiempo, sino porque lo único que parece distinguirlas de esas es una falta de proporciones y de armonía. El estilo, tan correcto y claro como el de la Biblia o Bunyan, carece de personalidad novelística, para no decir realismo: está fuera de lugar, si no de función, en ese género, y, desde luego, no guarda la menor proporción con los temas y los caracteres. Siendo la mayor virtud de las novelas, en el orden estrictamente literario, viene a resultar su mayor defecto por cuanto las priva de esa aparente realidad que distingue a la obra de arte de la que no lo es... y de la realidad misma. Los defectos, en cambio: la selección de temas poco novelescos, de personajes poco románticos, de una "moral original" en materia de matrimonio y sexo, en choque con el estilo, vienen a convertirse en elementos vitales que pasarán de un género no dominado por el autor, al terreno que le es propio, esto es, al teatro, el debate, el panfleto, la nota crítica y el prólogo, en los que vivirán su vida plena y en los que introducirá los más novedosos, y todavía actuales, temas de su época y la nuestra. La mejor prueba está en la

vitalidad de Cashel Byron, como arquetipo, su profesión y sus problemas. Es cierto que la traslación al teatro no fué afortunada, porque sólo pudieron saborear sus modalidades poéticas y sus atrevimientos líricos unas cuantas personas. Pero, de todos modos, vemos en ella el primer intento de resurrección del estilo isabelino en el teatro, estilo que Shaw, como gran conocedor, declara a un tiempo "incuestionablemente musical y poderoso", y cuya reaparición preveía ya en 1909, aunque no examinó a fondo su deseabilidad. Las modernas obras de T. S. Eliot y Christopher Fry, que combinan el tono de fantasía desenfrenada y la musicalidad isabelinos con las adquisiciones de la poesía moderna, han resuelto quizás el problema planteado por GBS — por el momento, que es como se resuelven siempre los problemas.

Aquí termina el noviciado de GBS. Por lo demás, gracias a sus novelas, ha descubierto la exigüidad de su inventiva para la trama y la superabundancia de sus ideas y razonamientos. Diez años después llevará toda su experiencia al teatro en *Casas de Viudos* e iniciará su verdadera carrera. Pero, para comprenderla en todo su alcance, precisa examinar primero su labor como crítico, en especial de música y de teatro, porque es la clave real de su ética y de su estética de comediógrafo, y, a su vez, el noviciado de su profesión de profeta.

LA LITERATURA HISPANOAMERICANA EN ESPAÑA

Por Robert E. OSBORNE

MUCHO se ha escrito sobre la influencia española en la literatura hispanoamericana, pero muy poco se ha dicho sobre la suerte de esta literatura en la España del último siglo. La escasez de información me picó la curiosidad y me indujo a hacer algunas investigaciones para aclarar algunas dudas que tenía sobre el tema, que resultó ser tan interesante como descuidado. Aunque no pretendo gran autoridad en la materia, ofrezco aquí el resultado de estos estudios en la forma de algunas observaciones acompañadas de fechas significativas que quizás resulten útiles y aporten algo de nuevo. No me propongo agotar el asunto.

Las relaciones literarias y artísticas entre España y la América española durante la mayor parte del siglo XIX casi no existen. La inmensa mayoría de los escritores hispanoamericanos desdeña a España y van en busca de inspiración a otras partes. La actitud de los españoles hacia sus antiguas colonias resulta aún más despreciadora, porque difícilmente se halla algún escritor español que lea un libro americano. En vista de que ambos pueblos tienen en común factores tan potentes como son la lengua, la religión, etc.; ¿a qué se debe este mutuo desdén? Muchas son las razones que explican este fenómeno, pero entre todas, cinco parecen ser las más importantes.

Primera: el antagonismo motivado por las Guerras de Independencia.

Segunda: el deseo por parte de los emancipados de renunciar completamente a su pasado, de establecer su propia personalidad, de ser "diferentes", "americanos", en fin. Este fenómeno interesante es analizado detalladamente por Leopoldo Zea en su libro *Dos etapas del pensamiento hispanoamericano*. Como dice Augusto Bunge, "No queremos ser españoles

de raza, sino forjar la nuestra propia".¹ Los españoles no parecen haber comprendido esta actitud, o por lo menos no la comprendieron hasta tiempos recientes. Sólo los que se han trasladado al Nuevo Mundo comprenden esta idea bien después de varios años de residencia. Así, el emigrante en *La Numancia* de Pérez Galdós mantiene: "...verás que los españoles, a los pocos años de llegar a estos climas, nos volvemos americanos, y tomamos a este terruño un amor tan grande como si en el hubiéramos nacido. Nada te quiero decir de los niños que de padre español nacen aquí, pues yo tengo uno de tres años, que apenas empezó a soltar la lengua, lo primero que aprendió fué llamarme gachupín, etc."² Desgraciadamente, no todos los españoles tenían la inteligencia y la tolerancia del príncipe de la novela española moderna.

Tercera: desprecio de parte de los españoles peninsulares hacia las antiguas colonias. Como el inglés, Sydney Smith, que dijo en 1820, hablando de las antiguas colonias de su país en Norteamérica, "Who reads an American book?", el español podía decir, "¿Quién lee un libro hispanoamericano?" Había, cuando más, una especie de condescendencia por parte del español, condescendencia natural, quizá, pero que, no obstante, irritaba mucho.

Cuarta: cuando el español hablaba de la *Madre Patria*, no pensaba en los millones de indios y de negros que, naturalmente, no podían considerar a España como una madre. Al contrario, ellos, en muchos casos, la consideraban más bien una madrastra. Los blancos los habían explotado desde los tiempos de la Conquista, a pesar de todas las Leyes de las Indias.

Última: se debe tener en cuenta que durante los dos primeros tercios de la pasada centuria, ni la literatura de España ni la de América podía vanagloriarse de nombres mágicos como Balzac, Goethe, Scott y Hugo. Esto no quiere decir, claro, que no hubiera escritores de alto valor en ambos lados del Océano. Hay, desde luego, influencias que penetran en la Península al Nuevo Mundo como, por ejemplo, las obras de Espronceda, Zorrilla y Bécquer y, en cambio, influencias que iban de América a España, como los escritos de Bello y

¹ BUNGE AUGUSTO, "La Nueva España y los países hispanoamericanos", en *Nosotros*, año XXV, núm. 269, oct., 1931.

² PÉREZ GALDÓS B., *La vuelta del mundo por La Numancia*. Hernando, Madrid, 1931, p. 134.

de Avellaneda. Sin embargo, lo verdaderamente curioso del caso es que no sólo los hispanoamericanos no mostraban gran respeto por la literatura castellana de la época, sino que los españoles la despreciaban también. Ambos miraban hacia Francia.

No olvidemos, entre paréntesis, el estado de retraso de las universidades españolas del tiempo. Era tan lamentable su condición que los jóvenes de América no tenían el menor deseo de matricularse en esas ciudadelas de reacción política donde ni siquiera enseñaban las ciencias naturales.

Cuando se consideran esas condiciones—y muchas otras que por falta de espacio no mencionamos— se puede ver que, a pesar de su decantada hermandad, los pueblos españoles de ambos lados del Atlántico no tenían tanto en común como hubiéramos creído a primera vista, o, según Ortega y Gasset, tenían mucho en común pero faltaba "...sólo una cosa, que, por lo visto, es la esencial: el futuro común. España no supo inventar un programa de porvenir colectivo que atrajese a esos grupos zoológicamente afines. El plebiscito futurista fué adverso a España, y nada valieron los archivos, las memorias, los antepasados, la 'patria' ".³

Los últimos años del siglo presencian un cambio radical en la actitud de estos pueblos. Se comienza a ver en España las primeras indicaciones de un vivo interés en los libros de América. En 1878 Francisco Pi y Margall publica su lujosa edición en dos tomos de *La Historia general de América*. En 1888 González del Valle, de origen cubano aunque educado en España, da a luz su *Poesía lírica en Cuba*. Parece natural que el cosmopolita Juan Valera, "el espíritu más agudo de la España actual", según Baroja, fuera el primer español en escribir un libro de estudios detallados sobre la literatura hispanoamericana de su tiempo, las *Cartas americanas*, Madrid, 1889.

Uno de los libros más importantes que trata del asunto es —y otra vez parece natural— la *Antología de poetas hispano-americanos* (1893-95) de Menéndez y Pelayo. Los prefacios de esta *Antología* fueron publicados más tarde, por separado, bajo el título de *Historia de la poesía hispano-americana*.

³ ORTEGA Y GASSET J., *La rebelión de las masas*. Espasa-Calpe Argentina, B.A., 3a. ed., 1939, p. 214.

Es difícil exagerar el papel que desempeñan las revistas españolas, algunas de las cuales eran excelentes. *La España Moderna* sirve de ejemplo. Fué una de las primeras en publicar estudios serios sobre la literatura de ultramar. Ya en el primer año de su publicación, 1889, incluía una "Sección Hispano-ultramarina" en la cual V. Barrantes discutió varios autores americanos. Durante los años siguientes aparecen artículos y estudios sobre el filósofo Olavide, la poesía colombiana, Juan Montalvo, la novela mexicana y otros asuntos. Sin duda alguna, esta revista ejerció gran influencia y ayudó a difundir el conocimiento y el aprecio de la literatura de la América hispana. Citemos como ejemplo de los artículos interesantes y valiosos que se publicaron en la *España Moderna* una reseña por Emilia Pardo Bazán en junio de 1889 sobre el libro *Estudios sobre España*, en la que dice, "Mas nosotros estamos obligados a estudiar la aurora que hoy luce, y debemos regocijarnos al comprobar que cada día se acercan más a la madre común los países hispano-americanos, y, sacudiendo el yugo de la imitación francesa, buscan sus modelos, no sólo en los antiguos clásicos españoles, sino en los grandes escritores contemporáneos". Pardo Bazán parece tener siempre el don de adivinar lo que será importante dentro de pocos años.

Durante los últimos años del siglo aparecen muchos libros sobre el tema. Por ejemplo, los *Ripios ultramarinos* de Valbuena, la *Literatura Hispanoamericana* de Poncelis y el *Manual de literatura nacional y extranjera antigua y moderna* de Giner de los Ríos. Ya se conocían varios autores americanos, por lo menos de nombre, y sus libros se iban difundiendo poco a poco.

De una generación que ignoraba casi por completo la literatura hispanoamericana, pasamos a otra que, si no tiene un conocimiento profundo de ella, por lo menos se da cuenta de su existencia y comienza a investigarla. Previamente, los españoles habían conocido y admirado las obras de la Avellaneda, de Ventura de la Vega y de algunos otros escritores, pero éstos habían vivido gran parte de su vida en la Península. Sea dicho, sin embargo, que los nombres de Baralt, de Andrade y de Obligado tampoco eran desconocidos.⁴

⁴ VALERA JUAN, *A vueta pluma*, "Quejas de los rebeldes de Cuba". Fe. Madrid, 1897.

No hay duda que una de las razones principales que explica este cambio de actitud fué el desarrollo de la literatura hispanoamericana a fines del siglo, y, en particular, la obra de Rubén Darío, el primer literato del Nuevo Mundo que influyó considerablemente el curso de la literatura de la madre patria.

España, por su parte, inspiraba también mayor respeto en la América Latina, a causa del renacimiento brillante de su propia literatura. Los nombres de Valera, Galdós, Unamuno, Valle-Inclán y Ortega y Gasset podían compararse favorablemente con lo mejor que Europa podía ofrecer. En suma, un nuevo y mutuo respeto se desarrolló naturalmente entre España y los pueblos de habla española del Nuevo Mundo.

Hay que considerar otro aspecto que, aunque poco ideal, era muy provechoso para los españoles. No podemos pasar por alto la creciente importancia comercial de América. El español no podía hacer caso omiso de la importancia cada día mayor de los nuevos países transatlánticos. El Nuevo Mundo les ofrecía mercado magnífico para sus creaciones artísticas y literarias. Durante la última década del siglo XIX y las primeras del XX, casi todos los escritores de distinción contribuyeron un sinfín de artículos a las revistas y periódicos hispanoamericanos. Toda esta actividad conducía a un nuevo interés en cosas de América.

Pero entre todas estas conexiones espirituales y materiales lo que nos interesa más es la actitud de estos autores hacia la literatura hispanoamericana. Es posible esquematizar, en pocas palabras, esta actitud.

¿Qué opinión tenían realmente Valera y Menéndez y Pelayo de la literatura hispanoamericana? No la sabemos y quizá no la sepamos nunca. Es preciso recordar que, en aquellos tiempos, los libros de la América hispana escaseaban increíblemente en España, no solamente en las bibliotecas particulares, sino también en los grandes depósitos nacionales, tales como la Biblioteca de la Academia Española y la Biblioteca Nacional.⁵ Por eso, casi todo su conocimiento venía de los libros recibidos de jóvenes escritores o de admiradores en el Nuevo Mundo. Como dice Edith Fishtine, bajo tales condiciones podemos esperar sólo una crítica encomiástica. No habían seleccionado,

⁵ MENÉNDEZ Y PELAYO M., *Historia de la poesía hispanoamericana, Obras completas*. Vol. 2, (1911), Suárez, Madrid, pp. 18-19.

críticamente, ni los libros ni los autores que leían. Escribían sobre lo que tenían a la mano, y lo que tenían, muchas veces, era mediocre. El valor más grande, quizá, de toda la crítica de Valera, consiste en haber presentado al público español, a menudo por la primera vez, ciertos autores americanos y sus obras.⁶

Menéndez y Pelayo, según Valera, era demasiado bondadoso para con los hispanoamericanos, pero lo mismo se puede decir de Valera. La preocupación constante de éste era demostrar a los españoles y a los americanos su fraternidad de raza y de lengua. Para Valera, la literatura del Nuevo Mundo hispano debiera ser, primero, española, y después, americana. No hubiera podido estar de acuerdo con Augusto Bunge que dijo, años más tarde, "Aparte el indoamericanismo, nuestro único denominador común es el idioma".⁷

Tanto Menéndez y Pelayo como Valera ven en los hispanoamericanos una especie de prolongación de España y expresan esto en palabras poco equívocas. Dice aquél, "... los pueblos americanos, cuya prosperidad deseo casi tanto como la de mi patria, porque al fin son carne de nuestra carne y huesos de nuestros huesos".⁸ Sospechamos que los americanos no sentían idéntica simpatía hacia España pues como ya dijimos se esforzaban por ser "diferentes", "americanos" no sólo políticamente sino en todos los sentidos. Los españoles se habían resignado al hecho político pero no querían ver rotos los lazos culturales o de raza. No creían que España fuese un estado decadente y que todo el porvenir se hallara en manos de las antiguas colonias. Hablando de esto, dice Valera, "pero, ¿qué necesidad hay... de que nos consideren ya muertos o arruinados?"⁹ y, más tarde, en 1889, escribiendo a Darío y aconsejándole que a la influencia francesa, añadida la inglesa, la alemana, "—y, ¿por qué no la española también? Al cabo, el árbol de nuestra ciencia no ha envejecido tanto que aun no puede prestar jugo, ni sus ramas son tan cortas ni están tan secas que no pueden retoñar como mugrones del otro lado del Atlántico".¹⁰

⁶ FISHTINE EDITH, *Don Juan Valera, the Critic*, Bryn Mawr, Pa., 1933, pp. 93-94.

⁷ BUNGE A., *Op. cit.*, p. 116.

⁸ MENÉNDEZ Y PELAYO M., *Op. cit.*, p. x.

⁹ VALERA JUAN, *Cartas americanas*, "Poesía argentina", p. 91, Madrid, 1899.

¹⁰ —, *Cartas americanas*, "Azul", p. 236.

Los españoles insisten también en que no haya odio ni desdén por su parte contra los americanos. Dice Valera en "Acusaciones contra España de Draper", en su *A vela pluma*. "¿Qué inferioridad hemos supuesto nunca, ni por ley ni por costumbre, que exista entre un español de por acá y un español de por allá? La igualdad más perfecta entre todos los españoles de la Península y de Ultramar ha sido proclamada siempre en leyes, pragmáticas, ordenanzas y decretos". Pero una cosa es la ley y otra la práctica. La ley que gobernaba a los americanos desde los tiempos remotos, era buena, en principio. Pero en la práctica, ni el indio ni el criollo tenía los derechos de que gozaban los peninsulares. Los americanos sabían esto mejor que los españoles.

Verdad es que había muchos hispanoamericanos también que, por razones históricas, ni querían ni podían ver nada de bueno en los españoles. Miraban hacia Francia y no hacia España en busca de inspiración cultural. Se equivocaban, probablemente, como sugiere Pardo Bazán,¹¹ porque, por lo menos en España había hombres que amaban y respetaban a los americanos, mientras que los franceses no sabían nada de ellos ni de su cultura. Así decía, por ejemplo, Jules Lemaître en el *Journal des débats*, cuando Sara Bernhardt partió para Suramérica, "vais a exhibiros allí ante hombres de poco arte y de poca literatura, que os estimarán mal, que os mirarán con los mismos ojos que un ternero de cinco patas, y que no comprenderán vuestro talento sino porque pagarán caro el veros".¹² Un español, por mucho que odiara a los hispanoamericanos, no habría hablado en tales términos. Entre paréntesis, la Bernhardt fué muy bien recibida, ¡y comprendida también! Ella obtuvo *un succès de fou*.

De lo que hemos dicho, se verá que había muchos conceptos falsos por parte de ambos pueblos. Sin embargo, vemos también que había jóvenes autores americanos que enviaban

¹¹ PARDO BAZÁN, E. "Y no hablemos de las Américas españolas, donde el culto y la imitación de los maestros y los epígonos de la literatura francesa ha llegado a extremos lamentables, sobrado comentados y conocidos. Quizás para las generaciones jóvenes del Nuevo Mundo, subyugadas por sus admiraciones hasta sacrificarles las preciosas prendas de la independencia y la sinceridad, etc.". *La literatura francesa moderna*, "Prefacio", *Obras de E. P. B.*, Pueyo, Madrid, tomo 37, p. 12.

¹² Citado por VALERA en *Cartas americanas*. "El teatro en Chile".

sus nuevos libros a maestros españoles y que había insignes escritores en España que se interesaban por las cosas de América. La situación se mejoraba.

Ya hemos hablado de Pérez Galdós y de su actitud. Galdós ve en los americanos sólo hermanos, separados políticamente. Cuando, en *La Numancia*, el buque de guerra llega a Montevideo, los marineros españoles se alegraron de poder "tratar con españoles, aunque políticamente no fueran aquellos nuestros hermanos, por el habla y por los sentimientos no podían negar la casta". El gran novelista no escribía artículos sobre el Nuevo Mundo pero era, en el fondo, buen "español" y "americano" en el sentido más amplio de las palabras.

En 1905 Miguel de Unamuno publicó en la revista *La Lectura* un artículo intitulado "Algunas consideraciones sobre la literatura hispanoamericana", en el que dice muchas cosas de interés. Sin embargo, Unamuno, siguiendo su práctica de desarrollar un tema cualquiera en múltiples e inesperadas direcciones, diluye su argumento. Así sucede en el artículo ya citado. Promete más de lo que cumple, pero hace, no obstante, varias observaciones agudas sobre la lengua y la literatura en la América hispana, y menciona los nombres de Darío y de José Asunción Silva como ejemplos de escritores que han influido en la literatura española al fin del siglo.¹³ Baroja, como veremos más tarde, acusa a Unamuno de "adulaciones interesadas". No podemos probar tal acusación pero sí sabemos que Don Miguel se interesaba mucho por la venta de sus libros y que no despreciaba el dinero. No obstante esto, tenemos la impresión que su interés en los países de habla española es sincero. Sabemos además que su artículo fué muy leído y que, sin duda, ejerció profunda influencia. Esto es lo que importa.

El escritor que parece más sincero y que emplea las palabras menos altisonantes y huecas hablando de los hispanoamericanos, es Angel Ganivet. Ganivet no cita en toda su obra más que dos o tres nombres de escritores americanos, y a pesar de eso, ama sinceramente a sus primos de ultramar. En el sentido más estricto de la palabra, considera a los americanos como her-

¹³ UNAMUNO, M. DE, "Cierto es que nuestros escritores influyen en América; pero ¿acaso no han influido en España, e influyen hoy mismo, escritores americanos?. Y cada día, es de esperar, influirán más". "Algunas consideraciones sobre la literatura hispanoamericana" en *Ensayos*, tomo 1, Aguilar, Madrid, 1945, p. 874.

manos. Recordemos que el hombre que dijo lo siguiente, hablando de los americanos y los españoles, era poco idealista. "La idea de fraternidad universal es utópica; la idea de fraternidad entre hermanos efectivos es realísima".¹⁴

Una de las historias más patéticas en toda la obra del granadino es aquella en que refiere el caso del nicaragüense que moría en Bruselas. Al punto de morir él sintió la necesidad de hablar con un hombre que le entendiera — en su propia lengua. Ganivet, cónsul de España en Bruselas, fué al lecho del moribundo y le habló en el tono más humano y fraternal. Cuando Ganivet supo que el pobre era de origen portugués y ciudadano de Nicaragua le dijo, "entonces es usted tres veces español". Después de su visita, escribió Ganivet a su amigo Navarro Ledesma "en los casos de apuro toda esta tropa llama a Mamá, como si todo eso de las nacionalidades modernas fuera una broma y estuviéramos en el siglo XVIII".¹⁵

Una de las figuras más importantes en el desarrollo de nuestro tema, es Ramón del Valle-Inclán. Nos interesa sumamente porque es, que yo sepa, el primer autor español que trata asuntos americanos. En su primer libro, *Femeninas* (1894), aparece el cuento *La Niña Chole*, de tema mexicano. La misma Niña Chole aparece otra vez en la *Sonata de estío* (1903), donde representa el papel de la mujer principal de la obra. Muchos años más tarde, en 1926, Valle-Inclán publicó su poderosa novela *Tirano Banderas*, la mejor novela española sobre asunto americano. Aunque Valle-Inclán se sirve del finado americano, mexicano, para dar "color" a su novela, y los personajes hablan una lengua que reúne todos los americanismos imaginables (el libro tiene un vocabulario para que los españoles puedan comprenderlo), no obstante, es una novela extraordinaria, quizá la mejor del autor. Por lo menos, el fondo

¹⁴ GANIVET, A., *Idearium español. Obras completas*. Tomo I, p. 192. Aguilar, Madrid, 1943. También dice en la misma página: "No he podido jamás considerar a los hispanoamericanos como a extranjeros. No es que yo tenga una idea preconcebida, ni que desee hacer alarde de sentimientos fraternales por el estilo de los que usa un orador o un propagandista para emocionar a su auditorio; es que noto que con un hispanoamericano estoy en comunicación intelectual apenas hemos cruzado cuatro palabras; en tanto que con un extranjero necesito muy largas relaciones, muchos tanteos, para conseguir entenderme con entera naturalidad".

¹⁵ —, *Epistolario, Obras completas*. Tomo II, pp. 831-832.

es auténtico y los personajes son americanos — americanos repulsivos muchas veces, pero netamente americanos. No se pueden confundir con los españoles, la nota de autenticidad es el resultado de su viaje a México. Con varios cambios esta novela pudiera haber sido escrita por un mexicano. La sátira está siempre presente, pero hay capítulos de una seriedad intensa, como el en que un padre toma venganza por la muerte horripilante de su hijo.

Como todo el mundo sabe, Blasco Ibáñez es el escritor español que mayor interés mostró por la América española. Su obra revela este interés en grandes proporciones. La acción de *El préstamo de la difunta* (1921) se desarrolla en Suramérica, y la primera parte, quizás la menos importante, de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* (1916), se desarrolla en la Argentina. Aunque Baroja acusa a Blasco Ibáñez de duplicidad, "atacando por la noche lo que defendía por el día"¹⁶ no podemos dudar de su sincera admiración y de su amor a América. El mero hecho de que se proponía escribir una novela sobre cada una de las Repúblicas, y, en efecto, escribió algunas — *Los argonautas* (1916), *La tierra de todos* (1922), y la *Reina Calafia* (1923) — indica su auténtico interés.

Así se ve que es preciso llegar hasta el siglo presente para hallar el uso artístico del material americano en las letras españolas. Notemos que, aun en las obras de Don Ramón, el Nuevo Mundo sirve principalmente de fondo pintoresco donde la acción tiene lugar. *Casi se puede afirmar que el americano, como materia novelable, no ha sido tratado jamás* por los escritores de España, con excepción de Ibáñez y de Valle-Inclán. Esto proviene, sin duda, del hecho de que los españoles no habían viajado en América.

Se habrá notado que, por lo menos cuando han hablado de América, los españoles parecen tener afecto a sus primos del Nuevo Mundo. Naturalmente que hay excepciones notables. La más notable de todas es Pío Baroja. Dice Baroja, con su vehemencia característica, "América es por excelencia el continente estúpido. Yo no tengo motivo particular de odio contra los americanos: la hostilidad que siento contra ellos, es por no haber conocido a uno que tuviera un aire de persona, un aire de hombre. . . La misma falta de simpatía que siento por los

¹⁶ BAROJA, PÍO, "Blasco Ibáñez" en *Pequeños ensayos. Obras completas*. Vol. V, Biblioteca Nueva, Madrid, 1948.

hispanoamericanos experimento por sus obras literarias. Todo lo que he leído de los americanos, a pesar de las adulaciones interesadas de Unamuno, lo he encontrado mísero y sin consistencia".¹⁷

No hemos considerado la influencia de los "modernistas" en la poesía española moderna porque es asunto muy estudiado. Pero aun así nos sorprende la falta de influencia latinoamericana en general en España. El asunto merece mucho más estudio. Al terminar, se nos ocurre, sin embargo, que la España del futuro no podrá pasar por alto la América hispana como lo ha hecho en tiempos pasados. Hay, hoy día, por primera vez, gran número de intelectuales españoles en el Nuevo Continente. ¿Quién puede dudar que esta inmigración intelectual ha de tener no sólo efectos importantísimos en los países hispanoamericanos, sino también en España? Recordemos lo que dijo Echávarri, "Durante mucho tiempo el único aporte de España a las Repúblicas de América fué el de sus emigrantes, honrados, trabajadores, rudos y analfabetos... pero sus rudos cerebros nada aportaban al Nuevo Continente de la ciencia, la literatura, el pensamiento y las artes de su patria".¹⁸ Todo esto ha cambiado radicalmente. Pocos escritores españoles, antes de la Guerra Civil, habían viajado al Nuevo Mundo. De los tres más importantes, Benavente, Valle-Inclán y Blasco Ibáñez, dos han escrito obras capitales sobre el tema americano. Si ahora hay cientos de intelectuales y de literatos en la América Latina, ¿qué no podremos esperar en el porvenir?

La literatura hispanoamericana está desarrollándose especialmente en la poesía y la novela, de una manera increíble en nuestros días. Será imposible no hacer caso de esto en España. Y si, un día, como es de esperar, el gobierno español se liberaliza, los dos pueblos se acercarán más. Pero esta nueva hermandad tendrá que ser entre iguales, y no una de "Madre Patria" y sus "Hijas", porque los países americanos son, como dijo Galdós, "harto grandullones ya para vivir arrimados a las faldas de la madre".

¹⁷ —, *Juventud, Egoatría. Obras completas*. Vol. v, pp. 213-214.

¹⁸ ECHÁVARRI, LUIS, "España en la Argentina" en *Nosotros*. Año xxv, núm. 268, sept., 1931, p. 7.

LA POESIA DE OCTAVIO PAZ*

"El lirismo es el desarrollo de una protesta"
BRETÓN Y ELUARD, *La Révolution Surréaliste*.

"¿Cómo decir, oh Sueño, tu silencio en voces?"
OCTAVIO PAZ, *Libertad bajo Palabra*.

LA lírica nace, en efecto, de una protesta y de una inefabilidad. Frente a la expresión conceptual, el lírico intenta buscar medios directos que hieran en lo real y nos lo entreguen en pulpa viva. El poeta se asoma a lo concreto y así protesta contra la expresión humana. Pues el hombre, racional e intelectual, recorta, en la realidad, universales copias fotográficas que limitan las dimensiones del tiempo y los matices del espacio. El poeta, el artista, protestan. Y así toda la lírica ha consistido en un fervoroso camino de expresión metafórica, paradójica, o simbólica que nos entrega, por el símil o el contraste, la sublimación, la entraña de las cosas. "El lirismo es el desarrollo de una protesta. Y la protesta de todo poeta se resume en la frase de Paz: "¿Cómo decir, oh Sueño, tu silencio en voces?".¹

EN las primeras páginas de "Libertad bajo Palabra" Octavio Paz se expresa en estos términos: "Allá dónde terminan las fronteras, los caminos se borran. Donde empieza el silencio. Avanzo lentamente y pueblo la noche de estrellas, de palabras, de respiración del agua remota que me espera donde comienza el alba"... "Contra el silencio y el bullicio invento la Palabra, libertad que se inventa y que me inventa cada día".

Estas palabras líricas de Octavio Paz nos lo sitúan meridianamente como poeta. El lírico concibe a la Palabra en su plenitud de Verbo, como encarnación viviente de las cosas. Como decía Maragall, es la "palabra viva". Carácter de vivacidad que le viene a la Palabra de un

* Teniendo en cuenta la obra precedente de O. Paz, prefiero limitarme aquí a su último y más sintético libro: "Libertad bajo Palabra". Tezontle, México, 1949.

¹ Naturalmente la protesta de O. Paz, como la de todo el grupo de "Taller" es, ante todo, social en sus comienzos. Este aspecto no habrá que descuidarlo en un estudio de conjunto.

hecho fundamental: inventa. El poeta, más que nada, es inventor. Pero si analizamos el término, inventar se reduce a descubrir. El poeta, más que creador—la poesía ni es abstracta ni nace de la nada— es descubridor y lo ha sido, en la poesía moderna, desde las Iluminaciones de Rimbaud por lo menos. El poeta, vidente, inventa lo que la realidad esconde a los conceptos. Y así el reino verdadero de la poesía es el reino de la fantasía, no menos real, por más escondido, que el dominio de la positividad.

Así pues, Octavio Paz, entronca en su concepto de la poesía con toda una línea de líricos, que, salvadas las diferencias, comprende a Baudelaire, Lautréamont, Rimbaud, Mallarmé, García Lorca, los surrealistas. Todos ellos creen, ante todo, en el mundo imaginario descubierto por el poeta, todos ellos afirman al poeta visionario y, en los últimos casos, hasta profético.

Algunos, Rimbaud en las *Iluminaciones*, Lorca en *Poeta en Nueva York*, han intentado una épica de lo subjetivo, forma heroica de lo fabuloso, que desemboca, finalmente, en el hermetismo de la *Anabasis* de St. J. Perse. A este grupo podemos ligar la obra de Octavio Paz. No le falta el ímpetu de la épica, ni el fervor de la lírica. No le falta tampoco comprensión profunda de este mundo subjetivo que principalmente los surrealistas han desarrollado en este siglo.

Y son precisamente los surrealistas los que han insistido sobre el sentido mágico de las cosas, así como el sentido real de la magia. La fantasía es, de por sí, un mundo de símbolos autónomos.

Así se expresaba Paul Eluard en "Donner à voir": "No invento las palabras, pero invento objetos, seres, acontecimientos y mis sentidos pueden percibirlos. Me creo sentimientos. Con ellos sufro o gozo. Puede envolverlos la indiferencia. A veces los preveo. Si tuviera que dudar de esta realidad, nada más me sería seguro, ni la vida, ni el amor, ni la muerte".

La semejanza aparente entre las palabras iniciales de "Libertad bajo Palabra" y estas del poeta francés se diluye cuando vemos que todo el sentido de la poesía de nuestro poeta gira en torno a la Palabra. "No invento las palabras" dice Eluard. "Invento la Palabra, libertad que se inventa y que me inventa cada día". Eluard se ocupa de buscar un mundo. Octavio Paz de darle sentido. Si la poética de Eluard es, a pesar de todo, más bien estática, como lo son los lejanos horizontes grises de Tanguy, la de Paz es dinámica en su continua metamorfosis dialéctica e imaginativa.

Este proceso de doble descubrimiento—el mundo por el poeta, el poeta por el mundo— lo alcanza Paz, ante todo, por la vista, el más

agudo de los sentidos. No en vano fueron teóricos, aunque escasamente sistemáticos, los griegos. La frase que encabeza "Asueto" es típica de esta disposición: "Todo para el ojo; nada para el oído" (Baudelaire). Y es más típica aún la propia expresión de Octavio Paz: "Un tacto luminoso me crece de los ojos". La mirada nos hace, tangible, es decir, concreto, un mundo nuevo, de imágenes y de evidencias.

Los símbolos en acto

LA unidad poética dentro de la obra de Octavio Paz se encuentra en su constante uso de los símbolos. No en vano pertenece a esta tradición simbólica.

Ahora bien, el símbolo, es, entre los procedimientos poéticos, el más logrado, pues en él se sintetizan la paradoja y la metáfora en una superior unión de imágenes. Si buscáramos los diversos estratos de proceder poético veríamos que, en primer lugar, en el nivel de lo "ingenuo", la poesía popular emplea predominantemente las imágenes. La poesía refleja e imita la realidad que nos rodea.

En un nivel más complejo, encontramos la paradoja y la metáfora. En ellas el poeta desgarró pedazos de lo real, los transpone o los opone, intentando expresar relaciones esenciales de tiempo y de lugar. Intento de integración del tiempo en un presente en la metáfora; expresión contradictoria de la vida en la paradoja. En ambos casos se trata de un tipo de conocimiento deductivo, más que intuitivo.

En el símbolo volvemos al reino de la imagen.

Pero en este caso no es ya la imitativa imagen directa de las cosas, sino la formación de un nivel superior de expresión en que las imágenes valen por sí mismas, no por su referencia a lo real. El símbolo, como la imagen, es intuitivo. La diferencia estriba en que la imagen es una intuición imitativa, mientras que el símbolo es una intuición imaginativa.

Los mismos estratos artísticos podemos encontrarlos en las diversas artes. El arte popular reproduce las cosas a modo de imitación directa (música que interpreta el canto del pájaro, naturalezas muertas, caseras y realistas del siglo pasado). En un estrato más complejo, la música metafórica de Bach y del barroco, o la plástica paradójica de Goya. En el reino del símbolo, pintores como el Bosco, El Greco, músicos como Beethoven o los románticos, buena parte de la moderna corriente de pintura europea.

Creo que este nivel simbólico, con toda su libertad de acción e independencia de concepción se encuentra bien expresada por la cono-

cida frase de Picasso: "Trato la pintura como trato las cosas. Si no me gusta una ventana abierta, bajo la cortina y la cierro, igual que podría hacerlo en mi cuarto. En pintura, como en la vida, hay que actuar directamente". Es decir, intuitivamente.

Este reino del símbolo que es común a toda poesía moderna de importancia,² es el medio en que se expresa Paz. Es verdad que en sus poemas directos, de carácter social ("¡No pasarán!"), su lenguaje era inmediato y realista. Pero como muchos poetas de nuestros días Paz tuvo que dejar ese tipo de expresión para ahondar en los elementos universales de conflicto entre los hombres.

En su importante libro "Libertad bajo Palabra" encontramos la mejor síntesis de su obra y su manifestación más típica y más madura.

Tomemos dos ejemplos. En una entrada hermosamente nocturna, Octavio Paz pone en libertad su palabra descubridora, en perfecta combinación pictórica y, rítmica, con una libertad imaginativa que ningún poeta mexicano de nuestros días—exceptuemos a Gorostiza—ha podido lograr:

La noche nace en espejos de luto.
Sombrías ramas húmedas
ciñen su pecho y su cintura
su cuerpo azul, infinito y tangible.
No la puebla el silencio: rumores silenciosos
peces fantasmas, se deslizan, fosforecen, huyen.

La noche es verde, vasta y silenciosa.
La noche es morada y azul.
Es de fuego y es de agua.
La noche es de mármol negro y de humo.
En sus hombros nace un río que se curva,
una silenciosa cascada de plumas negras.

El símbolo que usa en ésta y en múltiples casos Octavio Paz es original precisamente por su sencillez. Logra el misterio mediante imágenes claras y evidentes. Y eso la distingue de todo un grupo de poetas modernos. El simbolismo de Lorca en *Poeta en Nueva York*, por ejemplo, es un simbolismo de símbolos. Las partes constitutivas

² Ha dicho Octavio Paz que la única poesía posible era la de caracteres universales. Sus cualidades de arraigo y de nacionalidad no pueden ser pensadas ni previstas, sino que tienen que venir por añadidura. Un poeta mexicano al intentar ser universal será necesariamente mexicano. Obvios son los casos de Alarcón o de Sor Juana. En pintura es claro el caso Rivera. De la relación de O. Paz con las más universales corrientes de la poesía moderna.

del símbolo no son claras de por sí; son ya elaboraciones de imágenes. Esto es todavía más evidente si leemos a S. J. Perse.

La misma riqueza de asociaciones libres la hallamos en estas líneas, no sin ironía, típicas de toda búsqueda simbólica de eternización:

Esta calzada desemboca al Paraíso de los Verdes
al reino que prometen los invernaderos
eterna la hoja verde,
el agua siempre niña,
la tierra madre siempre virgen,
la luz esbelta entre los troncos sempiternos,
el viento siempre, siempre libre, siempre labios, siempre viento.

.....
Quisiera detenerlos
detener una joven,
cogerla por la oreja y plantarla entre un castaño y otro;
regarla con una lluvia de verano;
verla ahondar sus raíces como manos que enlazan en la noche a otras
[manos
crecer y echar hojas y alzar entre sus ramas una copa que canta. . .

El símbolo, en ambos casos, intenta la eternización. El verbo está en presente en el primer trozo y en la primera mitad del segundo: el mundo de lo imaginario *es* en toda la extensión impredicable del ser. El mundo moderno no cree, sin embargo en seguridades absolutas. El símbolo de San Juan *era* por relacionarse con un mundo de ser indudable, con su última intuición mística de la divinidad. Al fallar esta intuición mística, el poeta escribe en condicional: el ser se convierte en querer ser ("Quisiera detenerlos". . .). En Paz es el símbolo un deseo de eternización. Pues el hombre es "un llegar a ser que nunca llega". Y no le queda más remedio que permanecer en este intermedio mundo libre de la palabra inventiva: "Atrás tierra o cielo". Ni tierra, ni cielo, porque la Poesía es "tan sólo un sueño":

pero en ti sueño un mundo
y su mudez habla con tus palabras.

Lo cual no quiere decir que sea Paz un poeta de huida si cabe la huida, pues el hombre, por más que sueñe no la tiene. No es un poeta ni abstracto, ni puro. Todo lo contrario. Su simbolismo es viva atestación de una crisis, de la crisis actual del mundo, de la muerte masiva

de los hombres, de su lucha y de su esperanza. Todo ello en lo que de más hondo tiene su subjetividad.

Procedimientos más clásicos usa Paz para darnos este mismo concepto del mundo, desolado y asolado, en espera y esperanza. A veces la pura paradoja a la manera de los místicos, tan gustada por las nuevas generaciones, desde Antonio Machado, con su punta de novedad:

Riman vivir y morir
riman amar y penar,
oh tiempo, rima sin fin,
acabar es empezar.

En otros casos la forma lapidaria, no puramente decorativa como en *Tablada*, sino con un profundo sentido de paradoja seca y violenta:

Roe el reloj
mi corazón
buitre
con paciencia de ratón.

En una hermosa y finísima combinación rítmica, en el polo opuesto a los versos anteriores, vuelve a las más aristocráticas esencias populares:

Cantan las hojas
bailan las peras en el peral;
gira la rosa
rosa del viento, no del rosal.
.....
Nadie soy yo,
cuerpo que flota, luz, oleaje;
todo es del viento
y el viento es aire siempre de viaje.

Temática

LA poesía, como la metafísica se ha referido siempre a los más fundamentales problemas humanos: vida, muerte, contradicción, amor, soledad, angustia, espera. Las raíces poéticas son siempre las mismas. Cada poeta, sin embargo, coloca su palabra inefablemente en el corazón de la subjetividad. Y le presta su luz original y particular. En la transparencia mágicamente clara de Paz estos temas construyen una poética

especial, una manera de ver el mundo, que desde la particularidad subjetiva del poeta enlaza subjetividades, y se universaliza en los otros hombres. Todo poeta realiza el misterio de la revelación, revelación de elementos que latían en nuestro espíritu y que solamente esperaban su mano, su voz o su pluma para despertar y tomar conciencia de sí.

La soledad es, acaso, el elemento central que matiza la poesía de Paz. Evidentemente de alcuernia hispánica, en ello coincide Paz con otro poeta, cercano algunas veces a su sensibilidad —con más angustia y menos tersura—, más íntimo y menos imaginativo: Emilio Prados. En Prados, después de la desesperación, la soledad ha dado lugar a toda una mística y a toda una creencia. En Paz conduce aún a la fragilidad humana:

Entre mis ruinas me levanto,
solo, desnudo, despojado.

En obras anteriores, la soledad había llevado a un nihilismo exasperado:

Dame, llama invisible, espada fría,
tu persistente cólera,
para acabar con todo,
oh mundo seco,
oh mundo desangrado
para acabar con todo.

(“Entre la piedra y la flor”).

Más maduramente en “Libertad bajo Palabra”, la desesperación se liga al problema de la muerte. La muerte no es aquí algo individual. Es la muerte masiva que implica la destrucción moderna. La muerte no es tan sólo tema lírico, sino tema social:

¿Y quien sueña ya en la Comunión de los vivos
cuando todos comulgan con la muerte?

Un verso maestro continúa la antigua dialéctica amor muerte:

Inacabable amor manando muerte.

Y todo en Paz, por en ausencia de creencia que mantenía en vilo a sus símbolos:

Dios hueco, Dios de nada, mi Dios.

Un camino de solución parece encontrar Octavio Paz en aquella "recepción y transmisión de los llamados que se apresuran hacia él (el poeta) desde el fondo de las almas" (Breton). Creencia en la universalidad de la poesía, comunión entre los hombres:

El hombre está habitado por silencio y vacío
 ¿Cómo saciar esta hambre,
 cómo acallar este silencio y poblar su vacío?
 ¿Cómo escapar a mi imagen?
 Sólo en mi semejante me trasciendo.

Y aun en el titubeo mismo del vacío y de la muerte:

Intenté salir a la noche
 y al alba comulgar con los que sufren

 había muerto el sol y una eterna noche amanecía...

Himno entre ruinas

ENTRE los poemas de "Libertad bajo Palabra", éste, el último, que constituye, de por sí, una parte, la parte final, y un todo sintético, es probablemente el más significativo. En él vemos juntarse los procedimientos simbólicos con los temas esenciales de la poesía de Paz. En él encontramos, también, uno de los más modernos procedimientos que se ha desarrollado sobre todo en la novelística: la formulación de temas paralelos, que encontramos en Joyce, o en Faulkner.

El poema contrapone siete partes. Cuatro de ellas representan el momento actual; el mediodía en un instante, el instante que "se cumple en una concordancia amarilla". Intercalados, tres movimientos, expresan lo que creo poder llamar *reminiscencias*. Los cuatro momentos centrales nos presentan el momento actual, mediodía ("como coronado de sí el día extiende sus plumas"). Los tres momentos intercalados relacionan tres temas esenciales (México, la civilización moderna, y la crisis social en frase lírica).

Las cuatro partes actuales giran en torno al tema del sol en brillo; los tres momentos intercalados en torno al sol, obsesivo del recuerdo. Así expresa Paz el paisaje inmediato (el grano instantáneo en que se desarrolla el tema):

Coronado de sí el día extiende sus plumas,
 ¡Alto grito amarillo,

caliente surtidor en el centro de un cielo
imparcial y benéfico!

Así los movimientos intermedios:

Cae la noche sobre Teotihuacán

.....

A trechos tiritita un sol anémico

.....

delta de sangre bajo un sol sin crepúsculo.

La lucha del poeta entre los dos reinos, entre la vida y la muerte, el sueño y la pesadilla, la visión clara del mundo y la obsesión dramática, se hacen aquí patente. Tomaré algunos ejemplos de cada una de las estrofas:

Primera

Sol en el mar, gozo del instante.

El mar trepa la costa,

se agiganta entre las peñas, araña deslumbrante;

la herida cárdena del monte resplandece;

.....

Todo es dios.

Segunda

Cae la noche sobre Teotihuacán.

En lo alto de la pirámide los muchachos fuman

marihuana.

.....

Sabe la tierra a tierra envejecida.

Tercera

Reproducción del mismo tema en el mediodía frente al mar.

Desde lo alto de su morenía una isleña me mira,

esbelta catedral vestida de luz.

Torre de sol contra los piños verdes de la orilla

surgen las velas blancas de las barcas.

La luz crea templos en el mar.

Cuarta

Tema de la muerte. "Civilización" actual.

Nueva York, Londres, Moscú.

La sombra cubre el llano con su yedra fantasma,
 con su vacilante vegetación de escalofrío,
 su vello ralo, su tropel de ratas.

Quinta

Afirmación del instante.

¡Oh mediodía, espiga henchida de minutos,
 copa de eternidad

Sexta

Tema de la muerte.

¿Y todo ha de parar en este chapoteco de aguas
 muertas?

Séptima

Nueva afirmación del mundo simbólico.

Día redondo,
 luminosa naranja de veinticuatro gajos,
 todos atravesados por una misma y amarilla
 dulzura!

.....
 La inteligencia al fin encarna en formas,
 se reconcilian las dos mitades enemigas.

.....
 Hombre, árbol de imágenes,
 palabras que son flores que son frutos que
 son actos.

La lucha toda del poeta, entre lo real y lo simbólico, queda resumida y sintetizada en este poema, uno de los más bellos, en su riqueza metafórica, de cuantos se han escrito en nuestra literatura de este siglo.

Originalidad

LA originalidad no proviene de una intención sino de una sumisión. No es original quien quiere, sino quien sin quererlo lo resulta por sus obras.

Octavio Paz ha realizado una obra profundamente original y hondamente mexicana, buscando siempre el sentido universal, el que pueda unir en comunión más hombres y más pueblos.

Históricamente se sitúa la poesía de Paz, así como la de los demás miembros del grupo "Taller" en una postura totalmente nueva, con referencia a los dos movimientos mayores e inmediatamente anteriores de la poesía mexicana: el estridentismo y el grupo de Contemporáneos. Contra éstos reacciona primeramente por considerarlos alejados de la realidad, en un mundo especializado y literario. A la poesía estridentista, renovadora, pero algo desorganizada, le reconoce el mérito revolucionario, pero le reconoce también falta de amplitud lírica. Octavio Paz, en este sentido, ha venido a unir dos tendencias que parecieron irreconciliables: poesía social y poesía pura. Y es que ni una ni otra, de por sí, pueden llegar a la producción de grandes obras literarias.

Desde el punto de vista poético, el simbolismo de Paz viene a añadir un nuevo tipo de simbolismo imaginativo, transparente y armónico, que no encontrábamos ni en la fuerza nerviosa de García Lorca, ni en la boscosa sensualidad de Neruda. Es un poeta de lo claro.

Y es por ahí, por su claridad, nunca exenta de misterio, que creo que Paz realiza una tradición mexicana. Ya los mitos indígenas que nos reporta Sahagún vienen llenos de transparencia. Los colores de Octavio Paz, si los miramos a contraluz, reparten, con su luz, transparencia.

Pero este es ya realmente tema para otro trabajo.

Ramón XIRAU.

Cuadernos Americanos

ha publicado los siguientes libros:

- 1.—Ganarás la Luz. . . , por LEÓN FELIPE (agotado).
- 2.—Juan Ruiz de Alarcón, su vida y su obra, por ANTONIO CASTRO LEAL.
- 3 y 4.—Rendición de Espíritu, por JUAN LARREA, dos volúmenes.
- 5.—Orígenes del hombre americano, por PAUL RIVET (agotado).
- 6.—Viaje por Suramérica, por WALDO FRANK (agotado).
- 7.—El hombre del buho, por ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ (agotado).
- 8.—Ensayos Interamericanos, por EDUARDO VILLASEÑOR.
- 9.—Martí escritor, por ANDRÉS DUARTE (agotado).
- 10.—Jardín Cerrado, por EMILIO PRADOS. \$ 7.00
- 11.—Juventud de América, por GREGORIO BERGMANN 7.00
- 12.—Corona de Sombra y Dos conversaciones con Bernard Shaw, por RODOLFO USIGLI. 8.00
- 13.—Europa-América, por MARIANO PICÓN-SALAS.
- 14.—Meditaciones sobre México, Ensayos y Notas, por JESÚS SILVA HERZOG.
- 15.—De Bolívar a Roosevelt, por PEDRO DE ALVA. 7.00
- 16.—El Laberinto de la Soledad, por OCTAVIO PAZ. 7.00
- 17.—La Apacible Locura, por ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ 10.00

Precio por cada volumen (excepto los números 10, 11, 12, 15 y 16)

MEXICO \$ 5.00
OTROS PAÍSES 1.00 dólar

OTRAS PUBLICACIONES

- La revolución mexicana en crisis*, por JESÚS SILVA HERZOG. (agotado).
El surrealismo entre Viejo y Nuevo Mundo, por JUAN LARREA (agotado).
Sugestiones para la Tercera República Española, por MANUEL MÁRQUEZ (un peso).
Un ensayo sobre la Revolución Mexicana, por JESÚS SILVA HERZOG (agotado).
Pastoral, por SARA IBÁÑEZ (tres pesos).
Un Método para Resolver los Problemas de Nuestro Tiempo, por JOSÉ GAOS (tres pesos).

REVISTA

SUSCRIPCIÓN ANUAL PARA 1951:

(6 números)

MEXICO. \$ 50.00
OTROS PAÍSES DE AMÉRICA 6.50 dólares
EUROPA Y OTROS CONTINENTES. 8.00 „

PRECIO DEL EJEMPLAR:

MEXICO \$ 10.00
OTROS PAÍSES DE AMÉRICA 1.25 dólares
EUROPA Y OTROS CONTINENTES. 1.50 „

Ejemplares atrasados, precio convencional.

S U M A R I O

N U E S T R O T I E M P O

- Mariano Picón-Salas* Américas desavenidas.
Enrique Muñoz Meany Afirmación de una democracia.
Mario A. Puga El indio y la coca.
Luis Alberto Sánchez La Universidad de San Marcos.

ENCUESTA. Participan: *Max Aub, Luis Cardoza y Aragón, Alfonso Caso, Rómulo Gallegos, Andrés Eloy Blanco, Joaquín García Monge, Enrique Muñoz Meany, Fernando Ortiz, Jesús Silva Herzog y Leopoldo Zea.*

A V E N T U R A D E L P E N S A M I E N T O

- Víctor Massub* La condición permanente del Humanismo.
Mario Bunge La fenomenología y la ciencia.
Guillermo de Torre Polémica del racionalismo y el arte.
Carlos Obregón Santacilia Perennidad o mutabilidad de la arquitectura.

Nota, por Juan J. Fitzpatrick.

P R E S E N C I A D E L P A S A D O

- Barbro Dablgren y Javier Romero* La prehistoria bajacaliforniana.
Sergio Bagú Transformaciones sociales en la América Hispánica.

Nota, por Miguel Angel Cevallos.

D I M E N S I O N I M A G I N A R I A

- Alfredo Cardona Peña* Los Jardines Amantes.
Rodolfo Usigli El destructor de ídolos.
Robert E. Osborne La literatura hispanoamericana en España.

Nota, por Ramón Xirau.